

Adalberto Santana
(coordinador)

JOSÉ MARTÍ Y NUESTRA AMÉRICA



FILOSOFÍA E HISTORIA DE LAS IDEAS EN AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE



Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe
Universidad Nacional Autónoma de México

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Rector

Dr. José Narro Robles

Secretario General

Dr. Eduardo Bárzana García

Secretario de Desarrollo Institucional

Dr. Francisco José Trigo Tavera

Coordinadora de Humanidades

Dra. Estela Morales Campos

CENTRO DE INVESTIGACIONES SOBRE AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE

Director

Dr. Adalberto Santana Hernández

Secretaria Académica

Dra. Margarita Aurora Vargas Canales

Secretario Técnico

Mtro. Felipe Flores González

Jefe de Publicaciones

Lic. Ricardo Martínez Luna

JOSÉ MARTÍ
Y NUESTRA AMÉRICA

COLECCIÓN
FILOSOFÍA E HISTORIA DE LAS IDEAS EN AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE

16

CENTRO DE INVESTIGACIONES
SOBRE AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE

Adalberto Santana
(coordinador)

JOSÉ MARTÍ
Y NUESTRA AMÉRICA



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
MÉXICO 2013

José Martí y Nuestra América / Adalberto Santana (coordinador). -- Primera edición
334 páginas. -- (Colección filosofía e historia de las ideas en América Latina y el
Caribe ; 16)

970-32-3579-4 (Colección)

978-607-02-5048-4 (Obra)

I. Martí, José, 1853-1895. I. Santana, Adalberto, 1952- , editor de la compilación.

II. Serie

F1783.M38.J696 2013

Diseño de portada: D.G. Irma Martínez Hidalgo

En la portada: *Tres disparos tres rosas blancas* (detalle), óleo sobre lienzo,
1.75 x 1.20 cms., 2014. Yoel Díaz Galvez (pintor cubano).

Primera edición: diciembre de 2013

Fecha de edición: 5 de diciembre de 2013

D. R. © 2013 Universidad Nacional Autónoma de México

Ciudad Universitaria, Delegación Coyoacán, C. P. 04510

México, D. F.

CENTRO DE INVESTIGACIONES SOBRE AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE

Torre II de Humanidades, 8º piso,

Ciudad Universitaria, 04510, México, D. F.

Correo electrónico: cialc@unam.mx

<http://www.cialc.unam.mx>

ISBN: 970-32-3579-4 (Colección)

ISBN: 978-607-02-5048-4 (Obra)

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin la autorización
escrita del titular de los derechos patrimoniales.

Impreso y hecho en México

ÍNDICE

Prólogo.	9
<i>Adalberto Santana</i>	

I. PERSPECTIVAS DEL PENSAMIENTO FILOSÓFICO-POLÍTICO DE JOSÉ MARTÍ

La tesis antiimperialista de José Martí en las raíces de la Revolución Cubana.	17
<i>Ángel Augier</i>	

El pensamiento integracionista y latinoamericanista de José Martí.	83
<i>Pablo Guadarrama González</i>	

Fundamentos políticos de <i>Nuestra América</i>	123
<i>Fabio Luis Barbosa dos Santos</i>	

Las ideas de José Martí sobre la identidad y otredad indígena de nuestra América en el siglo XXI	153
<i>Samuel Sosa Fuentes</i>	

II. VIVENCIAS HISTÓRICAS Y CULTURALES DE JOSÉ MARTÍ

Martí y Lerdo de Tejada	177
<i>Alfonso Herrera Franyutti</i>	

José Martí y el exilio cubano en Costa Rica. 195
Adalberto Santana

José Martí y el sentido de la idea de la independencia
cubana 211
Eugênio Rezende de Carvalho

Educación para descolonizar: cuatro tesis en torno
de la educación en José Martí 229
Pedro Pablo Rodríguez

III. REFLEXIONES SOBRE LAS IDEAS ESTÉTICAS
Y LITERARIAS DE MARTÍ

Las *Escenas norteamericanas* de José Martí:
un espacio de pugna estética. 241
Caridad Atencio

Ángel Rama, lector de “La niña de Guatemala”: homenaje
a raíz de la presentación de un libro sobre Martí
y Darío. 297
José Ballón Aguirre

Martí en la obra de Martínez Estrada 315
Adriana Lamoso

Directorio de colaboradores. 331

PRÓLOGO

Adalberto Santana

La presente obra tiene como objetivo rendir un sencillo pero muy sentido homenaje a José Martí (La Habana, 1853-Dos Ríos, 1895), uno de los pensadores, poetas, periodistas y próceres más representativos de nuestra América, en el ciento sesenta aniversario de su natalicio. Para celebrar tan significativa fecha publicamos este libro que hace eco de lo que el mismo Apóstol cubano señaló: “Honrar honra”. Con tal propósito nos dedicamos a la tarea de reunir a un grupo de investigadores que tienen en su quehacer estudiar, analizar y trabajar desde distintos enfoques la producción intelectual y política de uno de los latinoamericanos más universales.

Reunimos 11 textos que tratan diferentes temas de la obra martiana y cuyos autores son representativos de los diversos horizontes nacionales de nuestra América: Adriana Lamoso de Argentina; Fabio Luis Barbosa dos Santos y Eugênio Rezende de Carvalho de Brasil; Ángel Augier (†), Pablo Guadarrama González, Caridad Atencio y Pedro Pablo Rodríguez de Cuba; Alfonso Herrera Franyutti, Samuel Sosa Fuentes y Adalberto Santana de México; así como José Ballón Aguirre de Perú.

El libro se estructura en tres apartados. El primero tiene como eje central las perspectivas del pensamiento filosófico y

político de José Martí y está conformado por cuatro ensayos. El trabajo inicial, “La tesis antiimperialista de José Martí en las raíces de la Revolución Cubana”, es de Ángel Augier (1910-2010). Este texto nos fue proporcionado por el propio autor durante la conmemoración de los ciento cincuenta años del nacimiento del Apóstol cubano, realizada a finales de enero de 2003 en La Habana. Cabe mencionar que Augier fue un prolífico poeta, investigador literario, crítico, ensayista y periodista cubano que se destacó como uno de los principales conocedores del pensamiento martiano, a la par que con su obra, dejó una huella en la cultura cubana y latinoamericana. De tal suerte, el ensayo aquí presentado remite a una lectura fundamental de José Martí pues propone que, ideológicamente, las ideas martianas dieron vida y sentido a quienes fueron “los artífices de la victoria, en la epopeya iniciada el 26 de julio de 1953 y coronada el primer día de 1959”.

“El pensamiento integracionista y latinoamericanista de José Martí” es el título de la aportación de Pablo Guadarrama González. El filósofo cubano analiza el papel de José Martí como continuador del pensamiento integracionista y latinoamericanista de los próceres de la Independencia, de los héroes de la lucha emancipadora cubana y de aquellos políticos e intelectuales que contribuyeron de modo diferente, pero con la misma vehemencia, a la emancipación y a la salvaguarda de los pueblos de nuestra América ante la voracidad imperialista.

En su artículo “Fundamentos políticos de *Nuestra América*”, Fabio Luis Barbosa dos Santos nos presenta los nexos entre la interpretación de la historia de José Martí y su incidencia sobre la política del Partido Revolucionario Cubano (PRC), y así fundamenta el ideario de *Nuestra América* como proyecto civilizatorio destinado a resguardar el equilibrio geopolítico del mundo.

En “Las ideas de José Martí sobre la identidad y otredad indígena de nuestra América en el siglo XXI”, Samuel Sosa

Fuentes nos señala que el objetivo de su texto es abordar los significativos aportes del cubano sobre temas medulares de la región. En la coyuntura de la segunda década del presente siglo, las reflexiones filosóficas, políticas y revolucionarias de Martí resultan de fundamental importancia para interpretar el resurgimiento de los movimientos indígenas latinoamericanos en los últimos veinte años y la lucha por el reconocimiento de sus derechos y formas de vida, por el derecho a su autonomía y por la construcción de un Estado pluricultural y plurinacional latinoamericano.

En el segundo apartado, el énfasis se centra en las vivencias históricas y culturales que tuvo el prócer cubano a lo largo de su fecunda vida. Comienza este apartado con el trabajo de Alfonso Herrera Franyutti, “Martí y Lerdo de Tejada”, que tiene por objeto destacar la presencia de Martí en México, en particular, la relación y actitud del patriota ante el gobierno del presidente Sebastián Lerdo de Tejada. Este autor pone de relieve la figura del prócer como poeta y escritor revolucionario anticolonialista que luchaba por la independencia de su patria.

Quien esto escribe colabora con el ensayo “José Martí y el exilio cubano en Costa Rica” donde se presenta un breve recuento de su presencia en ese país centroamericano por el que viajó en dos ocasiones, 1893 y 1894, respectivamente. Allí se expone que, uno de sus propósitos durante esas visitas era acercarse a los emigrados políticos cubanos que se habían acogido al asilo costarricense, y al mismo tiempo, encontrar el apoyo de ese gobierno centroamericano para la causa independentista cubana.

En su trabajo “José Martí y el sentido de la idea de la independencia cubana”, Eugênio Rezende de Carvalho analiza cómo, al extrapolar el caso concreto de Cuba, se va más allá de la mera lucha contra el colonialismo español y la idea evoluciona hasta alcanzar dimensiones hispanoamericanas

frente a un nuevo tipo de colonialismo que, hacia finales del siglo XIX, amenazaba al continente.

Cierra la segunda sección el ensayo “Educación para descolonizar: cuatro tesis en torno de la educación en José Martí”. Su autor, Pedro Pablo Rodríguez, nos presenta una propuesta para examinar el sentido que el Apóstol cubano otorgaba a la educación como vehículo importante de la descolonización: 1) el tema de la educación no puede desligarse de su pensamiento como totalidad; 2) éste se expresa en su voluminosa obra periodística; 3) la educación tenía que preparar contra nuevas colonizaciones; 4) su ensayo *Nuestra América* sintetiza su perspectiva acerca de la educación descolonizadora.

El tercer apartado reúne trabajos en los que se reflexiona sobre las ideas de Martí, tanto en torno de su producción literaria como de la lectura que determinados intelectuales latinoamericanos hicieron de ella. Caridad Atencio da inicio a esta sección con un análisis estilístico de las *Escenas norteamericanas* de José Martí, en especial las enumeraciones, los mecanismos de condensación narrativa y los recursos literarios que el autor emplea para convertir dichas crónicas en obras espléndidas de carácter híbrido. Se analiza también la impronta ética en estas piezas debidas a la pluma de un escritor de la Modernidad.

“Ángel Rama lector de ‘La niña de Guatemala’: homenaje a raíz de la presentación de un libro sobre Martí y Darío” es el tema del trabajo de José Ballón Aguirre, quien se centra en el análisis que el escritor uruguayo hizo de dicho poema en su curso “Estructuras artísticas e ideológicas en la literatura latinoamericana”, impartido en la Universidad de Stanford en 1977. Su análisis destaca la doble estructura temporal del poema, así como la función rememoradora del hablante poético, la fusión paradójica de la lírica y el cuento y la relación dinámica entre texto y contexto histórico. El análisis de Rama sirvió de punto de partida para el propio libro de Ba-

llón, *Martí y Darío ante América y Europa: textos y contextos contrarios* (CIALC, 2012).

El trabajo que cierra esta obra es “Martí en la obra de Martínez Estrada” de Adriana Lamoso. La autora apunta que reconstruir la figura del cubano a la luz de las representaciones simbólicas presentes en los escritos del pensador argentino constituye una tarea de crucial alcance para delinear el trayecto intelectual de este último en estrecha vinculación con los escenarios cambiantes de la política y la ideología más resonantes en el contexto de los países de Latinoamérica. En función de tales problemáticas, alude la autora al ensayo titulado *Martí: el héroe y su acción revolucionaria*, escrito entre 1960 y 1963 y publicado en 1966 por la casa editorial mexicana Siglo XXI Editores; y a su *Martí revolucionario*, editado por Casa de las Américas un año después. El análisis de ambos textos pone de relieve que el descubrimiento de la figura martiana causó verdadero asombro en Martínez Estrada, y las magnanimidades que ha relatado en sus ensayos se vinculan, por una parte, con el frondoso trabajo de investigación que llevó a cabo durante sus años dedicados a estudiar al prócer cubano y, por otra, se relacionan con la impronta que la vida de aquél provocó en su propia sensibilidad estremecida.

Así pues, estructurados en tres secciones, los once trabajos aquí presentados constituyen un merecido y justo homenaje a José Martí quien trabajó incansablemente por la emancipación política y cultural de los pueblos latinoamericanos y caribeños. Con justa razón escribía el maestro Leopoldo Zea: “Bolívar inicia la liberación, Martí la concluye”.¹ Martí es un pensador cuya obra y visión constituyen para nosotros una gran lente para comprender el pasado y el presente. Por ello

¹ Leopoldo Zea, “Introducción”, en *José Martí a cien años de Nuestra América*, México, CCYDEL-UNAM, 1993 (Panoramas de Nuestra América, núm. 1), p. 10.

sigue siendo sin duda uno de los hombres más representativos de la historia política y cultural de la región: prócer tanto en las luchas emancipadoras como en la poesía y el ensayo latinoamericanos que, a nuestro criterio, es un faro de luz en las tormentas políticas, ideológicas y culturales de nuestra irredenta América.

Finalmente, nos resta agradecer a los distintos autores reunidos en esta obra, ya que con su esfuerzo y colaboración hicieron posible la conclusión de la misma. De igual manera, deseamos dejar constancia a mis alumnas Adriana Isabel Romero Flores y Sinaí Citlalli Gómez Cervantes, becarias que han apoyando la realización de este libro.

I. PERSPECTIVAS DEL PENSAMIENTO
FILOSÓFICO-POLÍTICO DE JOSÉ MARTÍ

LA TESIS ANTIIMPERIALISTA DE JOSÉ MARTÍ EN LAS RAÍCES DE LA REVOLUCIÓN CUBANA*

Ángel Augier

INTRODUCCIÓN

Aunque la vida y la obra –el ejemplo y el pensamiento– de José Martí pueden y deben ser temas de estudio y motivos de disfrute de cada día, es natural que en circunstancia tan relevante como la conmemoración del sesquicentenario de su natalicio, sintamos la necesidad y responsabilidad de volver a acercarnos a su múltiple, seductora y generosa personalidad creadora, y a la raíz de su pensamiento, siempre permeado de su sentimiento. En él es permanente, tanto en el orden humano como en el social que lo complementa, el más hermoso y útil legado de idea y conducta, para enaltecer y disfrutar la sencilla y complicada obligación de la existencia. Hay que fortalecer la fidelidad a ese singular legado de ética, patriotismo y humanismo. Y volver a comprobar que lo más impresionante y sugestivo de esa excepcional y multifacética personalidad estriba, junto a la profundidad y amplitud de su visión “en la elegancia, la pasión y la naturalidad con

* Ponencia presentada en la Conferencia Internacional “Por el equilibrio del mundo” en La Habana, Cuba, del 27 al 19 de enero, 2003. Aquí se hace una selección del amplio trabajo presentado por Ángel Augier.

que supo armonizar la idea con la acción, la acción con el verbo, la doctrina con la conducta, el sueño con la realidad, la realidad con la poesía. ¡Y qué más poética hazaña que la de realizar su sentencia de que “morir bien es el único modo seguro de continuar viviendo!”.

Fue el resplandor inagotable de su certera visión patriótica revolucionaria y el ejemplo de esa conjunción de verbo y de acto, en su plenitud, factores que iluminaron e impulsaron la portentosa tarea histórica de las nuevas y más avanzadas generaciones cubanas. Ellas emprendieron la dura lucha por lograr el destino nacional de Cuba, como pueblo libre e independiente, para culminar, en 1895, la Revolución Cubana iniciada en 1868. La frustración del empeño a causa de la arbitraria y artera intervención norteamericana –que el maestro hubiera impedido de no haber muerto en combate–, sin embargo, no apagó la llama por él encendida que mantuvieron las nuevas generaciones. Cúpole a la heroica gesta organizada y orientada por Fidel Castro y sus compañeros de la Generación del Centenario, ser los artífices de la victoria, en la epopeya iniciada el 26 de julio de 1953 y coronada el primer día de 1959.

A cincuenta años de la jornada del Cuartel Moncada –evidente testimonio de que Martí revivía–, la presente oportunidad aniversario coincide con un momento tan crítico de la historia, que reclama la necesidad de que vuelva a resonar la voz de Martí, con todo su vigor de hijo de nuestra América, frente a graves peligros para Cuba y para nuestro hemisferio, como los que combatió él en sus días, con su privilegiada visión política, y su integridad revolucionaria rectora.

Los Estados Unidos –el monstruo cuyas entrañas conoció por haber vivido en ellas– llegado a peligroso nivel su poderío económico y militar, pretende erigirse en agresiva potencia hegemónica mundial. Dentro de esa perspectiva de global predominio, Estados Unidos amenaza frustrar la indispen-

sable integración regional en proceso de las naciones iberoamericanas y del Caribe, anularles la independencia y aprovecharse abusivamente de sus recursos mediante un proyecto denominado Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA). Los intereses básicos de nuestros pueblos rechazan ese plato repulsivo, de práctica anexión a Norteamérica.

Previamente, mediante la imposición de la nefasta política de mercado del neoliberalismo en la región y las condiciones usurarias del Fondo Monetario Internacional (bajo su onnímodo control), respecto a la deuda externa, ha provocado Estados Unidos el caos económico de países sudamericanos. En tanto, no ha cesado de fortalecer el criminal bloqueo de Cuba libre y soberana y sus amenazas de agresión, que mantiene desde que, en 1959, triunfó la Revolución Cubana, inspirada raigalmente en la doctrina martiana. Todo ello ocurre dentro de una salvaje política belicista impuesta por el complejo militar industrial que monopoliza en beneficio de sus siniestros intereses los agresivos planes de la política exterior del presunto nuevo imperio.

EXPERIENCIA Y CONCIENCIA DEL IMPERIALISMO EN MARTÍ

Esa preocupante realidad obliga a reproducir (a recordar, a atender) el pensamiento antiimperialista de Martí, por su asombrosa vigencia, particularmente expuesto en su profusa escritura periodística y epistolar. El tuvo temprana conciencia de las intenciones del Norte sobre nuestras repúblicas del Sur, y de ello hay constancia en sus abundantes artículos para la prensa latinoamericana. Alcanzó máxima expresión su experiencia directa en la primera Conferencia Internacional Americana. Entre octubre de 1889 y abril de 1890 (periodo exageradamente prolongado por varias etapas de recorridos y discusiones previas), se desarrolló en Washington esta reunión convocada por el interés del gobierno norteamericano

en lograr acuerdos beneficiosos para sus planes de expansión comercial y de control económico-político de la región.

De su profunda experiencia de las distintas etapas de aquel agitado cónclave, forjó Martí buena parte de lo que me permití denominar su “tesis antiimperialista en la cuna del panamericanismo”.¹ Fue aquella reunión el inicio de ese propósito del Norte, de unir en su beneficio lo evidentemente antagónico, que parcial y convencionalmente prosperó después con la institución de la Unión Panamericana, transformada luego en Organización de Estados Americanos (OEA). Por eso resulta necesario reproducir cuanto juicio previsor expresó entonces Martí, aplicables a realidades semejantes de hoy, lo que confirma el acierto histórico de la Revolución Cubana de tener entre sus raíces el pensamiento antiimperialista del héroe y libertador de Cuba.

Fue testigo Martí de aquella trascendental conferencia en su carácter de cónsul de Uruguay en Nueva York, pero sobre todo como periodista, para informar a los diarios latinoamericanos de los que era colaborador regular, principalmente de *La Nación* de Buenos Aires. Sin embargo, como ya ha registrado el estudio de sus textos, sus testimonios no se limitan al relato objetivo del reportero: en ellos está presente y vigilante, el ciudadano de “nuestra América”, pero con criterio de estadista, consciente de los intereses de su América y de las reales intenciones de la otra América, porque alcanza a ver lo que hay detrás de los hechos. Es indispensable volver sobre el tema, por la gravedad de los peligros que amenazan a los países al Sur del río Bravo, como por la dramática vigencia de las consideraciones y juicios de Martí en la actual situación internacional.

¹ “Martí: tesis antimperialista en la cuna del panamericanismo”, en Ángel Augier, *Acción y poesía en José Martí*, La Habana, Centro de Estudios Martíanos, Letras Cubanas, 1982.

Como en otros casos, evidentes en su correspondencia periodística, tuvo Martí, entonces, una oportunidad excepcional de conocer muy de cerca los métodos y propósitos de dominio económico-político, que comenzaban a ensayar los nacientes monopolios mediante sus personeros en el gobierno estadounidense, ya manifestados por su política de rapiña y expansión a costa de sus vecinos del Sur. Más claramente que antes, se le reveló el engranaje monstruoso que amenazaba devorar las naciones latinoamericanas, sin omitir a Cuba, que aún pugnaba por alcanzar la consagración de su nacionalidad por el esfuerzo de sus hijos, frente al dominio colonial español y la confesada amenaza norteamericana.

Espoleado por “la agonía en que vivió” entonces, al haber pretendido los anexionistas plantear el problema cubano en la conferencia, Martí formuló entonces una parte apreciable de su firme ideario antiimperialista, y no sólo en la correspondencia periodística, sino también en su correspondencia privada. Siempre fue partidario de la más estrecha unión del continente, sin la participación del vecino poderoso. La unión sí, pero de los países de “nuestra América” –idea desarrollada meridianamente en su admirable ensayo de ese título, la unión de los países que tienen mucho de común entre sí y no con “el Norte revuelto y brutal que los desprecia”. La unión bolivariana que tuvo un antecedente fugaz en la Conferencia de Panamá de 1826, pero no la que se simula en la Organización de Estados Americanos (OEA) a espaldas de los pueblos, bajo la férula de Estados Unidos. Es indispensable, en este instante histórico de tan críticas aristas, volver a reproducir las reacciones, observaciones, predicciones, preocupaciones, razones y advertencias de Martí durante el desarrollo de la Conferencia, y lo que ellas conservan de orientador y aprovechable, después de más de un siglo de ser formuladas. Y también es necesario advertir que las conclusiones de esa toma de conciencia antiimperialista de Martí, por natural de-

rivación del proceso histórico, se integran en las raíces de la Revolución Cubana por la independencia nacional.

EL CONGRESO DE PAN AMÉRICA

La primera información relativa a la Conferencia, enviada por Martí a *La Nación*, de Buenos Aires, del 28 de septiembre de 1889, trata sobre la llegada de los primeros delegados, y nótese como aprovecha la ocasión para destacar las limitaciones de la reunión, las agresiones yanquis a algunos países del Caribe, procedimientos coercitivos del naciente imperialismo, al que continúa aferrado en su política exterior:²

Unos venían de Europa a presentar sus credenciales al congreso que llaman aquí de Pan-América, aunque ya no será de toda. Haití, como que el gobierno de Washington exige que le den en dominio la península estratégica de San Nicolás, no muestra deseos de enviar sus negros elocuentes a la conferencia de naciones; ni Santo Domingo ha aceptado el convite, porque dice que no puede venir a sentarse a la mesa de los que le piden a mano armada su bahía de Samaná y en castigo de su resistencia le imponen derechos subidos a la caoba.

De entrada, no falta la alusión, como al desgaire, de la política rapaz de EUA en las Antillas. En otra parte de su artículo, el cronista informa que el día 2 de octubre:

será día de zalameos en la Casa Blanca, donde la Secretaría de Estado presentará los huéspedes panamericanos al Presidente. El 5 saldrán de viaje de más de un mes los delegados, aunque

² Todas las citas y referencias de la correspondencia periodística de Martí acerca de esta Conferencia Internacional Americana, pertenecen a José Martí, *Nuestra América. Obras completas*, t. 6, La Habana, Editorial Nacional de Cuba, 1963.

no todos, porque México ya conoce el país, y de Chile dicen que no va a la gira, ni está, por lo que se sabe hasta ahora, la Argentina en el paseo, que no es para decidir, sino para mostrar a los huéspedes la grandeza y esplendor de las ciudades, y aquellas partes de las industrias que se pueden enseñar, a fin de que se les arraige la convicción de que es de la conveniencia de sus pueblos comprar los de éste y no de otros, aunque lo de éste sea más caro, sin ser en todo mejor, y aunque para comprar en él hayan de obligarse a no recibir ayuda ni aceptar tratos de ningún otro pueblo del mundo.

Adviértase que insiste el comentarista en su reticencia e ironía respecto a las realidades del caso que otros suelen ignorar o silenciar. En su peculiar estilo, continúa Martí advirtiendo que en virtud de este viaje, hasta mediados de noviembre no comenzarán las sesiones donde se debatirán “las ocho posiciones, en que política y comercio andan unidos”, y agrega, con desnuda franqueza:

Las entrañas del Congreso están como todas las entrañas, donde no se las ve. Los periódicos del país hablan conforme a su política. Cada grupo de Hispanoamérica [...] desaprueba el congreso o espera de él más disturbios que felicidades, o lo ve con gusto, si está entre los que creen que los Estados Unidos son un gigante de azúcar, con un brazo de Wendell Phillips y otro de Lincoln, que va a poner en la riqueza y en la libertad a los pueblos que no las saben conquistar de por sí propios, o es de los que han mudado ya para siempre domicilio e interés, y dicen mi país cuando hablan de los Estados Unidos, con los labios fríos como dos monedas de oro, dos labios de que se enjugan a escondidas, para que no se las conozcan sus nuevos compatriotas, las últimas gotas de leche materna.

Y como advirtiera el cronista que estaba profundizando demasiado, corrige enseguida: “Esto no es un estudio ahora: esto es crónica”. Hay otras alusiones interesantes a contradic-

ciones de la época en esa primera crónica sobre el Congreso, y también nombres y características de los delegados latinoamericanos y sus anfitriones, en detalles de primera mano de que fue testigo el cronista, como cónsul de Uruguay en Nueva York, presente en esas reuniones de acreditación de delegados.

La segunda crónica, fechada el 4 de octubre, se dedica a transcribir comentarios de la prensa norteamericana sobre el evento y a describir distintos actos oficiales, entre ellos la sesión previa en que fuera designado presidente del cónclave James G. Blaine, secretario de Estado del gabinete del entonces presidente de los Estados Unidos, Benjamín Harrison. Registra la actitud de algunos diarios que ponen al descubierto las intrigas de Blaine para lograr su designación contra la voluntad de Harrison, quien “no quiere que Blaine use como instrumento suyo y derecho mayor a la presidencia que viene, el Congreso en que el interés de la nación ha de estar por encima del de Blaine”. Algunos periódicos consignan que los delegados de Chile y Argentina protestaron por la designación de Blaine para presidir la conferencia.

Como por entonces los cubanos anexionistas pretendieron plantear sus soluciones a la conferencia, tales implicaciones no trascendieron en la correspondencia periodística de Martí, pero sí en su correspondencia particular. En extensa carta (29 de octubre de 1889) a Gonzalo de Quesada –quien actuaba como secretario del presidente de la delegación argentina, Roque Sáenz Peña–, se refiere Martí a una carta firmada J. M., enviada al diario habanero *La Discusión* desde Washington, donde se habla de una visita de cubanos a Blaine,

a favor de la anexión, en que la dan por prometida por Blaine, y al calce están mis iniciales: ¡Y en Cuba creen los naufragos, que se asen de todo, que es mía la carta, a pesar de que es una especie de anti-vindicación, y que yo estoy en tratos con Blaine, y lo demás que en Cuba puede suponerse de que los

revolucionarios de los Estados Unidos anden en arreglos con el gobierno norteamericano.

Y entra Martí enseguida a enjuiciar políticamente la cuestión:

En instantes en que el cansancio extremo de la Isla empieza a producir el espíritu y unión indispensables para intentar el único recurso, es coincidencia infortunada esta del Congreso, de donde nada práctico puede salir, a no ser lo que convenga a los intereses norteamericanos, que no son, por de contado, los nuestros [...] Creo, en redondo, peligroso para nuestra América o por lo menos inútil, el congreso internacional. Y para Cuba, sólo una ventaja le veo, dadas las relaciones amistosas de casi todas las Repúblicas con España, en lo oficial, y la reticencia y deseos ocultos o mal reprimidos de este país sobre nuestra tierra –la de compeler a los Estados Unidos, si se dejan compeler, por una proposición moderada y hábil, a reconocer que “Cuba debe ser independiente”

[Ya sentadas tales lúcidas razones, prosigue Martí fundamentando su acertado criterio]. Por mi propia inclinación, y por el recelo –a mi juicio justificado– con que veo el congreso, y todo cuanto tienda a acercar o identificar en lo político a este país y los nuestros nunca hubiera pensado yo en sentar el precedente de poner a debate nuestra fortuna, en un cuerpo donde, por su influjo de pueblo mayor, y por el aire del país, han de tener los Estados Unidos parte principal. Pero la predilección personal no puede venir de las pasiones, debe ceder el paso, en lo que no sea cosa de honor a la predilección general; y pronto entendí que era inevitable que el asunto de Cuba se presentase ante el congreso, de un modo o de otro, y en lo que había que pensar era en presentarlo del modo más útil. Para mí no lo es ninguno que no le garantice a Cuba su absoluta independencia.

Después de esa resuelta afirmación a la que siempre permaneció fiel y que hemos hecho parte de nuestro ser los

genuinos hijos de esta tierra, continuaba Martí vislumbrando algo que sucedería, por desgracia, tras su muerte en combate, en lo que acertó, para ignominia que habría de borrar la Revolución Cubana triunfante en 1959:

Para que la Isla sea norteamericana no necesitamos hacer ningún esfuerzo, porque, si no aprovechamos el poco tiempo que nos queda para impedir que lo sea, por su propia descomposición vendrá a hacerlo. Eso espera este país. Y a eso debemos oponernos nosotros. Lo que del Congreso se habría de obtener era, pues, una recomendación que llevase aparejado el reconocimiento de nuestro derecho a la independencia y de nuestra capacidad para ella, de parte del gobierno norteamericano —que, en toda probabilidad, ni esto querrá hacer, ni decir cosas que en lo menor ponga en duda para lo futuro, o comprometa por respetos expresos anteriores, su título al dominio de la Isla.

Muy consciente de la realidad política y económica de su tiempo y en particular de los rumbos agresivos de la plutocracia norteamericana, proseguía Martí su reveladora epístola a Quesada:

De los pueblos de Hispano-América, ya lo sabemos todo: allí están nuestras cajas y nuestra libertad. De quien necesitamos saber es de los Estados Unidos, que está a nuestra puerta como un enigma, por lo menos. Y un pueblo en la angustia del nuestro necesita despejar el enigma; arrancar de quien pudiera desconocerlos la promesa de respetar los derechos que supiésemos adquirir con nuestro empuje, saber cuál es la posición de este vecino codicioso, que confesamente nos desea, antes de lanzarnos a una guerra que parece inevitable, y pudiera ser inútil, por la determinación callada del vecino de oponerse a ella otra vez, como medio de dejar la Isla en estado de traerla más tarde a sus manos, y que sin un crimen político, a que sólo con la intriga se atrevería, no podría echarse sobre ella cuando viviera ordenada y libre.

La cita se prolonga, pero parece necesario recordarla, para que pueda apreciarse una vez más el genio cívico de nuestro Apóstol y su estrategia diplomática en aquella notable circunstancia internacional. Su convicción de la permanente amenaza de las garras del águila en acecho, hace más dramático el proceso de la actitud de Martí ante esa primera conferencia interamericana. Añadía el maestro en su carta a Gonzalo de Quesada que había pensado dirigir una exposición al Congreso donde cupiesen todas las opiniones, para que no encontrase obstáculos.

Eso tenía pensado, contando con que en el Congreso no nos han de faltar amigos que nos ayudasen a aclarar nuestro problema, por simpatía o por piedad [...] Del Congreso, pues, me prometía yo sacar este resultado: la imposibilidad de que, en una nueva guerra de Cuba, volviesen a ser los Estados Unidos, por su propio interés, los aliados de España.

Pero el anexionista José Ignacio Rodríguez se había adelantado a redactar y presentar otra exposición conforme a sus proyecciones, de lo que informaba Quesada en carta que Martí estaba contestando. Sin dejar de expresar sus consideraciones de orden personal a Rodríguez –quien actuaba en la Conferencia como secretario de las comisiones de Derecho Internacional y de Extradición, como intérprete y, finalmente como secretario de la reunión–, Martí expresa justificados reparos al texto, y luego de hacer alusión a una de las especificaciones de la proposición anexionista, formulaba consideraciones que por desgracia fueron proféticas:

Y una vez en Cuba los Estados Unidos ¿quién los saca de ella? Ni ¿por qué ha de quedar Cuba en América, como según este precedente quedaría, a manera –no del pueblo que es, propio y capaz–, sino como una nacionalidad artificial, creada por razones estratégicas? Base más segura quiero para mi pueblo. Ese

plan, en sus resultados, sería un modo directo de anexión. Y su simple presentación lo es.

El texto del documento aparece en la conocida obra de José Ignacio Rodríguez, *La anexión de la isla de Cuba a los Estados Unidos de América*, publicada en La Habana en 1900. En ella se informa que el documento fue entregado al senador por la Florida Wilkinson Call, para que lo presentase al Senado norteamericano –como así lo hizo en diciembre de 1889–, para que “sirviese de antecedente de pauta a los delegados” de la Conferencia Internacional Americana, y consistía en una declaración por la que el Senado y la Cámara de los Estados Unidos resolvían:

que se suplique al Presidente, autorizándolo al efecto para ello, que abra negociaciones con el gobierno de España a fin de inducir a dicho gobierno a que consienta en el establecimiento en la isla de Cuba de una república libre e independiente, a condición de que Cuba le pague una suma equivalente al valor de las propiedades del Estado, y al abandono de su soberanía sobre la Isla, y le asegure por tratado las ventajas comerciales que se estimen justas.

UN ANÁLISIS MAGISTRAL DEL ORIGEN Y OBJETIVOS DE LA CONFERENCIA

Hasta ahora, puede advertirse en qué medida las actividades previas a la Conferencia van presentándole a Martí, gradualmente, nuevos ángulos de interés por su significación para los países latinoamericanos en general y para Cuba en particular. Sus diversas reacciones se manifiestan sin ambages, tanto en la correspondencia periodística como en la privada. Pero en tanto que se acerca el inicio oficial de las sesiones y va conociendo todos los factores que se mueven en torno

a la reunión –aún antes de comenzar las labores formales del cónclave–, es natural que se sienta impulsado a realizar un análisis profundo de esa primera tentativa del imperalismo de controlar los resortes vitales de la vida económica hispanoamericana, a través de un organismo continental de naciones.

Ese análisis, que muestra la capacidad crítica de Martí y su penetración de los problemas fundamentales de la sociedad de su tiempo, conforma la correspondencia enviada a *La Nación* de Buenos Aires con fecha 2 de noviembre de 1889, bajo el título de “Congreso Internacional de Washington. Su historia, sus elementos y sus tendencias”. Puede considerarse un excepcional ensayo político, donde se vuelca lo sustancial del pensamiento martiano respecto del fenómeno de la expansión del capital financiero de los Estados Unidos hacia el Sur. Este brillante análisis, donde a los valores del contenido se agrega la peculiar excelencia del estilo de su autor, fue publicado por el diario bonaerense en dos partes, en sus ediciones del 19 y del 20 de diciembre de 1889. Pero su mérito y utilidad no caducan, como de inmediato se advierte:

Termina ya el paseo de los delegados y están a reunirse las sesiones del Congreso Internacional. Jamás hubo en América, de la independencia acá, asunto que requiera más sensatez, ni obligue a más vigilancia ni pida examen más claro y minucioso que el convite que los Estados Unidos potentes, repleto de productos invendibles y determinados a extender su dominio en América, hacen a las naciones americanas de menos poder, ligadas por el comercio libre y útil con los pueblos europeos, para ajustar una liga contra Europa, y cerrar tratos con el resto del mundo.

A continuación, formularía el maestro la conocida sentencia que continúa gravitando sobre la conciencia latinoamericana, por su fundada exigencia de un deber incumplido, y que denota la gravedad que atribuía él a la reunión:

De la tiranía de España supo salvarse la América española; y ahora, después de ver con ojos judiciales los antecedentes, causas y factores del convite, urge decir, porque es la verdad, que ha llegado para la América española la hora de declarar su segunda independencia.

Y proseguía Martí, con su larga y profunda mirada y su pasión latinoamericana:

En cosas de tanto interés la alarma falsa fuera tan culpable como el disimulo. Ni se ha de exagerar lo que se ve, ni de torcerlo ni de callarlo. Los peligros no se han de ver cuando se les tiene encima, sino cuando se les puede evitar. Lo primero en política, es aclarar y prever. Sólo una respuesta unánime y viril para la que todavía hay tiempo sin riesgo, puede libertar de una vez a los pueblos españoles de América de la inquietud y la perturbación, fatales en su hora de desarrollo, en que les tendría sin cesar, con la complicidad posible de las repúblicas venales o débiles, la política secular y confesa de predominio de un vecino pujante y ambicioso, que no los ha querido fomentar jamás, ni se ha dirigido a ellos sino para impedir su extensión, como en Panamá, o apoderarse de su territorio, como en México, Nicaragua, Santo Domingo, Haití y Cuba, o para cortar por la intimidación sus tratos con el resto del universo, como en Colombia, o para obligarlos, como ahora, a comprar lo que no puede vender, y confederarse para su dominio.

Después de tan certero enjuiciamiento, Martí se extiende en un severo análisis del proceso de formación de los Estados Unidos y de su vocación imperialista, que fue inconsecuente con movimientos de libertad tan importantes como la Revolución Francesa y la guerra de independencia hispanoamericana; y después de subrayar el creciente afán de expansión y de dominio de los Estados Unidos, proclamado por ideólogos y poetas del imperio, prosigue Martí:

Y cuando un pueblo rapaz de raíz, criado en la esperanza y certidumbre de la posesión del continente, llega a serlo con la espuela de los celos de Europa y de su ambición de pueblo universal como la garantía indispensable de su poder futuro, y el mercado obligatorio y único de la producción falsa que cree necesario mantener, y aumentar para que no decaigan su influjo y su fausto, urge ponerles cuantos frenos se puedan fraguar, con el pudor de las ideas, el aumento rápido y hábil de los intereses opuestos, el ajuste franco y pronto de cuantos tengan la misma razón de temer, y la declaración de la verdad. La simpatía por los pueblos libres dura hasta que hacen traición a la libertad; o ponen en riesgo la de nuestra patria.

Así trazaba Martí, con vigor y realidad supremos, los sombríos rasgos del cuadro histórico en el que Estados Unidos convocaba la conferencia, hacia la cual se mostraban contrarios, por previsión o interés político, algunos factores a los que el periodista hacía ligera referencia, para entrar en seguida en el análisis de los orígenes de la reunión. Recuerda que la idea de la misma nació “en días culpables”, cuando Blaine, como secretario de Estado del presidente James A. Gameld, se inmiscuyó en el conflicto entre Chile y Perú para favorecer intereses privados norteamericanos, buen precedente para que los capitalistas vieran:

que era posible convertir en su agencia particular la Secretaría de Estado de la nación. Se unieron el interés privado y político de un candidato sagaz (Blaine), la necesidad exigente de los proveedores del partido, la tradición del dominio continental perpetuada en la república, y el caso de ponerla a prueba en un país revuelto y débil.

Fue así como surgió de la secretaría de Blaine el proyecto de la Conferencia, “con el crédito de la leyenda, el estímulo oculto de los intereses y la magia que a los ojos del vulgo tienen siempre la novedad y la osadía”. Pero el asesinato del

presidente Garfield en 1881 (acontecimiento del que hizo Martí sensacionales reportajes), hizo salir a Blaine de la secretaría de Estado, y la idea de la conferencia panamericana quedó aplazada, no sin que una comisión oficial norteamericana visitase por aquellos días algunos países latinoamericanos para “estudiar las causas de que fuera tan desigual el comercio y tan poco animada la amistad entre las dos nacionalidades del continente”. Hablaron del Congreso en el camino y lo recomendaron a la Cámara y al Senado a su vuelta a Washington.

En esa oportunidad del regreso de la comisión, estaba en el poder el Partido Demócrata que, al decir de Martí, no hubiera prohijado la idea de la conferencia, “por tener en la mente, con la reducción nacional del costo de la vida y de la manufactura, el modo franco y legítimo de estrechar la amistad con los pueblos libres de América”. Pero las fuerzas proteccionistas habían crecido demasiado y, agregaba Martí,

no puede oponerse impunemente un partido político a los proyectos que tienden, en todo lo que se ve, a robustecer el influjo y el tráfico del país; ni hubiera valido a los demócratas poner en claro los intereses censurables que originaron el proyecto, porque en sus mismas filas ya muy trabajadas por la división de opiniones económicas, encontraban apoyo decisivo los industriales necesitados de consumidores, y las compañías de buques, que pagan con largueza en uno u otro partido a quienes las ayudan. La autoridad creciente de Cleveland, caudillo de las reformas, apretaba la unión de los proteccionistas de ambos partidos, y preparaba la liga formidable de intereses que derrotó en un esfuerzo postrero su candidatura. La angustia de los industriales había crecido tanto desde 1881, cuando se tachó la idea del congreso de osadía censurable, que en 1888, cuando aprobaron la convocatoria las dos casas [ambos cuerpos colegisladores] fue recibida por la mucha necesidad de vender, más natural y provechosa que antes. Y de este modo vino a parecer unánime, y como acordado por los dos bandos del país, el pro-

yecto nacido de la conjunción de los intereses proteccionistas con la necesidad política de un candidato astuto.

Continuaba el análisis de Martí señalando el trasfondo financiero predominante en la política norteamericana, entonces con otros factores pero con semejantes efectos ajenos a la ética y a los intereses ciudadanos:

Los caudales proteccionistas echaron a Cleveland de la Presidencia. Los magnates republicanos tienen parte confesa en las industrias amparadas por la protección. Los de la lana contribuyeron a las elecciones con sumas cuantiosas, porque los republicanos se obligaban a no rebajar los derechos de la lana. Los del plomo contribuyeron para que los republicanos cerrasen la frontera al plomo de México. Y los del azúcar. Y los del cobre. Y los de los cueros, que hicieron ofrecer la creación de un derecho de entrada. El congreso estaba lejos. Se prometía a los manufactureros el mercado de las Américas; se hablaba, como con antifaz, de derechos misteriosos y de “resultados inevitables”; a los criadores y extractores se les prometió tener cerrados a los productos de afuera el mercado doméstico; no se decía que la compra de las manufacturas por los pueblos españoles habría de recompensarse comprándoles sus productos primos.

En definitiva, al realizarse el congreso, se combinan las aspiraciones electorales y las contradicciones entre los intereses de los manufactureros con los de los criadores y extractores, y en general las urgencias de los proteccionistas, para crear una situación que Martí no vacila en señalar que con ella se ha impuesto “el planteamiento desembozado de la era del predominio de los Estados Unidos sobre los pueblos de la América”. Y agrega con la seguridad de quien ya sabe penetrar en los secretos de la historia:

Y es lícito afirmar esto, a pesar de la aparente mansedumbre de la convocatoria, porque a ésta, que versa sobre las relaciones

de los Estados Unidos con los demás pueblos americanos, no se la puede ver como desligada de las relaciones, y tentativas, y atentados confesos de los Estados Unidos en la América, en los instantes mismos de la reunión de sus pueblos, si bien que por lo que son estas relaciones presentes se ha de entender cómo serán, y para qué, las venideras, y luego de inducir la naturaleza y objeto de las amistades proyectadas, habrá de estudiarse a cuál de las dos Américas convienen, y si son absolutamente necesarias para su paz y vida común, o si estarán mejor como amigos naturales sobre bases libres, que como coro sujeto a un pueblo e intereses distintos, composición híbrida y problemas pavorosos, resuelto a entrar, antes de tener arreglada su casa, en desafío arrogante, y acaso pueril, con el mundo.

Sentados estos razonamientos, concluye el maestro con su previsor alarmar; ante la tácita disyuntiva, expuesta con tajante crudeza:

Y cuando se determine si los pueblos que han sabido fundarse por sí, y mejor mientras más lejos, deben abdicar su soberanía en favor del que con más obligación de ayudarles no les ayudó jamás, y si conviene poner clara, y donde el universo la vea la determinación de vivir en la salud de la verdad, sin alianzas innecesarias con un pueblo agresivo de otra composición y fin, antes de que la demanda de alianza forzosa se encone y haga caso de vanidad y punto de honra nacional –lo que habrá de estudiarse serán los elementos del congreso, en sí y en lo que de afuera influye él, para augurar si son más las probabilidades de que se reconozcan, siquiera sea para recomendación, los títulos de patrocinio y prominencia en el continente, de un pueblo que comienza a mirar como privilegio suyo la libertad, que es aspiración universal y perenne del hombre, y a invocarla para privar a los pueblos de ella–, o de que en esta primera tentativa de dominio, declarada en el exceso impropio de sus pretensiones, y en los trabajos coetáneos de expansión territorial e influencia desmedida, sean más, si no todos, como debieran ser los pueblos que, con la entereza de la razón y la seguridad en que están

aún, den noticia decisiva de su renuncia a tomar señor, que los que por un miedo a que sólo habrá causa cuando hayan empezado a ceder y reconocido la supremacía, se postren, en vez de esquivado con habilidad, al paso del Juggernaut desdeñoso, que adelanta en triunfo entre turiferarios alquilones de la tierra invasora aplastando cabezas de siervos.

Nunca antes en nuestra América habíase advertido en el tono y voz requeridos, el enorme peligro de la desnuda voracidad imperialista de Estados Unidos, gritada desde sus mismas entrañas en momento preciso como aquel. Y como corolario de esta primera parte de su penetrante análisis, agregaba Martí –sin temblar ante el uso del Juggernaut (“señor del mundo”, en sentido místico, de Krishna), atribuido a un enorme vehículo de madera que carga a los fieles en rituales hindúes y al que quieren subir todos sus fanáticos):

El *Sun* de Nueva York, lo decía ayer: “El que no quiera que lo aplaste el Juggernaut, súbase en su carro”. Mejor será cerrarle al carro el camino./ Para eso es el genio para vencer la fuerza con la habilidad. Al carro se subieron los tejanos, y con el incendio a la espalda, como zorros rabiosos, o con los muertos de la casa a la grupa, tuvieron que salir, descalzos y hambrientos, de su tierra de Texas.

Después del profundo y pormenorizado análisis de los procedimientos coercitivos de la política exterior norteamericana y de sus propósitos de dominio continental –el primero, repetimos, de autor latinoamericano–, pasa Martí a la segunda parte de esta correspondencia a *La Nación* de Buenos Aires, comenzando con breve referencia a la agenda del congreso, que incluía estos puntos: fomento de líneas de vapores entre los distintos países, unificación de documentos mercantiles y despachos de aduana, uniformidad de pesas y medidas, leyes sobre marcas y privilegios, extradición de criminales, moneda común...

Excelente cosa sería el arbitraje –escribe Martí al comentar este punto de la agenda– si en estos mismos meses hubiesen dado prueba de quererlo realmente los Estados Unidos en su vecindad, proponiéndolo a los dos bandos de Haití, en vez de proveer de armas al bando que le ha ofrecido cederle la península de San Nicolás, para echar del país al gobierno legítimo, que no se la quiso ceder.

Una vez que muestra esta falacia norteamericana, señala Martí los peligros de una unión aduanera de la América Latina con los Estados Unidos, por cuanto éstos serían los únicos beneficiados por lograr con ella la colocación fácil de sus productos manufacturados, y, entre otras razones, menciona una de las que no ha perdido vigencia:

Sobre que sería inmoral e ingrato, caso de ser posible por las obligaciones previas, despojar del derecho de vender en los países de América sus productos baratos a los pueblos que sin pedirles sumisión política les adelantan caudales y les conceden créditos, para poner en condición de vender sus productos caros e inferiores a un pueblo que no abre créditos ni adelanta caudales sino donde hay minas abiertas y provechos visibles, y exige además la sumisión.

Y sigue en esa crónica del clarividente revolucionario cubano aquella advertencia bastante repetida y que en nuestros días debe ser divulgada sin descanso:

¿A qué ir de aliados, en lo mejor de la juventud, en la batalla que los Estados Unidos se prepara a librar con el resto del mundo? ¿Por qué han de pelear sobre las repúblicas de América sus batallas con Europa, y ensayar en pueblos libres su sistema de colonización? ¿Por qué tan deseosos de entrar en la casa ajena, mientras los que quieren echar de ella se les están entrando en la propia? ¿Por qué ajustar en la sala del congreso proyectos de reciprocidad con todos los pueblos americanos cuando un proyecto

de reciprocidad, el de México, ajustado entre los dos gobiernos con ventajas mutuas espera en vano de años atrás la sanción del Congreso, porque se oponen a él con detrimento del interés general de la nación, los intereses especiales heridos en el tratado?

Se ofrecen por Martí, en su sensacional análisis, otros ejemplos del desdén de los Estados Unidos hacia esos compromisos si lesionan intereses proteccionistas, y advierte que los tratados que se acuerden los hará Norteamérica a sabiendas de que serán rechazados por el poder legislativo. A continuación transcribe el periodista comentarios de prensa donde se pone en evidencia a Blaine en su jugada política como aspirante presidencial y asimismo se detallan todas las incurSIONES del imperialismo yanqui en distintos países de nuestra América, cosa que los periódicos reflejan con insolencia, reclamando “formar una unión de todo el norte del continente con la bandera de las estrellas desde los hielos hasta el Istmo, y de océano a océano”.

En su examen a todo lo que atañe a la conferencia, Martí revisa también las voces descreídas o pesimistas que consideren que aquella “no ha de ser más que junta nula, o bandera de la campaña presidencial o pretexto de una cacería de subvenciones”, y aboga por una actitud decorosa y alerta de la América Latina frente a la penetración imperialista. Fustiga lo que aún hoy es preciso fustigar:

¿A qué invocar, para extender el dominio en América, la doctrina que nació tanto de Monroe como de Canning, para impedir en América el dominio extranjero, para asegurar la libertad de un continente? ¿O se ha de invocar el dogma contra un extranjero para traer a otro? ¿O se quita la extranjería, que está en el carácter distinto, en los distintos intereses, en los propósitos distintos, por vestirse de libertad, y privar de ella con los hechos, o porque viene con el extranjero el veneno de los empréstitos, de los canales, de los ferrocarriles?

LA PRÉDICA INCANSABLE

En víspera de iniciar sus sesiones la conferencia, ésta será, según Martí:

el recuento del honor, en que se ve a quienes defienden con energía y mesura la independencia de la América Española, donde está el equilibrio del mundo; o si hay naciones capaces, por el miedo o el deslumbramiento, o el hábito de servidumbre, o el interés de consentir; sobre el continente ocupado por dos pueblos de naturaleza y objetos distintos, en mermar con su deserción las fuerzas indispensables, y ya pocas, con que podrá la familia de una nacionalidad contener con el respeto que imponga y la cordura que demuestre, la tentativa de predominio, confirmada por los hechos coetáneos, de un pueblo criado en la esperanza de la dominación continental a la hora en que se pintan, en apogeo común, el ansia de mercados de sus industrias pletóricas, la ocasión de imponer a naciones lejanas y a vecinos débiles, el protectorado ofrecido en las profecías, la fuerza material necesaria para el acontecimiento, y la ambición de un político rapaz y atrevido.

El 12 de noviembre de 1889, en carta a Gonzalo de Quesada, nuevamente tocó Martí el tema de la proposición anexionista que se pretendía presentar ante la conferencia a punto de comenzar sus sesiones. En ella se duele de algunas interpretaciones de Quesada a su actitud ante determinadas maniobras yanquis, y expresa:

Pero lo que soy, lo soy, y no me deslumbro, ni me desvío, ni cedo por interés alguno de renombre pasajero, o popularidad demasiado costosa, o autoridad futura, a lo que creo que, so pretexto de acelerada, pone en riesgo, tal vez mortal, la libertad de mi país. Cambiar de dueño, no es ser libre. Yo quiero de veras la independencia de mi patria; pero no creo que esos planes de garantía ayudan a la independencia, a no ser como medio

para beneficiar con ella a los que no tienen interés en verla lograda, sino de impedirla.³

Naturalmente, se refería Martí a la proposición redactada por José Ignacio Rodríguez y otros anexionistas que trabajaban como funcionarios de la conferencia, y que habrán entregado al Senador Call para que éste la presentase al Congreso norteamericano y figurara como antecedente oficial para forzar su tratamiento en la reunión interamericana.

Según ese proyecto, como se recordará, los Estados Unidos entregarían una indemnización a España para que “concediera” la independencia de Cuba... financiada por el gobierno de Washington...

Lo que padecía Martí por esa maniobra y por los peligros que veía cernirse sobre todas las naciones de nuestra América, lo expresó nuevamente en carta personal esta vez al patriota Serafín Bello, en 16 de noviembre de aquel año de 1889:

Tiene métodos muy sutiles la ambición poderosa, y sería preciso que estuviese aquí, y aún estando no lo vería acaso bien para entender cuánto estrago hace hasta en los más fieles, la esperanza funesta, y enteramente secundada por los mismos nuestros, por interés o por fanatismo, de que a Cuba le ha de venir algún bien de un Congreso de naciones americanas donde, por grande e increíble desventura, son tal vez más las que se disponen a ayudar al gobierno de Estados Unidos a apoderarse de Cuba, que las que comprendan que les va su tranquilidad, y acaso lo real de su independencia, en consentir que se quede la llave de la otra América en estas manos extrañas.

³ Todas las citas y referencias de la correspondencia privada de José Martí, han sido tomadas de su obra, Luis García Pascual y Enrique H. Moreno Pla (comps.), *Epistolario*, La Habana, Centro de Estudios Martianos/Editorial de Ciencias Sociales, 1993, 5 tomos.

Es en esta misiva amistosa donde añade este párrafo en el que, desde la más profunda intimidad, expresa la inquietud e incertidumbre de nuestros pueblos:

Llegó ciertamente para este país, apurado por el proteccionismo, la hora de sacar a plaza su agresión latente, y como ni sobre México ni sobre el Canadá se atreve a poner los ojos, los pone sobre las islas del Pacífico, y sobre las Antillas, sobre nosotros. Podríamos impedirlo, con habilidad y recursos; que los arranques y la claridad de juicio, pueden con buen manejo, vencer a la fuerza. En la soledad en que me veo –porque cual más cual menos espera lo que abomino– lo he de impedir, he de implorar, estoy implorando, pongo al servicio de mi patria en el silencio todo el crédito que he podido irle dando en esas tierras hermanas a mi nombre. Con dos o tres leales haré cuanto pueda, y acaso, como parte de estos trabajos, publique dentro de muy pocos días, en cuanto pueda hacerlo con decoro, una hoja donde con el alma que Vd. conoce, diga la verdad, y junte, sin miedo a tibios y a señores, a los que deben estar juntos.

No terminaba el agónico desahogo sino en este párrafo clamoroso:

Del Cayo quiero ver surgir una admirable protesta. Que de allí nazca, porque de allí tiene derecho a nacer. Pero con propósito y pensamiento que no se queden allí. Es preciso que Cuba sepa quienes y para qué, quieren aquí la anexión. De Cuba, en la desesperación, la anhelan los que guían; no la juventud, no la población mayor. La corriente es mucha, y nunca han estado tan al converger los anexionistas ciegos de la Isla, y los anexionistas *yankees*. Para mí, sería morir. Y para nuestra patria. No es mi pasión la que me da fuerzas para luchar, solo, en la verdad de las cosas, sino mi certidumbre de que de semejante fin sólo esperan a nuestra tierra las desdichas y el éxodo de Texas, y de que el predominio norteamericano que se intenta en el continente haría el mismo éxodo, en las cercanías sumidas al menos, odioso e inseguro.

En otra carta de 16 de ese mismo noviembre, a Gonzalo de Quesada, hace comentarios sobre el ambiente de la conferencia, y quien escribe es quien ya prepara la guerra de independencia:

Son algunos los vendidos y muchos los venales; pero de un bufido del honor pueden echarse atrás a los que, por hábito de rebaño, o el apetito de las lentejas, se salen de las filas en cuanto oyen el látigo que los convoca, o ven el plato puesto. El interés de lo que queda de honra en la América Latina –el respeto que impone un pueblo decoroso [...] y la posibilidad de obtener nuestra independencia antes de que le sea permitido a este pueblo por los nuestros extenderse sobre sus cercanías, y regidos todos: he ahí nuestros aliados, y con ellos emprendo la lucha [...] Con la energía de la honradez, se pueden cruzar aceros contra los fuertes arrogantes, y aunque les vayan levantando la manos los que, por su defensa y la nuestra, se debían poner frente a ellos. Yo sé lo que yo hacía, y lo que puedo hacer, y cuán pronto lo haría. Y lo que pueda, lo haré.

Hasta el 11 de diciembre, no vuelve Martí a referirse a la conferencia, en sus crónicas a *La Nación*, esta vez para consignar los acuerdos de una sesión preparatoria, sobre temas de organización interior y de distribución de las responsabilidades operativas de cada delegación del congreso, que entra en receso con motivo de las celebraciones pascuales. No omite los aplausos que recibió la delegación del Brasil al anunciarse que representaba a la nueva república, por derrocamiento del régimen imperial, pero tampoco el anuncio del *Post*, de Washington, de haberse presentado al Senado la proposición “para adquirir la isla de Cuba”.

Es natural que Martí continuara en tensión, ante las pésimas perspectivas del ambiente oficial de la conferencia, a la que lo vinculaba por igual su militancia revolucionaria cubana, su sensible vocación latinoamericana y su responsa-

bilidad periodística. Todo ello además de problemas conyugales y obligaciones de trabajo. Desahogo a su confidente y amigo mexicano Manuel Mercado, en carta de diciembre de aquel año:

Yo prometí escribir a usted largo, y en el no hacerlo se han juntado la piedad de dar más que leer a quien ya tiene tanto –el afán en que vivo con el trabajo de siempre en los talones– y la pena de pensar en lo que tanto me ha atribulado y descompuesto en estos últimos meses, viendo cómo se iba envolviendo alrededor de mi tierra, y de mis tierras de América, una red de que todas, menos la mía tal vez, se pueden aún salvar. Yo no hablo de mis penas personales, porque me han dado la puñalada de muerte, no pienso en ellas. Las callo, y me comen; pero no llegan hasta mi juicio.

La puñalada, como se sabe, fue la decisión de su esposa de regresar a Cuba al amparo del pabellón español después de breve estancia en su hogar neoyorquino, llevándose consigo al hijo de ambos (Recuérdese en *Versos sencillos*: “He visto vivir a un hombre/ con el puñal al costado,/ sin decir jamás el nombre/ de aquella que lo ha matado”). Volviéndose hacia las otras penas que le obligaban a vivir en agonía, agregaba Martí en la carta a Mercado, su fraterno amigo mexicano:

Lo que casi me ha sacado la tierra de los pies es el peligro en que veo a mi tierra de ir cayendo poco a poco en manos que la han de ahogar; y porque no le parezca adulación no le digo que esta pena es casi tan viva, ¿y por qué no tan viva?, por los pueblos del mismo origen y composición que por el mío. Pero me pasa con los peligros de este orden que la inquietud me dura en ese estado mientras veo que se pueden evitar, y me revuelvo en vano para encontrar ayuda, y no se evitan. Luego, cuando el peligro está cara a cara, la suerte se me serena. Yo no veo sufrir a mi alrededor con tanta viveza por estas cosas que a mi me quitan el poco gusto que tengo en vivir. Los mismos que ven

lo que yo veo, y me lo confirman con su observación, padecen menos, porque se sienten dueños de su tierra libre.

En 13 de diciembre, Martí vuelca a Gonzalo de Quesada las mismas penas, pero al siguiente día, vuelve a escribirle, y observa complacido: “En las cosas de la conferencia veo con júbilo que la Argentina crece en autoridad”, pero expresa con angustia:

Sobre nuestra tierra, Gonzalo, hay otro plan más tenebroso que lo que hasta ahora conocemos y es el inicio de forzar a la Isla, de precipitarla a la guerra, para tener pretexto de intervenir en ella, y con el crédito de mediador y de garantizador, quedarse con ella. ¡Cosa más cobarde no hay en los anales de los pueblos libres! Ni maldad más fría. ¿Morir para dar pie en qué levantarse a estas gentes que nos empujan a la muerte para su beneficio? Valen más nuestras vidas, y es necesario que la Isla sepa a tiempo esto. ¡Y hay cubanos, cubanos, que sirven, con alardes disimulados de patriotismo, estos intereses!

Mientras ese peligro subsiste, Martí padece, pero no descansa en denunciar el peligro, por todos los medios a su alcance. El 30 de noviembre de 1889, tuvo ocasión de hablar ante los delegados latinoamericanos, en un acto celebrado en el Hardman Hall, de Nueva York, El tema de su discurso fue la vida y obra del poeta cubano José María Heredia (1803-1839), el primero que cantó a la revolución de independencia de la Isla. No desaprovechó el inspirado orador la ocasión para recordar cómo los Estados Unidos malograron el intento de Simón Bolívar de propiciar la libertad de Cuba en el Congreso de Panamá, en 1826, y lo hizo, dentro del aliento lírico de su discurso, a manera de parábola, como las que escribía por entonces para su revista *La Edad de Oro*:

Por su patria había querido él y por la patria mayor de nuestra América, que las repúblicas libres echaran sus brazos al único

pueblo de la familia emancipada que besaba aún los pies del dueño enfurecido: “Vaya”, decía, “la América libre a rescatar la Isla que la naturaleza le puso de pórtico y guardia”. Piafaba aún, cubierto de espuma, el continente, flamígero el ojo y palpitantes los ijares, de la carrera en que habían paseado el estandarte del sol San Martín y Bolívar: ¡entre en la mar el caballo libertador y eche de Cuba, de una pechada, al déspota mal seguro! Y ya ponía Bolívar el pie en el estribo, cuando un hombre que hablaba inglés, y que venía del Norte con papeles del gobierno, le asió el caballo de la brida, y le habló así: “¡Yo soy libre, tú eres libre, pero ese pueblo que ha de ser mío porque lo quiero para mí, no puede ser libre!”. Y al ver Heredia criminal a la libertad, y ambiciosa como la tiranía, se cubrió el rostro con la capa de tempestad, y comenzó a morir.⁴

Y al evocar Martí ante los delegados la oda “Niágara”, obra maestra de Heredia, con voz que no podían olvidar los representantes de las naciones latinoamericanas, expresó:

Pídele ¡oh Niágara! al que da y quita, que sean libres y justos todos los pueblos de la tierra; que no emplee pueblo alguno el poder obtenido por la libertad, en arrebatarla a los que se han mostrado dignos de ella; que si un pueblo osa poner la mano sobre otro, no lo ayuden al robo, sin que te salgan, oh Niágara, de los bordes, los hermanos del pueblo desamparado!

Al escribirle a Mercado, sobre este discurso (en fecha 24 de diciembre de 1889), Martí subraya que lo dijo ante los delegados, “para que resonase en Cuba, y para atraer la atención sobre mi tierra y sobre las suyas, y más sobre las suyas que sobre la mía esta vez”, y agregaba:

Y era mi objeto, porque lo veo y sé, dejar oír en esta tierra, harta de lisonjas que desprecia, y no merece, una voz que no tiembla

⁴ “Heredia”, discurso pronunciado en Hardman Hall, Nueva York, en José Martí, *Obras completas*, núm. 2, t. 5, La Habana, Centro de Estudios Martianos, 2001, p. 165.

ni pide –y llamar la atención sobre la política de intriga y división que acá se sigue, con daño general de nuestra América e inmediato del país que después del mío quiero en ella más– en las tierras confusas y rendidas de Centroamérica.

Lamentábase Martí en su carta de no disponer de “una tribuna constante”, y terminaba con esta concluyente afirmación: “Pero mientras viva, velo. Quiero libre a mi tierra, y a mi América, libre”.

De nuevo habló a los delegados en Nueva York, el 19 de diciembre, en la velada artístico-literaria ofrecida por la Sociedad Literaria Hispanoamericana. En discurso pleno de inspiración americanista, trazó una síntesis admirable del proceso de formación de “los dos pueblos” distintos del continente, situado uno al Norte y otro al Sur, y concluía:

A unos nos ha echado aquí la tormenta; a otros, la leyenda; a otros, el comercio; a otros, la determinación de escribir, en una tierra que no es libre todavía, la última estrofa del poema de 1810 [...] Pero por grande que esta tierra sea, y por ungida que esté para los hombres libres la América en que nació Lincoln, para nosotros, en el secreto de nuestro pecho, sin que nadie ose tachárnoslo ni nos lo pueda tener a mal, es más grande, porque es la nuestra y porque ha sido más infeliz, la América en que nació Juárez.⁵

LA VICTORIA PARCIAL

Felizmente, el curso de la conferencia dio suficientes motivos para aplacar gradualmente la tensión de Martí. Hay referencias parciales a las labores del prolongado cónclave en sucesivas correspondencias periodísticas: a *La Nación*, del 3

⁵ *Ibid.*

de febrero de 1890; a *El Partido Liberal*, de México, del 13 de marzo; y otra vez al diario argentino, del 31 de marzo de aquel año. En cada información suya, el maestro se preocupa por destacar cuanto demuestre personalidad propia y carácter de los delegados latinoamericanos, y, por contraste, cuanto ponga en evidencia la actitud arrogante y agresiva de los delegados norteamericanos y cuanto los ridiculice. Estimula constantemente, como le era habitual el espíritu de identidad de los pueblos del mismo origen, y las naturales diferencias con el vecino poderoso de otro origen y de distintos idiomas y costumbres.

Destaca Martí –en su larga crónica del 31 de marzo–, el sensacional discurso del delegado argentino, Roque Sáenz Peña, contra el proyecto de arbitraje presentado por la delegación norteamericana, y los comentarios que suscitó.

Porque no estuvo, a lo que parece, la fuerza del discurso en argüir contra el Zollverein, que está fuera de todo sentido, y con el dedo meñique se echa abajo, sin más que recordar que el alemán, que se saca de modelo, vivió por la política, que es justamente lo que en este caso no ha de ser, –y porque fue la primera forma posible el pensamiento unánime de la unificación nacional, que en Alemania era tendencia justa por ser todos de unos mismos padres, mientras que en América no cabe, por estar poblada por dos naciones que pueden visitarse como amigos, y tratarse sin pelear, pero no echar por un camino, porque una quiere echarse sobre el mundo, mientras que la otra le quiere abrir los brazos.

Se advierte en la crónica que el periodista recoge las palabras del prócer argentino como propias, por el entusiasmo con que las transcribe:

Ni en eso estuvo la fuerza del discurso; ni en poner de relieve los yerros económicos del norte, y la puerilidad de pretender

que los pueblos a cuyos frutos cierra las puertas se obliguen a comprarle caro lo que les ofrecen barato los pueblos que les abren la puerta de par en par; ni en la claridad con que probó que estaba fuera del programa expreso de la conferencia y fuera de las prácticas internacionales y fuera del interés mismo de los Estados Unidos, recomendar como con el apoyo principal del ministro de México había recomendado la comisión, que se celebren tratados de reciprocidad, porque si a reciprocidades vamos, ¿cómo podremos los argentinos conformarnos a ella sino gravando el pino y las máquinas, y el petróleo de los Estados Unidos con el mismo sesenta por ciento con que nos gravan los Estados Unidos nuestras lanas?

Aún siguieron más argumentos y antecedentes sobre la falacia de la reciprocidad. Y Martí corona así su admirable crónica sobre las palabras de quien años después rigió los destinos de la República Argentina, subrayando los elementos del perfecto polemista:

En la fuerza tranquila, presente desde las primeras frases, parece haber estado el mérito saliente del discurso de Sáenz Peña; en aquel sentir tan alto la patria en el corazón, que con toda ella se presenta, robusto y orgulloso y con tal fe que nadie la ofende ni la duda, sino que la respetan y juzgan por la energía y poder que infunde en sus hijos; y en el mérito mayor, en cosas de diplomacia, de no dar dictamen que no lleve el hecho al pie, ni adelantar censura que no vaya recta al blanco, ni censurar mucho, y por poca causa, sino cuando la causa sobra, y la censura cae inesperada y merecida, y entra en el pecho hostil hasta el pomo. No en irritar estuvo su fuerza; sino en tundir, en oponer, sin soberbia, y del primer quite, la pintura de su patria, generosa y próspera, a la de las trabas con que el norte le cierra al comercio de su patria las puertas; en mantener, cabeza alta, que los Estados Unidos, pletóricos y desdeñosos, han de ver por su plétora, antes de tachar la de otros, y de curar sus malas leyes antes de poner mano en las ajenas; en hablar, como por derecho

natural, de la América castellana como una, y de un vuelo, con las palabras que se necesitan para fabricar una maza, declarar sin provocación ni imprudencia, y sin parecer que lo declaraba, que los pueblos de América son entidades firmes y crecidas que se conocen plenamente, viven abiertos al hombre en liza libre, y no entrarán en “aventuras peligrosas”.

En su crónica de 16 de abril, Martí describe la sesión de la conferencia como el consumado narrador que era, y como si estuviera armado de una cámara fotográfica y un audífono para no perder gestos ni palabras de la extensa y accidentada sesión sobre arbitraje. Merecería considerar este movido y hablado texto como un modelo de reportaje de todos los tiempos, tanto por su estilo gráfico, dinámico, como por los hechos singulares de una importante conferencia internacional. Sin perder solemnidad la sesión, dedicada al reglamento de arbitraje, no se llegó a acuerdo alguno, por las justificadas contradicciones entre el Norte y el Sur y también las existentes entre países del Sur. Pero el texto de Martí continuará siendo una pieza periodística antológica de la política interamericana, en la que predomina la negativa latinoamericana a plegarse a las pretensiones de dominio del imperialismo norteamericano. Las palabras del ponente argentino, Manuel Quintana, quedaron firmes en la conciencia latinoamericana: “Ante el derecho internacional americano no existen en América naciones grandes ni pequeñas; todas son igualmente soberanas e independientes, todas son igualmente dignas de consideración y de respeto”.

Pero la batalla final de la conferencia, fue la que describió Martí con mayor entusiasmo y orgullo, en su crónica a *La Nación*, de 3 de mayo de 1890, en la última sesión, empleando el mismo dinámico ritmo descriptivo que la anterior:

La batalla del día fue de veras muy recia. El Zolverein había sido el clamor de combate en lo económico, y la Argentina lo

ganó, de cara al sol. El proyecto de conquista, suma y término natural del arbitraje, era el campo de combate en lo político; ¿lo ganaría la Argentina también, cuando tenía el sol en contra? Porque, entre los de habla castellana, el entusiasmo con que se acogió el propósito de honradez y humanidad que a todos les asegura y garantiza, y no se puede rechazar sin confesarse reo voluntario y descarado contra la humanidad y la honradez, fue tan loable como la moderación con que en la casa extranjera, refrenó los impulsos a que pudo llevarla el interés amenazado o la ira, el único pueblo de nuestra América que por sus pecados de guerra, pudo creer que le iba al pecho el proyecto levantado en masa por todas las repúblicas del continente, como un coro de hermanos. Quien vio aquel espectáculo, nunca lo olvidará.

Estados Unidos “se negó a firmar el proyecto que declara ‘eliminada para siempre la conquista del derecho público americano’”, y consintió en declarar eliminada la conquista “por veinte años”. Y Martí cuenta que Quintana, delegado argentino, redactó el proyecto de cuatro artículos, en que se elimina la conquista para siempre –que las cesiones territoriales en virtud de coacción serán nulas –que los pueblos forzados a ceder sus tierras pueden recurrir al arbitraje –que será nula la renuncia del derecho de llamarse a arbitramento. La delegación norteamericana se opuso al proyecto contra la conquista, y hubo reuniones y discusiones fuera del pleno, proposiciones de modificación del propio secretario de Estado Blaine etc., pero el ponente argentino mantuvo su texto. Son instantes críticos, de incertidumbre y de indecisión.

Y empieza la votación. ¿Cuál será el pueblo de América que se niegue a declarar que es un crimen la ocupación de la propiedad de un pueblo hermano, que se reserve a sabiendas, el derecho de arrebatarse por la fuerza su propiedad a un pueblo de su propia familia? ¿Chile, acaso? No; Chile no vota contra la conquista; pero es quien es, y se abstiene de votar, no vota por ella. ¿México tal vez? México no; México es tierra de Juárez y

no de Taylors./ Y uno tras otro, los pueblos de América, votan en pro del proyecto contra la conquista. “Sí”, dice cada uno, y cada uno lo dice más alto. Un solo “no” resuena: el “no” de los Estados Unidos. Blaine, con la cabeza baja, cruza solo el salón. Los diez delegados del Norte le siguen, en tumulto, a la secretaría.

Es interesante subrayar que, en este caso, Martí, el periodista, invirtió el orden de los sucesos, al trasladar al inicio de su crónica del 3 de mayo de 1890, en audacia profesional la escena final del acontecimiento descrito, sin dejar de inmiscuir su personalidad patriótica en la escena, emocionalmente:

Ya se van, aleccionados y silenciosos, los delegados que vinieron de los pueblos de América a tratar, por el convite de Washington, sobre las cosas americanas [...] Casi todas las repúblicas, como jadeantes de la última pelea, estaban dándose la mano en torno de una mesa del [hotel] Shorehan. Se hablaba de prisa, con júbilo, en voz baja, como cuando hay nacimiento, como cuando hay boda. Velarde, el de Bolivia, radiante de gratitud, brindó, entre un coro de copas levantadas, “¡por el héroe del día, por el Bayardo de la conferencia, por el mantenedor inquebrantable de los derechos de los oprimidos y de los débiles, por el autor y el abogado triunfante del proyecto contra la conquista” [refiriéndose al delegado argentino Manuel Quintana] y de todos los labios brotaron, como de hijos a padre, palabras de ternura y agradecimiento. Quintana, vencido por primera vez, sólo acierta a decir: “¡Para mi patria acepto estos cariños! ¡Nada más que un pueblo somos todos nosotros en América! ¡Yo he cumplido, y todos hemos cumplido con nuestro deber!”. Un americano sin patria, hijo infeliz de una tierra que no ha sabido aún inspirar compasión a las repúblicas de que es centinela natural y parte indispensable, vela, acaso con lágrimas, aquel arrebato de nobleza. Las repúblicas, compadecidas se volvieron al rincón del hombre infeliz, y brindaron por el americano sin patria. Lo tomaron unos a piedad y otros a profecía.

En cuanto al balance de la conferencia, ya Martí había adelantado algunas conclusiones en su crónica de principios de marzo:

No es hora de reseñar, con los ojos en lo porvenir, los actos y resultados de la conferencia de naciones de América, ni de beber el vino de triunfo, y augurar que en el primer encuentro se han acabado los reparos entre las naciones limítrofes, o se le ha calzado el freno al rocín glotón que quisiera echarse a pacer por los predios fértiles de sus vecinos; ni cabe afirmar que en esta entrevista tímida, se han puesto ya los pueblos castellanos de América, en aquel acuerdo que sus destinos e intereses les imponen [...] vale más resguardarse juntos de los peligros de afuera, y unirse antes de que el peligro exceda a la capacidad de sujetarlo, que desconfiar por rencillas de villorrio, de los pueblos con quienes el extraño los mantiene desde los bastidores en disputa, u ostentar la riqueza salpicada de sangre que con la garra al cuello le han sacado al cadáver caliente del hermano. Los pueblos castellanos de América han de volverse a juntarse pronto, donde se vea, o donde no se vea.

Aquellos meses de la Conferencia panamericana, que fueron los últimos de 1889 y los primeros de 1890, de tan intensa actividad física y mental y de angustiada inquietud espiritual para Martí, quebrantaron seriamente su salud. En agosto de 1890 le escribe a Rafael Serra: “Entre los calores y el trabajo, y los cuidados del espíritu, dieron en cama conmigo, y me voy con la cabeza seca a la montaña. Pero con el corazón de siempre, que es como la flor, que más aroma da mientras más la estropean”. Esa secuela de los días agitados por el porvenir inseguro de la patria, habrían de ser fecundos para la poesía. El nos reiteró en el prólogo a sus *Versos sencillos*, de 1891, la verdadera causa de sus quebrantos:

Mis amigos saben cómo se me salieron estos versos del corazón. Fue aquel invierno de angustia, en que por ignorancia, o por

fe fanática, o por miedo, o por cortesía, se reunieron en Washington, bajo el águila temible, los pueblos hispanoamericanos. ¿Cuál de nosotros ha olvidado aquel escudo, el escudo en que el águila de Monterrey y de Chapultepec, el águila de López y de Walker, apretaba en sus garras los pabellones todos de la América? Y la agonía en que viví, hasta que pude confirmar la cautela y el brío de nuestros pueblos; y el horror y vergüenza en que me tuvo el temor legítimo de que pudiéramos los cubanos, con manos parricidas, ayudar el plan insensato de apartar a Cuba, para bien único de un nuevo amo disimulado, de la patria que la reclama y en ella se completa, de la patria hispanoamericana, me quitaron las fuerzas mermadas por dolores injustos. Me echó el médico al monte; corrían arroyos y se cerraban las nubes, escribí versos.

Esos *Versos sencillos* escritos en la calma tras la tempestad, pero donde destella el espíritu de lucha contra la injusticia y de amor a la libertad, continúan más vivos que nunca en los repertorios de la canción protesta, en todo el mundo, con el ritmo popular, oriental cubanísimo, de “La guantanamera”.

LUCHA TOTAL Y ANTICIPACIÓN PRÁCTICA

Hasta aquí hemos asistido sólo a un episodio importante de la experiencia política de Martí respecto al imperialismo norteamericano en sus inicios, que lo afirmó en la realidad geográfica e histórica de su ejecutoria revolucionaria. Pero cuando se desarrolla el proceso de la Conferencia panamericana que vive tan intensamente y que tanto significó para su experiencia política, ya él había tenido la oportunidad de conocer y denunciar en sus artículos y crónicas periodísticas, distintas manifestaciones del fenómeno que habría de identificarse como expresiones del proceso imperialista asumido por la pujante plutocracia yanqui, como etapa natural del agresivo desarrollo capitalista.

Progresivamente, Martí dio testimonio de esas manifestaciones, en cada caso que afloraron en la actualidad norteamericana, con la particularidad de que al registrar los hechos inherentes al fenómeno, incluyó todos los que corresponden a las clasificaciones posteriores de más de un tratadista del fenómeno imperialista moderno. En este caso, nos atenemos particularmente a la obra *El imperialismo, etapa superior del capitalismo*, de quien lo estudió y definió en escala planetaria, además de combatirlo victoriosamente en Rusia: Vladimir Ilich Lenin.

Puede afirmarse que al penetrar Martí en el fabuloso ámbito neoyorkino –al que habría de vincular el resto de su existencia–, ya ha logrado establecer las bases de su sólida formación cultural e ideológica, que aunque polarizada en la lucha por la independencia de Cuba, abarca una visión de muy amplio radio y de impresionante profundidad. El otrora adolescente romántico ha evolucionado, dándole paso a un inquieto joven cuya prematura madurez le permite tomar plena conciencia de la realidad histórica en lo político y en lo filosófico.

Sin embargo, la dura y prolongada experiencia de la agitada y expansiva realidad norteamericana, proporcionaría al curioso e inquieto escritor combatiente de la libertad cuanto necesitaba para completar una más exacta y profunda visión del mundo y de la época, y para enriquecer ideológicamente su acción y su proyección revolucionarias. Ya estaba habituado el animoso recién llegado a examinar toda experiencia política y social con detenimiento, tanto como periodista cuanto como hombre de estado interesado en asimilar lo positivo y práctico a sus fines patrióticos ulteriores. Es natural, por tanto, que de primera vista le fueran atractivas las instituciones y orientaciones democráticas surgidas directamente de la revolución de 1776, en sus rasgos más aparentes que reales. Y es natural, también, que gradualmente fuera advir-

tiendo la verdadera imagen, a medida que penetrara en aquel macromundo del capitalismo, precisamente en la etapa inicial de sus manifestaciones más brutales y odiosas: la de su fase monopolista.

Tuvo oportunidad Martí de asistir a ese proceso, y a su secuela de corrupción, descomposición y agudos conflictos sociales. Era un nuevo fenómeno negativo de proporciones y consecuencias excepcionales, que no sólo amenazaba destruir las instituciones políticas creadas por la revolución democrática burguesa, sino que además, amenazaba, con sus pretensiones hegemónicas, la independencia nacional de los países de “nuestra América”, incluyendo el territorio insular de su patria aún bajo el dominio colonial español. Si el peligro de la política expansionista yanqui ya lo había advertido Martí desde antes, desde las entrañas pudo conocer al monstruo en sus dimensiones reales y en sus intenciones voraces manifiestas.

El nuevo fenómeno económico político de expansión y dominio de unos países por otros, que ya estaba en proceso en otras partes del mundo, habría de merecer después la denominación al mismo tiempo definitiva y calificadora de imperialismo. Martí no sólo fue testigo de su nacimiento y evolución, sino también su notario, aunque no con intención del científico que estudia y define el fenómeno, sino como periodista que describía hechos y sus orígenes y consecuencias, en particular aquellos que revelaban –y denunciaban– la ambición latente de echar a aquel país “en son de conquista por todos los ámbitos de la tierra”, ambición que en nuestros días ha retoñado con nuevos métodos e ímpetus.

Entonces, Martí pudo y supo percibir, con su aguda visión, las diversas manifestaciones típicas del fenómeno imperialista, y exponerlas de manera dispersa, ocasional fragmentaria y empírica, en sus vigorosas *Escenas norteamericanas*, escritas sin otra pretensión que la de informar a sus lectores, pero

con la preocupación natural de quien observa la realidad con espíritu revolucionario, sobre todo cuando esa realidad puede ser nociva para el género humano. Y su percepción fue tan lúcida y penetrante, que muchos de los rasgos esenciales del imperialismo, que él advierte y describe en sus crónicas y reportajes neoyorquinos, coinciden justamente –como se ha dicho antes–, con los que –veinte años después de la muerte en combate del escritor y revolucionario cubano–, habría de exponer el genial líder y teórico del socialismo científico, Vladimir Ilich Lenin, quien escribió ese “análisis teórico –sobre todo económico”, durante su refugio en Zurich, Suiza, en 1916.

En mi estudio “Anticipaciones de José Martí a la teoría leninista del imperialismo”,⁶ demuestro la profundidad y certeza con que el maestro percibió los distintos aspectos del fenómeno imperialista y de las contradicciones de intereses de las potencias rivales en el reparto del mundo; de lo que fue, como ya se dijo, testigo y notario también de esos aspectos expansivos del imperialismo, del que tuvo plena conciencia, percibida de su lúcida visión política y de la experiencia histórica asimilada durante su extensa mansión en Estados Unidos. Ello le llevó a la convicción de que la lucha revolucionaria por la independencia de Cuba del dominio español, tenía que estar vinculada a una estrategia global de lucha contra el creciente imperialismo estadounidense y su inclusión de nuestro país en sus planes de absorción, como base de ulterior expansión, con peligro para el necesario equilibrio del mundo. Recordemos su carta dirigida a un compatriota, citada antes:

Llegó ciertamente para este país, apurado por el proteccionismo, la hora de sacar a plaza su agresión latente, y como ni sobre

⁶ “Anticipaciones de José Martí a la teoría leninista del imperialismo”, en Andrés Augier, *Acción y poesía en José Martí*, núm. 1, La Habana, Letras Cubanas, 1982, p. 130.

México ni sobre Canadá se atreve a poner los ojos, los pone sobre las islas del Pacífico, y sobre las Antillas, sobre nosotros. Podríamos impedirlo, con habilidad y recursos, que los arranques y la claridad de juicio, pueden, con buen manejo, vencer a la fuerza. En la soledad en que me veo [...] lo he de impedir.

LA REVOLUCIÓN CUBANA Y EL EQUILIBRIO DEL MUNDO

Muchos desvelos debe haberle provocado esa dura realidad al infatigable emigrado revolucionario, escritor y periodista cubano en Nueva York, cuando a fines del año 1891 decidió consagrarse de manera absoluta a la organización de la lucha política y militar por la independencia de su patria esclava. Las condiciones habían madurado para esa arriesgada y difícil decisión, y su constante apostolado de muchos años ya lo situaba a la cabeza del movimiento que no había cesado de animar en los últimos lustros.

Poco a poco, el patriota se había ido despojando de toda ocupación o actividad que no fuera la afiebrada tarea revolucionaria: los trabajos de oficina, las traducciones, las colaboraciones periodísticas en importantes diarios de países sudamericanos y de México, las representaciones consulares de países hermanos. En fin, todo lo que pudiera frenar el impulso incontenible de redimir su patria. Tenía plena conciencia de que si la lucha frente a la monarquía española era gigantesca, no menos difícil sería la que debía librar contra el impetuoso imperialismo norteamericano.

Se conoce la colosal hazaña desarrollada por Martí durante tres difíciles años, con entusiasmo, abnegación, sacrificio y talento ejemplares. En una primera etapa, la de organizar a la emigración cubana, diseminada en Estados Unidos y países de la cuenca del Caribe, con preferencia a los héroes de la guerra anterior, en el Partido Revolucionario Cubano, del que fue designado delegado. El 10 de abril de 1892, en el vigé-

simo tercer aniversario de la Asamblea de Guáimaro, fue la proclamación oficial, en Nueva York, de la constitución del Partido, “para lograr con los esfuerzos reunidos de todos los hombres de buena voluntad, la independencia absoluta de la isla de Cuba, y fomentar y auxiliar la de Puerto Rico”, como rezaba el primer artículo de las Bases de la organización.

Si el objetivo de la guerra de liberación consignada en el segundo artículo de las Bases estaba “encaminada a asegurar en la paz y el trabajo la felicidad de los habitantes de la Isla”, el tercero agregaba que esa guerra “de espíritu y métodos republicanos”, se proponía “fundar en Cuba una nación capaz de asegurar la dicha durable de sus hijos y de cumplir, en la vida histórica del continente, los deberes difíciles que su situación geográfica le señala”; el artículo cuarto agregaba el propósito de “fundar en el ejercicio franco y cordial de las capacidades legítimas del hombre, un pueblo nuevo y de sincera democracia, capaz de vencer, por el orden del trabajo real y el equilibrio de las fuerzas sociales, los peligros de la libertad repentina en una sociedad compuesta para la esclavitud”. La guerra se ha de hacer “para el decoro y bien de todos los cubanos, y entregar a todo el país la patria libre”, consignaba el quinto, y los cuatro artículos restantes se referían a funciones operativas del Partido. Con justificada cautela, se omitió toda alusión a las conocidas pretensiones de Estados Unidos de apoderarse de la Isla.

Pero en abril de 1894, en el vibrante órgano periodístico del Partido, *Patria* –otra hazaña de su inagotable consagración revolucionaria–, trata Martí el tema a fondo, ya desde su mero título: “El tercer año del Partido Revolucionario Cubano. El alma de la Revolución y el deber de Cuba en América”. Es su profética concepción de lo que la Revolución Cubana hubiera podido contribuir al equilibrio del mundo:

El fiel de América está en las Antillas, que serían, si esclavas, mero pontón de la guerra de una república imperial, contra el

mundo celoso y superior que se prepara ya a negarle el poder –mero fortín de la Roma americana; y si libres –y dignas de serlo por el orden de la libertad equitativa y trabajadora–, serían en el continente la garantía del equilibrio, la de la independencia para la América española aún amenazada y la del honor para la gran república del Norte, que en el desarrollo de su territorio –por desdicha, feudal ya, y repartido en secciones hostiles–, hallará más segura grandeza que en la innoble conquista de sus vecinos menores y en la pelea inhumana que con la posesión de ellas abriría contra las potencias del Orbe por el predominio del Mundo [...] Se llegará muy alto, por la nobleza del fin; o se caerá muy bajo, por no haber sabido comprenderlo. Es un mundo lo que estamos equilibrando; no son dos islas las que vamos a liberar.

La segunda etapa de su afiebrada acción, más extensa y ardua, con más y mayores escollos: la de poner en pie de guerra a la Isla el 24 de febrero de 1895, bajo la dirección de los heroicos jefes militares de la epopeya de los Diez Años, ya se sabe cómo consagra a Martí genio de la Revolución, al igual que su obra literaria le hace merecer semejante categoría en las Letras de nuestra América. Sobre todo, por su decisión estratégica y táctica de mantener la fecha del inicio de las hostilidades en Cuba, sobreponiéndose al duro golpe que significó el fracaso del plan de la Fernandina –pérdida de transportes, armamentos, equipos etc.–, porque con tan duro golpe, España no consideraría inmediata la guerra. No vaciló Martí en reunirse entonces con el general en jefe, Máximo Gómez, en Santo Domingo, para seguir sin demora a encabezar la insurrección en Cuba.

La saga gloriosa de aquellos días de Montecristi en la República Dominicana, y la que narra la aventura marítima de los héroes hasta las playas cubanas, y la emoción de los primeros pasos por los impresionantes picachos de la patria, resplandece en los *diarios* de Martí con las más intensas luces

de transparencia y poesía de la sensibilidad humana. Pero fue en el Manifiesto de Montecristi suscrito por Gómez y Martí como el acta de nacimiento de una nación, donde reiteró el delegado del Partido Revolucionario Cubano el carácter trascendente de la gesta emprendida, en su solemne momento histórico y en su dimensión geográfica:

La Guerra de independencia de Cuba, nudo del haz de islas donde se ha de cruzar en plazo de pocos años el comercio de los continentes, es suceso de gran alcance humano y servicio oportuno que el heroísmo juicioso de las Antillas presta a la firmeza y trato justo de las naciones americanas, y al equilibrio aún vacilante del mundo [... Es] la esperanza de crear una patria más a la libertad del pensamiento, la equidad de las costumbres y la paz del trabajo.

Ya en el imponente escenario de la guerra de independencia, continuación de la que interrumpió la Paz del Zanjón en 1878, pero con su mismo ímpetu y fines proclamados por los patriotas de la protesta de Baraguá, suscribiría Martí junto a Gómez un extenso mensaje dirigido “Al editor de *The New York Herald*”, sobre la razón y los objetivos de la Revolución, al que pertenece este párrafo:

Con el poder de estas justicias; con la fuerza de indignación del hijo de Cuba bajo las vejaciones y gravámenes con que las diezmó España en la guerra de Independencia, y le negó la más insignificante mejora en diez y siete años de política inútil de espera, y con la responsabilidad del deber de Cuba en el trabajo de liga y acción a que en la junta de los océanos se preparan los pueblos del orbe, han vuelto los cubanos, de un cabo a otro de su tierra, a demandar a la última razón de las armas, sin odio contra su opresor, y por los métodos estrictos de la guerra culta, el puesto de República que permitirá al hijo de Cuba el empleo de su carácter y aptitud y el derecho de abrir su tierra cegada al trato pleno con las naciones a que la acercó la naturaleza y

la atrae su capacidad común, y en el cubano a nadie superior para la altivez y el orden de la libertad./ Plenamente conocedor de sus obligaciones con América y con el mundo, el pueblo de Cuba sangra hoy a la bala española, por la empresa de abrir a los tres continentes en una tierra de hombres, la República independiente que ha de ofrecer casa amiga y comercio libre al género humano./ A los pueblos de la América española no pedimos aquí ayuda, porque firmará su deshonor aquel que nos la niegue. Al pueblo de los Estados Unidos mostramos en silencio, para que haga lo que deba, estas legiones de hombres que pelean por lo que pelearon ellos ayer, y marchan sin ayuda a la conquista de la libertad.

Pero aún con toda la carga implícita del mensaje en lo que se refiere a la plenitud de independencia por la que Cuba reanudaba su combate contra el dominio español aquel “revolucionario radical de su tiempo”, como si presintiera cercana su desaparición en uno de los combates inmediatos, desnudó su más profunda convicción en la carta que comenzó a escribir a su fraternal amigo y confidente mexicano Manuel Mercado, el 18 de mayo de 1895, víspera del día en que sucedió lo fatal. Son frases –confesiones– inolvidables:

ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país, y por mi deber –puesto que lo entiendo y tengo ánimos con qué realizarlo– de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso. En silencio ha tenido que ser, y como indirectamente, porque hay cosas que para logradadas han de andar ocultas, y de proclamarse en lo que son, levantarían dificultades demasiado recias para alcanzar sobre ellas el fin.

Sin pausa alguna, como si quisiera aprovechar al máximo el breve espacio de papel y el poco tiempo disponible, para vocear cuanta confidencia le urgía sacar a flote, continuaba:

Las mismas obligaciones menores y públicas de los pueblos, como ese de Vd., y mío –más vitalmente interesados en impedir que en Cuba se abra, por la anexión de los imperialistas de allá y los españoles, el camino, que se ha de cegar, y con nuestra sangre estamos cegando, de la anexión de los pueblos de nuestra América al Norte revuelto y brutal que los desprecia– les habrían impedido la adhesión ostensible y ayuda patente a este sacrificio que se hace en bien inmediato de ellos. Viví en el monstruo, y le conozco las entrañas; –y mi honda es la de David.

Es una declaración cuya singular trascendencia política crece por la solemne circunstancia de haber sido hecha en la más profunda intimidación, en el imponente escenario y el intenso instante de la guerra justa, y además en la inminencia, que resultó desdichadamente cierta, de dar la vida por cuanto acaba de expresar; por tanto, es un texto que por fuerza reviste categoría fundamental en las raíces de la revolución de Cuba. Y nótese que ya califica directamente de “imperialistas” a las pretensiones del “Norte revuelto y brutal que los desprecia”.

Otros temas igualmente fundamentales de la realidad política insular y continental relacionadas con las maniobras del tácitamente aludido Goliath, y que no era posible ignorar, enfocaba la carta que quedó inconclusa, encontrada entre las pertenencias de Martí, ocupadas con su cadáver por las tropas españolas que, al día siguiente, 19 de mayo, atacaron el campamento de Dos Ríos, donde pernoctaba el Estado Mayor de las tropas cubanas. Esa ocasional suerte y de la cual fue recuperado, tuvo este que constituye sin duda el testamento político del delegado del Partido Revolucionario Cubano, a quien días antes el general en jefe, Máximo Gómez, había designado Mayor General del Ejército Libertador. Su tesis, de hecho, debió considerarse desde entonces incorporada a las nuevas raíces de la continuidad en 1895 de la Revolución Cubana iniciada el 10 de octubre de 1868.

Más adelante, esta carta inconclusa que no pudo llegar a su destinatario y que vino a ser conocida muchos años después, hace referencia a su conversación con el corresponsal del periódico norteamericano *The New York Herald*, Eugenio Bryson, que le visitó en el campamento, y al que le fue entregado el mensaje oficial antes citado. Agregaba Martí en su carta:

Ahora mismo, pocos días hace, al pie de la victoria con que los cubanos saludaron nuestra salida de las sierras en que anduvimos los seis hombres de la expedición catorce días, el corresponsal del *Herald*, que me sacó de la hamaca en mi rancho, me habla de la actividad anexionista, menos temible por la poca realidad de los aspirantes, de la especie curial, sin cintura ni creación, que por disfraz cómodo de su complacencia o sumisión a España, le piden sin fe la autonomía de Cuba, contenta sólo de que haya un amo, yankee o español que les mantenga, o les cree, en premio de su oficio de celestinos, la posición de prohombres, desdeñosos de la masa pujante [...] la masa mestiza inteligente y creadora de blancos y negros.

Finalmente, en su epístola, comunicaba Martí privadamente a su amigo mexicano, la opinión del Capitán General español, confiada al periodista norteamericano:

Bryson me contó su conversación con Martínez Campos, al fin de la cual le dio a entender éste que sin duda, llegada la hora, España preferiría entenderse con los Estados Unidos a rendir la Isla a los cubanos [...] Por acá, yo hago mi deber. La guerra de Cuba, realidad superior a los vagos y dispersos deseos de los cubanos y españoles anexionistas a que sólo daría relativo poder su alianza con el gobierno de España, ha venido a su hora en América, para evitar, aún contra el empleo franco de todas esas fuerzas, la anexión de Cuba a los Estados Unidos, que jamás la aceptarán de un país en guerra, ni pueden contraer, puesto que la guerra no aceptara la anexión, el compromiso odioso y

absurdo de abatir por su cuenta y con sus armas una guerra de independencia americana [...] Me conoce. En mí, sólo defenderé lo que tenga yo por garantía y servicio de la revolución. Sé desaparecer. Pero no desaparecería mi pensamiento, ni me agriaría mi oscuridad. Y en cuanto tengamos forma, obraremos, cúplame esto a mí, o a otros.

La caduca monarquía española, como adelantara el general Martínez Campos al periodista norteamericano que le informó a Martí, prefirió hacer la felonía de rendir a Estados Unidos (junto con la de Puerto Rico y el archipiélago de Filipinas), la isla de Cuba, y no a quienes correspondía, a los cubanos, como originales, precedentes beligerantes, sustantivamente victoriosos, en uso del legítimo derecho a su propia tierra, a su patria por la que habían combatido. Pero por algo estaba Martí seguro, convencido, de que aunque desapareciera personalmente en la guerra revolucionaria, no desaparecería su pensamiento ni su ejemplo, porque la fundada aspiración histórica de su pueblo, de la que él hizo sangre de su vida y esencia de su espíritu, es obra de justicia, y “mientras la justicia no esté conseguida, se pelea”, porque, “la nación empieza en la justicia”.

PÉRDIDA Y RESCATE DEL PENSAMIENTO Y LA ACCIÓN DE MARTÍ

Lógicamente, la caída en combate de Martí fue un poderoso golpe a la Revolución, de inmediato a la más completa dirección de la guerra, a la plena divulgación y defensa ideológica de la lucha armada, y a las sólidas bases iniciales de la República futura. Pero no debilitó el gigantesco movimiento patriótico por él desencadenado e iniciado. Al contrario, pudo llegar a límites de la victoria en heroicas jornadas del pueblo en armas, dirigidas por Máximo Gómez, Antonio Maceo, Ca-

lixto García y una gloriosa legión de jefes valientes, capaces y abnegados, que aún después, ante el otro enorme quebranto que significó la muerte de Maceo, en 1896, alzaron con renovados sacrificio y coraje la bandera de la inminente victoria.

Esa evidencia de la victoria cubana, la posibilidad casi inmediata de una Cuba independiente, habría de inquietar a los Estados Unidos, aunque nunca cesaron de maniobrar para apoderarse del dominio de la Isla, como de una fruta madura que se desprende del árbol y cae en sus manos, según la metáfora de uno de sus prohombres. Los acontecimientos (ya desaparecidos Martí y Maceo, que hubieran impedido tales rumbos), se desarrollaron como planificados previamente, o como los sucesivos cuadros de un meditado drama histórico:

1898, enero, constitución del gobierno autonómico de la Isla, dispuesto por el gobierno español; como fórmula para detener el inminente triunfo revolucionario; febrero, explosión en el muelle de la bahía de La Habana del crucero acorazado norteamericano *Maine*; abril, resolución conjunta (“Joint Resolution”) del Congreso de Estados Unidos, que declara que la isla de Cuba “es y de derecho debe ser libre e independiente”, y aprueba la autorización solicitada por el presidente McKinley de emplear las fuerzas de mar y tierra de la nación para lograr que España abandone Cuba; julio, rendición de Santiago de Cuba, luego de la batalla naval en la zona marítima de esa ciudad de las flotas de Estados Unidos y España, con auxilio decisivo de las tropas mambisas en tierra; agosto, fin de las hostilidades y del dominio español; diciembre, firma del Tratado de París en que España traspasa a Estados Unidos su soberanía sobre Cuba; 1899, enero, traspaso oficial del gobierno de la Isla a Estados Unidos, en La Habana.

Era la dura realidad que, por evitarla, había Martí dado su vida, en agonía y deber: ocupación militar y gobierno interventor norteamericano, que dispuso de inmediato la di-

solución del Ejército Libertador cubano, y que, en chantaje que haría sistemático, impuso como condición para cesar la ocupación militar, la inclusión, como apéndice, en la Constitución de la República de Cuba (aprobada por una Asamblea Constituyente), las estipulaciones de la enmienda a una ley aprobada por el Congreso de Estados Unidos (la Enmienda Platt, apellido de su promotor), que establecía abusivas condicionales limitantes de la plena soberanía nacional que, naturalmente, reducía a calculado pretexto el reconocimiento de la “Joint Resolution” al derecho de libertad e independencia de nuestro país. Así quedó constituida la flamante República de Cuba, el 20 de mayo de 1902, y es bien conocida su triste historia de nación sujeta a la voluntad de los intereses de Estados Unidos, en humillante condición neocolonial, explotada y saqueada por poderosos monopolios y corporaciones financieras norteamericanas. La negación del sueño de Martí, la desgraciada certeza de sus prevenciones.

Triste historia, pero en lo que respecta a quienes olvidaron, ignoraron o traicionaron las prevenciones y doctrina de Martí y se plegaron a las condiciones neocoloniales, para medrar con perjuicio de las legítimas tradiciones y necesidades de la nación y de su pueblo; y que hace más culpables a quienes reclamaron nueva intervención norteamericana de la Isla (1909-1913), con desprecio de las heroicas hazañas y supremos sacrificios de varias generaciones de cubanos.

Una extensa bibliografía ofrece la oportunidad de conocer pormenorizadamente ese penoso periodo histórico de Cuba, desde el primer presidente, Tomás Estrada Palma, hasta el tirano Fulgencio Batista, pasando por una suerte de “generales y doctores” de ingrata memoria: José Miguel Gomez, Mario G. Menocal Alfredo Zayas, Gerardo Machado, Carlos Mendieta, Federico Laredo Bru, y Ramón Grau San Martín y Carlos Prío Socarrás... Dos partidos rivales, el liberal y el conservador, igualmente presupuestíveros, hundieron la República en lo-

dazal sangriento; pero los falsos “auténticos”, no sólo imitaron a sus antecesores, sino que cometieron la felonía de utilizar en su aventura electoral el nombre de Partido Revolucionario Cubano, en infame insulto a Martí y a sus heroicos mambises.

Pero, al mismo tiempo, gloriosa historia por cuantas voces expresaron la indignación y la inconformidad de nuestro pueblo y mantuvieron viva la llama encendida por Martí y tantos patriotas contra la imposición del vasallaje y por el rescate de la plena independencia nacional, entre las cuales resonaron en tono mayor, próceres como Juan Gualberto Gómez, Manuel Sanguily y Enrique José Varona. Es preciso recordar, como profética anticipación, el fallido intento del poeta Diego Vicente Tejera (1848-1903) –a su regreso de la emigración, en 1899–, de defender el programa del Partido Revolucionario Cubano y los principios de José Martí mediante el Partido Socialista Cubano, fundado en 1899. No le alcanzó su existencia al poeta para realizar el noble propósito. Pero fue significativo que Tejera asociara la prédica martiana a la doctrina del socialismo utópico, porque se anticipó a una tarea necesaria reservada por el proceso histórico del país y la realidad social contemporánea.

Lamentablemente, entre los últimos años del siglo XIX los primeros lustros del XX, existió en Cuba una ignorancia total de las ideas –en general de la obra literaria y periodística– de Martí. Su copiosa obra escrita nunca había podido ser divulgada en su patria, por la censura del gobierno colonial español. El héroe, el patriota, era amado por su pueblo, pero éste no le conocía en toda su espléndida magnitud, de fundador y maestro de conciencias. Su prodigiosa escritura dispersa en publicaciones del continente, y en especial sus trabajos políticos del periódico *Patria*, eran ignorados por la mayoría de sus compatriotas, pues sólo circuló entre los cubanos emigrados. Con razón lo advirtió en 1905 el maestro dominicano Pedro Henríquez Ureña, en una revista habanera.

No fue sino durante el transcurso de la segunda década del siglo xx (15 volúmenes entre 1909 y 1919), que Gonzalo de Quesada y Aróstegui, el abnegado cercano colaborador de Martí y albacea de los escritos del maestro, logró editar sucesiva y parcialmente sus obras, conforme a sus instrucciones. Ello significó para las nuevas generaciones republicanas una maravillosa revelación. El pleno conocimiento no sólo de su alta jerarquía literaria, sino de la amplitud y profundidad de sus ideas político-sociales y su visión de la futura república, nos permitió medir entonces en toda su dramática realidad, el enorme contraste entre sus nobles aspiraciones de la nación cubana y la odiosa presencia de una mísera tierra neocolonizada, donde en turbio ambiente de vergonzosa politiquería, predominaba la corrupción y el despotismo.

Coincidieron con esa revelación parcial de la obra martiana (continuada con acierto y devoción por Gonzalo de Quesada y Miranda y algunos investigadores ocasionales de la época), las primeras manifestaciones de inconformidad cívica que entre 1923 y 1925 habrían de desembocar, progresivamente, en poderoso movimiento, de acciones y factores dispersos, al que se denominaría “Revolución del 30”, por su extensión cronológica, aunque careció de la organización y la unidad indispensables, de factores y circunstancias. Se inició contra el régimen corrupto del presidente Alfredo Zayas (1921-1925) –que mereció la repulsa general no sólo por su lacra administrativa, también por transigir servilmente con la más insolente ingerencia norteamericana–, y continuó con mayor intensidad, contra la sanguinaria dictadura de Gerardo Machado (1925-1933).

En el primer plano de aquel heterogéneo movimiento estuvo la lucha por la solución del problema aparentemente básico de la escandalosa inmoralidad administrativa del régimen zayista, y su falta de moral ante la plena injerencia norteamericana en la vida del país. De inmediato se desataron las crisis de las distintas actividades de la sociedad cubana

en demanda de sus respectivas reivindicaciones, desde el estudiantado hasta todos los sectores del proletariado, tanto urbano como rural; desde las organizaciones femeninas por la plena igualdad jurídica de la mujer, hasta la población negra por la plenitud de sus derechos ciudadanos reconocidos constitucionalmente, pero de hecho ignorados en la vida común, discriminación conservada como una resaca de la esclavitud de la época colonial. Y todo en medio de precarias condiciones económicas nacionales.

Estas distintas y significativas manifestaciones de inconformidad fueron desarrollándose aisladamente, en cada caso, con ímpetu revolucionario, pero en definitiva formaban parte de un todo en el que debían converger cada una en su momento. En primer término, hay que mencionar las asambleas estudiantiles pro Reforma Universitaria, en 1923, y el Primer Congreso Nacional de Estudiantes, que fundó en 1922 la Federación Estudiantil Universitaria (FEU), de notoria trascendencia revolucionaria. Independientemente de su importancia en ese sector juvenil, tiene carácter especial también porque surge en esa oportunidad el inolvidable líder Julio Antonio Mella, paradigma supremo de la juventud cubana.

Ese impulso juvenil contra los lastres coloniales de la educación superior, por natural evolución derivó a posiciones revolucionarias de más amplio alcance social, cuya primera expresión fue la creación, a iniciativa de Mella, de la Universidad Popular José Martí. Es sintomático que aquel carismático atleta universitario que fue Mella invocara el nombre del maestro –cuyas ideas más radicales comenzaban a difundirse– para ofrecer a los obreros en los sindicatos cursos especiales de superación y de organización. Pero acontecimientos y protagonistas de aquel crítico instante cubano habrían de relacionarse y entremezclarse al ritmo de las latentes circunstancias revolucionarias coetáneas, coincidiendo todos con la invocación del legado martiano.

Contemporánea del movimiento estudiantil fue la Protesta de los Trece, acto de repulsa a la venalidad gubernamental zayista, escenificado en la Academia de Ciencias por un grupo de trece intelectuales encabezados por el poeta Rubén Martínez Villena, y que tuvo especial trascendencia política; también literaria, al reflejarlo Martínez Villena en su emblemático poema “Mensaje lírico-civil”,⁷ donde evoca las cargas al machete de los mambises, frente a la Enmienda injerencista norteamericana y hace resplandecer la presencia revolucionaria de Martí. De él son estos expresivos fragmentos:

nos hace falla una carga de aquellas, / cuando en el ala bélica
de un ímpetu bizarro, / ¡al repetido choque del hierro en el gui-
jarro. / Iba el tropel de cascos desempedrando estrellas! / Hace
falta una carga para matar bribones, / para acabar la obra de las
revoluciones; / para vengar los muertos, que padecen ultraje, /
para limpiar la costra tenaz del coloniaje; / para poder un día,
con prestigio y razón, / extirpar el Apéndice a la Constitución; /
para no hacer inútil, en humillante suerte, el esfuerzo y el ham-
bre y la herida y la muerte; / para que la República se mantenga
de sí, para cumplir el sueño de mármol de Martí; / para guardar
la tierra, gloriosa de despojos, / para salvar el templo del Amor
y la Fe; / para que nuestros hijos no mendiguen de hinojos / la
patria que los padres nos ganaron de pie.

Ya la presencia beligerante de Martí comenzaba a retornar al combate necesario. Nótese cómo en magistral síntesis se plantean los problemas básicos de la nación, sin exceptuar el infame “apéndice constitucional” de la Enmienda Platt, ofensa imperdonable a los héroes mártires de la Revolución por la independencia nacional.

⁷ “Mensaje lírico-civil”, en Rubén Martínez Villena, *Poesía y prosa*, t. 1, La Habana, Letras Cubanas, 1978, p. 138.

Al calor del debate originado por la Protesta de los Trece, surgieron dos trascendentales agrupaciones interrelacionadas. Una fue el Grupo Minorista, de escritores, artistas e intelectuales, al que dio relevancia pública el director literario de la revista *Social*, Emilio Roig de Leuchsenring (autor de enjundiosos estudios del pensamiento de Martí sobre la penetración imperialista), y cuya ejecutoria fue eficaz aporte a la protesta cívica general.

La otra organización fue la Falange de Acción Cubana, de carácter patriótico, dirigida por Rubén Martínez Villena y Juan Marinello, para nuclear a la ciudadanía en vigorosa acción cívica y educativa, bajo el lema martiano de “Juntarse: ésta es la palabra del mundo”. Su primer acuerdo fue la divulgación del pensamiento de Martí. En su manifiesto inicial, entre otras advertencias a los ciudadanos cubanos, les recordaba a Martí y el Manifiesto de Montecristi:

Los pueblos buenos que conocen su historia saben hacerse dignos de ella. No des lugar a que tus grandes muertos se avergüencen de ti. De tu seno salió un hombre, el hombre de Montecristi, que te rescató de la tiranía al precio de su genio, cuya gloria reclamaba para sí toda la América.⁸

Hay que advertir en qué medida iba creciendo entonces en las nuevas generaciones la influencia del ejemplo heroico y del ideario ético de Martí, en este caso sobre una asociación de activa postura nacionalista, patriótica, de protesta contra las inmundicias administrativas del desacreditado régimen zayista, y que no alcanzaba aún una abierta posición anti-imperialista. La Falange de Acción Cubana decidió fundirse al movimiento de la Asociación Nacional de Veteranos y Patriotas, surgido para combatir al régimen, incluso con una insurrección, y al margen de los partidos políticos. Martínez Villena fue de sus principales activistas del movimiento, que

⁸ *Ibid.*, t. 2, p. 278.

llegó a alcanzar considerable importancia nacional. Pero en el momento decisivo los “veteranos” pactaron con el gobierno, con la consiguiente decepción de los jóvenes patriotas, que, como Martínez Villena, llegaron a la convicción de que el problema de Cuba exigía soluciones más radicales, conforme a la experiencia de las luchas sociales y al desarrollo ideológico revolucionario a lograr por la vanguardia política de las masas trabajadoras.

Fue 1925 un año histórico para Cuba, por haberse fundado durante su transcurso dos organizaciones fundamentales del movimiento revolucionario popular de vanguardia, que habrían de influir decisivamente en el proceso de afirmación de la nacionalidad cubana: el primer Partido Comunista de Cuba, con miembros de agrupaciones comunistas organizadas en varias poblaciones de la Isla; y la Confederación Nacional Obrera de Cuba (CNOO), con numerosos sindicatos de distintos sectores de la industria y comercio del país.

Como para confirmar la vinculación de los nuevos organismos de lucha revolucionaria del pueblo cubano con el que fundara nuestro Apóstol, coincidieron en el primer Comité Central del Partido Comunista de Cuba el veterano combatiente proletario Carlos Baliño, uno de los firmantes, junto a Martí, del acta de constitución del Partido Revolucionario Cubano en 1892, y Julio Antonio Mella. Este, tras organizar los instrumentos de lucha del estudiantado, entregó su claro talento y su generoso entusiasmo a la causa de los trabajadores, al futuro del ser humano. Ya se sabe cómo en su impetuosa consagración redentora del socialismo científico marxista-leninista, alentaba un espíritu de genuina estirpe martiana, que no tardaría en manifestarse.

Fiel servidor de los intereses imperialistas y de la burguesía nacional, el nuevo gobierno presidido por Gerardo Machado, instaurado en 1925, impuso criminal represión contra el movimiento obrero organizado y contra su partido de cla-

se, cuyos principales dirigentes fueron perseguidos, encarcelados o asesinados. Mella pudo abandonar el país, y radicarse en México, donde su dinamismo revolucionario alcanzó notable dimensión en el movimiento comunista continental, sin abandonar su proyección contra la tiranía machadista, pero ésta también segó aquella preciosa vida. El 10 de enero de 1929, fue asesinado por sicarios de la dictadura, en connivencia con autoridades venales mexicanas.

Pero –contra sus criminales intenciones–, Mella quedó vivo para siempre en nuevos combatientes por Cuba libre y por un mundo mejor, y continúa siendo aquel comunista precursor, aquel heroico combatiente por las ideas renovadoras del marxismo-leninismo, que no cesa de luchar con el ejemplo de su acción y la permanencia de su escritura. Y en su resistente escritura política no faltan sus “Glosas al pensamiento de Martí”, donde exalta pensamientos del maestro y expresa la necesidad que tiene de escribir un libro sobre José Martí, ante quien siente “la misma emoción que siento ante otras grandes figuras de otros pueblos”, y escribirlo es “una necesidad y un deber para con la época”.⁹

Las nuevas generaciones cubanas –nuevas por la edad y por las ideas– unían el genuino legado martiano a los más avanzados ideales de redención humana. No pudo el gallardo combatiente, símbolo inmortal de la juventud cubana, escribir ese libro sobre el maestro, pero su vida heroica fue su mejor homenaje a Martí. Su puesto al frente del Partido Comunista y de orientación de la máxima organización del proletariado (la CNDC) fue cubierto con su ardiente y leal espíritu martiano por Rubén Martínez Villena, quien quemó el último lustro de su viril juventud herida por la tuberculosis, en la llama

⁹ “Glosas al pensamiento de José Martí”, en Julio Antonio Mella, *Documentos y artículos*, La Habana, Instituto de Historia del Movimiento Comunista y la Revolución Socialista de Cuba, 1975, p. 267.

sagrada de la Revolución, con la hazaña postrera de dirigir la huelga general de agosto de 1933, que logró la victoria popular contra la criminal tiranía machadista.¹⁰

Parecía que la llamada Revolución del 30 se aproximaba al poder cuando la sublevación de los sargentos del Ejército y el Directorio Estudiantil Universitario, en septiembre de 1933, derrocaron el gobierno provisional impuesto por la embajada norteamericana y propiciaron un gobierno aparentemente revolucionario, en el que Antonio Guiteras aportó decisiones y proyecciones antiimperialistas. Pero cuando los sargentos se hicieron coroneles, no vacilaron en plegarse a las exigencias yanquis de restablecer la vieja politiquería (agravada por el predominio dictatorial de la jerarquía castrense) a partir de enero de 1934.

Al comentar en un artículo periodístico las trabas y dificultades que le impusieron a su ejecutoria antiimperialista como Secretario de Gobernación en aquel gobierno provisional que se decía revolucionario, escribió Guiteras, meses antes de ser asesinado por sicarios de Batista, y presintiendo el porvenir por cuya consecución murió en combate, estas afirmaciones:

Un estudio somero de la situación política-económica de Cuba, nos había llevado a la conclusión de que un movimiento que no fuese antiimperialista en Cuba, no era revolución, pues sus intereses eran incompatibles [...] Grau cayó por místicos del reconocimiento [de Estados Unidos] con Batista a la cabeza, que habían retrocedido aterrados ante la verdadera revolución que por primera vez veían en todas sus luces [...] Esa actitud rectilínea mostró un mundo de posibilidades al pueblo de Cuba, que ya había bebido con ansia los escritos de nuestros intelectuales, que le mostraban la senda de la revolución verdadera. Esa posición erguida mostró a los revolucionarios el camino. Esa fase de

¹⁰ Véase Raúl Roa, *El fuego de la semilla en el surco*, La Habana, Letras Cubanas, 1982. Se trata de la biografía de Rubén Martínez Villena.

nuestra historia es la génesis de la Revolución que se prepara. Que no constituirá un movimiento político con más o menos disparos de cañón, sino una profunda transformación de nuestra estructura económica-política.¹¹

Es evidente que Guiteras aludía a intelectuales estudiosos del pensamiento antiimperialista de Martí y de la realidad cubana regida por el imperialismo. Es natural que se iniciara una nueva etapa revolucionaria contra la dictadura militar del ex sargento y entonces coronel Fulgencio Batista, etapa de lucha en la que ya fueron fundamentales los aportes de los sectores de izquierda, en particular del sólido y activo Partido Comunista. Independientemente de su influencia determinante en el potente movimiento obrero y de su incesante, heroica, certera y limpia acción política, desde sus perspectivas surgieron los más significativos estudios sobre el pensamiento y la acción antiimperialista de José Martí y su poderosa vigencia en la circunstancia histórica que vivíamos. Es justo reconocer la eficacia de su obra a quienes más insistieron en la difícil tarea, y que desafiando los riesgos de rigor, contribuyeron al rescate de la tesis antiimperialista martiana como raíz de la Revolución Cubana. (Esa presión histórica influyó en que factores acomodaticios lograrán en 1935 la anulación de la nefasta Enmienda Platt, impuesta en 1901, pero afirmados en tratados y convenios servidumbre a los intereses norteamericanos).

Es imprescindible acreditarle a Emilio Roig de Leuchsenring (1889-1964) –uno de los intelectuales aludidos tácitamente por Guiteras–, la más temprana, constante, combativa y documentada tarea de denunciar la acción imperialista norteamericana en nuestra América, y particularmente en Cuba, así como la difusión del pensamiento de Martí respecto al

¹¹ *Revista Bohemia*, La Habana, 20 de marzo, 1934.

tema de tan fundamental interés patriótico, tanto en el libro como en la tribuna y la prensa, a partir de 1919. Deben destacarse entre ellas las tituladas *La colonia superviva. Cuba a los veintidós años de República* (1924), *Historia de la Enmienda Platt* y *El internacionalismo antimperialista en la obra político-revolucionaria de José Martí* (1935), reveladores, como otras muchas otras obras suyas posteriores, para las nuevas generaciones de combatientes revolucionarios en la constante lucha por conquistar la plena independencia nacional de nuestra patria.

Juan Marinello (1898-1977) fue otro maestro insigne, continuador, como Roig, de la tradición revolucionaria de la cultura cubana. Vinculado a Rubén Martínez Villena desde las aulas universitarias, le acompañó en las actividades cívicas de la Falange de Acción Cubana y como abogado defensor de Julio Antonio Mella. Sufrió cárcel y exilio tanto en la lucha contra la tiranía machadista como contra la dictadura militar, desde la dirección de la Liga Antimperialista de Cuba, sin abandonar su alto magisterio ni su apasionado estudio y difusión de la obra literaria y el pensamiento político de Martí. A la muerte, en 1934, de Rubén Martínez Villena, no vaciló en unir su destino a la lucha de su pueblo desde el ejecutivo del Partido Comunista, uniendo así la acción a la prédica. Su talento, cultura y experiencia hicieron aportes sustanciales al nuevo proceso de la Revolución Cubana iniciado en 1959, que rescató la plena independencia nacional, conforme a la tesis antiimperialista martiana.¹²

También influyó la poesía –conforme a su tradición histórica– en el fortalecimiento de la conciencia revolucionaria de esa oscura etapa. *West Indies, Ltd.*, el intenso poema de

¹² Véase el prólogo de Roberto Fernández Retamar, “Martí en Marinello”, en Juan Marinello, *Dieciocho ensayos martianos*, La Habana, Centro de Estudios Martianos, Editorial Política, 1980.

Nicolás Guillén (1902-1989) de 1934, puede considerarse la elegía de la Revolución del 30, porque refleja el drama de la frustración del poderoso movimiento popular que aspiraba no sólo a derrocar a la dictadura machadista, sino también a suprimir el dominio imperialista que la gestó y apoyó, y lograr la realización del sueño martiano de la plena independencia nacional. A partir de entonces esa concepción revolucionaria va a predominar en poesía de tan genuina expresión cubana en forma y contenido. *Cantos para soldados y sones para turistas* (1937) –y concretamente la “Elegía a un soldado vivo”– fueron también aportes significativos de Guillén en aquella conflictiva etapa de dictadura militar y de aguda crisis económica y de sostenida lucha popular.¹³

No se limitó Nicolás Guillén a combatir junto a su pueblo con su verso vibrante. Si tuvo relevancia la revista literaria *Mediodía* (1936) –en que Guillén estuvo acompañado de José Antonio Portuondo, Carlos Rafael Rodríguez, Ángel Augier (también estudiosos del pensamiento de Martí) y otros escritores revolucionarios–, fue determinante entonces, a partir de 1937, la conversión de esa revista en semanario de actualidad bajo su dirección, y sus combativas colaboraciones sobre la actualidad política, que se extendieron luego, a partir de 1939, al diario *Noticias de Hoy*, editado por el Partido Comunista, que tuvo en Guillén uno de sus comentaristas más combativos, como puede advertirse en la compilación de su *Prosa de prisa*.¹⁴

Indudable trascendencia tuvo otro enfoque marxista del pensamiento de Martí, del Secretario General del Partido Socialista Popular (Comunista), Blas Roca bajo el título de “José

¹³ Véase Nicolás Guillén, *Obra poética*, Ángel Augier (comp., pról., cron., bibliografía y notas), La Habana, Letras Cubanas, 2002 (Edición del centenario), 2 tomos.

¹⁴ Véase Nicolás Guillén, *Prosa de prisa*, Ángel Augier (comp. y pról.), La Habana, Ediciones Unión, 2002 (Edición del centenario), 4 tomos.

Martí, revolucionario radical de su tiempo”.¹⁵ Tras analizar a fondo los distintos aspectos sociales de la teoría revolucionaria martiana, afirmaba:

Martí nos dejó, en herencia, no sólo lo que él conquistó con su sangre, sino tareas históricas que los cubanos de hoy tenemos que cumplir para ser dignos de su memoria. El trabajó por la completa liberación de nuestro país, que no fue lograda por la intervención yanqui y nos alertó contra el vasallaje imperialista, que es cada vez más opresivo. Nosotros, fieles a su prédica revolucionaria y al interés de nuestro pueblo, somos hoy el partido de la completa liberación nacional el partido de la independencia y del progreso económicos, el partido del antiimperialismo.

La recia lucha popular de la década de los treinta, contra la dictadura, reforzada por las grandes concentraciones revolucionarias en apoyo de los heroicos defensores de la República española, de la nacionalización del petróleo mexicano por el presidente Lázaro Cárdenas y de adhesión a los combatientes contra el nazifascismo en Europa, obligaron a Batista –y a sus patrocinadores yanquis–, a “restablecer la normalidad política” con vistas a lograr nueva Constitución de la República en 1940, por la inoperancia de la Constitución de 1901 a partir de la dictadura machadista. Se abrió una etapa de garantías democráticas y se elaboró una ley constitucional progresista con participación de todos los sectores políticos, sin exceptuar al Partido Socialista Popular (Comunista), que hizo muy consistente participación en debates y en la pragmática fundamental.

¹⁵ Blas Roca, “José Martí: revolucionario radical de su tiempo”, en *Siete enfoques marxistas sobre José Martí*, La Habana, Departamento de Orientación Revolucionaria del Comité Central del Partido Comunista de Cuba, Editora Política, 1978. Los restantes trabajos son de Julio Antonio Mella –ya mencionado–, Raúl Roa, Ernesto *Che* Guevara, Carlos Rafael Rodríguez, Armando Hart Dávalos y Juan Marinello.

Esa apertura constitucional franqueó, tras el problemático periodo presidencial de Batista, (1941-1945) el acceso al poder de Ramón Grau San Martín bajo el llamado Partido Revolucionario Cubano, que resultó ofensivo a la memoria de Martí, cuya heroica función pretendía simbolizar, en la más criminal burla política de nuestra historia. Tanto bajo su régimen (1945-1949), como en el de su sucesor, Carlos Prío Socarrás, no sólo predominó el más fraudulento asalto al presupuesto nacional (combatidos hasta el sacrificio por la tenaz voz condenatoria de Eduardo Chibás), sino también el más servil acatamiento a las directivas norteamericanas, precisamente con el aditamento de una repulsiva etapa “maccarthista” de criminal agresión a los más elementales derechos humanos. El golpe de estado militar de Batista en marzo de 1952, en vísperas de elecciones generales y apadrinado por el gobierno norteamericano, abrió uno de los periodos más sombríos y sangrientos de la historia del pueblo cubano.

Aquella repugnante fechoría política del 10 de marzo de 1952, provocó un estallido de indignación y protesta, como por acumulación histórica natural en el proceso de desarrollo de la personalidad de un pueblo, que durante más de un siglo no había cesado de combatir en defensa de su derecho a existir en plena independencia nacional y de pleno respeto a la dignidad humana. Y precisamente la grave ofensa se perpetraba en el año anterior al que conmemoraba Cuba el centenario del nacimiento de Martí. De repente se reveló, en toda su criminal magnitud, hasta que punto de abyección se osaba prolongar la infame traición al sacrificio heroico de varias generaciones cubanas. El brutal contraste entre la agónica aspiración de Martí y la ignominiosa realidad estimulada e impuesta por la funesta política hegemónica de Estados Unidos, provocó que desde: el hondón histórico de la dignidad cubana, resurgiera desde sus raíces, con todo el vigor de casi cien años de lucha, el espíritu y la acción

incontenibles de la genuina Revolución iniciada en La Demajagua en 1868.

Fue la más joven generación cubana la que asumió, con profundidad y pasión justificadas, la misión de responder al clamor histórico de la patria. Con pleno derecho se definió como la Generación del Centenario de Martí, efemérides que conmemoró con una impresionante procesión de antorchas, como si alzaran multiplicado el apotegma del maestro: “Paso a los que no tienen miedo de la luz; caridad para los que tiemblan de sus rayos”.

Al frente de los erguidos jóvenes de la Generación del Centenario marchaba alguien para quien la vida y la doctrina –agonía y deber– de José Martí se hicieron impulso sanguíneo y razón y acción y pasión: Fidel Castro Ruz. Seis meses después, la hazaña del 26 de julio de 1953, del asalto al cuartel Moncada con sus combatientes de la Generación del Centenario, heroica acción revolucionaria frustrada, de la que declaró autor intelectual a José Martí. Es inolvidable este emotivo párrafo de su histórico alegato *La historia me absolverá*, que fue también elegía impresionante de los combatientes asesinados, viril denuncia de los victimarios y canto martiano de lucha y esperanza:

Parecía que el Apóstol iba a morir en el año de su centenario, que su memoria se extinguiría para siempre, ¡tanta era la afrenta! Pero vive, no ha muerto, su pueblo es rebelde, su pueblo es digno, su pueblo es fiel a su recuerdo; hay cubanos que han caído defendiendo sus doctrinas, hay jóvenes que en magnífico desagravio vinieron a morir junto a su tumba, a darle su sangre y su vida para que él siga viviendo en el alma de la patria. ¡Cuba, qué sería de ti si hubieras dejado morir a tu Apóstol!

Esta dramática y dinámica conciencia y experiencia del renacimiento del espíritu y la acción martianos, habría de mantenerse en constante movimiento en las consecutivas etapas de la lucha revolucionaria abierta por el centenario del após-

tol. Luego de la epopeya de la Sierra Maestra, que culminó en la aurora victoriosa del primer día de 1959, más profundamente la tesis antiimperialista de José Martí se consolidó como raíz fundamental de la Revolución. Nada menos que la garantía de la plena independencia del país, el ejercicio natural de la soberanía de la nación, defendida a patria o muerte frente a los más diversos y criminales métodos de agresión, chantaje, calumnia, extorsión, sintetizados en el prolongado y recrudescido bloqueo genocida impuesto por los sucesivos gobiernos de la oligarquía norteamericana contra Cuba, en su repulsivo intento de minar el proceso revolucionario y recobrar su espurio dominio político-económico sobre el archipiélago cubano.

“Eduqué mi mente en el pensamiento martiano [...] y es el apóstol el guía de mi vida”, escribió Fidel Castro en vísperas de la hazaña del arribo del yate *Granma* a las costas de Cuba. Y en muchas etapas del desarrollo del proceso revolucionario ha repetido esa fidelidad de la acción a la doctrina martiana. En su breve introducción a las obras completas de Martí, expresa:

Si en nuestra Revolución se funden, como en un crisol de la historia, las ideas avanzadas y la obra patriótica de los forjadores de la patria, con la doctrina y la obra universales de la clase obrera y el socialismo, ello quiere decir que no podrá haber verdadera formación ideológica y política del pueblo, verdadera conciencia comunista, sin conocimiento de los admirables aportes de José Martí a la Revolución Cubana, a la liberación de América frente al peligro imperialista, y al pensamiento revolucionario de su tiempo, Martí es y será guía eterno de nuestro pueblo. Su legado no caducará jamás. En la medida que avanzamos hacia el porvenir se agranda la fuerza inspiradora de su espíritu revolucionario, de sus sentimientos de solidaridad hacia los demás pueblos, de sus principios morales profundamente humanos y justicieros.¹⁶

¹⁶ Véase Fidel Castro, *José Martí, el autor intelectual*, La Habana, Centro de Estudios Martianos, Editora Política, 1983. Esta valiosa compilación

Apoyada en esa sólida base ética, patriótica, humanista, solidaria, apasionada, visionaria, poética, unida al estudio y la experiencia y aplicación de la madura teoría marxista-leninista de una nueva sociedad basada en la justicia y la equidad y en las más genuinas necesidades materiales y espirituales del ser humano, la Revolución Cubana, a lo largo de más de cuatro décadas, ha forjado nuevas generaciones en ese espíritu fecundo, y hoy resplandece más que nunca, rumbo al futuro, como ejemplo de sociedad justa y progresista, basada en la educación y en la cultura y en el pleno cuidado a la salud y a la dignidad humanas, pero siempre en guardia ante los peligros y amenazas a la humanidad esgrimidos por el imperialismo, frente a la voluntad siempre decisiva de los pueblos.

No hay dudas de que la realidad de su sueño de patria y libertad en su tierra cubana es el mejor y más apropiado homenaje a José Martí en el sesquicentenario de su nacimiento; una espléndida realidad lograda a pura ejecutoria martiana bajo la sabia dirección del Comandante en Jefe Fidel Castro, frente a la infame, agresiva y genocida política de Estados Unidos, en su criminal obstinación de volver a arrebatarle a Cuba su legítimo derecho de plena independencia y soberanía nacional. ¡Pero esta vez permanece vivo José Martí en cada cubano para, con nuestra Revolución, continuar combatiendo por lograr el equilibrio del mundo!

incluye, además del clásico alegato “La historia me absolverá”, numerosos textos martianos de Fidel Castro, tanto anteriores a la epopeya de la Sierra Maestra como posteriores a 1959, correspondientes al ingente proceso revolucionario, de lucha constante contra la agresiva hostilidad norteamericana, y por el fortalecimiento ideológico y desarrollo cultural de nuestro pueblo, culminantes en la actual batalla de ideas.

EL PENSAMIENTO INTEGRACIONISTA Y LATINOAMERICANISTA DE JOSÉ MARTÍ

Pablo Guadarrama González

Ningún gran pensador en la historia de la humanidad ha nacido de espaldas a lo mejor de la tradición intelectual y política que le ha antecedido o del ambiente cultural en que se desarrolla. José Martí no fue una excepción, sino una confirmación más de esta regularidad.

Tuvo la suerte desde niño de ser apadrinado por Rafael María Mendive, un maestro forjado bajo la enseñanza humanista de aquella generación ilustrada cubana, que de forma temprana fue reconocida por sus aportes intelectuales y políticos,¹ especialmente de José de la Luz y Caballero –el filósofo cubano que impresionó gratamente a Goethe, Cuvier y Longfellow, entre otros–, así como el fermento independentista del sacerdote Félix Varela.²

¹ Véase J. M. Mestre, *De la filosofía en la Habana (1862)*, La Habana, Publicaciones del Ministerio de Educación, 1952.

² Véase P. Guadarrama, “Varela y el humanismo de la filosofía ilustrada latinoamericana”, en Félix Varela, *Ética y anticipación del pensamiento de la emancipación cubana*, Memorias del Coloquio Internacional de La Habana, diciembre, 1997, La Habana, Editorial Imagen Contemporánea, 1999, pp. 60-71.

Ambos pensadores descollaron entre otros latinoamericanos³ por su cultivo del pensamiento moderno⁴ caracterizado por la crítica a la escolástica y al eclecticismo junto a la defensa del sensualismo, el racionalismo, el culto a la ciencia y la tecnología, la democracia, los derechos del hombre, especialmente articulados a las ideas de igualdad, libertad y fraternidad en correspondencia con una visión universalista y un cosmopolitismo, que le distanciaba, en verdad, de cualquier tipo de nacionalismo estrecho o radical.⁵

El latinoamericanismo incipiente de aquella generación –aun cuando no existiese en esa época el concepto–, se apuntaló también con los procesos independentistas que rebasaban todo tipo de fronteras y divisiones formales impuestas por el colonialismo hispano-lusitano.

Los estudios universitarios de Martí en España se realizan en un ambiente en el que predominaba el krausismo, en oca-

³ Véase I. Monal y O. Miranda, *Filosofía e ideología en Cuba (siglo XIX)*, México, UNAM, 1994; P. Guadarrama, “Principales etapas y rasgos de la filosofía en Cuba”, en *Cuadernos de filosofía latinoamericana*, núm. 100, Bogotá, Universidad de Santo Tomás, enero-junio, 2009. Varios autores, *Filosofía marxista II*, La Habana, Editorial Félix Varela, 2009, pp. 81-126; “Filosofía latinoamericana, momentos de su desarrollo”, en *Reflexionando desde nuestros contornos. Diálogos iberoamericanos*, Querétaro, Universidad Autónoma de Querétaro, 2009, pp. 115-155.

⁴ Véase Pablo Guadarrama, “El pensamiento filosófico de José Agustín Caballero, Félix Varela y José de la Luz y Caballero”, en Pablo Guadarrama, *Valoraciones sobre el pensamiento filosófico cubano y latinoamericano*, La Habana, Editora Política, 1986, pp. 3-23.

⁵ “El principal sustento de estas luchas por la nación ha sido la ideología del nacionalismo radical, conformada desde nuestras guerras de independencia hasta José Martí, su gran expositor y, desde él hasta la ideología de la Revolución Cubana, pasando por las luchas políticas y sociales que precedieron a 1959”. J. Valdés Paz, “Prólogo”, en Julio César Guanche, *La verdad no se ensaya, Cuba: el socialismo y la democracia*, La Habana, Editorial Caminos, 2012, p. x.

siones combinado con ideas positivistas que ha dado lugar a que se considere la existencia en la península de una especie de *krausopositivismo*.

Sus estrechas relaciones de amistad con significativos representantes de ese *positivismo sui generis* latinoamericano tanto en Cuba, con los que polemizó, entre los que se destacan Enrique José Varona y Manuel Sanguily, como en sus estancias en México,⁶ Costa Rica, Guatemala, Venezuela, etc., durante la época en que predominaba esta última corriente filosófica, dejarían de algún modo cierta huella en lo referido al culto a la humanidad, sin que esto significase una adhesión definitiva de Martí ni al krausismo ni al positivismo.

En definitiva, como apuntaba Cintio Vitier, los más altos maestros de su sabiduría eran los hombres consagrados a la transformación redentora del mundo por el propio y voluntario sacrificio. De ahí su alta estimación de la obra de Bolívar, San Martín, O'Higgins, Sucre, Hidalgo, Juárez y en general todos los forjadores de la independencia latinoamericana, pero también de otro sacrificado redentor: Jesucristo.

Tampoco debe ignorarse en la constitución del pensamiento filosófico de Martí la impronta del idealismo y el espiritualismo, en especial del norteamericano Emerson. Sin embargo, Martí desarrolló una visión muy realista del devenir

⁶ La estancia de Martí en México fue decisiva para ampliar y profundizar su concepción sobre América Latina, como plantea A. Herrera Franyutti: "México (1875-1876) significa para Martí la alborada americana. Desde la meseta de Anáhuac, pudo comprender y extender su mirada sobre la América española, nuevas voces se unirían a las de su Cuba natal, permitiéndole la toma de conciencia de la problemática latinoamericana, sus peligros y acechanzas". A. Herrera Franyutti, "El precoz antiimperialismo de José Martí", en *Memorias del Simposio Internacional Pensamiento político y antiimperialismo en José Martí*, La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 1989, p. 264.

histórico, en particular, de la articulación entre el papel de los pueblos y sus líderes.

A su juicio: “Cuando los tiempos o los pueblos tienen por hábito o necesidad que hacer hombres, la Naturaleza tiene por costumbre sacarse del seno maternal quien los haga. Y la Naturaleza Americana puso su espada nueva en manos de Bolívar”.⁷ Habría que cuestionarse si en la actualidad, a inicios del siglo XXI, –después del descalabro del “socialismo real” pero también del *neoliberalismo real*–, cuando varios pueblos latinoamericanos han puesto en la proa de sus respectivos gobiernos a hombres y mujeres viriles que han optado por un rumbo de reivindicación de sus recursos naturales, su dignidad y han emprendido la marcha hacia su segunda independencia, son suficientes los ejemplos para confirmar o no este enunciado martiano.

En estos actuales tiempos de utopía concretas, diría Ernst Bloch, de intentos de realización del ideal bolivariano de integración de los pueblos latinoamericanos reverdece la siguiente sugerencia del prócer cubano lanzada a fines del siglo XIX, para todos los tiempos futuros:

¡Pero así está Bolívar en el cielo de América, vigilante y ceñudo, sentado aun en la roca de crear, con el inca al lado y el haz de banderas a los pies; así está él, calzadas aun las botas de campaña, porque lo que él no dejó hecho, sin hacer está hasta hoy: porque Bolívar tiene que hacer en América todavía!⁸

Algo similar se debe considerar en relación con Miranda, Artigas, San Martín, O’Higgins, Hildalgo, Morelos, Morazán y Martí, entre tantos que no solo lucharon por la independen-

⁷ José Martí, *Obras Completas*, t. 12, La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 1975, p. 206.

⁸ *Ibid.*, t. 8, p. 241.

cia política sino, por mayor justicia social, ante todo la eliminación de la esclavitud y todo lo que atentase contra la dignidad de los hombres y mujeres de nuestra América, con independencia de clase, etnia o género.

Por tal motivo, el héroe nacional cubano destacó la vehemencia de aquella generación en su lucha por la independencia y la igualdad al valorar altamente que: “[...] donde estaba San Martín siguió siendo libre la América. Hay hombres así, que no pueden ver la esclavitud. San Martín no podía; y se fue a libertar a Chile y Perú. En dieciocho días cruzó con su ejército los Andes altísimos y fríos”.⁹ Junto a este tributo a la heroicidad se encontraba la alta estimación por las convicciones ideológicas y firmeza política de los forjadores de la gran patria latinoamericana, de ahí que considerase en el caso de Sucre que “Amó la América, y la gloria, pero no más que la libertad”.¹⁰

La estimación del valor del sacrificio justificado por la redención humana se aprecia en su carta testamento literario cuando consideraba que: “En la cruz murió el hombre en un día: pero se ha de aprender a morir en la cruz todos los días”.¹¹

Por eso consideraba que cuando tal altruismo fructificaba valía la pena la entrega al sacrificio. De que estimase en alto grado el hecho de aunque:

A Hidalgo le quitaron uno a uno, como para ofenderlo, los vestidos de sacerdote. Lo sacaron detrás de una tapia, y le dispararon los tiros de muerte a la cabeza. Cayó vivo, revuelto en sangre, y en el suelo lo acabaron de matar. Le cortaron la cabeza y la colgaron en una jaula, en la Alhóndiga misma de Granaditas,

⁹ *Ibid.*, t. 18, p. 308.

¹⁰ *Ibid.*, t. 5, p. 471.

¹¹ *Ibid.*, t. 1, p. 28.

donde tuvo su gobierno. Enterraron los cadáveres descabezados. Pero México es libre.¹²

Lo que significa para la estimación de Martí que su heroicidad no había sido inútil. Tales ejemplos de sacrificio y sufrimiento necesarios inspiraron el héroe cubano. Martí consideraba que: “La Humanidad no se redime sino por determinada cantidad de sufrimiento, y cuando unos la esquivan, es preciso que otros la acumulen, para que así se salven todos”.¹³ Su decisión personal fue asumir la necesaria cuota de sufrimiento y sacrificio en aras de liberar no solo a dos islas, Cuba y Puerto Rico, sino conquistar la dignidad plena de los pueblos latinoamericanos. A su juicio, “mientras haya en América una nación esclava, la libertad de todas las demás corre peligro”.¹⁴

La nueva época en que vivió Martí reclamaba completar la independencia de los pueblos latinoamericanos y a esa tarea se consagró. Martí cayó en 1895 combatiendo en los campos de batalla. El argentino Ezequiel Martínez Estrada lo calificaría a la vez como “un Santo, un Sabio y un Mártir”. Otros héroes como Antonio Maceo también murieron heroicamente de igual forma, pero Cuba fue libre del colonialismo español. Los voraces Estados Unidos de América, después de haber engullido tantos territorios vecinos no vacilaron en intervenir militarmente en Cuba, Puerto Rico y hasta en la lejana Filipinas.

Medio siglo de lucha costó y muchos nuevos mártires cayeron frente a las dictaduras de Gerardo Machado y Fulgencio Batista, como durante gobiernos plegados a los intereses yanquis, pero tal vez para cumplir el vaticinio de Máximo

¹² *Ibid.*, t. 18, p. 307.

¹³ *Ibid.*, t. 8, p. 125.

¹⁴ *Ibid.*, p. 227.

Gómez, según el cual los cubanos tenían un gran defecto o quizás una virtud, esto es, o no llegaban o se pasaban. Quizás eso contribuya a explicar por qué razón fueron los últimos de liberarse del yugo colonial español y los primeros en liberarse del imperialismo yanqui.

Martí fue ante todo también un profundo admirador de los precursores de las luchas por la independencia de Cuba, como el *Padre de la Patria*, Carlos Manuel de Céspedes y de *El Mayor*, Ignacio Agramonte. En relación con ambos sostuvo que: “Las palabras pomposas son innecesarias para hablar de los hombres sublimes”.¹⁵

Respecto de Céspedes, quien dio inicio a la guerra por la independencia de Cuba, escribió:

Tal vez no atiende a que él es como el árbol más alto del monte, pero que sin el monte no puede erguirse el árbol. Jamás se le vuelve a ver como en aquellos días de autoridad plena; porque los hombres de fuerza original sólo la enseñan integra cuando la pueden ejercer sin trabas.¹⁶

Tal dialéctica concepción de la articulación entre los pueblos y sus líderes constituiría un elemento esencial tanto del pensamiento como de la praxis revolucionaria de Martí.

Especial admiración sintió por Máximo Gómez y Antonio Maceo, los héroes de la Guerra Grande (1868-1878) contra el colonialismo español, quienes con admirable recíproca estimación se subordinaron al liderazgo martiano en la nueva guerra iniciada en 1895. En una carta dirigida a Maceo, del cual expresó que tenía tanta fuerza en el pensamiento como en el brazo, consideraba *La protesta de Baraguá* –documento en el que este valiente estratega de la primera guerra independentista cubana se opuso a una tregua con las tropas

¹⁵ *Ibid.*, t. 4, p. 360.

¹⁶ *Ibid.*

españolas sino se lograba la plena independencia—, Martí la valoró como “de lo más glorioso de nuestra historia”.¹⁷

Las fuentes del ideario de Martí no se nutrieron solamente del ejemplo de los forjadores iniciales de la independencia y la dignidad de los pueblos latinoamericanos sino también de sus continuadores como Eugenio María de Hostos, Eloy Alfaro y Benito Juárez.

Con relación a este último expresó: “Juárez, el indio descalzo que aprendió latín de un compasivo cura, echó el cadáver de Maximiliano sobre la última conspiración clerical contra la libertad en el nuevo continente”.¹⁸ En otro momento planteó:

A Juárez, a quien odiaron tanto en vida, apenas habría ahora, si volviese a vivir, quien no le besase la mano agradecido. Otros hombres famosos, todos palabra y hoja, se evaporan. Quedan los hombres de acto; y sobre todo los de acto de amor. El acto es la dignidad de la grandeza. Juárez rompió con el pecho las olas pujantes que echaba encima de la América todo un continente, y se rompieron las olas, y no se movió Juárez.¹⁹

De tal modo, se puso de manifiesto la profunda admiración que cultivó Martí hacia los precursores de las luchas independentistas como por sus continuadores en los nuevos tiempos, como en los que le correspondió vivir al héroe cubano. A su juicio:

es América la taza enorme, hervidero nuevo de las fuerzas del mundo, que llevan a las espaldas unos cuantos héroes y unos cuantos apóstoles, comidos, como de jauría, de todos los egoís-

¹⁷ *Ibid.*, t. 3, p. 360.

¹⁸ *Ibid.*, t. 8, p. 255.

¹⁹ *Ibid.*, t. 6, p. 143.

tas cuyo reposo turba la marcha de la santa legión, la pelea eterna del vientre contra el ala.²⁰

La historia recoge un ejemplo más reciente de sacrificio y redención en la historia liberadora latinoamericana en el universal argentino-cubano: Ernesto Guevara de la Serna. Ese especie de *San Ernesto de la Higuera*,²¹ para muchos campesinos bolivianos que así le consideran al ofrendar flores y velas ante su retrato en las paredes de sus casas y en su monumento frente la escuela donde fue asesinado, cuyos restos no reposan sino que su pensamiento y ejemplo son diariamente reanimados por cientos de visitantes en ese monumento a la dignidad de los pueblos latinoamericanos en Santa Clara.²²

También su cuerpo fue cercenado como el de Hidalgo y ocultado. Pero la mayoría de sus admiradores, y hasta los que no se identifican con él, pero respetan su actitud, no recuerdan el nombre de su asesino ni el del autor intelectual de aquel crimen –aunque todos coinciden en que la orden de su ejecución fue emitida desde Washington–, contra un prisionero herido en una pierna quien, como médico, paradójicamente había salvado tantas vidas de soldados enemigos en la lucha revolucionaria cubana. Sin embargo, la historia guarda sorpresas maravillosas para la memoria de los hombres que confían en los pueblos y luchan por su dignidad.

²⁰ *Ibid.*, t. 8, pp. 256 y 257.

²¹ Véase P. Guadarrama, “San Ernesto de la Higuera”, en *Casa de Las Américas*, La Habana, núm. 206, enero-marzo, 1997, pp. 34-38; *El Heraldo de Barranquilla*, Barranquilla, 3 de agosto, 1997. En <http://biblioteca.filosofia.cu/guadarrama.pablo/sanernestodelahiguera>

²² Véase P. Guadarrama, “El reposo del Che”, en *El Heraldo de Barranquilla*, Barranquilla, 14 de diciembre, 1997, pp. 4 y 5. Varios autores, Renán Vega Cantor (ed.), *Marx y el siglo XXI*, Bogotá, Ediciones Pensamiento Crítico, 1998, p. 854-861. En <http://biblioteca.filosofia.cu/guadarrama.pablo/el-reposodelche>

Hace un par de años en un hotel de Cochabamba nos impresionó que el sereno rostro indígena de un policía estuviese coronado con orgullo en su gorra en la frente la imagen de Ernesto Guevara. Le solicitamos permiso para tomarle una foto y gustosamente accedió.

Jamás habría podido imaginar el *Che* tal situación en la actual Bolivia, donde al igual que múltiples galerías de próceres latinoamericanos, incluso en varios palacios de gobiernos latinoamericanos, su inmortal rostro acompaña al de los libertadores de nuestra América. Todo parece indicar que como en el caso de Hidalgo y de Martí su sacrificio tampoco fue en vano.

No cabe duda que en las fuentes teóricas e ideológicas del pensamiento independentista de Martí se destacan las ideas de números cultivadores de las ideas humanistas y de luchadores sociales desde la antigüedad hasta su época, especialmente de los próceres de la independencia latinoamericana, pero más que por ideas se dejó seducir por el ejemplo de los actos de su humanismo práctico, que a sí mismo se exigía.

Como auténtico hombre de su tiempo en la nueva época que le correspondería vivir se puso a tono con las nuevas exigencias y su pensamiento y acción no solo mantuvo como aquellos una firme postura anticolonialista, sino que analizaría algunos de los rasgos que transformaban la sociedad capitalista durante el siglo XIX, especialmente norteamericana, y consecuentemente desarrolló un análisis y una actitud también antiimperialista.

Martí tuvo plena conciencia de que vivía en una época de trascendentales cambios en la historia americana y mundial. Si bien el viejo colonialismo había comenzado a desmoronarse nuevas formas de dominación colonial e imperial emergían, de ahí que calificara a los Estados Unidos de América como una nueva Roma. Como intelectual auténtico de su época no podía situarse al margen de aquellos cambios. Por el contrario, debía estudiarlos para sacar el mejor provecho a la orientación

de los rumbos tanto de Cuba como del resto de los pueblos latinoamericanos ante los nuevos peligros que les acechaban.

También Martí tomaría conciencia de que la vida política española había cambiado significativamente en relación con la de la época del inicio del proceso independentista latinoamericano, ya que, como plantea Liliana Georgis:

Pues, con la gesta bolivariana de principios de siglo se arremete contra la “vieja” España del *Antiguo Régimen*, “opresora y monárquica”, mientras que en los tiempos de Martí se habrán de plantear los mismos problemas, pero frente a una España “nueva”, la que los autonomistas defendieron por sus bases “liberales y republicanas” [...].²³

Pero no solo con relación a España sabía muy bien que vivía en una época diferente, sino también respecto de Estados Unidos y al mundo en general. Su cosmopolita concepción partía del presupuesto según el cual: “El mundo no es una serie de actos, separados por catástrofes, sino un acto inmenso elaborado por una incesante obra de unión”.²⁴ Esta idea constituiría una premisa básica en la conformación de su ideario integracionista y latinoamericanista.

Su dialéctica concepción de la evolución histórica le hacía recomendar que: “De vez en cuando es necesario sacudir el mundo, para que lo podrido caiga a tierra”.²⁵ Sin embargo, su máxima aspiración era lograr el máximo equilibrio posible, especialmente en cuanto a las desigualdades sociales entre ricos y pobres, pues para él: “El mundo es equilibrio, y hay que poner en paz a tiempo las dos pesas de la balanza”.²⁶

²³ L. Georgis, *José Martí. El humanismo como filosofía de la dignidad*, Mendoza, Ediciones ICALA, 2006, p. 57.

²⁴ Martí, *Obras Completas...*, t. 15, p. 194.

²⁵ *Ibid.*, t. 11, p. 242.

²⁶ *Ibid.*, t. 2, p. 251.

Comprendió muy bien que el mayor desafío de su época y de las venideras era dar solución a la cuestión social para lo cual había que afrontar las necesarias actitudes para intentar solucionarlas en lugar de postergarlas innecesariamente. De ahí que sostuviese las siguientes ideas que parecen escritas para nuestra época, sencillamente porque se correspondió auténticamente con su circunstancia y por tal motivo serviría para todas las épocas:

Los problemas se retardan, mas no se desvanecen. Negarnos a resolver un problema de cuya resolución nos pueden venir males, no es más que dejar cosecha de males a nuestros hijos. Debemos vivir en nuestros tiempos, batallar en ellos, decir lo cierto bravamente, desarmar el bienestar impuro.²⁷

Para él, el proceso de dominación europea sobre las culturas aborígenes de este continente, posteriormente re-bautizado como América, había constituido una trágica e inhumana ruptura con lo que debía haber sido su desarrollo histórico. Para Leonardo Acosta:

Al negar Martí la validez del “argumento histórico” de la conquista, y admitir la posibilidad de una continuidad de la cultura autóctona, está sentando las bases de una concepción de nuestra historia en la que, lejos de comenzar esta en la conquista y desarrollarse en la colonia, queda bruscamente cortado el cordón umbilical que nos unía a ambas. La irrupción de la cultura europea en la vida Americana se convierte simplemente en la importación de una cultura extranjera con el solo propósito de consolidar un régimen de opresión: los vínculos filiales, emotivos, culturales, idiomáticos e históricos son un engaño y una trampa.²⁸

²⁷ *Ibidem.*

²⁸ L. Acosta, *José Martí, la América precolombina y la conquista española*, La Habana, Editorial Cuadernos Casa de las Américas, 1974, p. 93.

Para Martí, “[...] la conquista se realizó, merced a las divisiones intestinas y rencores y celos de los pueblos americanos”,²⁹ era imprescindible para recuperar su autodeterminación lograr el máximo la unidad. Por esa razón, superando los sectarismos políticos que asediaban a Cuba en su época, logró crear un Partido Revolucionario Cubano que aglutinara todas las fuerzas que, de un modo u otro, se oponían a la dominación española, a fin de lograr el objetivo inmediato que era la independencia y luego se emprenderían las tareas de mayor magnitud social, económica y política.

Pero ante todo, reclamaba un imprescindible proceso de unión de las fuerzas revolucionarias, no solo en Cuba, sino en toda Latinoamérica. Aspiraba a que a través de una clara definición ideológica, tener bien precisados quienes eran los héroes y mártires de las luchas de estos pueblos para así poder definir en cuales sectores sociales se debía apoyar en los nuevos tiempos de lucha.

De ahí que proclamase: “Con Guaicaipuro, Paramaconi, con Anacaona, con Hatuey hemos de estar, y no con las llamas que los quemaron, ni con las cuerdas que los ataron, ni con los aceiros que los degollaron, ni con los perros que los mordieron”.³⁰ Y esto resultaba importante que estuviese bien definido en un hijo de un militar valenciano y de una madre canaria.³¹

Porque Martí –argumenta Dolores Nieves–, gradualmente, va descubriendo al indio, se va compenetrando con sus problemas y, lo que es más, va revelándose lo que significa y significaría, a

²⁹ Martí, *Obras Completas...*, t. 23, p. 192.

³⁰ *Ibid.*, t. 22, p. 27.

³¹ “[...] ‘el genio de la raza’ nada tiene que hacer con Martí, cuya acción esencialmente liberadora lo vincula al indio Juárez o al negro Toussaint Louverture mucho más directamente que a cualquier europeo de su época o de cualquier época.” L. Acosta, *op. cit.*, La Habana, Editorial Cuadernos Casa de las Américas, 1974, p. 99.

nivel continental, la no integración a un destino común de esa gran masa irredenta. Su visión, que comienza siendo conmisericordiosa, transcurrirá hacia la definición de un problema socio cultural; pues no solo trata de lograr una imagen positiva del indio americano, sino de valorar su importancia como componente socio histórico de América.³²

Martí nunca renegó de su estirpe española, pero tampoco de su raigambre cubana y su identidad latinoamericana,³³ donde lo mestizo, lo mulato, lo negro, lo indígena y hasta lo asiático parecen destinados, según José Vasconcelos, a conformar el crisol de una emergente raza cósmica.

Siempre supo distinguir, a la vez, entre el pueblo español y el pueblo norteamericano y el valor de sus respectivos aportes científicos, tecnológicos, políticos y culturales frente a las posturas de sus gobernantes en relación con los países latinoamericanos. Cuando llega a Nueva York, como plantea Marlene Vázquez:

No niega la grandeza de lo que observa. Temperamento generoso por naturaleza, es más dado a la alabanza entusiasta que a la crítica mezquina; pero se percata de la sustancial diferencia que media entre el entorno hispanoamericano y el anglosajón, y de esa comparación inevitable emerge el sentimiento de la *otredad*, que conduce a la reevaluación de lo propio. De esa contrastación brotan también las primeras notas de alarma y las consecuentes llamadas de atención respecto al fortalecimiento

³² D. Nieves, "*Patria y Libertad: hacia una definición martiana de nuestra América*", en *Anuario del centro de Estudios Martianos*, núm. 17, La Habana, 1994, p. 73.

³³ Véase P. Guadarrama, "Pensee philosophique et identite latino-americaine", en *Ire partie Sol a sol. Le magazine de l'Amérique Latine*, núm. 23, París, juillet/aout, 1992, p. 5; deuxième partie, núm. 24, septiembree-octubre, 1992, p. 4.

de la unidad continental y de la autonomía cultural y económica de los pueblos de nuestra América.³⁴

Se enorgullecía de la estirpe latina de nuestra cultura, pero no se limitaba a regodearse en ella, sino en asumirla como un componente indispensable que junto a los vernáculos conformaban la identidad latinoamericana.³⁵

Ahora bien –plantea Adalberto Ronda–, la concepción martiana de la creación autóctona no es precisamente de raíz fundamentalista o indigenista excluyente. Más que eso, es una amplia y fecunda comprensión de la relación endógena que debe existir entre lo universal y lo específico en cualquier proyecto de edificación social. Ni el nacionalismo estrecho ni la copia absoluta de lo extranjero. Debía ser la complementación equilibrada en la que los caracteres de lo propio predomine.³⁶

En verdad, esa fue la postura que siempre inspiró su actitud ante las distintas expresiones culturales de los pueblos de las distintas regiones del mundo, de ahí lo mismo sus altas valoraciones de las expresiones artísticas y del pensamiento europeo, como del ingenio norteamericano, la profundidad de la filosofía de la India y China, los aportes africanos, en

³⁴ M. Vázquez, *La vigilia perpetua. Martí en Nueva York*, La Habana, Centro de Estudios Martianos, 2010, p. 22.

³⁵ Véase M. Rojas Gómez, “Aportes a la identidad integracionista latinoamericana”, en *50 Años del proceso de Integración Latinoamericana 1960-2010: ensayos sobre integración*, Montevideo, Ediciones de la Secretaría General de ALADI, 2011, pp. 151-303; M. Rojas Gómez, *Identidad cultural e integración: desde la Ilustración hasta el Romanticismo latinoamericanos*, Bogotá, Editorial Bonaventuriana, 2011.

³⁶ A. Ronda Varona, “La alteridad y el cambio de espíritu en el ideal de modernización”, en *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, núm. 17, La Habana, 1994, p. 51.

especial árabes, en la conformación de la cultura española y latinoamericana, o su perplejidad ante los monumentos arquitectónicos de los aztecas y mayas así como la profundidad cosmogónica, cosmológica y antropológica de sus concepciones.

De manera que, esa perspectiva universalista situada que se aprecia en Martí le permitió evadir cualquier chauvinismo y a la vez justipreciar adecuadamente la riqueza y potencialidades contenidas en la ya conformada cultura latinoamericana, dados los valiosos ingredientes que la habían elaborado, y el creciente protagonismo que en ella iba asumiendo, lo que él concibió como “el hombre natural”, es decir, los sectores populares.³⁷

Sus propuestas emancipadoras de los pueblos latinoamericanos para lograr su segunda y definitiva independencia en relación con las nuevas formas de dominación imperiales que los asediaban se basaban esencialmente en impulsar un mejor conocimiento de la historia de los pueblos latinoamericanos “de los incas acá” como había propuesto, pero sobre todo de un mejor conocimiento de las luchas independentistas de sus logros y reveses, dada la actitud de las oligarquías conservadoras que se habían instalado en ellas, incluso manteniendo la denigrante institución de la esclavitud.

Martí sabe muy bien y trata por todos los medios a su alcance de divulgar la idea de que aquel proceso independentista inconcluso no era el simple producto de ideas foráneas y exóticas, sino que, aun cuando los próceres habían recibido de algún modo la influencia de pensadores o políticos

³⁷ “En *Nuestra América*, Martí anunciaba ya el advenimiento del hombre natural, es decir, del hombre del pueblo al escenario político latinoamericano. El hombre natural vendría a ser el polo opuesto de los ‘letrados artificiales’ o los ‘criollos exóticos’”. J. Ibarra, *José Martí, dirigente político e ideólogo*, La Habana, Centro de Estudios Martianos, 2008, p. 206.

Europeos y norteamericanos, o había encontrado promisorio ejemplo en la Revolución Francesa o en la Guerra de Independencia de las Trece Colonias Norteamericanas, sin embargo, la fuente nutritiva principal de aquel proceso era eminentemente endógeno y se había ido fraguando lentamente en insurrecciones de indígenas, esclavos, campesinos, artesanos, comuneros, etc., que en distintas regiones y épocas habían encendido la llama de la libertad, aun cuando esta fuese violentamente apagada en numerosas ocasiones, pero de sus cenizas como ave fénix, una y otra vez siempre resurgían. Por eso insistía en que “La independencia de América venía de un siglo atrás sangrando; ¡ni de Rousseau ni de Washington viene nuestra América, sino de sí misma!”³⁸

Con razón Paul Estrade ha sostenido que:

Como se puede apreciar, ya Martí ha comprendido que la libertad, más que un dogma venerado o un ideal inexequible, es un ímpetu vivo y una lucha permanente; que la libertad recetada e importada, aunque venga con el aura de la Revolución Francesa, no correspondía al estado y a las urgencias de su Isla y de su Continente [...].³⁹

Por eso Suárez Franceschi expresa:

Sostengo que la obra visionaria de Martí está impulsada por un afán incesante de construir una utopía sobre la base de lo hispanoamericano autóctono. Construye su ideal utópico sobre la realidad cabal de Hispanoamérica, y lo pone como norte de su acción. Sus escritos, a la vez que constituyen una visión coherente del mundo hispanoamericano, contienen una crítica a la socie-

³⁸ Martí, *Obras Completas...*, t. 8, p. 244.

³⁹ P. Estrade, “José Martí y la Revolución Francesa”, en *Anuario del centro de Estudios Martianos*, núm. 12, La Habana, 1989, p. 182.

dad de Hispanoamérica, y una descripción de una comunidad ideal para nuestros pueblos. Hace la crítica y ofrece recomendaciones para corregir los males. Prevé, previene y propone.⁴⁰

Es con una adecuada combinación de realismo político e idealismo social que el Héroe Nacional cubano analiza tanto las circunstancias específicas que hacen posible la lucha por la independencia de Cuba y Puerto Rico como parte del imprescindible proceso de completamiento de la emancipación latinoamericana. Como sostiene Francisca López Civeira:

Martí es un hombre de combate, por lo que no solo va a dedicar sus capacidades intelectuales a estudiar el fenómeno, sino que va a trazar las líneas esenciales de lucha contra el mismo, elaborando una estrategia continental y preparando y organizando la guerra independentista cubana, que es parte esencial de esa estrategia.⁴¹

Realmente es así como lo expresara en su carta póstuma a su amigo mexicano Manuel Mercado en la que le revela que pues no es simplemente dos Islas a liberar, sino a salvaguardar la dignidad de todos los pueblos de nuestra América.

La lucha de Martí no tiene las miras puestas solamente en Cuba y Puerto Rico, sino en toda nuestra América frente al peligro que desde temprano había avizorado Bolívar ante las fagositósicas pretensiones de los Estados Unidos de América.

⁴⁰ A. Suarez Franceschi, "Martí, 'idealista practico'. La fuerza impulsora de la utopía y la lucha por transformar la realidad de América", en *Anuario Centro de Estudios Martianos*, núm. 13, La Habana, 1990, p. 253.

⁴¹ F. López Civeira, "Martí antiimperialista", en D. Abad Muñoz y L. Solís Chávez (coords.), *Homenaje a José Martí. En el Centenario de su muerte en combate*, Morelia, Universidad Michoacana San Nicolás de Hidalgo, 1997, p. 168.

“Es claro que la restauración del bolivarismo en Martí tiene el sentido de oposición al imperialismo”.⁴²

Se percató desde muy temprano de las pretensiones de dominación yanqui sobre nuestros pueblos a través de la doctrina panamericanista, opuesta al latinoamericanismo propugnado por él y lo pudo confirmar durante su participación en la Conferencia monetaria de Washington, pues “[...] los acontecimientos posteriores abrían de confirmar los temores y prevenciones de Martí respecto a los propósitos imperialistas del llamado ‘sistema panamericano’”.⁴³

De manera que, resulta apropiada la afirmación de Ramón Losada Aldana según la cual:

[...] el analizado latinoamericanismo antipanamericanista de nuestros dos grandes hombres se agota en las fronteras latinas del Hemisferio Occidental. Pero la verdad es que el internacionalismo de ambos libertadores (Bolívar y Martí) tiene dimensiones planetarias y se identifica con la batalla de todos los pueblos contra la opresión mundial. No es sino ese el sentido de la tesis sobre “el equilibrio del universo”, que tanto el uno como el otro esgrimieron en sus luchas libertadoras y en sus previsiones de futuros combates.⁴⁴

Este hecho contribuye a fortalecer la tesis de Roberto Fernández Retamar de la precoz dimensión tercermundista de Martí, pues en verdad su proyección iba más allá de las la-

⁴² R. Soler, “José Martí: Bolivarismo y antiimperialismo”, en *Simposio internacional Pensamiento Político y antiimperialismo en Jose Martí*, Memorias, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1989, p. 29.

⁴³ A. Augier, “Martí: tesis antiimperialistas en la cuna del panamericanismo”, en *Dos congresos. Las razones ocultas. José Martí*, La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 1985, p. 209.

⁴⁴ R. Losada Aldana, “Antipanamericanismo en Bolívar y Martí”, en *Anuario Centro de Estudios Martianos*, núm. 13, La Habana, 1990, pp. 81 y 82.

titudes del espacio americano, sino con todos los pobres de la Tierra, es decir de todo el orbe. Es lógico presuponer que,

El joven Martí concibió la necesaria guerra independentista de Cuba como continuación del proceso emprendido a principios de siglo en el resto del Continente, al que nos unía la comunidad de sufrimientos, la explotación por una misma potencia esclavizadora y un semejante espíritu de rebeldía.⁴⁵

Por tal motivo, se debe concebir la existencia de una indisoluble postura patriótica, latinoamericanista y antiimperialista en el prócer cubano propiciadora del cultivo de la identidad cultural y la integración de los pueblos de nuestra América, que le proyectaba, dado su humanismo concreto y revolucionario, hacía una perspectiva mucho más universalista y dignificante de todo hombre o mujer esclavizado, explotado o humillado en el mundo. Por esa razón su pensamiento y actitud mantiene plena vigencia en la actualidad y se reproduce no simplemente en quienes le veneran como un santo, sino en quienes asumen una actitud continuadora de su ejemplo, como recomendaba con suficientes méritos para ello Ernesto *Che* Guevara cuando sostenía:

Porque a los héroes, compañeros a los héroes del pueblo, no se les puede separar del pueblo, no se les puede convertir en estatuas en algo que esta fuera de la vida de ese pueblo para el cual la dieron. El héroe popular debe ser una cosa viva y presente en cada momento de la historia de un pueblo [...]. Esa es mi recomendación final, que se acerquen a Martí sin pena, sin pensar que se acercan a un Dios, sino a un hombre más grande que los demás hombres, más sabio y más sacrificado que los

⁴⁵ I. Hidalgo Paz, *IncurSIONES en la obra de José Martí*, La Habana, Ciencias Sociales, 1989, p. 19.

demás hombres, y pensar que lo reviven un poco cada vez que piensen en él, y lo reviven mucho cada vez que actúan como él quería que actuaran.⁴⁶

Si bien desde su temprana madura juventud Martí junto al arraigado patriotismo comenzaba ya a cultivar admiración profunda por la historia de los pueblos latinoamericanos, su cultura, sus luchas y anhelos, sin embargo, pudo haberle sucedido lo que ha sido común a tantos otros intelectuales que han tomado mayor conciencia de su condición de latinoamericanos y del valor que encierra tal condición, cuando han viajado a Europa, Norteamérica o cualquier otra parte en la que han confraternizado con otros latinoamericanos y la nostalgia ha trascendido las fronteras del país de procedencia al apreciar la existencia de mayor nexos de identificación y unión que de diferencia entre los países de esta región.

En tal sentido pudo haber sido la España de su estancia juvenil, pero más que la metrópoli colonial, fue sin dudas las estancias en México, Guatemala y Venezuela las que más debieron haber contribuido a afianzar el sentimiento latinoamericanista en el prócer cubano, que debió culminar durante su prolongada estancia en los Estados Unidos de Norteamérica donde –además de cultivar amistad con notables intelectuales latinoamericanos entre los cuales sobresalen entre otros Rubén Darío y Jose María Vargas Vila,⁴⁷ hecho que le posibilitaría un mejor conocimiento de las particularidades históricas

⁴⁶ E. Guevara, “José Martí”, en *Siete enfoques marxistas sobre José Martí*, La Habana, Editora Política, 1978, p. 76.

⁴⁷ “Su sagacidad premonitoria, mixtura de ciencia y poesía, le permitió calibrar –y abogar por el– el carácter legítimo de la consanguinidad cultural latinoamericana, con un espacio significativo para Colombia en el conjunto continental.” Y. Ricardo, “La presencia de Colombia en Martí: Contextos e intertextualidad”, en *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, núm. 17, La Habana, 1994, p. 194.

y culturales de sus países de procedencia mucho mejor que la que le podían ofrecerla los libros y revistas— sin duda pudo ver más de cerca las amenazas que se fraguaban contra la dignidad de todos los pueblos de nuestra América.

Con otras palabras —sostiene Pedro Pablo Rodríguez—: el latinoamericanismo martiano no es el mero sentimiento fraterno por una comunidad de origen y de idioma, sino algo más profundo y verdadero: es la comprensión de la necesidad histórica de la unidad latinoamericana como la única manera, para los pueblos del Sur, de subsistir y desarrollarse como identidad sociocultural independiente frente al imperialismo norteamericano. Y, por tanto, ese latinoamericanismo solo pudo manifestarse con tal sentido a finales de los años ochenta, cuando Martí expresó una aprehensión del fenómeno imperialista en los Estados Unidos. De ahí la contemporaneidad y vigencia de esas ideas latinoamericanistas.⁴⁸

El latinoamericanismo de José Martí no cristalizó de la noche a la mañana, fue el producto de una prolongada gestación por lo que como sostiene Roberto Fernández Retamar:

Ese nombre (Nuestra América) se le revela, según lo hemos dicho, al contacto directo con circunstancias latinoamericanas. Pero su significado no permanecerá invariable en Martí, sino que se irá cargando de sentido a lo largo de su vida, hasta alcanzar su definición mejor en el gran texto de 1891.⁴⁹

⁴⁸ P. Rodríguez, “Guatemala: José Martí en el camino hacia nuestra América”, en *Anuario del centro de Estudios Martianos*, núm. 17, La Habana, 1994, pp. 229 y 230.

⁴⁹ R. Fernández Retamar, “El credo independiente de la América Nueva”, en *Anuario Centro de Estudios Martianos*, núm. 14, La Habana, 1991, p. 155.

A su juicio:

La vida americana no se desarrolla, brota. Los pueblos que habitan nuestro continente, los pueblos en que las debilidades inteligentes de la raza latina se han mezclado con la vitalidad brillante de la raza de América, piensan de una manera que tiene más luz, sienten de una manera que tiene más luz, sienten de una manera que tiene más amor, y han de menester en el teatro –no de copias serviles de naturalezas agotadas– de brotación original de tiempos nuevos.⁵⁰

Confiaba en que “¡Las tierras de habla española son las que han de salvar en América la libertad! Las que han de abrir el continente nuevo a su servicio de albergue honrado. La mesa del mundo está en Los Andes”.⁵¹ Y por tal motivo despreciaba a aquellos que se plegaban a los intereses norteamericanos para congratularse con aquel voraz poder emergente cuando planteaba: “Dicen que han solido venir gentes de nuestras tierras a ofrecer a los Estados Unidos, en cambio de este o aquel apoyo, pedazos de nuestro territorio; y saber sería bueno quienes fueron, para hacer una picota que llegase a las nubes y poner en ella su nombre en letras bien negras”.⁵²

Cuanta actualidad tienen estas ideas de Martí con relación a quienes hoy se han dejado seducir por el *american way of live* y solo se sienten realizados si ostentan un pasaporte norteamericano o europeo con libre visado. Ya en su época el pensador cubano apuntaba que:

[...] en lo que se escribe ahora por nuestra América imperan dos modas, igualmente dañinas, una de las cuales es presentar como

⁵⁰ Martí, *Obras Completas...*, t. 6, p. 200.

⁵¹ *Ibid.*, t. 19, p. 22.

⁵² *Ibid.*, t. 8, p. 370.

la casa de las maravillas y la flor del mundo a los Estados Unidos, que no lo son para quien sabe ver; y otra propalar la justicia y la conveniencia de la preponderancia del espíritu español, en los países hispanoamericanos, que en eso mismo están probando precisamente que no han dejado aun de ser colonias.⁵³

Martí sabía muy bien que la lucha no era solo frente a los poderes coloniales o imperiales externos, sino contra lo que era más difícil aun, contra las mentalidades serviles de una elite oligárquica que en América Latina había sido y seguiría siendo cómplice de la explotación transnacional de las riquezas y el sudor de sus respectivos pueblos. Este es el caso de la integración centroamericana que Martí consideraba que de forma natural debía realizarse. Según él: “Esas Repúblicas, que acabarán por no ser más que una sola, como las leyes de la naturaleza, de la política y la utilidad lo ordenan, están hoy riñendo por la construcción del canal de Nicaragua”.⁵⁴ Sin embargo, desafortunadamente se impuso el divisionismo de las elites dominantes auspiciadas por el nuevo poder imperial que deseaba dispersarlas para devorarlas mejor como hizo con el Canal de Panamá. En la actualidad, se plantea nuevamente la posibilidad de la construcción de un canal transoceánico a través de Nicaragua, pero ya no bajo la tutela yanqui como tanto preocupó a Augusto Cesar Sandino.

Como plantea Jorge Ibarra:

Martí pudo prever el desarrollo histórico del capitalismo estadounidense y su enfrentamiento inevitable en bloque con los países de nuestra América. Su crítica social a los móviles mercantiles de la clase burguesa y al poder de los monopolios desde las posiciones de vanguardia del movimiento de liberación

⁵³ *Ibid.*, t. 28, pp. 289 y 290.

⁵⁴ *Ibid.*, t. 19, pp. 94 y 95.

nacional cubano y de su sistema de valores éticos, fue una de las más avanzadas y profundas de la época, por no decir la de mayor calado histórico en América.⁵⁵

La labor de Martí estaba orientada no solo emancipar dos islas, sino a contribuir a la plena emancipación de los pueblos latinoamericanos, que aun cuando hubiesen alcanzado la independencia política, se habían convertido en neocolonias de los nuevos poderes hegemónicos europeos y yanquis.⁵⁶ De ahí su recomendación: “Si quiere libertad nuestra América, ayude a ser libre a Cuba y Puerto Rico”.⁵⁷

Muy claro tenía el apóstol cubano que su misión era “impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan los Estados Unidos y caigan con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso”.⁵⁸

Por tal razón, con acierto sostiene Rodolfo Sarracino que:

Martí sabía que tendría que hallar aliados internacionales con intereses opuestos a los Estados Unidos, dispuestos a frenar el expansionismo norteamericano y, tal vez, lo más importante

⁵⁵ J. Ibarra, *José Martí, dirigente político e ideólogo*, La Habana, Centro de Estudios Martianos, 2008, p. 266.

⁵⁶ “El joven Martí concibió la necesaria guerra de independencia de Cuba como continuación del proceso emprendido a principios de siglo en el resto del continente, al que nos unía la comunidad de sufrimiento, la explotación por una misma potencia esclavizadora y un semejante espíritu de rebeldía. En *El presidio político en Cuba* apreciamos su enfoque de las raíces comunes a todo el llamado Nuevo Mundo, del colonialismo, y del saqueo a que fueron sometidos nuestros pueblos [...]”. I. Hidalgo, *IncurSIONES en la obra de José Martí*, La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 1989, p. 19.

⁵⁷ Martí, *Obras Completas...*, t. 2, p. 373.

⁵⁸ *Ibid.*, t. 4, p. 169.

buscar en lo interno las vías para influir con la verdad de Cuba en un pueblo hasta el día de hoy engañado y conducido al sacrificio en defensa de causas espurias e injustas. En instituciones como el Club Crepúsculo se concentraban figuras poderosas e influyentes en la sociedad estadounidense, capaces de equilibrar, demorar o inhibir la expansión territorial de Estados Unidos en toda la América Latina.⁵⁹

De tal manera, en sus profundas convicciones humanistas prácticas, independentistas, integracionistas y latinoamericanistas subyacía el criterio de que:

Es cubano todo americano de nuestra América y en Cuba no peleamos por la libertad humana solamente; ni por el bienestar imposible bajo un gobierno de conquista y un servicio de sobornos, ni por el bien exclusivo de la isla idolatrada, que nos ilumina y fortalece con su simple nombre: peleamos en Cuba para asegurar, con la nuestra, la independencia hispanoamericana.⁶⁰

Martí tenía sobradas razones para estar convencido de que la confrontación entre Estados Unidos y América Latina tenía profundas raíces económicas y políticas, por lo que podría producir frutos muy amargos que era mejor hacer lo posible para que no se desarrollaran. Abrigaba la utópica esperanza de “[...] si estarán mejor como amigas naturales sobre bases libres, que como coro sujeto a un pueblo de intereses distintos, composición híbrida y problemas pavorosos, resuelto a entrar, antes de tener arreglada su casa, en desafío arrogante, y acaso pueril, con el mundo”.⁶¹

⁵⁹ R. Sarracino, *José Martí en el Club Crepúsculo de Nueva York. En busca de nuevos equilibrios*, Guadalajara, Editorial Universitaria. Universidad de Guadalajara/Centro de Estudios Martianos, 2010, pp. 95 y 96.

⁶⁰ Martí, *Obras Completas...*, t. 5, p. 375.

⁶¹ *Ibid.*, t. 6, p. 53.

Varios fueron los pensadores, como es el caso entre otros, de Sarmiento, que en el siglo XIX abrigaron en la añoranza de que en Latinoamérica se conformara un concierto de naciones que lograra el respeto de su soberanía por parte de las potencias europeas y de los impetuosos Estados Unidos de América. Pero los más agudos visionarios como Simón Bolívar o Justo Arosemena en 1856 se percataron que el futuro de ambas Américas sería de confrontación y de intenciones engullidoras no precisamente de las recién independizadas repúblicas del sur del continente.⁶²

Martí analizaba que: “Los Estados Unidos que nacieron de padres que emigraron de su patria por exceso de amor a la libertad, y austeridad en la virtud, se inclinan a mancillar esa valiosa herencia, compeliendo a pueblos menores a que existan para el provecho y acomodamiento de la Nación Americana”.⁶³ Por eso le confiaba a su entrañable amigo mexicano Manuel Mercado, refiriéndose a Estados Unidos de América que “[...] de esta tierra no espero nada, ni para Uds.; ni para nosotros, más que males”.⁶⁴

Supo diferenciar muy bien entre lo que significó el nacimiento de los Estados Unidos de América y en lo que este se había convertido a fines del siglo XIX, por eso afirmó: “[...] en otros tiempos distintos a los de hoy, los Estados Unidos

⁶² “Hace más de veinte años que el águila del Norte dirige su vuelo hacia las regiones ecuatoriales. No contenta ya con haber pasado sobre una gran parte del territorio mexicano, lanza su atrevida mirada mucho más acá. Cuba y Nicaragua son, al parecer, sus presas del momento para facilitar la usurpación de las comarcas intermedias, y consumir sus vastos planes de conquista un día no muy remoto.” J. Arosemena, “Contra la expansión expansionista de los Estados Unidos”, en *Temas de filosofía política latinoamericana*. Bogotá, Editorial El Búho, 1984, p. 82.

⁶³ Martí, *Obras Completas...*, t. 14, p. 355.

⁶⁴ *Ibid.*, t. 1, p. 284.

significaban la libertad”.⁶⁵ Y criticaba el devenir de aquel país ya que: “Las leyes americanas han dado al Norte alto grado de prosperidad, y lo han elevado también al más alto grado de corrupción. Lo han metalificado para hacerlo próspero. ¡Mal-dita sea la prosperidad a tanta cosa!”⁶⁶

De ahí que, acertadamente Pedro Pablo Rodríguez consi-dera:

Como Martí no fue un historiador ni un sociólogo, ese deslinde a que arriba en sus análisis es motivado por el gran problema de su tiempo: la política expansionista del naciente imperialismo norteamericano cuya marcha, a plena conciencia, intentara de-tener desde entonces. Por su latinoamericanismo se define por oposición: América Latina es una identidad, no solo por razones históricas y étnico-culturales, sino también porque su presente y su futuro enfrentan una nueva amenaza de dominación.⁶⁷

Martí se percató de las transformaciones que se operaban en la economía y la política norteamericana, especialmente el desarrollo de los monopolios que entrevía promoverían gran-des guerras imperialistas y nuevas pretensiones de conquista especialmente sobre América Latina. A su juicio:

El monopolio es un gigante negro. El rayo tiene suspendido sobre la cabeza. Los truenos le están zumbando en los oídos. Debajo de los pies le arden volcanes. La tiranía acorralada en lo político, reaparece en lo comercial. Este país industrial tiene un tirano industrial. Este problema apuntado aquí de pasada, es

⁶⁵ *Ibid.*, t. 22, p. 68.

⁶⁶ *Ibid.*, t. 21, p. 16.

⁶⁷ P. P. Rodríguez, “Como la plata en las raíces de los Andes. El sentido de la unidad continental”, en *Letras. Cultura en Cuba*, Prefacio y Compilación Ana Cairo Ballester, núm. 2, La Habana, Editorial Pueblo y Educación, 1989, p. 159.

uno de aquellos graves y sombríos que acaso en paz no pueden decidirse y ha de ser decidido aquí donde se plantea, antes tal vez de que termine el siglo.⁶⁸

Metáforas estas premonitorias pues lamentablemente en 1898 desembarcarían las tropas yanquis en Santiago de Cuba para continuar con su política de *Destino Manifiesto* que condenaba a los países latinoamericanos a convertirse en neocolonias de Estados Unidos de América.

Su prolongada estancia en Estados Unidos le permitió conocer muy bien ese país y diferenciar fehacientemente aquella cultura y estilo de vida en relación con las del hombre latinoamericano. A su juicio: “Los norteamericanos posponen a la utilidad el sentimiento. –Nosotros posponemos al sentimiento la utilidad”.⁶⁹ Esta era, según el pensador cubano “un país en que todo se sacrifica al logro de una riqueza material”.⁷⁰ Consideraba que “aquella gran tierra está vacía de espíritu”.⁷¹ Algunas razones habrán motivado que expresase: “Viví en el monstruo y le conozco las entrañas: –y mi honda es la de David”.⁷²

Martí, aunque admiraba al pueblo norteamericano por su desarrollo económico, tecnológico y su carácter emprendedor, albergaba serias dudas sobre la forma de su sistema político y no quería en modo alguno seguir el modelo norteamericano, como se aprecia en esta declaración suya: “Quiero que el pueblo de mi tierra no sea como éste, una masa ignorante y apasionada, que va donde quieren llevarla, con ruidos

⁶⁸ Martí, *Obras Completas...*, t. 10, p. 85.

⁶⁹ *Ibid.*, t. 1, p. 15.

⁷⁰ Martí, “México y los Estados Unidos” [México, 27 de abril, 1876], en *Revista Universal, Anuario del Centro de Estudios Martianos*, núm. 5, La Habana, 1982, p. 10.

⁷¹ Martí, *Obras Completas...*, t. 9, p. 123.

⁷² *Ibid.*, t. 4, pp. 167 y 168.

que ella no entiende, los que tocan sobre sus pasiones como un pianista toca sobre un teclado”.⁷³

Esto lo afirmaba cuando solo se conocía la prensa escrita, pero no imaginaba Martí lo que sucedería décadas después con la manipulación de las campañas electorales o justificadoras de guerras intervencionistas en cualquier “rincón oscuro del mundo” a través de la radio, la televisión, Internet, etc., así como en entidades supranacionales como la OEA, la ONU, etcétera.

Consideró que, el único partido para los empresarios norteamericanos era el de los intereses, cuando sostenía: “[...] los capitalistas que a cambio de leyes favorables a sus empresas apoyan al partido que se las ofrece”.⁷⁴

Se percató oportunamente de “la soberbia conquie el hombre de Norteamérica se juzga único y prominente entre los pueblos”,⁷⁵ y que ha dado lugar a que muchos hijos de ese pueblo hayan sido utilizados en muchas ocasiones consciente o inconscientemente para participar en golpes de Estado, guerras, conspiraciones, etc., en múltiples lugares del mundo para imponer sus intereses.

A raíz de la conferencia de Washington en 1890 Martí con regocijo escribía:

Y sin ira, y sin desafío, y sin imprudencia, la unión de los pueblos cautos y decorosos de Hispanoamérica, derrotó el plan norteamericano de arbitraje continental y compulsorio sobre las repúblicas de América, con tribunal continuo e inapelable residente en Washington.⁷⁶

⁷³ *Ibid.*, t. 22, p. 73.

⁷⁴ *Ibid.*, t. 10, p.190.

⁷⁵ *Ibid.*, t. 7, p. 335.

⁷⁶ *Ibid.*, t. 6, p. 90.

Lamentablemente, tras varios intentos manipuladores Estados Unidos de América logró conformar la Organización de Estados Americanos, que como eficiente ministerio de colonias ha logrado regularmente medir con supuesto exclusivo *democratómetro*, cuáles gobiernos cumplen con las exigencias de lo que el poderoso vecino consideran democráticos y cuales atentan contra la seguridad norteamericana.

No han dudado de intervenir militarmente en numerosas ocasiones en varios países latinoamericanos, como México, Cuba, Nicaragua, Haití, República Dominicana, Granada, Panamá, etc.; confabularse con golpes de Estado contra Jacobo Arbenz en Guatemala, de Fulgencio Batista en Cuba, Augusto Pinochet en Chile y otros más recientes, así como otros propiciadores de dictaduras militares y fascistoides no sólo en América Latina.

Han estado evidentemente involucrados en misteriosos asesinatos de líderes populares como Augusto Cesar Sandino, Jorge Eliecer Gaitán, Omar Torrijos, más de trescientos intentos de atentado –oficialmente reconocidos por el Senado de Estados Unidos de América, contra Fidel Castro–, etc.; asesorar en la utilización de torturas en la Escuela Militar de las Américas en Panamá, la cárcel de Abugraiv en Irak o la prisión de la Base Militar de Guantánamo –denunciadas internacionalmente como centros de tortura–, y declarar como terrorista o violador de los derechos humanos a cualquier gobierno que no se pliegue a sus estilos de disfrazar el terrorismo y la violación de tales derechos.

Afortunadamente, en los últimos años en Latinoamérica y el Caribe se ha producido una reanimación del espíritu independentista, de defensa de la soberanía nacional y de integración con plena conciencia de sus posibilidades y obstáculos,⁷⁷

⁷⁷ “Prácticamente en todas las organizaciones latinoamericanas y caribeñas los Estados parecen percibir de manera más o menos explícita los

que tras el fracaso del ALCA tiene seriamente preocupados a los gobernantes norteamericanos.

Gérmenes promisorios de realización del sueño integracionista de los forjadores de la independencia, se atisban en Mercosur, la Alianza Bolivariana de las Américas (ALBA), la Comunidad de Estados Latinoamericanos y del Caribe (CELAC). De ahí que busquen, en correspondencia con la máxima imperial romana de *divide y vencerás*, alternativas como los tratados bilaterales de libre comercio para seguir imponiendo su política imperialista no solo en este continente, sino en el mundo entero.

El pronóstico de Bolívar y Arosemena, que Martí acogió al pie de la letra, sobre el destino que le vaticinaba a la política imperial estadounidense, en su precoz antiimperialismo⁷⁸ se ha confirmado más allá de este continente. Pero también la historia ha demostrado que cuando los pueblos reaccionan ante sus agresiones con unidad, profundas convicciones ideológicas y decisión de lucha por la soberanía pueden salir

límites de los procesos de integración, como los hasta ahora realizados. Así que, de manera similar en las distintas organizaciones, se produce algunas veces con afán a una redefinición principalmente política de cada proceso de integración. A esto le sigue una fase de desarrollo y de evolución que tiene que ver en primer lugar con los aspectos sustanciales de la cooperación, pero también en la disciplina jurídico-institucional. De todo esto se rendirá cuentas en el límite de lo posible, pero resulta evidente como casi todos los procesos de integración en América Latina y el Caribe viven un momento de evolución y se produce de manera a menudo confundida y no lineal a continuas revisiones.” P. Pennetta, *Integración e integraciones*, Bogotá, Universidad Católica de Colombia/Editorial Planeta/Fondazione I. S. LA. Per gli Studi Latinoamericani, 2011, p. 25.

⁷⁸ A. Herrera Franyutti, “El precoz antiimperialismo de José Martí”, en *Memorias del Simposio Internacional Pensamiento político y antiimperialismo en José Martí*, La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 1989, p. 264.

victoriosos como sucedió en Playa Girón (Bahía de Cochinos), Cuba o en Vietnam.

Las arraigadas convicciones anticolonialistas, y antiimperialistas de José Martí constituyeron una premisa indispensable de su actitud independentista e integracionista en relación con los pueblos latinoamericanos, pero a la vez, en dialéctica concatenación, esta última condicionaría la radicalización de aquellas convicciones.

Martí se nutrió del estudio de la historia política, social y cultural de la confrontación entre Latinoamérica y el vecino poderoso del Norte que por desconocerla ha subestimado las potencialidades emancipadoras y desalienadoras que porta en sí la praxis liberadora de los pueblos latinoamericanos.

Su labor fue más que suficiente y auténticamente válida para su época, pero su muerte ocurrió hace más de un siglo. Nuevos desagradables acontecimientos se han producido posteriormente a partir de la agudeza de esta confrontación expresadas en cíclicas intervenciones militares yanquis, pero como respuesta a tales actitudes una creciente maduración de la conciencia política latinoamericanista, integracionista y antiimperialista se puede fácilmente apreciar que ha tomado mayor auge en los últimas décadas.

Ya no es esta la época cuando a la Revolución Cubana se le trataba de aislar del resto del continente y del mundo. Se viven tiempos de alborada de dignidad emancipadora, autodeterminación, soberanía, solidaridad e integración latinoamericana. Lógicamente, este fenómeno encuentra las más sutiles formas de agresión no solo propagandística sino también de entorpecimiento de cualquier actitud soberana.

Ya el tigre en la bruma, que metafóricamente entreveía Martí en su célebre ensayo *Nuestra América*, en el nacimiento del imperialismo norteamericano dejó de aparentar dormir y sus garras distan mucho de ser aterciopeladas. Se vio obligado a despertarse ante tanto bullir de las recientes fiestas

liberadoras de los pueblos latinoamericanos, pero no hay que estimular ilusiones pues no cesará en sus viejos empeños de engullirlos de algún modo, aunque solo sea inicialmente en el plano de la compra de las conciencias para posteriormente hacer efectivo su demandante cheque de las riquezas materiales que producen los pueblos latinoamericanos.

En la misma medida en que se reivindicuen adecuadamente en las nuevas generaciones el pensamiento filosófico latinoamericano, de profunda raigambre humanista, pero en especial, el ideario revolucionario, anticolonialista y antiimperial de los forjadores de la independencia latinoamericana, las nuevas generaciones tendrán referentes ejemplares para continuar su labor en defensa de la soberanía de estos pueblos.

Junto al desarrollo económico, tecnológico y del nivel de vida material de las nuevas generaciones se está obligado a cultivar los valores fundacionales de la integración latinoamericana⁷⁹ y la conciencia soberana en estos tiempos desafiantes tiempos de globalización, presunta posmodernidad y falacias neoliberales.⁸⁰ Para desplegar esa labor se hace necesario analizar algunas de las tareas económicas, políticas, sociales y culturales que Martí se planteó para nuestra América.

Múltiples son las tareas pendientes para el logro de la plena independencia y la integración verdaderamente horizontal y no vertical de Latinoamérica⁸¹ que aunque tuvo un

⁷⁹ Véase Colectivo de autores de la “Cátedra Andrés Bello”, *Valores fundacionales de la integración latinoamericana*, Santa Clara, Universidad Central de las Villas, 2009.

⁸⁰ Véase P. Guadarrama, *Cultura y educación en tiempos de globalización posmoderna*, Bogotá, Editorial Magisterio, 2006.

⁸¹ “Hay que diferenciar la seudointegración de la auténtica integración, pues la verdadera y efectiva es la de carácter horizontal. Esta resulta de la igualdad de condiciones que, por el consentimiento general de las naciones, permite un desarrollo equitativo, racional, justo y sostenible para todos sus miembros, sin obviar los niveles económicos y científicos-tecnológicos

mal comienzo,⁸² encuentran en José Martí un valioso arsenal indispensable para el momento actual.

A fines del siglo XIX se disputaban la primacía las corrientes ideológicas que deseaban mantener las viejas formas de dominación como el conservadurismo y las nuevas como el liberalismo y el socialismo que trataban de cumplir las tareas de consumación de la modernidad e incluso, en el caso de esta última, de superarlas cualitativamente o de aniquilarlas y crear radicalmente otras nuevas como proponía el anarquismo. No se debe poner en duda lo afirmado por Ricaurte Soler que, “en los proyectos de la unidad de nuestra América, tema martiano por excelencia, plasmó la más vehemente aspiración de la ideología demoliberal decimonónica”.⁸³

que tengan países determinados. Así mismo, la integración debe ser multilateral, en el sentido de que un país puede estar en más de una determinación sociocultural, política o económica, teniendo en cuenta que toda verdadera identidad e integración lo son en la diferencia.” M. Rojas Gómez, *Iberoamérica y América Latina identidades y proyectos de integración*, Cuba, Ediciones La Luz, 2011, p. 104.

⁸² “La integración latinoamericana tuvo un mal comienzo. La herencia de la colonización ibérica, fundamentalmente española, contribuyó al nacimiento de Estados-nación debilitados que no pudieron desarrollar interrelaciones con los demás, ni establecer relaciones comerciales con el resto del mundo. Además, los Estados-nación llegaron a ser independientes sin una participación y un compromiso suficiente activo de los distintos estratos sociales de la población. A ello se añadió la preeminencia de pequeños intereses locales por encima del interés de integrarse y el reparto de los territorios según el trazado de las fronteras heredadas de la monarquía española, a diferencia de la posesión real y efectiva de los territorios como fundamento de las fronteras brasileñas”. E. Vieira Posada, *La formación de espacios regionales en la integración de América Latina*, Bogotá, Convenio Andrés Bello-Pontificia Universidad Javeriana, 2008, p. 18.

⁸³ R. Soler, “José Martí: Bolívarismo y antimperialismo”, en *Memorias del Simposio Internacional Pensamiento político y antiimperialismo en José Martí*, La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 1989, p. 21.

Con el fracaso de la ideología liberal que resultaba muy progresista en esta región a fines del siglo XIX tomaron auge las fuerzas de la reacción, las oligarquías terratenientes, el conservadurismo, y en especial el imperialismo norteamericano que aplastaron aquel proyecto democrático liberal.

Nuevas ideologías totalitarias, como el fascismo, se impondrían posteriormente en el siglo XX, de las cuales Latinoamérica no podría escapar y se mantiene latente y acechante en sectores de la ultraderecha norteamericana y algunos sectores oligárquicos latinoamericanos, que no se resignan a los cambios que se están produciendo favorablemente para la dignificación e integración de los pueblos latinoamericanos. Y ante tales acontecimientos surge la interrogante: ¿Podrá en la actualidad sostenerse sólidamente una propuesta integracionista latinoamericana asida a los mismos pilares ideológicos?. O necesariamente esta tarea debe emprenderse desde nuevos pilares y perspectivas ideológicas, muy diferentes a las de fines del siglo XIX tomando en consideración, tanto que el fascismo y los fundamentalismos no han desaparecido tras el fracaso de algunos ensayos de socialismo, que obligan a elaborar nuevas propuestas políticas y por qué no, también nuevas ideologías y nuevas filosofías.

Indudablemente, también otras son las tareas a las que deben consagrarse las nuevas generaciones, entre las cuales la intelectualidad y en especial la cultivadora de la filosofía, en este inicio del siglo XXI, como la de lograr la añorada integración latinoamericana si es que se quiere imitar el ejemplo de los forjadores de la independencia y ser auténticos hombres de esta nueva época.

Sin embargo, algunas de las tareas que se propuso Martí como la necesidad de un mejor estudio de los orígenes y evolución de la historia latinoamericana, aún se mantienen plenamente vigentes. Su recomendación de que: “La historia de América, de los incas acá, ha de enseñarse al dedillo, aun-

que ni se enseñe los arcontes de Grecia”,⁸⁴ no significaba en modo alguno que se dejase de estudiar los aportes del pensamiento grecolatino, al que siempre estimó en alto grado, pero si implicaba una mejor atención a la valoración de la ancestral cultura de los pueblos de esta región.

En especial, la necesaria diferenciación de las fuentes de la cultura latinoamericana en relación con la de origen europeo y norteamericano le hicieron afirmar: “Ni de Rousseau ni de Washington viene nuestra América, sino de sí misma”.⁸⁵

Sabía muy bien que tanto la historia como los destinos de las dos culturas que finalmente habían cristalizado en esta parte del mundo, la de origen latino y la de origen anglosajón, eran muy diferentes y ni los gobernantes ni los pueblos debían ignorar tales diferencias para enrumbarlos mejor.

A su juicio: “En la política de América, es riesgosa la idea de política del continente, porque con dos corceles de diferente genio y hábitos, va mal el carruaje. Pero la ciencia es toda una, y conviene todo lo que junte a los pueblos [...]”.⁸⁶ Por esa razón, se impone hoy la necesidad de que nos conozcamos recíprocamente mucho mejor y de la misma forma que debemos estudiar la historia y la cultura de los pueblos de nuestra América, debemos también conocer y estimar los mejores ejemplos de la historia del pueblo norteamericano.

De acuerdo con Graciela Chailloux:

Todos los planteamientos de Martí [...] presuponen la posibilidad de un desarrollo económico autóctono, independiente, dentro de los marcos del modo capitalista de producción para los países que aún no habían alcanzado su independencia económica. Desarrollo independiente que si bien no podía ser factible

⁸⁴ Martí, *Obras Completas...*, t. 6, p. 16.

⁸⁵ *Ibid.*, t. 8, p. 244.

⁸⁶ *Ibid.*, t. 5, p. 343.

desde el punto de vista práctico en los albores de la fase imperialista del régimen capitalista –momento cumbre de aquella internacionalización del modo capitalista de producción y del consecuente sometimiento de un importante conjunto de países– si podía serlo teóricamente, en tanto aun el capitalismo no había agotado todas las posibilidades de su desarrollo.⁸⁷

Es cierto que, en la época que le correspondió vivir a Martí, esas eran las posibilidades de desarrollo socioeconómico que se le presentaban a los países latinoamericanos, pues el socialismo, no era una alternativa real como lo sería posteriormente y ha demostrado no solo la Revolución Cubana, sino nuevas alternativas autóctonas de orientación socialista que actualmente se desarrollan en Latinoamérica.

La siguiente idea martiana se mantiene muy vigente aun en nuestros días:

El desdén del vecino formidable, que no la conoce, es el peligro mayor de nuestra América; y urge, porque el día de la visita está próximo, que el vecino la conozca, la conozca pronto, para que no la desdeñe. Por ignorancia llegaría, tal vez, a poner en ella la codicia. Por respeto, luego que la conociese, sacaría de ella las manos.⁸⁸

En la actualidad, es imprescindible cultivar aquel optimismo martiano sobre el futuro de los pueblos latinoamericanos:

Lo que acontece en la América española no puede verse como un hecho aislado, sino como una enérgica, madura y casi simul-

⁸⁷ G. Chailloux Laffita, “La estrategia martiana de desarrollo económico para América latina”, en *Anuario Centro de Estudios Marianos*, núm. 6, La Habana, 1983, p. 92.

⁸⁸ Martí, *Obras Completas...*, t. 6, p. 22.

tánea decisión de entrar de una vez con brío en este magnífico concierto de pueblos triunfantes y trabajadores, en que empieza a parecer menos velado el cielo y viles los ociosos. Se está en un alba, y como en los umbrales de una vida luminosa, se esparce tal claridad por sobre la Tierra, que parece que van todos los hombres coronados de astros.⁸⁹

Sin duda mucho más que en la época que le correspondió vivir al pensador cubano, se puede afirmar al igual que él, que : “Hoy se habla en América la lengua concreta donde encaja la idea como acero en el tahalí, y el pensamiento criollo impera y resplandece”.⁹⁰

Tal preocupación por reivindicar lo propio de las raíces étnicas y culturales latinoamericanas le hizo sostener que: “Ni con galos, ni con celtas tenemos que hacer en nuestra América, sino con criollos y con indios”.⁹¹

Entre las tareas aún pendientes que Martí atisbó resultaban imprescindibles la reforma agraria junto con una significativa transformación educativa y cultural, de ahí que sostuviese:

En América, no hay más que repartir bien las tierras, educar a los indios donde los haya, abrir caminos por las comarcas fértiles, sembrar mucho en las cercanías, sustituir la instrucción elemental literaria inútil, con la instrucción elemental científica –y esperar ver crecer los pueblos.⁹²

Y como puede apreciarse, especial atención le otorgó a la reivindicación de los pueblos originarios de estas tierras. “La inteligencia americana –sostenía– es un penacho indígena.

⁸⁹ *Ibid.*, t. 19, p. 153.

⁹⁰ *Ibid.*, t. 5, p. 440.

⁹¹ *Ibid.*, t. 7, p. 59.

⁹² *Ibid.*, t. 8, p. 439.

¿No se ve cómo del mismo golpe que paralizó al indio, se paralizó América? Y hasta que no se haga andar al indio, no comenzará a andar bien la América”.⁹³ Pareciera que en estos momentos de inicios del siglo XXI en algunos países latinoamericanos el indio ha echado a andar.

Su propuesta integracionista se mantiene como una imprescindible tarea pendiente por lo que “La América ha de promover todo lo que acerque a los pueblos y abominar todo lo que los aparte”.⁹⁴

Por supuesto que, en la actualidad, no basta nutrirse del ideario martiano para una mejor comprensión del pensamiento latinoamericanista e integracionista de nuestros pueblos, pero evidentemente tampoco es prudente ignorarlo.

⁹³ *Ibidem*, p. 336.

⁹⁴ *Ibid.*, t. 6, p. 153.

FUNDAMENTOS POLÍTICOS DE *NUESTRA AMÉRICA**

Fabio Luis Barbosa dos Santos

INTRODUCCIÓN

Martí interpreta la consumación del legado democrático de la Guerra de los Diez Años como la vía para la conclusión de la formación cubana, donde la unidad en torno al ideal de la independencia apuntó hacia la superación de la heterogeneidad social y racial en dirección a la integración nacional. Apoyado en una sensibilidad relacionada con el movimiento de la historia mundial, el líder cubano identificó en la circunstancia antillana nuevas oportunidades y desafíos relacionados con la emancipación de las colonias ibéricas en el inicio del siglo. Por un lado, la acumulación de condiciones objetivas y subjetivas para la formación de la nacionalidad, precipitada por el enfrentamiento reciente, singulariza la lucha cubana, invirtiendo su posición con relación a las luchas en la América continental, donde la emancipación precedió a la nación. Por otro lado, la emergencia del expansionismo estadounidense coloca a los pueblos antillanos ante la necesidad inédita de luchar por la independencia en dos frentes simultáneos. Comprendiendo que en estas circunstancias la guerra es in-

* Traducción de Consuelo Rodríguez Muñoz.

evitable, el esfuerzo martiano se orienta obstinadamente en la organización del PRC como instrumento capaz de conceder racionalidad al proceso, asimilando las lecciones del conflicto anterior. Un programa de orientación democrática nacional y una estructura orgánica permeable al influjo popular son los antídotos adoptados contra el caudillismo y la desunión, subordinando el mando militar al liderazgo civil.

En el plano ideológico, consiente de la vulnerabilidad cubana, Martí inscribió la lucha por la independencia antillana en el dilema de la formación de América Latina bajo el imperialismo, afirmando la posibilidad y la necesidad de un proyecto de modernidad alternativa que involucrara al continente, cuya premisa es una inédita exaltación del estatuto civilizatorio de la cultura latinoamericana. En esta perspectiva, la causa antillana se revela decisiva para afianzar el equilibrio geopolítico del mundo, pero también como horizonte humanista alternativo.

Buscando reconstruir los nexos entre las exigencias de la política y el movimiento del pensamiento martiniano, este artículo está organizado en tres partes: inicialmente, analizamos la sensibilidad histórica que aborda la percepción de las potencialidades de la revolución cubana; a seguir, exploramos la estrategia política discursiva de esta lectura, que se traduce en la concepción de partido y en el proyecto económico que orientan su militancia; finalmente, verificamos cómo su visión crítica de la política externa y del padrón de sociabilidad de los Estados proyectan una dimensión geopolítica y humanista universal a su ideario revolucionario.

SENSIBILIDAD HISTÓRICA

Preso político a los diecisiete años, la pena de Martí fue cambiada por el exilio gracias a las gestiones de su padre, militar español que servía al reino en la isla. Sus vivencias en Espa-

ña, donde concluyó los estudios, coincidieron con la fugaz experiencia liberal de este país en los años setenta. Al llegar a la península, Martí podía alimentar las esperanzas de reforma, probable motivación para publicar el panfleto denunciante *El presidio político en Cuba*; la convivencia directa con el ambiente político español los desilusionaría rápidamente. De modo que aún joven, Martí asume la convicción inamovible de que la guerra es el camino necesario e inevitable para la independencia.

Su militancia partirá de este presupuesto, que está asentado en una doble percepción: de España como país atrasado, y de Cuba como un pueblo dotado de una notable modernidad potencial. Desde su punto de vista, el vínculo colonial no sólo bloquea la realización de Cuba como *pueblo nuevo*, sino que produce una España disipadora y condenada al atraso moral, económico y nacional.

[...] la nación española inferior a Cuba en la aptitud para el trabajo moderno y el gobierno libre, y necesitada de cerrar la Isla, exuberante de fuerzas naturales y del carácter creador que las desata, a la producción de las grandes naciones para mantener, con el ahogo violento de un pueblo útil de América, el cercado único de la industria española, y los rendimientos con que paga Cuba las deudas de España en el continente, y sostiene en la holganza y el poder de las clases favorecidas e improductoras [...]¹

En esta perspectiva, el vínculo colonial se revela retrogrado y anacrónico, y su ruptura adquiere la característica de la inexorabilidad.² Esta percepción, que marca toda la militancia

¹ José Martí, *Obras Escogidas en tres tomos*, t. 3, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2000, p. 579.

² Nuevamente, esto no significa un desprecio por los españoles o por el papel de la cultura europea en la formación del pueblo cubano: “[...] si

martiana, no está anclada en una teoría acabada de la historia, sino que es el reflejo de una profunda sensibilidad hacia el siglo que se expresa en tres planos: del punto de vista general de la marcha civilizatoria; del ángulo de los acontecimientos del siglo XIX en el continente; y en el análisis de la historia contemporánea cubana.

Siglo

Martí revela la percepción, exteriorizada con frecuencia de que el mundo inaugurado por la Revolución Francesa anuncia una nueva subjetividad que apunta hacia la emancipación del individuo. En el plano social, esta institución corresponde a una convicción de raíz republicana que identifica el avance histórico en el siglo XIX como el conjunto de banderas y conquistas asociadas al contenido anti-feudal de la Revolución Francesa, tornando este un “siglo nivelador y justiciero”.³

El otro lado de esta sensibilidad es la percepción de la época como un tiempo de aceleración y de cambio, donde lo imprevisible inherente al devenir histórico se asocia a la aguda inestabilidad que caracteriza la modernidad. Este cuadro es, al mismo tiempo, sustancial y referido por una visión no teleológica de la historia:

No hay obra permanente, porque las obras de los tiempos de reenquiciamiento y remolde son por esencia mudables e inquietas; no hay caminos constantes, vislúmbranse apenas los altares nuevos, grandes y abiertos como bosques.⁴

españoles fueron los que nos sentenciaron a muerte, españoles son los que nos han dado la vida!”. *Ibid.*, t. 2, p. 240.

³ *Ibid.*, p. 497.

⁴ *Ibid.*

América Latina

Este amplio diagnóstico del siglo XIX, como tiempos de afirmación de una nueva subjetividad identificada y sustentada por el liberalismo, que tiene como contrapartida una aceleración del tiempo histórico y la agudización de las incertezas que presiden el mundo del trabajo, supone una fina percepción del dinamismo de la historia contemporánea, que aplicado a América Latina y a Cuba, propiciará el contraste de su presente con el periodo de guerras de independencia. La exposición sistemática de esta posición la encontramos en el *Manifiesto Montecristi*, documento lanzado en ocasión del reinicio de la guerra de independencia en Cuba en el año 1895.⁵ En este manifiesto, Martí enlista cinco aspectos que marcaron la coyuntura en la que se dio la gesta emancipatoria de comienzos de siglo:

La concentración de la cultura meramente literaria en las capitales; el erróneo apego de las repúblicas a las costumbres señoriales de la colonia; la creación de caudillos rivales consiguiente al trato receloso e imperfecto de las comarcas apartadas; la condición rudimentaria de la única industria, agrícola o ganadera; y el abandono y desdén de la fecunda raza indígena [...]

Para enseguida advertir sobre estos puntos: “[...] no son, de ningún modo los problemas de la sociedad cubana”.⁶ Martí parte por lo tanto de la premisa de que la circunstancia y las características en que se da la lucha por la independencia

⁵ Parte de la historiografía cubana tiende a identificar una continuidad entre el conflicto de 1868-1878, con la breve, pero sangrienta *Guerra Chibiquita* que la sucede, y el reinicio de la guerra por el PRC (Partido Revolucionario Cubano) en 1895, refiriéndola en su conjunto como la Guerra de los Treinta Años.

⁶ *Ibid.*, t. 3, p. 513.

en las Antillas es específica, porque surge en un momento histórico distinto donde el pueblo cubano se encuentra en otro horizonte de integración con relación a América Latina de comienzos de siglo.

Cuba

El episodio determinante de la singularidad en la formación y madurez del pueblo cubano para Martí es la Guerra de los Diez Años (1868-1878). Este conflicto iniciado originalmente por propietarios decadentes de la región oriental de la isla, no incorporada al impulso modernizador que alcanzó la pujante industria azucarera de occidente, cada vez más dependiente de Estados Unidos. El desarrollo del enfrentamiento produjo la radicalización de su contenido social, presionado por la abolición de la esclavitud y por la incorporación de negros y mulatos al ejército y al proyecto político rebelde. El masivo envío de tropas españolas y las tácticas a ras de tierra empleadas por el comandante Valeriano Weyler no fueron suficientes para derrotar a los rebeldes,⁷ pero la falta de unidad en sus filas frente a asuntos como la esclavitud y el anexionismo impidió el avance de la guerra a las regiones central y occidental de la isla, franqueando el *impasse* que llevo a la firma del pacto de Zanjón, que no otorgaba la libertad a Cuba, pero le confería el estatuto de provincia española.

⁷ Según Manuel Moreno Fraginals, la reacción de Cuba fue conducida por la oligarquía financiero-comercial española de Cuba, que ya era más poderosa que los sacarócratas cubanos, y que fue responsable del inicio de la lucha por la restauración monárquica en España. “Aunque esto nunca aparezca en las historias de España”, esto revela la fuerza de los intereses coloniales en la España decimonónica. Manuel Moreno Fraginals, *Cuba Espanha Cuba-uma história comum*, Barau, Edusc, 2005, p. 293.

El pacto fue contestado inmediatamente por una figura que sería prominente en el futuro ejército de Martí, el general Antonio Maceo, gesto simbólico de la radicalización progresiva del conflicto:

La guerra la iniciaron patricios como Carlos Manuel de Céspedes, Francisco Vicente Aguilera e Ignacio Agramonte, que no sobrevivieron a la contienda; al terminarse esta primera etapa, protesta del pacto de paz un general como Maceo, mulato e hijo de campesinos medios.⁸

Para Martí, la Guerra de los Diez Años es el episodio fundador de la nacionalidad cubana. Al presionar para la superación del prejuicio de color y por una aproximación de los distintos extractos sociales a través de las armas, generó las condiciones para forjar la nacionalidad cubana, lo que desde entonces singulariza su historia.

[...] entró la patria, por la acumulación de la guerra, en aquel estado de invención y aislamiento en que los pueblos descubren en sí y ejercitan la originalidad necesaria para juntar en condiciones reales los elementos vivos que crean la nación.⁹

Esta especificidad es el núcleo del contraste entre las condiciones de la guerra de independencia americana de comienzos del siglo y la conjura específica que enfrentaron los antillanos. Al negar la identidad entre los cinco aspectos que destaca como característicos en el *Manifiesto de Montecristi*,

⁸ Roberto Fernández Retamar, *Cuba defendida*, La Habana, Letras Cubanas, p. 89.

⁹ Martí, *op. cit.*, t. 2, p. 366. Por otra parte, esta percepción es endosada por historiadores contemporáneos; “en síntesis, se puede decir que la Guerra de los Diez Años y la Guerra Chiquita fueron el caldero donde se fundió la nacionalidad cubana”. Moreno Fragnals, *op. cit.*, p. 313.

inferimos por oposición que Martí verifica en Cuba las condiciones para: un cierto nivel de heterogeneidad cultural, que supere lo libresco; superar el legado cultural de la colonia; una unidad que prescindiera de caudillos; un mayor desarrollo y diversidad de la base productiva; la valorización e integración del indígena. En otras palabras, Martí ve en Cuba los presupuestos para la consecución de un proyecto nacional de características culta, republicana, democrática, productiva y autóctona. En suma, identifica en Cuba los requisitos esenciales para la fundación de una nación moderna. Esta evaluación martiana de la circunstancia cubana se apoya en diferencias de orden objetivo y subjetivo que identifica con relación al conjunto de la América española a comienzos de siglo:

[...] la capacidad de los cubanos, cultivada en diez años primeros de fusión sublime, y en las prácticas modernas del gobierno y el trabajo, para salvar la patria desde su raíz de los desacomodos y tanteos, necesarios al principio del siglo, sin comunicaciones y sin preparación en las repúblicas feudales o teóricas de Hispano-América.

Desde el punto de vista objetivo, se observa otro nivel de integración social y desarrollo material (en el párrafo citado, “fusión sublime”; “comunicaciones”), en el plano subjetivo, se acumuló experiencia en la gestión política y económica con bases propias (“prácticas del gobierno y el trabajo”; “preparación”). Para ambos, la Guerra de los Diez Años sirvió como detonador y de entrenamiento.

En suma, de acuerdo con el diagnóstico de Martí, se observa en Cuba una circunstancia diferenciada del punto de vista de la realidad socioeconómica y del aparato cultural. Esta convergencia propicia en la isla las condiciones de superación de los dos puntos centrales que, según Martí, limitaron la realización de las repúblicas americanas independientes: la

ausencia de un contenido democratizador en el proyecto republicano y la importación de modelos políticos y culturales extranjeros. El resultado de esta limitación histórica del proyecto emancipatorio fue que “la colonia continuó viviendo en la república”.

Son otras las posibilidades del momento histórico presente. Mientras la Guerra de los Diez Años generó las condiciones para la aproximación de los diversos extractos sociales en el caldero de la nacionalidad cubana y el trabajo político realizado por el PRC, que tiene en Martí su principal exponente, maduró el curso para las soluciones políticas propias, el pueblo cubano reúne las condiciones objetivas y subjetivas para afirmar una república que no sea “feudal” ni “teórica”: un proyecto nacional asentado en la autoctonía, rumbo a la superación definitiva del legado colonial.

REVOLUCIÓN

La determinación con la que Martí se dedica en el último decenio de su vida a la organización de la acción revolucionaria se sustenta en una profunda convicción ética, basada en su aguda sensibilidad histórica. El líder del PRC entiende que la situación colonial bloquea la realización de la naturaleza humana entre los cubanos. En este contexto, la guerra “es la consecuencia inevitable de la negación continua, disimulada o descarada, de las condiciones necesarias para la felicidad de un pueblo que se resiste a corromperse y desordenarse en la miseria”.¹⁰ De ahí la afirmación de la dignidad del hombre como piedra angular del proyecto emancipatorio: “[...] por si en las cosas de mi patria me fuera dado preferir un bien a todos los demás [...] ese sería el bien que yo prefiriera: yo

¹⁰ Martí, *op. cit.*, t. 1, p. 344.

quiero que la ley primera de nuestra república sea el culto de los cubanos a la dignidad plena del hombre”.¹¹

Desde el punto de vista histórico, la sensibilidad de Martí con relación al movimiento general del siglo y las circunstancias de la historia latinoamericana contemporánea se enraízan en la convicción de que la causa de la independencia esta en sintonía con el sentido de la marcha civilizatoria. Desde esta perspectiva, una vez constatada la inviabilidad de las salidas reformistas de iniciativa española, la revolución emerge como un imperativo histórico: “no resulta esta (la revolución) violenta ni precipitada, mas natural y fatal, y surgida, por causas libres e irremediables, de la propia isla”. Desde este punto de vista la violencia inherente a la guerra parece justificable, pese a la centralidad del amor en la ética martiana: “[...] una vez agotado el recurso pacífico, el ánimo generoso, donde labra el dolor ajeno como el gusano en la llaga viva, acude al remedio violento”.¹²

Establecido por el análisis coyuntural que la guerra es inevitable y justificable, el desafío es conducirla de manera inteligente y eficaz: “Y no es del caso preguntarse si la guerra es apetecible o no, puesto que ninguna alma piadosa la puede apetecer, sino ordenarla, de modo que con ella venga la paz republicana [...]”.¹³ Así, la guerra y la revolución aparecen como algo positivo, como eventos constitutivos del propio devenir histórico, e identificados no con la anarquía, sino con la posibilidad de un reordenamiento social necesario:

Revolución no es algo más que una de las formas de la evolución, que llega a ser indispensable en las horas de hostilidad esencial, para que en el choque súbito se depuren y acomoden

¹¹ *Ibid.*, t. 3, p. 9.

¹² *Ibid.*, t. 2, p. 190.

¹³ *Ibid.*, p. 365.

en condiciones definitivas de vida los factores opuestos que se desenvuelven en común.¹⁴

En suma, la guerra surge inexorable, justa y positiva. Sin embargo, esto no es ninguna especie de determinismo. Por el contrario, Martí considera frente a las circunstancias inevitables la reapertura del enfrentamiento, y su final incierto: depende antes que nada de la exitosa impresión de un rumbo racional al conflicto, fruto de una acertada dirección revolucionaria. De ahí el empeño absoluto que dedicó a la tarea organizativa.

El punto de partida del trabajo partidario de Martí es el balance de los desaciertos del bando revolucionario en la Guerra de los Diez Años. Dos conclusiones serán recurrentes en su proclama: la falta de coordinación de la iniciativa revolucionaria y el peligro correspondiente de la fragmentación del liderazgo bajo el empuje del caudillismo.¹⁵

Partido

Como respuesta al desafío de la guerra que supere las limitaciones anteriores, el pilar de la estrategia revolucionaria de Martí será la organización de un partido referenciado por un programa (aún vago), de base amplia y regimiento participativo (aunque de mando centralizado) que liderará desde su fundación en 1891 en Estados Unidos hasta su muerte.

El partido pretende sellar la unidad del bando revolucionario, la prevención contra el caudillismo está asentada en el legado democrático de la Guerra de los Diez Años, base

¹⁴ *Ibid.*, p. 240.

¹⁵ El segundo punto motivará una ruptura parcial de Martí como futuro comandante supremo del ejército revolucionario, Máximo Gómez, cuando sentencia: "un pueblo no se funda, General, como se manda un campamento (Gómez)". *Ibid.*, t. 1, p. 459.

objetiva de la civilidad nacional que sustentará las alianzas supra-clasistas del PRC, y servirá como fundamento histórico de la premisa ética “con todos y para el bien de todos”, contrario a cualquier discriminación de color, etnia o nacionalidad en la conducción de la guerra. Esta permeabilidad en la participación popular, ya sea en la estructura partidaria o en los campos de batalla, será el principal antídoto al caudillismo que infesta el continente desde la gesta emancipatoria de comienzos de siglo: “salvar a Cuba de los privilegios de la autoridad personal y de las disensiones en que, por falta de la intervención popular y de los hábitos democráticos en su organización, cayeron las primeras repúblicas americanas”.¹⁶

La doble preocupación de dotar a la guerra de una dirección orientada por principios y un programa, y prevenir el caudillismo a través de la permeabilidad de la acción revolucionaria al influjo popular, limitará la fundación del PRC: “La Revolución se salva. Le faltaba tesis y orden, y ya tiene una y otro. [...] Era ambiente la Revolución y hoy es plan”.¹⁷

Desde esta óptica, la función del partido será interpretar la realidad en que está inserto y proponer acciones cuya racionalidad deriva de la sintonía con las tendencias históricas y el anhelo del pueblo que representa: “A su pueblo ha de ajustarse todo partido público, y no es la política más, o no ha de ser, que el arte de guiar, con sacrificio propio, los factores diversos u opuestos de un país [...]”.¹⁸ Así la premisa para una propuesta de partido, gobierno y programa adecuados a la realidad cubana es una lectura de la realidad sintonizada con los anhelos populares y orientada por el principio de la autoctonía. En el caso específico de Cuba de finales del siglo XIX, este esfuerzo genera como propuesta: el PRC como

¹⁶ *Ibid.*, t. 3, p. 114.

¹⁷ *Ibid.*, p. 353.

¹⁸ *Ibid.*, p. 359.

organización dirigente, que tiene como bandera principal la independencia nacional; la guerra como método; y la alianza multi-clasista como actor revolucionario.

Subyacente a la percepción martiana del papel del partido está una concepción de la política y del gobierno como arte para encontrar el supuesto equilibrio natural entre los diversos factores. Esta noción remite, en última instancia, a la premisa del equilibrio del mundo que orienta la visión de la historia martiana y presidirá también su entendimiento de lo que es gobernar.¹⁹ “El gobierno no es más que el equilibrio de los elementos naturales del país”.²⁰

La promoción de este equilibrio de los elementos naturales debe fundamentarse en el amor, que según el pensamiento martiano, es criterio de entendimiento y verdad: “[...] el gobierno de los hombres es la misión más alta del ser humano,

¹⁹ La búsqueda del equilibrio, asentada en el presupuesto de que el hombre natural es armonioso como la naturaleza, será el norte magnético del pensamiento martiano en todas sus dimensiones. Desde el punto de vista civilizatorio, lo lleva a rechazar el materialismo característico del capitalismo en Europa y en Estados Unidos en nombre de un proyecto de modernidad orientado por la búsqueda del equilibrio entre las dimensiones materia y espiritual de existencia. Desde el punto de vista de la estrategia política, propone para la guerra de independencia una alianza de clases referente a un proyecto nacional de contenido democrático, sintetizado en el lema: “con todos y para el bien de todos”. Desde el punto de vista filosófico, determina su rechazo al positivismo, corriente de ideas dominante en la América Latina de su tiempo y dotada, en este contexto, de un contenido progresista. Desde el punto de vista geopolítico, es conducido a proyectar un papel nodal para las Antillas en el devenir histórico contemporáneo, a través de la nación, como veremos más adelante, del equilibrio del mundo. Véase Reinerio Arce Valentín, “Hacia el equilibrio del mundo. Fundamento ético de la espiritualidad o concepción del mundo en Martí”, en Varios autores, *Por el equilibrio del mundo*, La Habana, Centro de Estudios Martianos.

²⁰ Martí, *op. cit.*, t. 2, p. 499.

y sólo debe fiarse a quien ame a los hombres y entienda su naturaleza”.²¹ Si gobernar es una misión que tiene un objeto universal –los hombres– su concretización en *Nuestra América* trae intrínseco el desafío de la originalidad que debe presidir esta organización social reciente: “Gobernante, en un pueblo nuevo, quiere decir creador”.²²

Equilibrio, amor, autoctonía son principios que fundamentan la visión del mundo martiana en el plano general de la visión del hombre y de la historia. Cuando su pensamiento aterriza en los desafíos, objetivos adelantados por la realidad cubana, estos principios marcan de manera coherente su proyecto político y su programa social.

Proyecto económico

Aunque el programa del PRC no detalle un proyecto de gobierno a ser implementado con el triunfo de la revolución en la isla, probablemente porque está orientado por la preocupación esencial de aglutinar fuerzas en torno a la cuestión nacional,²³ el análisis en conjunto de los textos martianos permite vislumbrar los vectores fundamentales de un programa económico. Según el extenso análisis de Rafael Almada, esta propuesta está fundamentada en cinco puntos: un proyecto de sociedad agrícola basada en pequeños productores; una

²¹ *Ibid.*, t. 1, p. 16.

²² *Ibid.*, t. 2, p. 482. También: “el gobierno ha de nacer del país. El espíritu del gobierno ha de ser el del país. La forma del gobierno ha de avenirse a la constitución propia del país”.

²³ Muestra significativa de esta preocupación de Martí en no ahuyentar a los acaudalados y garantizar la unidad es una carta donde comunica a un colaborador del periódico *Patria* que alteró mínimamente una carta suya en el sentido de suavizar su contenido para que no parezca “como si fuéramos enemigos de las clases cultas”. *Ibid.*, t. 3, p. 394.

industria de bienes naturales; el libre comercio; una producción diversificada; propaganda de los productos americanos en los mercados mundiales.²⁴

En términos generales, el núcleo del proyecto económico martiano se puede ver como una conjunción de los principios del *hombre natural*²⁵ y de la autoctonía concretizados en una situación histórica objetiva bajo el telón de fondo de la noción de *equilibrio del mundo*. El punto de partida de esta interpretación es la constatación en sus escritos de una empatía con el hombre del campo que remite, en última instancia, a la noción de *hombre natural* y a la comprensión de que la intimidad con la naturaleza es un medio para aproximar al hombre con su propia esencia: “y los campesinos [...] son la mejor masa nacional porque recibe de cerca y de lleno los efluvios y la amable correspondencia de la tierra [...]”.²⁶

Como la unidad de esta aproximación de la esencia humana a través del trabajo en el campo es el individuo, su realización supone un campo para el desarrollo de la individualidad, que será para Martí incompatible con la propiedad colectiva de la tierra. Este es uno de los ángulos de la crítica del pensador cubano a las ideas socialistas, y al mismo tiempo, su punto de convergencia con las propuestas de Henry George²⁷

²⁴ Cfr. Rafael Almada, *En torno al pensamiento económico de José Martí*, La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 1990.

²⁵ La visión de hombre martiana está apoyada en una concepción trascendente de la existencia que conjuga la ética de inspiración cristiana que dirige su pensamiento al trascendentalismo de Emerson confluyendo en la noción de *hombre natural*.

²⁶ Martí, *op. cit.*, t. 1, p. 446.

²⁷ El reformismo de Henry George se limita a atacar la apropiación de la renta de la tierra por los grandes propietarios, sin condenar la propiedad en sí. Lo que está por detrás es la crítica de aspectos del capitalismo que agravan la situación de los trabajadores sin cuestionar los fundamentos internos del sistema, o sea, las relaciones de producción. La denuncia que

y de la empatía parcial con Herbert Spencer:²⁸ “El principio martiano del valor de la libre actividad creadora del individuo era incompatible con el estatismo y la reglamentación comunitarios”.²⁹

Si desde el ángulo del *hombre natural*, la pequeña propiedad campesina es una alternativa económica adecuada, desde el punto de vista de la autoctonía la condición agrícola de la base productiva de nuestra América no se ve como un elemento de atraso a ser superado, pero sí su orientación monoprodutora, recurrente en los países del continente. La consigna es diversificar productos.

De igual manera, cuando enfrenta el asunto del comercio exterior, Martí defenderá el libre comercio, lo que en la circunstancia cubana significa suprimir las restricciones impuestas por España y abrirse al intercambio igual con todas las naciones, es decir, diversificar mercados. Este es un punto central, una vez que Martí visualiza para las Antillas en general, y para Cuba en particular, un futuro promisorio, no obstante, el eje de su preocupación en lo que concierne a la inserción económica de Cuba en el mercado mundial no será un proyecto de industrialización o un problema de la

Martí hace de los monopolios y del proteccionismo comercial en Estados Unidos está en este mismo sentido: ambos son injustos porque inflacionan de manera artificial el costo de la vida de los trabajadores.

²⁸ Martí coincide con Spencer en la visión de Estado como una amenaza a la individualidad. Sin embargo, se distancia enfáticamente en su visión de hombre, que se dirige hacia una lectura prejuiciosa del pobre y naturalizada de la pobreza asociada en el punto de vista liberal del demérito. Véase Pablo Guadarrama González, “Martí y el positivismo sui generis latinoamericano”, en Varios autores, *Por el equilibrio del mundo*, La Habana, Centro de Estudios Martianos.

²⁹ Rafael Almada, *En torno al pensamiento económico de José Martí*, La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 1990, p. 264.

dependencia. Su enfoque priorizará la generación de aduanas recaudadoras que visualicen la sustentación del aparato estatal,³⁰ “[...] porque tomar sin derechos lo de los Estados Unidos, que elaboran, en sus talleres cosmopolitas, cuanto conoce y da el mundo, fuera como echar al mar de un puñado la renta principal de las aduanas [...]”.³¹

El cubano tiene conciencia de que esta apertura significa antes que nada en estas circunstancias, colocarse bajo la órbita del comercio internacional estadounidense. Al contrario de atacar esta posibilidad, busca usarla como una negociación programática para obtener la simpatía del vecino del norte: “[...] preferirían contribuir a la solidez de la libertad de Cuba, con la amistad sincera a su pueblo independiente que los ama y les abrirá sus licencias todas [...]”.³²

Esto no significa que Martí fuera ajeno a los nexos entre dependencia económica y subordinación política. Su participación como delegado en la Conferencia Monetaria Internacional, promovida por Estados Unidos a inicios de los años noventa del siglo XIX, con la intención de avanzar en un proyecto de unidad monetaria en el continente, le dejó clara la naturaleza de los mecanismos de dominación neo-nacional que se enunciaban: “quién dice unión económica, dice unión política. El pueblo que compra, manda. El pueblo que vende, sirve. Hay que equilibrar el comercio para asegurar la libertad”.³³

³⁰ Rafael Almada enfatiza que los conocimientos de economía política de Martí son rudimentarios. Con estas palabras circunscribe el alcance del pensamiento económico de Martí: “la reflexión de Martí sobre los asuntos económicos se mueve en general en el ámbito de la circulación y en lo que se ha dado en llamar la macroeconomía. La esfera de la producción y el análisis micro-económico están prácticamente ausentes en él”. *Ibid.*, p. 437.

³¹ Martí, *op. cit.*, t. 2, p. 388.

³² *Ibid.*, t. 3, p. 583.

³³ *Ibid.*, t. 2, p. 501. El ensayo *Nuestra América* fue reeditado y publicado poco después del cierre de esta mal lograda reunión.

Sucedee que el asunto de la soberanía económica aparece en Martí proyectada hacia el futuro, vinculada a la diversificación de la base agrícola, al estímulo de la industria de bienes naturales, y a la búsqueda de la multiplicidad de socios comerciales. Desde su óptica, no es un aspecto fundamental y urgente de la estrategia independentista, que busca neutralizar políticamente la agresividad estadounidense. Así, la dependencia económica no es un punto central de la denuncia que hace de la amenaza expansionista. En la explicación martiana, soberanía tampoco implica una crítica a la división internacional del trabajo. Al contrario, consideradas la importancia del contacto directo con la naturaleza para la formación del *hombre natural*, las condiciones naturales favorables al desarrollo agrícola del continente, son la profundización de esta actividad, pautada por el énfasis en la pequeña propiedad y la diversificación de la producción y de los mercados, lo que ya está dispuesto.

Así, el proyecto económico de Martí supone, de manera análoga a lo que acontece en el plano de la cultura, un estatuto universal a los productos americanos, que deben producirse con recurso preferencial de las materias primas y tecnologías locales y después promovidos e intercambiados en igualdad de circunstancias en el mercado mundial. En suma, el problema de la dependencia económica aparece subordinado a la emancipación política, mientras el asunto de la industrialización se remite, en último análisis, a la noción de *equilibrio del mundo*, premisa del proyecto de inserción económica de *Nuestra América* en el concierto mundial.

NUESTRA AMÉRICA Y EL EQUILIBRIO DEL MUNDO

EUA

El hecho de que Martí no apoye su denuncia de la amenaza estadounidense en una clave económica no significa que

el asunto tenga un lugar secundario en su pensamiento. Al contrario: si la aguda sensibilidad histórica de Martí permite vincular la lucha por la independencia cubana al sentido general del movimiento del siglo, captando las inéditas posibilidades de la circunstancia en que se presenta, no podría ser indiferente al diagnóstico de un peligro también nuevo y de importancia decisiva. Es a la sombra de la proyección de Estados Unidos sobre el continente que adquiere rasgos definitivos el ideario martiano de *Nuestra América*.

Martí vivió en Estados Unidos entre 1880 y el surgimiento de la expedición revolucionaria en 1895. Esta convivencia directa con la realidad del país aguzó su percepción sobre la inminencia y el alcance del avance expansionista:

Pero otro peligro corre, acaso, nuestra América, que no le viene de sí, sino de la diferencia de orígenes, métodos e intereses entre los dos factores continentales, y es la hora en que se le acerque, demandando relaciones íntimas, un pueblo emprendedor y pujante que la desconoce y la desdeña.³⁴

La nueva situación de Estados Unidos, que pasan de cómplices en el desafío emancipatorio en el contexto de la crisis del antiguo sistema colonial, a la condición de amenaza a la soberanía de los países americanos en el momento de afirmación del capitalismo monopolista, obliga a Martí a delinear un contraste entre el desarrollo histórico de ambos. Este ejercicio conduce a la explicación del carácter –en el sentido de característica– como la clave de la interpretación martiana de la historia de los pueblos. En la alocución conocida *Madre América*, Martí esboza un paralelo entre la formación de Estados Unidos y de *Nuestra América*, sintetizado en la siguiente

³⁴ *Ibid.*, t. 2, p. 486.

línea: “Del arado nació la América del Norte, y la Española, del perro de presa”.³⁵

Su interpretación de la formación de *Nuestra América* está condensada en la noción de *pueblo nuevo*: una realidad histórica original generada por el encuentro de culturas producido en el escenario americano y que tendrá el mérito singular de convertir lo que fue “desdicha histórica y un crimen natural”, en potencial civilizatorio por realizarse: “¡y todo ese veneno lo hemos cambiado en savia!”. Cuando aborda la formación de Estados Unidos, Martí inicialmente pone en relieve la motivación de sus colonizadores, que venían porque “preferían las cuevas independientes a la prosperidad servil”. Una vez en América, “en la casa hecha con sus propias manos vivían, señores y siervos de sí mismos”. No ignora la esclavitud, ni la masacre contra los indios, pero enfatiza en conjunto la libertad y la autonomía como signos de la colonización de América del Norte, reconocida por la administración colonial: “La autoridad era de todos, y la daban a quienes la querían dar. Sus ediles elegían, y sus gobernadores”. De modo que cuando el inglés contraría este atributo esencial de la formación del carácter estadounidense, surge la rebelión: “cuando el inglés, por darla de amo, les impone un tributo que ellas no quieren se imponer, el guante que le echaron al rostro las colonias fue el que el inglés mismo había puesto en sus manos”. Sin embargo, la otra cara de este individualismo orgulloso es la ausencia de solidaridad con los pueblos que enfrentan un problema de naturaleza semejante, manifiesta en la omisión con relación a las guerras de independencia que poco después estallan en la América Ibérica. Por eso Martí no idealiza a la república del norte: “la libertad que triunfa es como él, señorial y sectaria [...]”.

³⁵ *Ibid.*, p. 420.

Cuando se dé la abolición de la esclavitud años más tarde, la Guerra de Secesión corregirá un desequilibrio fundamental del país, y establecerá las condiciones propicias para la reaparición de dos tendencias contrapuestas desde el proceso colonizador, que se manifiesta en las figuras del *peregrino* (“que no consentía señor sobre él, ni criado bajo él”), y del *aventurero* (“sin más ley que su deseo, ni más límite que el de su brazo”). Ambas marcan la composición del carácter estadounidense: son los “actores que constituyeron la nación”.

Se explicita la noción de *carácter* como la clave de la interpretación martiana para la historia de un pueblo. Al contrario de lo que la palabra indica, esta noción no está fundamentada en una supuesta esencia, sino que remite a un proceso de revelación o no de potencialidades históricas. La sugerencia implícita es que la ventaja de una u otra tendencia (factor) en Estados Unidos es un proceso abierto, aunque después de la experiencia en la Conferencia Monetaria de las Repúblicas de América, las ideas del pensador cubano tiendan a acentuar el riesgo para las Américas de los desdoblamientos expansionistas de la política de Estados Unidos. De cualquier manera, basado en un entendimiento dinámico de carácter, Martí nunca emitirá juicios unilaterales sobre Estados Unidos y su pueblo, eliminando generalizaciones y determinismos.

Nuestra América

Martí parte de una aguzada diferenciación del legado colonial que marca de manera contrastante el devenir de las nuevas repúblicas independientes, para llegar a la percepción de que estos desdoblamientos históricos generaron pueblos de características diferentes, lo que significa decir en un último análisis, que apuntan hacia padrones civilizatorios distintos. Por eso en *Nuestra América* constata: “[...] diferencias de orígenes, métodos e intereses entre los dos factores continentales”.

Presenta tres dimensiones de la diferenciación: “orígenes”, es decir, el legado colonial; “métodos”, que puede ser interpretado como las relaciones sociales en sus distintas expresiones políticas, culturales y económicas remitidas a la autoc-tonía; “intereses”, que sugiere el propio sentido de la historia. Se reitera la noción de *Nuestra América* como un proyecto de modernización alternativa, orientada por un propósito humanista en la medida en que se coloca como norte para la realización plena del contenido universal del hombre natural. En otras palabras, *Nuestra América* reivindica la posibilidad de realizar como experiencia histórica, la naturaleza humana. La premisa de este proyecto es la unidad continental. Martí identifica que las bases de esta unión son, en su coyuntura, antes identitarias y culturales que políticas y económicas. Es bajo este ángulo que crítica la fracasada iniciativa bolivariana:

Acaso, en su sueño de gloria, para la América y para sí, no vio que la unidad de espíritu, indispensable a la salvación y dicha de nuestros pueblos americanos, padecía, más que se ayudaba, con su unión en formas teóricas y artificiales que no se acomodaban sobre el seguro de la realidad [...].³⁶

Así, para Martí la base inmediata de la unidad de nuestra América es antes cultural (espíritu) que política o económica. Lo que significa decir que está cimentada en una identidad común enraizada en el pasado colonial y cuyo porvenir apunta hacia un padrón civilizatorio original. Martí percibe que esta conciencia de la unidad espiritual de nuestra América es un proceso en curso, y que apenas arranca: “Cansada del odio inútil [...] se empieza como sin saberlo, a probar el amor. Se ponen en pie los pueblos y se saludan. ‘¿Cómo somos?’ se preguntan, y unos a otros se van diciendo cómo son”.³⁷

³⁶ *Ibid.*, t. 3, p. 282.

³⁷ *Ibid.*, t. 2, p. 485.

Como consecuencia de este proceso de toma de conciencia de la especificidad de nuestra América está el descarte de padrones culturales ajenos como solución para los problemas, cuya clave está en la revelación de esta realidad propia, sintetizada en la consigna: “conocer es resolver”. En el fondo del diagnóstico de esta redescubierta de sí, se revela una especie de *aggiornamento* del problema de la identidad americana con relación al inicio de siglo. Por un lado, ya no es el nexo con el imperio español lo determinante en la unidad; por otro, la visión realista que tiene la dinámica expansionista estadounidense, permite vislumbrar el proyecto de *Nuestra América* como una contraposición necesaria desde el punto de vista geopolítico y deseable como horizonte civilizatorio.

Lo que está atrás es la percepción de que el legado político de las guerras de independencia agotó su papel progresista y espera la oportunidad de renovación en otras bases, una vez que la coyuntura es diferente: se divisa en el horizonte el expansionismo estadounidense, lo que reclama un proyecto alternativo de base continental, de regencia autóctona, basada en la integración popular y fundado en el amor. En otras palabras, es necesario concluir la superación del pasado colonial, afirmando una identidad propia que tenga como signo la integración del legado indígena y negro con la obra española (*pueblo nuevo*), en una base culturalmente asertiva y socialmente democrática: “[...] ¿de qué sirve tener a Darwin sobre la mesa, si tenemos todavía al mayoral en nuestras costumbres?”³⁸

El proyecto político de *Nuestra América* se produce y se revela en Martí por oposición a Estados Unidos. Esta relación se explica si se considera que la naturaleza de su visión de unidad continental, es antes que nada cultural que política o

³⁸ *Ibid.*, p. 477. “El problema de la independencia no es el cambio de formas, sino el cambio de espíritu”, en *ibid.*, p. 484.

económica. Como toda identidad se afirma a través de una alteridad, ésta será fundamentalmente la “otra” América.

El contraste cultural de raíz histórica es acentuado por la fina sensibilidad de Martí con relación a los dinamismos de la política estadounidense, cultivada a lo largo del periodo que residió en este país. El militante cubano constata precozmente la orientación pragmática de su política externa, a despecho de cualquier discurso ideológico. En la carta de 1889 afirma que el gobierno de Estados Unidos no hará ni dirá: “cosa que en lo menor ponga en duda para lo futuro, o comprometo por respetos expresos anteriores, su título al dominio de la Isla”.³⁹

Así, el líder cubano no sólo desconfía de cualquier posible apoyo estadounidense para la guerra que se prepara, sino que también considera un deber prevenirse contra cualquier movimiento de sentido anexionista, una tendencia inherente a la creciente participación estadounidense en los negocios de la isla, y que puede interponer a los anhelos de independencia: “Para que la isla sea norteamericana, no necesitamos hacer ningún esfuerzo, porque, si no aprovechamos el poco tiempo que nos queda para impedir que lo sea, por su propia descomposición vendrá a serlo”.⁴⁰

En su conjunto, la vivencia de Martí en Estados Unidos lo encamina hacia un diagnóstico sincero de la situación interna y de las tendencias externas de la política de este país. Así, su visión madura es políticamente escéptica e ideológicamente crítica. Es escéptica en cuanto al apoyo que este gobierno pueda dar a la causa de la independencia, aunque no desprecia el potencial de trabajo junto a la opinión pública de este país, inclinada a simpatizar con la causa cubana. Este realismo lo libera de las expectativas ingenuas incentivadas por muchos compatriotas, ilusión que le cobraría un alto precio

³⁹ *Ibid.*, t. 2, p. 375.

⁴⁰ *Ibidem.*

a la soberanía al final de la guerra en 1898, cuando el fundador del PRC ya estaba muerto.⁴¹ Es ideológicamente crítica en la medida que se niega a identificar en Estados Unidos un paradigma de modernidad, desentonando con los proyectos políticos entonces en boga en el continente.⁴² Por el contrario, tomará como obligación política, a la cual dedicará innumerables páginas, no desilusionar a los americanos sobre la realidad del vecino del norte, que no le sirve de referencia porque está pautaada por el materialismo y reproduce el odio de clases característico del viejo mundo y engendra el expansionismo.

Así, la consecuencia de este sencillo diagnóstico es una alerta permanente contra el potencial expansionista estadounidense, aunque esta denuncia se exprese muchas veces de manera velada o en su correspondencia particular, ya que razones tácticas lo mueven a la discreción, pues el núcleo de la actividad revolucionaria del PRC se articulaba durante el exilio en este país. Aún así, la característica del movimiento que se prefigura es explícita: “la intentona de llevar por América en los tiempos modernos la civilización ferrocarrilera, como Pizarro llevó la fe de la cruz”.⁴³

Martí presenta una fina percepción del dilema que se enuncia: el expansionismo estadounidense amenaza con abortar la realización de *Nuestra América* con una nueva modalidad de colonialismo. La inminencia del momento le confiere dramatismo al llamado martiano: “el deber urgente de nuestra América es enseñarse como es, o sea: una en alma e intento, vencedora veloz de un pasado sofocante [...]”. Así, la unidad

⁴¹ Por ejemplo, Enrique Varona. Véase Isabel Monal y Olivia Miranda, *Pensamiento cubano. Siglo XIX*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2002, 2 tomos.

⁴² El contraste más frecuente es con el argentino Domingo Faustino Sarmiento.

⁴³ Martí, *op. cit.*, t. 2, p. 391.

potencial de nuestra América, que para Martí radica en el pasado común y proyecta una identidad en formación, necesita afirmarse en el presente, como estrategia de defensa frente al imperialismo: “[...] la salvación de nuestra América está en la acción una y compacta de sus repúblicas, en cuanto a sus relaciones con el mundo y al sentido y conjunto de su porvenir”.⁴⁴ En este contexto, la revelación de la unidad latente de nuestra América es el camino posible para una estrategia de resistencia urgente al expansionismo estadounidense, al mismo tiempo que es el resguardo necesario de su contenido civilizatorio propio y común: “[...] los árboles han que se poner en fila, para que no pase el gigante de las siete leguas!”⁴⁵

En suma: *Nuestra América* es la respuesta histórica martiana para América Latina frente al imperialismo, cuya cara visible en el continente es el expansionismo estadounidense. La unidad latinoamericana emerge como condición defensiva para una propuesta de modernidad cimentada en el dinamismo cultural, político, económico autóctonos no subordinados a los designios del imperialismo. En este contexto, la lucha por la independencia cubana aparece condicionada y vinculada a procesos de largo alcance.

Equilibrio del mundo

Si, por un lado, la unión de nuestra América es una tarea urgente, amenazada por la superioridad/eminencia en la consecución de los designios expansivos del vecino del norte, por otro, su alcance es mundial: según Martí, ésta es la seguidora de la geopolítica global en su coyuntura. Esto porque la concretización de la hegemonía estadounidense en el continente significará el aborto de la independencia de Cuba y Puerto

⁴⁴ *Ibid.*, t. 3, p. 282.

⁴⁵ *Ibid.*, t. 2, p. 480.

Rico; la frustración de la proyección de *Nuestra América*; la consolidación de las tendencias agresivas de Estados Unidos; el establecimiento de un poder mundial en bases similares al europeo. Así, al visualizar la realización de la tendencia expansionista estadounidense en toda su extensión y en sus múltiples desdoblamientos, ubicándola en la geopolítica mundial, Martí desemboca en la noción de *equilibrio del mundo*:

La guerra de independencia de Cuba, nudo del haz de islas donde se ha de cruzar, en plazo de pocos años, el comercio de los continentes, es suceso de gran alcance humano, y servicio oportuno que el heroísmo juicioso de las Antillas presta a la firmeza y trato justo de las naciones americanas, y al equilibrio aún vacilante del mundo.⁴⁶

La guerra de Independencia adquiere la plenitud de su significado: el establecimiento de una república moral⁴⁷ en las Antillas es el primer eje para el establecimiento del proyecto de *Nuestra América*, experiencia política pautada por premisas éticas fundadas en el amor, orientada a la realización del *hombre natural*, dotada de un contenido civilizatorio alternativo de alcance universal y gobernada por premisas que se alejan de la competencia agresiva de la geopolítica mundial. Así, el éxito de la guerra en las Antillas es estratégico desde el punto de vista geopolítico global –minando el expansionismo estadounidense y facultando la unidad latinoamericana– y piedra fundamental de un proyecto civilizatorio alternativo. Ambos vectores tienen alcance mundial. Esto significa que Martí concede un papel de protagonista al continente desde el punto de vista político, y estatura universal al potencial cul-

⁴⁶ “Manifiesto de Montecristi”, en *ibid.*, t. 3, p. 517.

⁴⁷ Expresión con la que Martí se refiere al proyecto republicano antillano, por ejemplo en el “Manifiesto Montecristi” arriba citado.

tural de *Nuestra América*, desde el punto de vista humano. En una palabra, Martí identifica el progreso de la civilización con la afirmación del potencial histórico de *Nuestra América*.

CONCLUSIÓN

Martí entiende la formación de la nación cubana como la consumación de la obra iniciada en la Guerra de los Diez Años, cuando el *impasse* sintetizado por el pacto de Zanjón truncó la gesta emancipatoria y el proceso de integración social que se habían desencadenado. Desde su punto de vista, la confluencia de intereses de diferentes estratos sociales y raciales unidos por la causa de la independencia produjo las condiciones subjetivas y objetivas para la madurez de la nacionalidad cubana. Este proceso conjuga una dimensión democrática, envolviendo la integración del conjunto de la población en bases relativamente homogéneas, y otra soberana, que implica emanciparse del yugo español sin gravitar hacia la condición de dominio estadounidense. Su proyecto político articula la revolución nacional con una radicalización del legado democrático de la Guerra de los Diez Años, premisa para la organización de un ejército rebelde triunfante y el posterior establecimiento de la “república moral”. En el plano democrático, Martí parte del principio de igualdad entre los hombres para abogar por la superación de la discriminación racial a partir del ejército y para la toda la sociedad. Frente a las desigualdades de clase, Martí se aferra a la noción que dirige su visión del mundo en un equilibrio inherente a la naturaleza universal para asumirla como un principio rector de las relaciones entre los estratos sociales y del buen gobierno. En esta perspectiva, equilibrio equivale a integración.⁴⁸

⁴⁸ La búsqueda del equilibrio, asentada en el presupuesto de que el hombre natural es armonioso como la naturaleza, será el norte magnéti-

Desde el punto de vista de la soberanía, la percepción de los riesgos que la expansión estadounidense representa para la independencia cubana coloca a Martí frente al desafío de evaluar la unidad nacional no sólo contra España sino también frente a Estados Unidos, asunto delicado en una circunstancia donde la fuerza ideológica del reformismo/anexionismo se suma a la admiración sincera del *american way of life*, que se traduce en simpatía confusa por las propuestas anexionistas. En un contexto donde la cobarde base productiva y la dependencia mercantil bloquean la emergencia de actores sociales identificados con la autodeterminación económica, volviendo inviable e inútil colocar en términos económicos la amenaza estadounidense, el cubano cambió el enfoque hacia un cuestionamiento del propio padrón civilizatorio occidental, asentado en el rechazo cultural al capitalismo que desarrolló en los años en que vivió en Estados Unidos (1880-1895).

co del pensamiento martiano en todas sus dimensiones. Desde el punto de vista civilizatorio, lo lleva a rechazar el materialismo característico del capitalismo en Europa y en Estados Unidos en nombre de un proyecto de modernidad orientado por la búsqueda del equilibrio entre las dimensiones material y espiritual de la existencia. Desde el punto de vista de la estrategia política, propone para la guerra de independencia una alianza de clases referenciada en un proyecto nacional de contenido democrático, sintetizado en el lema: *con todos y para el bien de todos*. Desde el punto de vista filosófico, determina su rechazo al positivismo, corriente de ideas dominante en la América Latina de su tiempo y dotada, en este contexto, de un contenido progresista. Rechaza su materialismo sin abrazar el idealismo que sería su contraposición, pero busca a través de la propuesta de una *filosofía de relación* fundamentado en un sistema original que estaría a medio término. Desde el punto de vista geopolítico, proyecta un papel nodal para las Antillas en el devenir histórico contemporáneo a través de la noción, que veremos adelante, de *equilibrio del mundo*.

El fundamento de su rechazo a la modernidad occidental es una crítica al hombre moderno anclado en una visión trascendente de la existencia, sintetizado en la noción de *hombre natural*. Esta crítica conduce a una valorización del potencial civilizatorio del continente americano, donde Martí identifica en la región del mundo que denominó *Nuestra América*, el potencial civilizatorio de la realización humana. Así, *Nuestra América* no es sólo una denominación política distinta para el conjunto de países que se enfrenta con el expansionismo de los americanos del norte, sino que es también la proyección de un padrón civilizatorio alternativo para la humanidad. Según esta clasificación, la unidad continental emerge al mismo tiempo como condición política para preservar la soberanía de sus integrantes y horizonte utópico de una propuesta humanista original. La clave de la conjunción de este ideal político y humanista es la autoctonía como vía para la consumación de la formación continental, una vez que la realización del potencial histórico de la cultura americana residen simultáneamente una estrategia de equilibrio geopolítico mundial a través del expansionismo estadounidense, y un proyecto de hombre nuevo.

LAS IDEAS DE JOSÉ MARTÍ SOBRE LA IDENTIDAD Y OTREDAD INDÍGENA DE NUESTRA AMÉRICA EN EL SIGLO XXI

Samuel Sosa Fuentes

Martí fue el mentor directo de nuestra revolución, el hombre a cuya palabra había que recurrir siempre para dar la interpretación justa de los fenómenos históricos que estábamos viviendo... porque eso tienen de grande los grandes pensadores y revolucionarios: su lenguaje no envejece.

Las palabras de Martí están incorporadas a nuestra lucha y son nuestro emblema, son nuestra bandera de combate.¹

ERNESTO *CHE* GUEVARA

INTRODUCCIÓN

Las complejas y aceleradas dinámicas de transformación y cambio que experimentaron las relaciones internacionales y el sistema-mundo en los últimos veinticinco años, determinados y caracterizados por el proceso de globalización neoliberal, no sólo se han manifestado en el ámbito de la crisis de hegemonía en la política internacional o bien en la dimensión

¹ Ernesto *Che* Guevara, "José Martí", en Ernesto *Che* Guevara, *Obras, 1957-1967*, t. I, La Habana, Casa de las Américas, 1970, pp. 615 y 619.

económica y financiera mundial convirtiendo al planeta en un enorme mercado único, sino también ha trastocado, alterado y transformado el modo de vida individual y colectiva de las identidades, las culturas y las sociedades nacionales. Para América Latina, el análisis y la comprensión de las consecuencias socioculturales y políticas altamente negativas del proceso de globalización cultural neoliberal, tienen y encuentran su referente crítico y reflexivo en el estudio de la identidad latinoamericana, la otredad indígena y en los actuales movimientos y conflictos étnicos y sociales. Por ello, la cuestión de la identidad cultural latinoamericana, así como la pervivencia de la cuestión indígena, han sido, por un lado, una constante presente e innegable en la reflexión del pensamiento crítico, político y filosófico de América Latina y, por el otro, un esfuerzo histórico de resistencia y reivindicación de los movimientos indígenas en su proceso de lucha social como una forma y expresión de afirmación, defensa y reconocimiento de su cultura, su identidad y su cosmovisión del mundo. En este sentido, y en el advenimiento de la celebración del 160 aniversario del natalicio de José Martí, autor del excelso ensayo desmitificador y revolucionario de valor universal y precursor del pensamiento crítico y social de historia, la cultura y la política latinoamericana como lo es *Nuestra América*,² abordar los temas sobre la identidad latinoamericana y la otredad indígena en el pensamiento de José Martí y su vigencia y proyección actual, se explica y nos revela, por un lado, que la amenaza a las identidades nacionales por el actual proceso de globalización neocolonial proviene, entre otros factores, de la integración de la cultura, la diversidad cultural y los procesos culturales a la lógica del mercado

² José Martí publicó "Nuestra América", primero en *La Revista Ilustrada*, de Nueva York, el 1ro. de enero de 1891 y, posteriormente, el 30 de enero del mismo año en *El Partido Liberal*, de la ciudad de México.

mundial y a la mercantilización de la vida y las relaciones sociales por una cultura del consumo alienante y planetaria y, por el otro, en la coyuntura actual, resulta de fundamental importancia reflexionar sobre la sensibilidad, el compromiso y la conciencia social que José Martí adquiere y proyecta en sus obras sobre la necesidad de la inclusión del componente indígena, como condición *sine qua non*, para la construcción de un desarrollo propio, soberano y de liberación nacional de nuestra América.

En este sentido, el objetivo de las presentes notas, es abordar los significativos aportes –de sorprendente actualidad– generados por la obra y el pensamiento de José Martí sobre los temas de la identidad latinoamericana y la cuestión de otredad indígena en nuestra América. Sus reflexiones en estos temas han resultado esenciales para el conocimiento crítico y objetivo de la historia económica, cultural, social, política y revolucionaria de las formaciones sociales de América Latina y necesarias en la definición y afirmación de la esencia del ser de los hombres y mujeres, de las comunidades, los pueblos y las naciones de la región, en un mundo cada vez más globalizado y excluyente y, a la vez, en un marco de referencia básico para interpretar el significado del resurgimiento de los movimientos indígenas latinoamericanos en los últimos veinte años y su lucha actual por el reconocimiento de sus derechos y formas de vida, y por la construcción de un Estado pluricultural y plurinacional latinoamericano.

LA VISIÓN MARTIANA DE LA IDENTIDAD Y LA OTREDAD INDÍGENA LATINOAMERICANA

Como sabemos, si bien en José Martí no hay una teoría explícita de la identidad latinoamericana y la cuestión indígena, sin embargo, sus conceptos, sus reflexiones y construcciones filosófico-políticas sobre los temas de la identidad y la

situación de los indígenas en América Latina se encuentran presentes de diversas formas y representaciones en la mayor parte de su magna obra y se constituyen en componentes claves y esenciales de todo su pensamiento humanista y revolucionario.

De esta manera, en un primer nivel de análisis, es importante destacar que el pensamiento martiano sobre América Latina cumple una importante tarea metodológica para iniciar el conocimiento de lo que nos identifica y lo que nos integra y diferencia a los pueblos latinoamericanos en dos grandes percepciones: la primera, la que emana del conocimiento de la situación del indígena y de las formas de gobierno en las repúblicas latinoamericanas que, preservando algunos rasgos de las viejas instituciones coloniales, tendieron a la copia e imitación de formas procedentes de países con una historia, una cultura y una composición social diferentes que, en mucho, José Martí considera como una de las causas del atraso y la subordinación latinoamericanas que se padecía con respecto al desarrollo del capitalismo central. La segunda percepción se relaciona, de manera significativa y central, con la esfera de la educación, pero una educación propia basada y enseñada a partir de nuestras raíces y necesidades particulares, vista por Martí, como el gran reto y derrotero para reducir las enormes desigualdades culturales, sociales y económicas entre las naciones latinoamericanas recientemente independizadas y el alcanzado en los países dominantes del capitalismo.

En cuanto la primera percepción, Martí señaló:

La incapacidad no está en el país naciente, que pide formas que se le acomoden, sino en los que quieren regir pueblos originales, de composición singular, con leyes heredadas de cuatro siglos de práctica libre en los Estados Unidos, de diecinueve siglos de monarquías en Francia [...]. La colonia continúa vivien-

do en la república [...] de la importación excesiva de las ideas y fórmulas ajenas [...]. Éramos una visión, con el pecho de atleta, las manos de petimetre y la frente de niño. Éramos una máscara, con los calzones de Inglaterra, el chaleco parisiense, el chaquetón de Norte-América y la montera de España.³

Y, en relación con la segunda, José Martí advirtió:

La educación es el único medio de salvarse de la esclavitud. A un pueblo ignorante puede engañársele con la superstición, y hacérsele servil. Un pueblo instruido será siempre fuerte y libre.⁴ La universidad europea ha de ceder a la universidad americana. La historia de América, de los Incas a acá, ha de enseñarse al dedillo, aunque no se enseñe la de los arcontes de Grecia. Nuestra Grecia es preferible a la Grecia que no es nuestra. Nos es más necesaria [...]. Injértese en nuestras repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas [...]. Ni el libro europeo, ni el libro *yankee*, daban la clave del enigma hispanoamericano.⁵

Por último, en un segundo nivel analítico, el sentido y el concepto de la identidad latinoamericana brotó, en Martí, con un sentido de construcción de lo propio –avanzado para su época– y de originalidad en razón de los elementos y factores naturales de nuestra América. Martí lo explico así: “A conflictos propios, soluciones propias. A propia historia, soluciones propias. A vida nuestra, leyes nuestras”.⁶

³ José Martí, *Nuestra América. Edición crítica*, investigación, presentación y notas de Cintio Vitier, La Habana, Centro de Estudios Martianos, 2010 (Colección Alba Bicentenario), pp. 8 y 12.

⁴ Martí, *Obras Completas*, vol. 19, La Habana, Editorial Nacional de Cuba, 1963-1967, pp. 375 y 376.

⁵ Martí, *Nuestra América. Edición crítica...*, pp. 10 y 13.

⁶ Martí, *Obras Completas*, vol. 6..., pp. 312 y 334.

el buen gobernante en América no es el que sabe cómo se gobierna el alemán o el francés, sino el que sabe con qué elementos está hecho su país, y cómo puede ir guiándolos en junto, para llegar, por métodos e instituciones nacidas del país mismo, a aquel estado apetecible donde cada hombre se conoce y ejerce, y disfrutan todos de la abundancia que la naturaleza puso para todos en el pueblo que fecunda con su trabajo y defienden con sus vidas.⁷

Es decir, para José Martí, la construcción de la identidad de América Latina tenía que empezar con la ineluctable necesidad de partir de las propias raíces culturales y nacionales de la esencia del mundo latinoamericano, teniendo en cuenta que algunos elementos culturales deben ser conservados y otros deben cambiar de acuerdo con las premisas de la espiral ascendente del desarrollo histórico en la construcción de nuestra América.⁸

Por ello,

el centro conceptual y la clave metodológica y teórica –nos advierte, Pedro Pablo Rodríguez– que permite explicar el programa martiano es su concepto de integración e identidad latinoamericana, sentido de autoctonía y proyección hacia el futuro. A diferencia de buena parte de sus contemporáneos, quienes tendieron a moverse entre dos puntos extremos y antitéticos –tradición *versus* modernidad–, el (apóstol) cubano expresó un criterio de suma ponderación, fundamentado en una comprensión cabal de las esencias de su tiempo y de los problemas de nuestros países [...]. Así, el pensamiento martiano es uno de los casos más excepcionales de unidad y desarrollo de sus fun-

⁷ Martí, *Nuestra América. Edición crítica...*, p. 9.

⁸ Olivia Miranda Francisco, *Historia, cultura y política en el pensamiento revolucionario martiano*, La Habana, Editorial Academia, 2003, p. 14.

damentos sin contradicción consigo mismo. La unidad de sus ideas se asienta en su toma de partido desde muy joven con “los pobres de la tierra”.⁹

En esta perspectiva general, Martí es quien desde finales del siglo XIX, en su notable ensayo *Nuestra América*, nos convoca a construir, por un lado, desde nosotros y para nosotros, un saber que permita a nuestros pueblos conocer mejor aquellos aspectos que han sido ocultados por las versiones eurocéntricas de nuestra historia y por las explicaciones pseudocientíficas de nuestra condición de pueblos atrasados y semibárbaros¹⁰ y, por el otro, los valores de la autoctonía de la identidad latinoamericana como modos esenciales del devenir del hombre y del ser concreto en su naturaleza social, son integrados en la cultura nacional como procesos, a manera de formas y modos de existencia y en la búsqueda de la satisfacción de sus necesidades materiales y espirituales.

En última instancia, los valores identitarios de una nación, de acuerdo con la percepción martiana de independencia, soberanía y liberación, son elementos integradores de la unidad de las diversidades culturales latinoamericanas basados en dos premisas: 1) el rechazo a un mundo dividido entre “civilización” y “barbarie” y, 2) la preservación de las tradicio-

⁹ Pedro Pablo Rodríguez, “En el fiel de América: Las Antillas Hispánicas en el concepto de identidad latinoamericana de José Martí”, en *Cuadernos Americanos*, Nueva Época, vol. 3, año IX, núm. 51, México, UNAM, mayo-junio, 1995, p. 234. Véase además Pedro Pablo Rodríguez, *De dos Américas. Aproximaciones al pensamiento martiano*, México, Ediciones de paradigmas y utopías del Partido del Trabajo, 2002, 275 pp.

¹⁰ J. Jesús María Serna Moreno, “Hacia una antropología latinoamericanista en el estudio de las identidades étnicas”, en Horacio Cerutti y Carlos Mondragón, *Nuevas interpretaciones de la democracia en América Latina*, México, Editorial Praxis/UNAM, 1999, p. 245.

nes y elementos de la autoctonía de los originales de América Latina como impronta de la identidad de *Nuestra América*.

En relación con la primera premisa, José Martí rechaza radicalmente que el mundo se divida en civilizados y bárbaros, entre civilización y barbarie, tal y como las potencias colonialistas, con una visión racista y excluyente que, basadas en la práctica de la negación de la otredad y en la creencia de la inferioridad de identidades y culturas diferentes a ellos y, en algunos casos, de exterminio, devastaron a los pueblos indígenas latinoamericanos. Al respecto, Martí señaló en diversos espacios:

El pretexto de que la civilización, que es el nombre vulgar con que corre el estado actual del hombre europeo, tiene el derecho natural de apoderarse de la tierra ajena perteneciente a la barbarie, que es el nombre que los que desean la tierra ajena dan al estado actual de todo hombre que no es de Europa o de la América europea.¹¹

Esa de racista está siendo una palabra confusa, y hay que ponerla en claro. El hombre no tiene derecho especial porque pertenezca a una raza u otra: dígase hombre, y ya se dicen todos los derechos.¹²

No hay odio entre razas, porque no hay razas [...]. Peca contra la humanidad, el que fomente y propague la oposición y el odio de las razas.¹³

En la segunda premisa, Martí advierte que la identidad latinoamericana, en tanto factor de unidad, de integración y

¹¹ Roberto Fernández Retamar, "En el centenario de 'Nuestra América', obra del caribeño José Martí", en *Cuadernos Americanos*, Nueva Época, vol. 3, año V, núm. 27, México, UNAM, mayo-junio, 1991, p. 116.

¹² Martí, *Obras Completas*, t. 2, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1975, p. 298.

¹³ Martí, *Nuestra América. Edición crítica...*, p. 15.

de desarrollo nacional, debe incluir la permanencia de las tradiciones y los elementos que han caracterizado el significado de las formas y modos de vida espiritual y existencial de los pueblos autóctonos. No obstante, cabe señalar que el análisis de la identidad e integración de América Latina en el pensamiento martiano se inicia, de manera rigurosa y sistemática, a partir del conocimiento que el apóstol cubano tiene sobre la diversidad latinoamericana. En efecto, José Martí describió, en dos momentos diferentes –1877 y 1883–, un concepto de integración latinoamericana verdaderamente avanzado y crítico para su tiempo y su época. Martí, con un alto sentido revolucionario advirtió:

Interrumpida por la conquista la obra natural y majestuosa de la civilización americana, se creó con el advenimiento de los europeos un pueblo extraño, no español, porque la savia nueva rechaza el cuerpo viejo; no indígena, porque se ha sufrido la injerencia de una civilización devastadora, dos palabras que, siendo un antagonismo, constituyen un proceso; se creó un pueblo mestizo en la forma, que con la reconquista de su libertad desenvuelve y restaura su alma propia [...] nuestra América robusta [...]. Toda obra de nuestra América robusta, tendrá, pues, inevitablemente el sello de la civilización conquistadora; pero la mejorará, adelantará y asombrará con la energía y creador empuje de un pueblo en esencia distinto, superior en nobles ambiciones [...].¹⁴

Todo nuestro anhelo está en poner alma a alma y mano a mano los pueblos de nuestra América Latina [...]. Vemos colosales peligros; vemos manera fácil y brillante de evitarlos; adivinamos, en la nueva acomodación de las fuerzas nacionales del mundo, siempre en movimiento, y ahora aceleradas, el agrupamiento

¹⁴ Martí, “Los códigos nuevos” (1877), en José Martí, *Obras Completas*, t. VII..., 1975, p. 98.

necesario y majestuoso de todos los miembros de la familia nacional americana. Pensar es prever. Es necesario ir acercando lo que ha de acabar de estar junto. Si no, crecerán odios; se estará sin defensa apropiada para los colosales peligros, y se vivirá en perpetua e infame batalla entre hermanos por apetito de tierras.¹⁵

Es de esta manera, que José Martí concibe la integración y la especificidad de la identidad latinoamericana y, además, queda claro, por un lado, el significado que Martí tenía de la diversidad latinoamericana –“la familia nacional americana”– concebida como identidad y, por el otro, el devenir de la historia latinoamericana confirmó la tesis martiana: la memoria y la experiencia histórica de América Latina durante siglo XX fue de invasiones y ocupaciones militares, golpes de Estado, dictaduras y un intensivo proceso de explotación económica de todos los pueblos latinoamericanos ejecutada por los distintos gobiernos de los Estados Unidos que, justo en la era de Martí, el capitalismo mundial entraba en su fase de transición hacia el imperialismo.

Ello explica, en consecuencia, que uno de los rasgos más característicos y originales del pensamiento y la obra de José Martí es su persistente y justificado antiimperialismo. Martí lo advirtió así, en dos momentos diferentes, con las siguientes palabras precursoras:

Los Estados Unidos creen en la necesidad, en el derecho bárbaro, como único derecho: “esto será nuestro porque lo necesitamos”. Creen en la superioridad incontrastable de “la raza anglosajona contra la raza latina”. Creen en la bajeza de la raza negra, que esclavizaron ayer y vejan hoy y de la india, que exterminan.

¹⁵ Martí, “Agrupamiento de los pueblos de América” (1883), en *ibid.*, pp. 324 y 325.

Creen que los pueblos de Hispanoamérica están formados por principalmente de indios y de negros. Mientras no sepan más de Hispanoamérica los Estados Unidos y la respeten más, ¿pueden los Estados Unidos convidar a Hispanoamérica a una unión sincera y útil para Hispanoamérica? ¿Conviene la unión política y económica con los Estados Unidos? El pueblo que compra manda. El pueblo que vende sirve [...]. Lo primero que hace un pueblo para llegar a dominar a otro, es separarlo de los demás pueblos. El pueblo que quiera ser libre, sea libre en negocios.¹⁶

De la tiranía de España supo salvarse la América española; y ahora, después de ver con ojos judiciales los antecedentes, causas y factores del convite [de los Estados Unidos hacia las naciones americanas], urge decir, porque es la verdad, que ha llegado para la América española la hora de declarar su segunda independencia.¹⁷

Sin embargo, Martí propone el camino de la liberación nacional como ideal universal cimentado en el conocimiento de lo propio de la identidad latinoamericana:

Estos hijos de nuestra América, que ha de salvarse con sus indios. ¿En qué patria puede tener un hombre más orgullo que en nuestras repúblicas dolorosas de América, levantadas entre las masas mudas de indios. El gobierno ha de nacer del país. El espíritu del gobierno ha de ser el del país. La forma de gobierno ha de avenirse a la constitución propia del país. El gobierno no es más que el equilibrio de los elementos naturales del país [...]. Los hombres naturales han vencido a los letrados artificiales. El

¹⁶ Martí, "La conferencia monetaria de las Repúblicas de América" (mayo, 1891), en *Antología Mínima*, t. 1, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales/Instituto Cubano del Libro, 1972, pp. 254 y 255.

¹⁷ Martí, "Congreso Internacional de Washington. Su historia, sus elementos y sus tendencias" (Nueva York, 2 de noviembre, 1889), en *ibid.*, pp. 215 y 216.

mestizo autóctono ha vencido al criollo exótico. No hay batalla entre la civilización y la barbarie, sino entre la falsa erudición y la naturaleza [...]. Las repúblicas han purgado en las tiranías su incapacidad para conocer los elementos verdaderos del país, derivar de ellos la forma de gobierno y gobernar con ellos [...]. Conocer es resolver: Conocer el país, y gobernarlo conforme al conocimiento, es el único modo de liberarlo de tiranías.¹⁸

Ahora bien, en relación con la cuestión de la otredad indígena, si bien, desde la publicación de *Nuestra América*, José Martí ya tenía una sólida conciencia y posición política e ideológica acerca de la inobjetable inclusión de los pueblos y comunidades indígenas como un factor y elemento necesario e incuestionable para la creación de una nación, un gobierno y conocimiento propio que no fuera de importación o imitación. Sin embargo, sus reflexiones sobre la cultura y la cosmovisión de la alteridad indígena latinoamericana se encuentran, de manera concreta y directa, en los siguientes artículos y ensayos: “Autores Americanos Aborígenes”, “La civilización de los indígenas”, “Nuestra América”, “Arte aborígen”, “El hombre antiguo de América”, “Poesía dramática americana”, “Los códigos nuevos”, “Mi Raza”, “Madre América”, “La Edad de Oro”, “Los indios en los Estados Unidos” y “Escenas mexicanas”, entre otros.¹⁹

En este sentido, la proyección e importancia contemporánea de la identificación del pensamiento de Martí con la cuestión indígena latinoamericana, no se inscribe sólo como una reivindicación meramente étnica o mestiza, sino como toda

¹⁸ Martí, “Nuestra América”, en *ibid.*, pp. 242, 243 y 244.

¹⁹ Todos estos ensayos se encuentran en la colección de *Obras Completas*, La Habana, 1975, y se pueden consultar de manera expedita en la Colección Digital en CD. Martí, *Obras Completas*, La Habana, Centro de Estudios Martianos y Fundación Karisma, 2007.

una nueva representación y re-significación integral para un nuevo proyecto político, social y cultural incluyente latinoamericano desde, y a partir de, los latinoamericanos y, a la vez, como un paradigma necesario para una mayor comprensión e interpretación de los actuales movimientos indígenas y sus procesos de lucha, resistencia, creatividad y liberación por el reconocimiento de sus derechos y la refundación del Estado latinoamericano pluricultural a través de la revalorización de lo propio, lo autóctono, lo original y lo nuestro de la cultura de nuestra América, propio de la visión, el pensamiento y la acción combativa de José Martí. Por ello, con gran acierto político e histórico, Martí previó y advirtió:

O se hace andar al indio, o su peso impedirá la marcha²⁰ [...] ¿No se ve cómo del mismo golpe que paralizó al indio, se paralizó a América? La inteligencia americana es un penacho indígena. Y hasta que no se haga andar al indio, no comenzará a andar bien la América.²¹

Así, en una visión e interpretación general, Martí nos revela la importancia central de la inclusión de los valores de la autoctonía y la cultura indígena para la construcción del ser latinoamericano como modos esenciales del devenir del hombre nuevo, del hombre concreto latinoamericano, pero adecuados a la realidad de su naturaleza social, formas de existencia y de sus necesidades materiales y espirituales. Por estas razones, José Martí sostiene y advierte, por ejemplo, a lo largo del espíritu y la letra de su magna obra *Nuestra América*, que este continente “ha de salvarse con sus indios”; insiste en que la libertad debe ser viable y plena, integrando a la diversidad toda (negros, indios, campesinos, mestizos)

²⁰ Martí, *Obras Completas*, t. VIII..., 1975, p. 329.

²¹ *Ibid.*, pp. 336 y 337.

para que dejen de ser sólo *objetos* y se conviertan en *sujetos* actores de la historia. De donde, a partir de la necesidad del un “estudio oportuno y la unión tácita y urgente del alma continental”, nacerá la semilla de la nueva América, *Nuestra América*.

En este sentido, las ideas centrales del pensamiento filosófico-político y cultural-revolucionario en torno a la cuestión indígena de *Nuestra América* en José Martí, por un lado, reafirman que la identidad latinoamericana, en tanto factor incuestionable de unidad, desarrollo propio e independencia nacionales, debe incluir la permanencia de las tradiciones y los elementos que han caracterizado el significado de las formas y modos de vida espiritual y existencial de los pueblos indígenas, reivindicando su inclusión económica, política y social y, recuperar e integrar sus aportes culturales y sus saberes creativos al proceso de desarrollo nacional y cultural para una nueva América Latina y, por el otro, constituyen un marco histórico de referencia, esencial y obligado para la mayor comprensión y análisis de la emergencia y el significado de los nuevos movimientos indígenas latinoamericanos desde las últimas décadas del siglo xx, particularmente, para una interpretación crítica y reflexiva del actual contexto social internacional, caracterizado por un creciente resurgimiento a escala global de las resistencias y movimientos sociales creativos y alternativos a la pretendida dominación cultural neocolonial y neoliberal del imperialismo en el inicio de la segunda década del siglo xxi, que reclaman el derecho a la igualdad, demandan el derecho al reconocimiento jurídico y respeto de su cosmovisión.

Por todo ello, la emergencia de los movimientos indígenas constituye uno de los procesos sociales más importantes de la historia política y cultural de América Latina de las últimas dos décadas y se ha convertido, entre otros temas, en el centro del análisis, del debate y de la reflexión políti-

ca latinoamericana contemporánea. En esta perspectiva, el movimiento indígena en América Latina va adquiriendo esa conciencia revolucionaria que, otro gran pensador social y revolucionario latinoamericano, el *amauta* peruano José Carlos Mariátegui, había advertido, hace más de ochenta años, cuando señaló en 1929:

Una conciencia revolucionaria indígena tardará quizás en formarse; pero una vez que el indio haya hecho suya la idea socialista, le servirá como una disciplina, una tenacidad y una fuerza, en la que pocos proletarios de otros medios podrán aventajarlo. El realismo de una política revolucionaria, segura y precisa, en la apreciación y utilización de los hechos sobre los cuales toca actuar en estos países, en que la población indígena tiene proporciones y rol importantes, puede y debe convertirse el factor raza en un factor revolucionario.²²

Asimismo, es muy importante destacar que, hoy día, al inicio de la segunda década del siglo XXI en América Latina, la demanda de los pueblos indígenas al Estado-nación para que reconozca sus derechos, sus valores, su cultura y, sobre todo, el derecho a la autonomía, coincide con la profunda crisis por la que actualmente atraviesa el modelo económico y político neoliberal del Estado latinoamericano, concebido y constituido históricamente como un poder central único, con una sola nación, una sola lengua, una sola identidad, una sola cultura, una sola educación y, de manera significativa, con una población supuesta y culturalmente “homogénea”.

De hecho, la crisis de los Estados nacionales latinoamericanos –y también a nivel global– han puesto al descubierto, entre otros factores, que la mayoría de ellos se fundaron sin

²² José Carlos Mariátegui, *Obras*, t. 2, La Habana, Casa de las Américas, 1982, p. 185.

incluir ni respetar los derechos, los valores y las cosmovisiones de las identidades culturales étnicas nacionales, y en la mayoría de los casos estas culturas fueron marginadas –cuando no exterminadas– de la historia social y política del desarrollo nacional en América Latina. En consecuencia, el movimiento indígena en América Latina, por un lado, reclama y denuncia que el modelo de desarrollo capitalista neoliberal ha sido el depredador de los recursos naturales, humanos y culturales étnicos del mundo y, por el otro, ha ofrecido, a la vez, una vía alternativa de *otro desarrollo* por el bien común de todos y para todos basada en su cosmovisión, su organización social, su modo de gobierno, su cultura y, sobre todo, en sus formas propias y originales de desarrollo y productividad colectivas y comunitarias y, por supuesto, en sus luchas históricas por el derecho a la autonomía e identidad cultural. Tal y como hoy en día, dichos procesos alternativos se encuentran en marcha en Bolivia, en Ecuador y, por supuesto, en el sureste mexicano donde se están consolidando y avanzando los Municipios Autónomos Rebeldes Zapatistas (MAREZ) del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) basados en su filosofía y cosmovisión de vida y en su praxis diaria de resistencia y defensa de sus territorios autónomos bajo el principio zapatista de sus modos y gobiernos autónomos “mandar obedeciendo”, que se expresa en obedecer y no mandar, representar y no suplantar, construir y no destruir, unir y no dividir, servir y no servirse, bajar y no subir y proponer y no imponer.

REFLEXIONES FINALES

José Martí funda un paradigma de liberación, independencia, autonomía y soberanía nacional, cuyo despliegue está mediado por un sustrato humanista de integración política e identidad cultural que imprime conocimiento y verdad a su pro-

yecto político y a su pensamiento filosófico y revolucionario. La importancia de un paradigma, en tanto modelo integrador que oriente el pensamiento y la acción del quehacer social, político y cultural para la liberación nacional, resulta vital y necesario. El paradigma martiano, marcado por su visión del mundo y del hombre, por la experiencia americana y sobre todo por su conocimiento de la acción política, traza caminos, cultiva razón y prepara conciencia para realizar el ideal de liberación e integración de la nación latinoamericana. Funda una cultura con alma política y un carácter nacional basado en la identidad y en un patriotismo –no chovinista–, capaz de estructurar un programa de liberación nacional, sobre bases nuevas: declarar la batalla por lograr una segunda independencia para América Latina, *Nuestra América*.

Para Martí, el problema de la identidad, la otredad, la integración, la cultura y la liberación nacionales era un requisito incuestionable para defender y desarrollar un espíritu de libertad e independencia nacionales. Martí supo interrelacionar en una unidad indisoluble la formación y desarrollo de la identidad nacional por la cultura y la educación humanista al fomento de un hombre libre y culto, de un hombre verdaderamente independiente; independiente de todo dominio económico y político extranjero, pero independiente también de pensamiento e ideología, libre de toda manifestación de esquematismos, de servilismo y de todo espíritu de complacencia y al servicio de la revolución por la patria latinoamericana, por nuestra América. Por ello, el pensamiento en torno a la identidad, la otredad indígena y la liberación latinoamericana en José Martí, constituye, por un lado, un marco histórico de referencia, esencial y obligado, para comprensión y análisis de la emergencia y el significado de los nuevos movimientos indígenas latinoamericanos de las últimas décadas del siglo XX y los primeros años del siglo XXI, y, por el otro –y en un contexto de globalización–, la cabal interpretación y com-

prensión de las resistencias sociales creativas y alternativas a la pretendida dominación cultural global del imperialismo del nuevo siglo XXI que se vinculan, históricamente, a la permanente preocupación en América Latina, por continuar la construcción y consolidación de un pensamiento social propio latinoamericano y cuestionar críticamente la influencia de la colonialidad del saber del conocimiento eurocéntrico y anglosajón.

En efecto, los pueblos y naciones indígenas en el mundo y particularmente en América Latina, han sido, históricamente, las raíces, el fundamento y el manto freático de las grandes culturas y civilizaciones y, a su vez, depositarios de los conocimientos y saberes hereditarios aplicados al desarrollo de la humanidad y su proceso civilizatorio en el devenir histórico. Asimismo, tienen sus propias tradiciones y valores, su tiempo y su espacio, sus narraciones e historias, sus cosmovisiones y filosofías, sus culturas y artes, sus medicinas y ciencias que además, están todas en relación dialéctica con la naturaleza. Sin embargo, desde la época de la conquista y colonización hasta nuestros días, los pueblos indígenas de América Latina han estado permanentemente confrontados con las prioridades y necesidades políticas, económicas, estratégicas, sociales, culturales e ideológicas de una estructura de poder y cultura dominante –la del capitalismo mundial– sustentada en una relación impuesta en la exclusión, la explotación y el etnocidio de la otredad indígena en aras del *progreso* mundial.

Como bien nos dice Eduardo Galeano:

Los indios de las Américas, víctimas del más gigantesco despojo de la historia universal, siguen sufriendo la usurpación de los últimos restos de sus tierras, y siguen condenados a la negación de su identidad *diferente*. Para ellos, la conquista continúa. Se les sigue prohibiendo vivir a su modo y manera, se les sigue negando el derecho a ser. Al principio, el saqueo y el *otrocidio*

fueron ejecutados en nombre del Dios de los cielos. Ahora se cumplen en nombre del dios del Progreso.²³

En este contexto general, el movimiento indígena zapatista ha creado sus espacios sociales alternativos en las comunidades indígenas autónomas. Es decir, más allá de un control territorial, lo esencial del movimiento zapatista es la construcción de una práctica que genera un sentido colectivo, y confiere legitimidad –a través del “mandar obedeciendo”, que significa mandar sobre nosotros mismos colectivamente los proyectos, estructuras, organizaciones y demandas– a los procesos y estructuras propias de autogobierno. Esa lucha contra-hegemónica tiene impacto sobre las dinámicas de organización social más allá del núcleo de comunidades autónomas zapatistas, lo que inspira la construcción de un movimiento más amplio que desafía la lógica neoliberal y plantea formas diferentes de hacer política. Este proceso, como hemos advertido, no está exento de dilemas y contradicciones. Las comunidades autónomas todavía están insertas en relaciones comerciales de mercado, mientras buscan canales alternativos como el comercio justo de café y otras existentes. No plantean una autosuficiencia total, así que tienen que crear normas y estructuras para mediar las relaciones y coordinar sus estrategias frente a los actores externos: como las ONG, agencias gubernamentales, organizaciones campesinas no zapatistas, sociedad civil, etcétera.

Sin embargo, el movimiento zapatista, con todo y contra todo, es un ejemplo importante de los nuevos movimientos sociales latinoamericanos que surgen como una expresión más de lucha, resistencia y creatividad contra el capitalismo

²³ Eduardo Galeano, “El otroicidio”, en *Zurda. Revista de arte y sociedad*, vol. II, año 8, núm. 10, México, Colectivo Zurda, Editorial Versal, 1994, p. 27.

neoliberal,²⁴ y sus luchas cotidianas –a nivel micro– por defender sobre la marcha un modelo de autonomía y desarrollo alternativo y viable; pueden ganar el espacio necesario para plantear una agenda de transformaciones a nivel nacional, regional y mundial y construyendo una paz digna por el bien común de todos: de “un mundo donde quepan muchos mundos”.

Concluyo con dos breves reflexiones –citas– que comprueban, por un lado, la conciencia y visión prospectiva del pensamiento de José Martí sobre la situación y condición de los indígenas y la necesaria inclusión de la otredad indígena en el devenir de la historia social, cultural y política de la América Latina y, por el otro, la proyección actual y comprobación histórica del pensamiento del gran apóstol cubano sobre la cuestión y movimientos indígenas y su papel protagónico como actor y hacedor de su propia historia, de su propio destino y de gran influencia social y cultural en nuestra América del siglo XXI, representado en el EZLN:

Es la esclavitud que los degrada; es que esos hombres mueren sin haber vivido; Y esto es un pueblo entero; esta es una raza olvidada; esta es la sin ventura población indígena en México. La esclavitud la degradó, y los libres los ven esclavos todavía [...]. No está muerto; está dormido. No rehúye, espera. El tomará la mano que le tiendan; él se ennoblece con el conocimiento de sí mismo, y esa raza de entendimiento fácil, traerá a un pueblo nuevo una existencia nueva, con todo el adelanto que ofrece la moderna vida, con la pureza de afectos y de miras, el vigoroso empuje, la aplicación creadora de los que conservan el hombre

²⁴ Al respecto, véase Yvon Le Bot, “El zapatismo, primera insurrección contra la mundialización neoliberal”, en Michel Wieviorka (comp.), *Otro mundo... Discrepancias, sorpresas y derivas en la antimundialización*, México, FCE, 2009, pp.155-169.

verdadero en la satisfacción de sus apetitos, el cumplimiento de sus necesidades.²⁵

JOSÉ MARTÍ

Una larga historia de dolor y sufrimiento, pero también una larga lucha de resistencia y rebeldía. Hoy ha llegado la hora de romper los muros y las cadenas de injusticia. Los sin voz y los sin rostro tendrán por fin el rostro y la palabra que resonará en todos los rincones de la tierra. Significa la construcción de una nueva sociedad basada en la justicia, en la igualdad y en el respeto a los indígenas con toda su diversidad de lenguas y culturas; donde ya no tengamos que levantarnos en armas para ser escuchados y ser tomados en cuenta como pueblos.²⁶

COMANDANTE INSURGENTE DAVID, EZLN

²⁵ Martí, "Revista Universal, México, 10 de julio de 1875", en *Martí en México, (Selección de textos)*, t. II, México, Departamento del Distrito Federal, 1974 (Colección Metropolitana, núm. 48), pp. 33 y 34.

²⁶ Comandante Insurgente *David*, Ejército Zapatista de Liberación Nacional, en *Revista Chiapas*, núm. 11, México, Era Ediciones, 2001, p. 4.

II. VIVENCIAS HISTÓRICAS
Y CULTURALES DE JOSÉ MARTÍ

MARTÍ Y LERDO DE TEJADA

Alfonso Herrera Franyutti

Cuando Martí llega a México en su primera estancia (1875-1876), gobernaba Sebastián Lerdo de Tejada, quién como secretario de la Suprema Corte de Justicia había llegado al poder tras la muerte de don Benito Juárez, ocurrida el 18 de julio de 1872. Al asumir el puesto como gobernante interino, de inmediato Lerdo de Tejada solicita al Congreso que convoque a una nueva elección, de la que sería candidato único y en la que resultaría triunfador. El primero de diciembre de aquel mismo año presenta juramento como presidente constitucional, para un periodo de cuatro años (1872-1876).

De esta manera el antiguo ministro se convierte en gobernante legítimo y prosigue su obra, conserva el mismo gabinete, eleva a rango constitucional las Leyes de Reforma con las que la Iglesia y el Estado quedan definitivamente separados, y promulga otras nuevas, haciendo que todos los funcionarios y empleados públicos protesten guardar y hacer guardar las nuevas leyes. Durante esa época clausuró veintidós casas de monjas y cinco de jesuitas, con gran alarma de la sociedad católica expulsó a doscientas monjas y setenta hombres, entre jesuitas y frailes, además de las Hermanas de la Caridad. Ello lógicamente provocó la contrariedad de los católicos y

los hombres del partido conservador, y así resucitó nuevamente el problema religioso.

El 1º de enero de 1873 Lerdo de Tejada inaugura el ferrocarril de México a Veracruz, que despertó grandes expectativas. Y tratando de destacar la presencia científica de México después de tantos años de guerra, el presidente envió una comisión de científicos mexicanos a Japón, a cargo del ingeniero Francisco Díaz Covarrubias y como relator oficial del viaje a Francisco Bulnes, para estudiar el paso del planeta Venus frente al disco solar.¹

Tal era la situación cuando Martí llegó a México. El país gozaba de un periodo de paz, luego de la Guerra de los Tres Años, y de la Intervención Francesa. Parecía que Lerdo iba dominando la situación, no obstante que las medidas del gobierno no eran del agrado del clero y los hombres del Partido Conservador conspiraban en las sombras.

En tanto, Martí que traía la amarga experiencia de su patria esclavizada, de la breve y frustrada primera república española y el advenimiento de la monarquía borbónica, se encuentra de pronto ante una república democrática y liberal que le abre sus puertas y le ofrece una amplia libertad de acción. Así, poco tiempo después de su llegada, en el mes de marzo, lo encontramos trabajando en la *Revista Universal de Política, Literatura y Comercio*, alineado en las filas del periodismo mexicano, al lado de hombres de la talla de Guillermo Prieto, ex ministro de Juárez; Ignacio Ramírez “el Nigromante”, liberal y ateo recalcitrante; el maestro Manuel Altamirano; Juan José Baz; Felipe Sánchez Solís; Justo Sierra y Juan de Dios Peza. Algunos de ellos pertenecientes a la masonería. De esta manera, el joven cubano se halló inmerso en medio

¹ Véase Marco Arturo Moreno Corral, *Odisea 1874 o el primer viaje internacional de científicos mexicanos*, México, FCE/SEP, 1996 (La ciencia, 15), pp. 27-42.

de un círculo liberal que apoyaba abiertamente al gobierno de Lerdo de Tejada.

Desde las páginas de *La Revista Universal*, donde, entre otras cosas destaca por sus famosos boletines firmados con el pseudónimo de Orestes, va incorporándose a la vida política nacional al lado de los defensores del gobierno. Pero no bastaba pertenecer a aquel círculo político: poco a poco, las ideas liberales y acciones democráticas del gobierno irán ganándolo para su causa.

Por esos días, durante los meses de abril y mayo de 1875, con motivo de la expulsión de tres estudiantes de medicina, se produce en México una de las primeras huelgas estudiantiles de su historia. La situación se enrarece ante la intransigencia de las autoridades de la Escuela de Medicina, lo que hace que se unan otras escuelas a la protesta. Toda la prensa interviene y toma parte en el problema.² Cuando la huelga se resuelve, Martí escribe en el boletín del 11 de mayo reconociendo la acertada actitud del gobierno:

Los estudiantes han vuelto a las cátedras. Se alejaron de ellas porque se negó a sus compañeros el derecho constitucional de recibir instrucción; este derecho se ha reconocido, este error se ha reparado [...] No ha querido el gobierno herir este movimiento entusiasta y generoso; bien ha hecho en no provocar su debilidad, como ha hecho bien en esperar su templanza para facilitar su avenimiento.

Luego, destaca cómo sabiamente, el impulso juvenil –al que considera un movimiento entusiasta–, se ha protegido al procurar una solución honrosa:

² Véase María del Carmen Ruiz Castañeda, *La Universidad libre (1875). Antecedente de la Universidad Autónoma*, 3ra. ed., México, Fondo Editorial Cantera Verde, 1999, p. 18.

En vez de combatirla imprudentemente, el gobierno ha protegido esta exaltación de la dignidad. La ha dejado obrar y le ha procurado una solución honrosa [...] Aunque no hubiera tenido otra importancia, una ha tenido notable el movimiento de las escuelas. El habitante de un pueblo libre debe acostumbrarse a la Libertad. La juventud debe ejercitar los derechos que ha de realizar y enseñar después.³

Coincidentemente, por aquellos días, las ideas democráticas y republicanas de Martí van a encontrar ejemplar impulso cuando observa cómo el Congreso, con motivo de que: “el ciudadano Vicente Riva Palacio, acusa al presidente de violación de una ley militar”, da cabida a la acusación y se erige en jurado para juzgar al presidente de la república. Por lo que, el día 20 de mayo, en un suelto publicado en la *Revista Universal* titulado “El jurado de ayer”, manifiesta: “La sesión celebrada ayer tarde en el Congreso erigido en gran jurado, es de tal importancia [...] que merece ser tratada de una manera especial”.⁴

Al día siguiente, en su boletín del 21 de mayo “El Congreso convertido en jurado” se extiende en el análisis del tema donde Martí expresa sus ideas democráticas al señalar que: “La libertad, ejercía allí la más poderosa de sus conquistas”, pues considera que:

el jefe de un país es un empleado de la nación, a quien la nación elige por sus méritos para que sea en la jefatura mandatario y órgano suyo: [...] El Congreso, juzga al elegido del pueblo exal-

³ “*Revista Universal. Boletín*”, en José Martí, *Obras Completas. Edición Crítica*, t. 2, La Habana, Cuba, 1875, pp. 37 y 38. En adelante, todas las citas de José Martí se referirán a esta edición (OCEC), marcando tomo y página.

⁴ *Ibid.*, t. 4, p. 141.

tado al poder ejecutivo, acusado ante la nación por un miembro del pueblo elector.⁵

Aunque después señala que, la sección del Gran Jurado rechazó la acusación por improcedente.⁶

En su calidad de periodista, Martí es invitado a la inauguración de las clases orales en el Colegio de Abogados, el 22 de mayo. Asiste el presidente Lerdo de Tejada, acto en el cual lo conoce, aunque no sabemos si lo trató personalmente. De aquella reunión manifiesta lo siguiente en su boletín del 25 de mayo, refiriéndose al discurso de Lerdo:

No habló allí el presidente de la República; no era la primera dignidad de la nación lo que ocupaba la tribuna: era un hombre sencillo y modesto que hablaba al Colegio de Abogados en nombre de todos los nobles principios y todas las sólidas ideas que calienta una alta inteligencia democrática.⁷

Luego, reafirmando su independencia de criterio señala:

Ni el discurso del señor Lerdo, ni nada que pudiese parecer lisonja habría nunca en esta reseña para él: pero con palabra sólida y sencilla dijo bien lo que se proponía con sus clases orales el Colegio.⁸

Y continúa, sorprendido de la naturalidad con que se realiza aquel evento democrático, manifiesta:

Era hermoso aquel acto sencillo. El primer magistrado del país que venía a abrir la senda que ha de dar a la nación nuevos y vene-

⁵ *Ibid.*, t. 2, p. 46.

⁶ *Ibid.*, p. 47.

⁷ *Ibid.*, p. 51.

⁸ *Ibid.*

rables magistrados: El hombre que rige el gobierno viene abrir al pueblo los salones donde va a escuchar la libre y no coartada explicación de sus derechos [...] Era grande aquel hombre pequeño, mezclado sencillamente entre los más desconocidos invitados.⁹

Así Martí iría conociendo y penetrando en la agitada vida nacional y, por convicción propia, en la causa lerdista, la cual refleja en cada uno de sus boletines, aunque prudentemente no alude directamente a Lerdo sino, a los efectos políticos de su gestión y a la situación del país. Martí comentaba o respondía a los constantes ataques de la prensa opositora encabezados por *El Monitor Republicano*, *El Abuzote*, *El padre Cobos* y *El Radical* que, abusando de la irrestricta libertad de prensa, atacaban y ridiculizaban a Lerdo, conducta tolerada por el gobierno ya que el presidente consideraba que a la prensa se la combate con la prensa.

Para entonces, como señala Andrés Iduarte: “Mexicano se considera Martí. Y no sólo un mexicano, sino un mexicano con partido. Lo es del gobierno, y como tal ataca repetidamente al caudillismo y a la Iglesia”.¹⁰

En tanto, la oposición a Lerdo de Tejada crecía. Las fuerzas reaccionarias se alistaban. La proximidad de las elecciones agitaba a la oposición soliviantada por el clero y Porfirio Díaz, todo lo cual hace que Martí enarbole su pluma a favor de la causa lerdista en cada uno de los aspectos en que se le ataca pues considera que: “El gobierno es el decoro de la patria, y la patria no debe tener enemigos en sus propios hijos”.¹¹

En su boletín del día 29 de mayo, “Oposición Infame”, se manifiesta contra quienes le critican:

⁹ *Ibid.*

¹⁰ Andrés Idearte, *Martí escritor*, La Habana, Publicaciones del Ministerio del Interior, Dirección de Cultura, 1951, p. 198.

¹¹ Martí, *op. cit.*, t. 2, p. 57.

No es el gobierno en forma alguna inerrable e infalible: loco fuera a su vez él si pretendiera serlo: no pudiera, aunque lo intentase, mejorar su programa en vista de uno que se anuncia y no se le presenta: no puede aceptar medidas que no se le proponen; no puede discutir seriamente con una oposición calumniadora, que se muerde con ira, pero que no sabe la manera de hablar con razón, ni de hacerse oír con entereza, valor, plan concreto, energía respetable, e impotente dignidad.¹²

Martí denuncia las verdaderas y ocultas intenciones de tales ataques:

O se quiere reformar el país, o se anhela el puesto desde que se rige a la nación: aquello fuera nobleza que hay siempre modo de cumplir; esto es ambición bastarda que es noble cuando puede ser medio de un bien, pero que –siendo objeto principal–, no puede el país sensato respetar ni proteger.¹³

Y señala los deberes éticos que una prensa libre y honesta debe guardar en relación con el gobierno.

No existe gobierno invulnerable: la prensa debe ser el examen y la censura, nunca el odio ni la ira que no dejan espacio a la libre emisión de las ideas [...] –Si el gobierno yerra, se le advierte, se le indica el error, se le señala el remedio, se le razona y se le explica; no se tuercen intenciones, se falsean hechos [...] No debe haber oposición constante: debe haber constante, concienzudo examen y consejo. Sin esta alteza de ideas, nadie aspire al respeto común, al dominio firme y duradero.¹⁴

¹² *Ibid.*, p. 55.

¹³ *Ibid.*

¹⁴ *Ibid.*, p. 57.

Así principiaba el cubano a conocer e interiorizar los problemas políticos de México y de su América.

Por aquellos días surgen varios levantamientos cristeros en varios estados de México, pues algunas de las medidas anticlericales tomadas provocaron fuerte rechazo entre los enemigos del régimen y los clericales que se valen de salteadores y plagiarios y no se detienen para cometer los mayores actos de barbarie, asesinar a ciudadanos e incendiar pueblos. “Apatzingán incendiado: Robado Paracho”, publican los diarios. Martí indignado alza su voz, y en su boletín del 2 de junio alcanza la tonalidad de los hombres del Partido Liberal y denuncia abiertamente a quienes recurren a tales medidas:

¡Infames! Pero, ¿no se avergüenzan los católicos mexicanos de acudir para defenderse a estos bandidos prófugos de las cárceles, de estos hombres capaces de toda vileza? ¿a los que no cometen un solo acto que no pueda condenarse con arreglo a la ley común? ¿Qué Dios villano es ése que estupra mujeres e incendia pueblos?¹⁵

Ante el ominoso silencio de la prensa opositora y reaccionaria que calla y no condena estos acontecimientos, Martí manifiesta una vez más:

Pero hablen los periódicos católicos: tenga uno de ellos la imprudencia de proteger esa malvada rebelión [...] ¿Qué hacen los periódicos católicos? –Lo que hacen en todos los tiempos: vestirse con el manto de la piedad; bajar la mirada a estos ojos humanos que se han hecho para mirar de frente a todos; disimular bajo sus vestiduras negras las iracundas palpitaciones de su corazón, y ocultar con las sombras de sus hábitos la sonrisa

¹⁵ *Ibid.*, p. 61.

[...] No basta el hábito: se ve la sonrisa; las llamas del incendio de Apatzingan les iluminan el rostro.¹⁶

La situación se agudiza. Las fuerzas reaccionarias soliviantadas por el clero pasan a la acción, azuzadas por Porfirio Díaz desde Oaxaca que se apoya en ellas. Martí, buen observador, señala la colaboración entre ambas y observa que: “De las ruinas del convento se alzan voces que aconsejan el incendio y la destrucción”.¹⁷

La primera ocasión en que Martí cita a Porfirio Díaz lo hace en forma indirecta, como noticia tomada de otros periódicos: “Decíase hace dos días lo que por fortuna se desmiente: que el general Porfirio Díaz se dirigía a Oaxaca con ánimo de encender allí los rencores contra el gobierno actual”.¹⁸

Tratando de atenuar la situación, el cubano tiende una mano pacificadora en su boletín del 11 de junio y aconseja:

¿Por qué ha de acudirse a medios que manchan con sangre, cuando no se han empleado los medios que ilustran con el derecho? ¿Por qué ha de venir la revolución que mata hombres cuando no se ha empleado la revolución que brota ideas? ¿Así serían acreedores al reconocimiento de la patria los que en su primera era de paz la detienen, la ensangrientan y la perturban?¹⁹

Días después, en otro boletín que titula “Rumores Falsos. El general Díaz”, publicado el 3 de julio en la *Revista Universal*, manifiesta ya en forma directa y personal:

¿Y vertería el general Díaz, sangre de mexicanos liberales sobre los atributos presidenciales que desea? ¿Los gozaría con calma

¹⁶ *Ibid.*, p. 60.

¹⁷ *Ibid.*, t. 2, p. 61.

¹⁸ *Ibid.*, p. 70.

¹⁹ *Ibid.*

después? En el seno de la libertad, ¿es solícito dominarla en provecho propio, llegando a ella sobre cadáveres de hermanos? La tierra misma se alzaría al paso de los combatientes fraticidas?²⁰

El 8 de agosto del mismo año, Martí vuelve a coincidir con el presidente Lerdo de Tejada durante la inauguración de los Establecimientos de Primeras Letras en el cercano pueblo de La Magdalena, a donde acude acompañado del coronel Vicente Villada, director de la *Revista Universal* y de Manuel Mercado. En su boletín “La Magdalena-San Ángel” publicado en la *Revista Universal* el 10 de agosto, Martí hace una pormenorizada descripción de esta actividad, en la que destaca el discurso del presidente.

Habló Lerdo. Bien se sabe cómo habla el ciudadano presidente. Dijo breves, sencillas y útiles palabras. Es raro talento el suyo de allanarse a la situación modesta, sin empequeñecerla por ello. A fe que todos lo entendieron, y que no dijo nada común ni habló de manera vulgar. Es lenguaje sólido: es palabra fácil: el boletinista calla lo que México conoce bien.²¹

Luego comentó que el presidente señaló las ventajas de la instrucción primaria, a la que consideraba la verdadera base de los hombres y del progreso de una nación.

El 30 de noviembre de 1875, cuando Martí era el periodista más destacado de la *Revista Universal*, aparece el último de sus boletines, pues quizás por su carácter de extranjero y ante la situación política que se complicaba, se prefirió mantenerlo alejado de estos problemas. Y el cubano respetuosamente calla para no inmiscuirse en los problemas nacionales.

²⁰ *Ibid.*, t. 2, p. 97.

²¹ *Ibid.*, p. 61.

1875 fue el último año de paz para Lerdo de Tejada. Al inicio de 1876 el movimiento antirreleccionista principia a tomar fuerza, la tranquilidad del país se verá turbada al proclamar los lerdistas la reelección del presidente, no obstante que en los tiempos de Juárez habían combatido ardientemente tal proceder. El sentimiento popular se manifestó adverso. El desprestigio de Lerdo, a quien se acusaba de tirano, comenzaba a hacerse sentir.

El 10 de enero de 1876, Martí asiste a Coyoacán a una entrega de premios, presidida por Manuel Mercado. Martí habló en aquella ocasión, lo mismo que Manuel Mercado quien tuvo que repetir su alocución dos o tres veces y dijo cosas oportunas y simpáticas muy bien recibidas por la concurrencia. “Y algo más pudo verse en los brindis”, escribe Martí en su crónica del día 11 en la *Revista Universal*: “Coyoacán quiere incondicionalmente y con entusiasmo la reelección del Sr. Lerdo para la presidencia de la república”.²²

El 15 de enero de 1876, en Oaxaca, el general Fidencio Hernández proclama el Plan de Tuxtepec, mediante el cual se “desconocía a Sebastián Lerdo de Tejada como presidente de la República, y a todos los funcionarios y empleados designados por él, así como a los nombrados en las elecciones de julio de 1875.” Dicho plan fue aceptado de inmediato por varios estados de la república. Lerdo de Tejada respondió de inmediato declarando a muchas entidades federativas en estado de sitio, cambiando a sus autoridades y enviando a sus tropas contra los sublevados. Porfirio Díaz, que se encontraba en Estados Unidos, atraviesa la frontera y viene a ponerse al frente de su partido, y el 21 de marzo, en el campamento de Palo Blanco, modifica el aprobado Plan de Tuxtepec y proclama como leyes supremas la Constitución y sus reformas, el principio de no reelección, y que él mismo debería asumir

²² “Coyoacán. *Revista Universal*”, en *ibid.*, t. 2, p. 262.

el mando el día en que el jefe de las fuerzas regeneradoras ocupara el Palacio Nacional.²³ Este acto fue seguido de alzamientos en Guerrero, Veracruz, Jalisco y Campeche.

No obstante su silencio sobre la política mexicana, Martí permanece vigilante, con la mirada puesta en la actitud del país del Norte, por lo que, en varios artículos señala y advierte acerca de los peligros de una intervención norteamericana, aprovechando la inestabilidad política del país. En una gaceta publicada el 10 de marzo de 1876 manifiesta:

Las autoridades norteamericanas están interesadas en desacreditar completamente a México en toda su nación para ganarse la opinión, hoy todavía contraria, a toda tendencia en nuestros negocios [...].

En otra comunicación publicada en la *Revista Universal* el 26 de abril de 1876 comenta las opiniones vertidas en el *The Herald* y *The Evening Post* en relación con el estado de anarquía que reina en nuestra frontera, y alza su voz de advertencia ante los peligros que avizora:

Los Estados Unidos codician indudablemente a México y los rebeldes les están dando el pretexto que tal vez en secreto esperan. Los Estados Unidos necesitan probarnos que somos impotentes para dirigir bien nuestros elementos de riqueza: nuestras revoluciones no hacen más que dar argumentos para probar esta impotencia. La lectura de los periódicos norteamericanos nos inspiran graves pensamientos y debe todo hijo de México inspirarlos, porque el exceso de previsión no es seguramente el que ha de llevarnos a la ruina.²⁴

²³ Luis Pérez Verdia, *Compendio de la historia de México-Guadalajara 1946*, pp. 520 y 521.

²⁴ "Los periódicos americanos", en Martí, *op. cit.*, t. 4, p. 277.

En un extenso artículo titulado “México y los Estados Unidos”, publicado el 27 de abril de 1876, Martí convoca a la unidad de los mexicanos para enfrentar la amenaza del exterior y señala que en los Estados Unidos se estimaba que era el momento apropiado para una intervención en el norte de México considerando: “Que el Gobierno de Lerdo no tiene autoridad sobre Tamaulipas, ni sobrepoblación alguna de la frontera, y no tiene soldados sobre la línea divisoria de México, y que el gobierno de Díaz es el que esta en posesión de ese lado del país”.

Por lo que consideraba que era necesario acudir con toda energía a contrarrestar dicha propaganda en el país del norte. Luego manifiesta ya en forma directa: “Faltaba este título de gloria al funesto revolucionario Díaz: no ha visto en su culpable obcecación, que las formas vedaban a los Estados Unidos la invasión en un pueblo que estaba en paz [...]”

Por lo que consideraba que Lerdo de Tejada era ante todo un hombre de Estado distinguido por una gran previsión y cordura y sabría conjurar el peligro. Concluye dicho artículo señalando:

No hay revolución ni lerdismo; no hay generales ni hombres civiles; no hay rebeldes ni leales, no hay más que mexicanos que se agrupan alrededor de quien defiende la patria, y ciegos y traidores que adelantan hacia la ruina. Engañosamente espolcados por los que quieren hacer de México un mercado donde asegurar su vacilante posición mercantil.²⁵

En octubre Lerdo de Tejada se reelige, contra la opinión de antiguos reformistas, y es también desconocido por José María Iglesias, enemigo de la reelección, quien era entonces presidente de la Suprema Corte de Justicia, razón por la que se sentía con derecho a la presidencia de la república.

²⁵ *Ibid.*, t. 2, pp. 276-280.

El 16 de noviembre de 1876 se libra la batalla de Tecoaac en Tlaxcala y las tropas del gobierno mandadas por el general Alatorre son derrotadas por las de Porfirio Díaz. El régimen se derrumba. Ante el revés sufrido, a los tres días la *Revista Universal* cierra sus puertas, y Martí tiene que permanecer escondido por protección en casa de su amigo cubano Nicolás Domínguez Cowan, en previsión de represalias. Todo ello tendría un impacto definitivo en la vida de Martí, testigo de aquellos acontecimientos.

La madrugada del 21 de noviembre, sin renunciar a la presidencia, Lerdo de Tejada abandona la capital, seguido de una pequeña escolta y acompañado de un grupo de amigos entre los que destacan Manuel Romero Rubio, Juan José Baz y Mariano Escobedo. Después de saquear la tesorería, huyen hacia Acapulco donde embarcan en el vapor norteamericano *San Juan*, vía Panamá hacia Nueva York. Lerdo de Tejada no regresaría nunca de ahí.

El 24 de noviembre, entre cohetes y repique de campanas, hace su entrada triunfal a la ciudad de México el general Porfirio Díaz al frente de las numerosas tropas que secundaron el plan de Tuxtepec reformado en Palo Blanco.

Entonces el cubano es acogido en *El Federalista*, donde escribe unas de sus más brillantes y viriles páginas, criticando la actuación del caudillo. Pero ante la nueva situación, Martí ha decidido ir a radicar a Guatemala, pues “con un poco de luz en la frente, no se puede vivir donde mandan los tiranos.”

El 7 de diciembre, en un amplio artículo que titula “*Alea Jacta est*”, ante la desilusión que le causan los acontecimientos, el sufrimiento que ve en el pueblo humilde, y la decisión de Díaz que se apresta a una nueva campaña contra Iglesias que no reconoce a su gobierno, Martí escribe dolorido:

¿Con que al fin es verdad? Con que se vuelven a matar los mexicanos? ¿Con que se ha violado una tradición, derrocando a un

gobierno, ensangrentando un año la patria, para volver de nuevo a ensangrentarla, para desacreditarnos más, para ahogar en germen el adelanto que alcanzábamos, y el respeto que se nos iba teniendo, para hacernos más imposibles a nosotros mismos todavía? [...].

¿Y quien mueve esos ejércitos? ¿Quién carga esos fusiles? ¿Quién lleva a la muerte a esos hombres, robustos que van a la campaña del brazo de sus mujeres, indiferentes y serenos con sus hijos palmeteando y meciéndose sobre sus mochilas? / [...] Es que una facción quiere a levantar a su caudillo a la presidencia definitiva de la república; es que una falange de partidarios azuza a su jefe y lo extravía.

Para señalar enfático: “Una revolución es necesaria todavía: la que no haga presidente a su caudillo, la revolución contra todas las revoluciones: el levantamiento de todos los hombres pacíficos, una vez soldados, para que ellos ni nadie vuelva hacerlo jamás”.²⁶

Tres días después, en un nuevo y viril artículo titulado “La situación”, que también reproduce *El Socialista*, señala los logros obtenidos por el triunfo de los hombres del Plan de Tuxtepec, y se manifiesta comparándolo con el gobierno caído:

¡Ah! ¡cómo parecen buenos aquellos tiempos idos, que lastimaban algunas veces la conciencia! ¡cómo parecen nimios aquellos abusos de impaciencia y la volubilidad de nuestra raza convirtieron en graves atentados!; ¡cómo respetaba la autoridad aquel tirano derrocado, y cómo la vulnera, desdeña y despedaza! es plan que ha venido sobre las alas de la casualidad y la perfidia, a plegar con su peso de errores las libres, férreas alas de nuestra grande águila de México.²⁷

²⁶ *Ibid.*, p. 296.

²⁷ “*El Federalista*, 10 de diciembre de 1876”, [reproducido en *El Socialista*, México, 12 de diciembre de 1876], en *ibid.*

El 16 de diciembre aparece su último artículo, “Extranjero”, en que nos lega su despedida y contesta a los que le recriminan su intervención en la política nacional.

¡Humanidad más que política! ¡Indignación más que miseria! Esta es mi fuerza, aquella mi amor. Por eso me sentí herido en el pecho la tarde que a la luz opaca del crepúsculo, porque el sol mismo le negaba sus luces, en aquel decreto inolvidable en que un hombre se declara por su exclusiva voluntad señor de hombres; por eso cercano ya el día de mi despedida tome amorosamente la pluma de la indignación entre mis manos y escribí “La situación” y otros artículos.²⁸

Y la noche del 29 de diciembre Martí parte hacia Veracruz donde embarca para La Habana de paso a Guatemala, con la experiencia mexicana y el anticaudillismo impreso en el alma.

[Ya en La Habana, el 3 de febrero de 1877, escribe a Mercado]: “Por Manuel Romero, he preguntado a Matanzas. De Lerdo, nada se sabe aquí. –Como V. a mí con solicitud que estimo y pago, tendré yo a V. al corriente de lo aquí se sepa”.²⁹

[Y el día 11, en otra carta le manifiesta]: “No ha venido el Sr. Lerdo a La Habana, ni Manuel Romero ha llegado de Matanzas. Como hay placer en dar corte a la desgracia, no hubiera dejado yo ni dejaría si viniesen, de hacer con ellos lo que por infortunados les debo.”

[Y más adelante le expresa sus temores]: “Veo a México en camino de una reacción conservadora; ni es nueva para V., mi añeja certidumbre de que así había de suceder. –¡Quién sabe si el partido liberal (siempre es una desgracia para la libertad que la libertad sea un partido)”.³⁰

²⁸ “*El Federalista*, 16 de diciembre de 1876”, en *ibid.*, p. 296.

²⁹ “A Manuel A. Mercado. Día 3 de febrero. [La Habana, 1877]”, en *ibid.*, t. 5.

³⁰ “A Manuel A. Mercado. Habana, 11 de febrero, 1877”, en *ibid.*, p. 70.

En tanto Martí los busca en La Habana, durante la segunda semana de febrero de 1877, el vapor Colón atracaba en Nueva York, llevando a bordo como refugiados políticos a Sebastián Lerdo de Tejada, Manuel Romero Rubio, Mariano Escobedo y Juan José Baz, quienes de inmediato se alojan en una elegante suite del Hotel Windsor. Allí llevan una vida discreta, sin salir casi nunca de los alrededores de la ciudad. Más tarde, Lerdo de Tejada se mudó a una elegante casa de huéspedes situada en el 270 de la Quinta Avenida, casa conocida como Lenox House, administrada por una señora francesa paralítica. Reducido a una alcoba, un cuarto de baño y una salita, donde recibía a sus escasos visitantes entre los que destacaban “el caballero indio”, como llama a Martí, Juan N. Navarro, cónsul de México en Nueva York, y a Gonzalo Esteva. A esto había quedado reducido el mundo del ex presidente de México. Y así se diluye su figura para la historia, entre los gobiernos de Juárez y Porfirio Díaz.

En 1880 Martí va a instalarse a Nueva York, donde vive Lerdo de Tejada. Pero nada indica un encuentro o un intento de acercamiento entre ambos, pues Martí respetuoso de la política mexicana y la nueva posición de sus amigos se pone al margen de los acontecimientos del país.

Luego de trece años de discreto exilio en Nueva York, donde pasó la mayor parte de su tiempo, el 21 de abril de 1889, a los sesenta y tres años de edad, silenciosamente fallece el ex presidente Lerdo de Tejada. El cónsul general de México en Nueva York, Juan Navarro, comunica por telegrama a Matías Romero, embajador de México en Washington, que “El señor Lerdo, había muerto a la 1:45 p.m. a causa de una ‘bronquitis capilar’”.³¹

³¹ Frank A. Knapp, *Sebastián Lerdo de Tejada*, México, Universidad Veracruzana, Biblioteca de la Facultad de Filosofía y Letras, p. 404.

Al saberse en México la noticia, Porfirio Díaz, tan implacable con los vivos, como piadoso con los muertos, ordena la repatriación de sus restos a la ciudad de México, y envía al general Mariano Escobedo para que acompañase el traslado del cadáver a la capital, donde llegan el 13 de mayo. Y al día siguiente se verificaron con gran solemnidad sus exequias a las que concurrió el mismo Díaz acompañado de todos los miembros de su gabinete. Los restos de Lerdo de Tejada fueron sepultados en la Rotonda de los Hombres Ilustres, donde se pronunciaron grandes discursos, entre los que destaca el de Francisco Bulnes.

Pendiente de aquellos acontecimientos, Martí permanece en silencio, nada escribe durante tres meses, solo hasta el 16 de junio, en carta a Manuel Mercado manifiesta:

He seguido con curiosidad y ternura las descripciones de los funerales de Lerdo. Nuevo y bello discurso de Bulnes. Y el hecho, de incalculable trascendencia. [Luego señala:] “Hasta muerto, dan ciertos hombres luz de aurora.” También yo lo acompañé aquí, del cementerio al vapor. Yo nunca olvidó el día de la inauguración de la escuela de San Ángel, ni aquel extraordinario discurso del Tívoli, donde dijo usted tan bien sus pocas palabras fervientes y nerviosas.³²

En estas breves líneas, Martí deja constancia de no haber permanecido indiferente, y ser fiel al recuerdo del hombre que, en su etapa mexicana, bajo cuyo gobierno disfruto por primera vez de libertad plena, y vivió quizás las horas más felices de su vida.

³² Martí, *op. cit.*, t. 2, p. 120. El entrecomillado es mío.

JOSÉ MARTÍ Y EL EXILIO CUBANO EN COSTA RICA

Adalberto Santana

Sólo de un modo puedo responder a esta merced grande: y es pedir a Vd. y a mis amigos de Costa Rica que me permitan servirla como hijo.

“Carta de José Martí a Don Pío Víquez”,
Costa Rica, julio 8, 1893¹

PRESENTACIÓN

En el presente trabajo se hace un recuento de la presencia de José Martí en Costa Rica desde que, en abril de 1893, planeó su visita a ese país. Los emigrados políticos cubanos habían llegado a suelo centroamericano de nueva cuenta, en este caso, acogéndose al asilo costarricense. La presencia del apóstol cubano y de los emigrantes en la última década del siglo XIX nos hace reflexionar sobre esa situación pero también sobre el tema de la migración de nuestros días de principios de siglo XXI, cuando el fenómeno migratorio en nuestra América se convierte en un fenómeno cardinal de nuestro tiempo.

¹ José Martí, *Obras Completas*, t. 7, La Habana, Editorial de Ciencia Sociales, 1975, p. 316.

EL FENÓMENO MIGRATORIO DE NUESTRA AMÉRICA

Pensemos que la emigración de aquellos patriotas cubanos obedecía principalmente a un exilio político. Si se prefiere, como lo apuntó acertadamente Ana Gloria Mesa de la Fé, al señalar que:

El malestar causado por el dominio español sobre Cuba ya había llevado al exilio, antes de 1868, a un grupo de criollos asfixiados por la atmósfera colonial; pero es a partir del levantamiento de Céspedes y del consiguiente recrudecimiento de la represión por parte de las autoridades peninsulares, cuando se produce un considerable éxodo del carácter político –ya sea de forma voluntaria o no– hacia distintos puntos geográficos, Estados Unidos, por la cercanía y por la imagen de progreso que aún proyectaba, fue meta para muchos de nuestros emigrados. Otros, pensando quizás en las diferencias de idioma y modos de vida, se encaminaron hacia España –a donde también fue obligado a marchar un cuantioso número de desterrados– y hacia los países de América Latina. A estos últimos fueron enviados por el Gobierno de la República en Armas algunos patriotas, con prestigio intelectual por lo general, a recabar apoyo material y moral para la revolución cubana por parte de los gobiernos de estas repúblicas hermanas. Esfuerzos comúnmente infructuosos, pues –como detalla Fidel– los pueblos latinoamericanos “yacían sumidos en la abyección, sumidos bajo las tiranías de los intereses sociales que sustituyeron en esos pueblos a la tiranía española”.²

² Fidel Castro, “Discurso pronunciado en el resumen de la velada conmemorativa del Cien Años de Lucha, el 10 de octubre de 1968”, en *Pensamiento Crítico*, núm. 20, La Habana, 1968, p. 190. Ana Gloria Mesa de la Fé, *Escritores cubanos emigrados en Hispanoamérica (1868-1898)*, La Habana, Academia de Ciencias de Cuba/Instituto de Literatura y Lingüística, 1985, pp. 1 y 2.

En el momento actual, en la primera mitad de la segunda década del siglo XXI, en nuestra América se desarrolla una nueva emigración en todo el conjunto de nuestra región, pero a diferencia de aquella emigración cubana que era esencialmente política, la actual es de índole económica. Migración latinoamericana que tiene como característica general la de ser un segmento social expulsado de nuestros países por la falta de empleo o bien por el constante crecimiento de la pobreza. Hecho que orienta y estimula a grandes capas de nuestros países principalmente a movilizarse con rumbo a los países del Primer Mundo. Tan solo en los Estados Unidos sumaban más de 50 millones de hombres y mujeres de los llamados *hispanos* que se constituyeron hasta 2010 en la principal minoría de la nación más poderosa de la tierra. “Estados Unidos contaba con 308.7 millones de habitantes, de los cuales 50.5 millones eran de origen latino. Esto representaba 16.3% de la población total”.³ Lo que también implica desde otra lectura un grave problema de seguridad nacional para las visiones dominantes en los Estados Unidos.

Pensemos que, al crecer el número de *hispanos* en la mayor potencia del orbe y su influencia cultural, es lo que ha llevado a los principales ideólogos del sistema político estadounidense, como el profesor de la Universidad de Harvard, Samuel Huntington, a sostener que los EU viven una nueva amenaza que ya se encuentra latente al interior del territorio estadounidense. En esa visión sostenía Samuel Huntington: “El flujo persistente de inmigrantes *hispanos* amenaza con dividir Estados Unidos en dos pueblos, dos culturas y dos

³ Adalberto Santana, “Impacto político de la migración centroamericana en México”, en Adalberto Santana, Ricardo Domínguez Guadarrama y Teodoro Aguilar (coords.), *Migración latinoamericana: experiencias regionales (siglo XXI)*, México, CIALC/UNAM, 2013, p. 86.

lenguas”.⁴ Se puede cuestionar que ese pensamiento neoconservador se regodea en los círculos de poder de la potencia hegemónica de la historia actual. Al respecto, José Martí después de su primer viaje a Costa Rica lo reflexionaba críticamente un 19 de agosto de 1893 en Nueva York, al escribir:

No son los pueblos de América como los ricos que nacieron de la pobreza y se olvidan luego de que fueron pobres. No hay caterva más fétida que ésta de los desagradecidos que se abochornan de su origen, y niegan a los demás el auxilio que ellos en su día estuvieron a punto de pedir: debieran ser polvo, estos hombres ingratos, polvo y hoja mala, a que se los llevase el viento: no es nada menos que un criminal quien ve pobreza, y puede ayudarla, y no la ayuda.⁵

Es evidente que el flujo migratorio de nuestro tiempo en la era de la globalización tiene otras condiciones y características totalmente distintas a las de hace más de 100 años. En aquel momento, un buen número de los países latinoamericanos no expulsaban masivamente a grandes sectores de su población, más bien los atraían de otras regiones del mundo hoy desarrollado.⁶ En la Cuba colonial se daba la excepción, seguramente por su misma condición de colonia ya que, si bien a fines del siglo XIX el flujo migratorio europeo y asiático era muy intenso por las mismas razones económicas,⁷ también lo era el flujo de la migración obrera cubana. Sin embargo, “lo más lúcido de la *intelligentsia* cubana decimonónica

⁴ En www.laprensa.hn (02/03/04).

⁵ José Martí, “Otro Cuerpo de Consejo. Patria”, en Martí, *op. cit.*, t. 2, 1975, p. 374.

⁶ *Cfr. La inmigración en América Latina*, México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1985.

⁷ *Cfr. Jesús Guanche, Componentes étnicos de la nación cubana*, La Habana, Fundación Fernando Ortiz/Ediciones Unión, 1996.

había radicado en Nueva York por cortos o largos periodos, mayormente empujados hacia ella por la represión colonial española”.⁸

Meses después de comenzada la Guerra del 95, existían en la emigración, según escribió Enrique Messonier al Delegado del Partido Revolucionario Cubano (PRC), más de 30 000 cubanos esparcidos por las distintas emigraciones de Estados Unidos y las demás repúblicas circunvecinas a Cuba, especialmente en Tampa y Cayo Hueso.⁹ En esta última ciudad, en 1890, de una población de 18 000 habitantes, había 12 000 obreros tabaqueros¹⁰ quienes laboraban en 193 manufacturas.¹¹

Esta situación de la expulsión de la mano de obra trabajadora y destacados segmentos de exilio político cubano es lo que explica en buena medida la presencia de José Martí y diversos dirigentes y patriotas cubanos en tierras costarricenses.

Formando parte de esta corriente migratoria que se produce entre 1868 y 1898, fin del dominio de España en Cuba, llegan a distintos países de América Latina escritores cubanos que, en algunos casos, se destacarán en círculos intelectuales hispano-americanos y harán resonar los ecos de nuestra literatura en el ámbito continental.¹²

⁸ Enrique López Mesa, *Algunos aspectos culturales de la comunidad cubana de Nueva York: siglo XIX*, La Habana, Centro de Estudios Martianos, 2002, p. 11.

⁹ Enrique Messonier, “Carta enviada al Delegado del PCR”, en *Archivo Nacional de Cuba. Documentos del Partido Revolucionario Cubano*, s/f.

¹⁰ Gerardo Castellanos, *Motivos de Cayo Hueso*, La Habana, Ucar García, 1935, p. 185.

¹¹ “El Porvenir, 16 de abril, 1890”, en *Historia del movimiento obrero cubano (1865-1958)*, t. I, La Habana, Editora Política, 1985, pp. 86 y 87.

¹² Ana Gloria Mesa de la Fé, *op. cit.*, p. 2.

PRIMERA VISITA DE JOSÉ MARTÍ A COSTA RICA

Al analizar la presencia de José Martí en Costa Rica en las dos ocasiones que estuvo en el país centroamericano, la primera del 30 de junio al 8 de julio de 1893, y la segunda del 5 al 18 de junio de 1894, Armando Vargas Araya afirmó que: “El propósito análogo en ambas ocasiones fue reunirse con el general Maceo en preparación de la Expedición Costa Rica-Cuba dentro del plan insurreccional del Partido Revolucionario Cubano”.¹³ De hecho se puede reconocer que en abril de 1893 José Martí planeó realizar una visita a Costa Rica que se encontraba en esos momentos como un referente fundamental para el proceso de independencia de Cuba. Cabe recordar que, durante los gobiernos liberales de los presidentes Justo Rufino Barrios de Guatemala (1873-1883) y Marco Aurelio Soto de Honduras (1873-1883), es momento de una primera presencia de José Martí y de otros destacados patriotas independentistas cubanos en países de Centroamérica.¹⁴

Habían pasado casi quince años de la última visita de Martí a tierras centroamericanas. Esta primera estancia de Martí en suelo costarricense la realiza en junio de ese año y un mes después de conocer al joven poeta nicaragüense Rubén Darío el 24 de mayo de 1893.

Una de las páginas más emotivas de la autobiografía de Rubén es aquella en que evoca su encuentro con el cubano proscrito, en

¹³ Armando Vargas Araya, “Los tórridos días de José Martí en Puntarenas, 12-18 de junio, 1894”, en *Conferencia en la Cátedra José Martí*, Sede Regional del Pacífico, Universidad de Costa Rica, Puntarenas, 21 de mayo, 2002, p. 15.

¹⁴ *Cfr.* Adalberto Santana, “Aspectos del itinerario de José Martí en Belice y Guatemala”, en *Cuadernos de Trabajo Cubano-Mexicanos*, núm. 2, México, 2003, pp. 11-21 y “Honduras en la vida y obra de José Martí”, en *Cuadernos Americanos*, Nueva Época, núm. 51, año IX, vol. 3, mayo-junio, 1995, pp. 221-231.

Nueva York, al hacer escala en esa ciudad, en 1893, en su viaje hacia Buenos Aires, para hacerse cargo del consulado de Colombia. Su largo conocimiento y su admiración intensa de Martí son ostensibles: “Yo admiraba altamente el vigor general de aquel escritor único, a quien había conocido por aquellas formidables y líricas correspondencias que enviaba a diarios hispanoamericanos, como *La Opinión Nacional*, de Caracas, El *Partido Liberal* de México, y, sobre todo, *La Nación*, de Buenos Aires. Escribía una prosa profusa, llena de vitalidad y de color, de plasticidad y de música. Se transparentaba el cultivo de los clásicos españoles y el conocimiento de todas las literaturas antiguas y modernas; y, sobre todo, el espíritu de un alto y maravilloso poeta”.¹⁵

Esos eran tiempos en que Nicaragua era gobernada por el presidente liberal José Santos Zelaya, caudillo liberal ideológicamente emparentado con Justo Rufino Barrios quien fue presidente de Guatemala y Marco Aurelio Soto quien fue mandatario de Honduras.

A su vez eran momentos cuando los monopolios del banano ya comenzaban a despuntar en las vulnerables economías del Caribe centroamericano e insular. Para ese entonces el liberalismo económico también tenía fuertes raíces en Costa Rica, siendo la producción cafetalera un destacado motor para determinadas transformaciones de la infraestructura del país centroamericano. Por ejemplo, ya para mediados de los años ochenta del siglo XIX, San José de Costa Rica y sus alrededores contaban con alumbrado eléctrico. Incluso se sostiene que para fines del siglo tenía proporcionalmente más periódicos que otros países latinoamericanos. Esa modernización en las comunicaciones también se mostraba al contar con el servicio telefónico y telegráfico, así como empezaba a

¹⁵ Ángel Augier, *Cuba y Rubén Darío*, La Habana, Instituto de Literatura y Lingüística/Academia de Ciencias de Cuba, 1968, p. 45.

ostentar una arquitectura de moda y un consumo de alimentos y vestidos correspondientes con la modernización de la época.¹⁶ En las crónicas sobre el desarrollo modernizante del siglo XIX, cuando el transporte por ferrocarril se comienza a convertir en una gran fuerza productiva e impulsor del traslado de personas y bienes se afirmaba:

Muy grandes dificultades se experimentaron en la organización de todo lo que se refiere a la construcción. La empresa tuvo que transportar la primera pala, el primer pico y hasta el último espigón y riel, trayéndolos en carreteras desde Puntarenas y a una distancia de cerca se sesenta millas. Toda la carga para este último puerto venía por vía del Istmo de Panamá, ya podrán imaginarse cuantos trastornos, dificultades y molestias se habían unido.¹⁷

En esa misma crónica de Luis Felipe González Flores¹⁸ se relata la dinámica de esa nueva modernidad que comienza a vivir el país centroamericano impulsado por la producción cafetalera que permite la inserción en el mercado mundial. Con ello se mostraba cómo el ferrocarril por el que va también a recorrer el país José Martí y los inmigrantes cubanos, es uno de los principales instrumentos de modernización y el apareamiento de la clase obrera en Costa Rica.¹⁹ Al escribir en la misma crónica González Flores que:

¹⁶ Juan Rafael Quesada Camacho *et al.*, *Costa Rica contemporánea, raíces del estado de la nación*, San José, Costa Rica, Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1999, pp. 19-39.

¹⁷ Carlos Meléndez Chaverri (autor y comp.), *Heredia: historia, tradición y vivencias*, Heredia, Costa Rica, EUNA, 1997, p. 228.

¹⁸ Luis Felipe González Flores (1882-1973), fue un reconocido educador y historiador costarricense que ocupó la Subsecretaría de Instrucción Pública durante la administración presidencial de su hermano Alfredo González.

¹⁹ *Cfr.* Mario Oliva Medina, *Artesanos y obreros costarricenses 1880-1914*, San José, Costa Rica, EUNED, 2006.

El 6 de agosto siguiente, la ciudad de Heredia, en medio del mayor regocijo celebró la llegada de la primera locomotora al lugar donde está hoy el Hospital que fue donde se construyó la primera estación. El edificio estaba lujosamente ataviado con uruca y otros adornos. Allí se reunieron las autoridades y, gran parte del vecindario para presentar tan grandioso acontecimiento. La Municipalidad de la ciudad acordó hacer festejos y la banda militar hizo derroche de música. Los trabajos se emprendieron hasta San José, llegando la locomotora a esta capital el 30 de diciembre siguiente. No menos fue el entusiasmo con que se recibió la llegada de este nuevo elemento de progreso. Con tal motivo se acordó celebrar fiestas cívicas que tuvieron lugar el 5, 6 y 7 de enero de 1873. Muchas personas se aprovecharon de este nuevo medio de locomoción para trasladarse a San José y presenciar las fiestas cívicas anuales, las más concurridas que hasta entonces se habían verificado.²⁰

En ese sentido, la producción del café, la escasa población, la disponibilidad de tierras y la ausencia de formas de trabajo forzado, así como la naciente modernización fueron las condiciones endógenas que permitieron que en esa nación centroamericana residieran destacados independentistas cubanos que eran cuadros destacados en las tareas estratégicas del Partido Revolucionario Cubano. A su vez, el gobierno costarricense en el área centroamericana resultaba un apoyo fundamental para el proceso independentista de la Isla. “Los gobiernos de José Joaquín Rodríguez (1890-94) y Rafael Iglesias (1894-1902), fueron de corte autoritario, pero continuaron con la obra de modernización y progreso, en un clima económico particularmente adverso”.²¹ Los exiliados políticos

²⁰ *Ibid.*, pp. 228 y 229.

²¹ Héctor Pérez Brignoli, *Breve historia de Centroamérica*, México, Alianza Editorial Mexicana, 1989, p. 102. *Cfr.* Salvador Morales Pérez y

cubanos habían llegado a suelo centroamericano de nueva cuenta en este caso acogándose al asilo costarricense.

Con la resolución firmada por el presidente de Costa Rica el 21 de diciembre de 1891, culminaba la larga gestión del general Maceo para instalarse en algún país del Mar Caribe cercano a Cuba, en la seguridad de que más temprano que tarde darían el tan ansiado salto a los campos insurrectos de la Patria en el momento oportuno, en correspondencia con los planes que ya comenzaban a concretarse por el esfuerzo de José Martí.²²

A la par del general Antonio Maceo destacaban Flor Crombert, Enrique Loynaz del Castillo y varios ex combatientes. Originalmente, la idea cubana de instalarse en tierras costarricenses comprendía el Departamento de Talamanca, entre Puerto Limón y Panamá, esto era estratégicamente un punto en el litoral caribeño centroamericano. Sin embargo, las presiones del consulado español lo impidieron por lo que acordó el gobierno de Costa Rica firmar un contrato el 13 de mayo de 1891 “para organizar la hacienda La Mansión en la región de Nicoya, provincia de Guanacaste. Contrato que fue aprobado por el Congreso el 17 de diciembre de 1891 y aprobado por el presidente”.²³

Finalmente, por acuerdo del Congreso de Costa Rica del 21 de septiembre de 1892, en esa nación fundaron con sus familias una colonia agrícola en el cantón de Nicoya.²⁴ Colonia que se dedicó por un tiempo al cultivo del tabaco, caña de

Agustín Sánchez Andrés, *Diplomacias en conflicto Cuba y España en el horizonte latinoamericano del 98*, México, Centro de Investigación Científica “Ing. Jorge L. Tamayo”, A. C., 1998.

²² Hugo Crombet, *La expedición del Honor*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1999, p. 15.

²³ *Ibid.*, p. 16.

²⁴ *Ibid.*

azúcar, cacao, café, así como a enseñar a las familias costarricenses el cultivo de esos productos y otros que se desarrollaron en ella.²⁵ Esa situación también en gran medida explica la presencia de José Martí en 1893, donde llegó por primera vez, como ya habíamos afirmado, el 30 de junio a Puerto Limón procedente de Panamá donde se había reunido con distintos emigrados cubanos así como con distintos patriotas panameños para sumarlos a la causa independentista antillana. Así, Martí encontró un escenario para exponer sus pensamientos en suelo costarricense. Agrega el mismo Mario Oliva que Martí expuso sus ideas en visitas que hizo al país. La primera en julio de 1893 y la segunda un año antes que la muerte le saliera al paso en el campo de batalla. Era junio de 1894, *El Diario del Comercio*, del 2 de julio de 1893 registra esa primera estancia: “Tenemos el gusto de saludar con todo respeto y con cariño, al eminente patriota cubano José Martí, que se encuentra en San José, y que es uno de los hombres que por su talento y su carácter, por su palabra y por su pluma, honra de veras a nuestra familia latinoamericana”.²⁶

Fue así que desde el Caribe costarricense Martí se adentró en la nación centroamericana que el mismo afirmó “que siempre defendí y amé, por culta y viril, por hospitalaria y trabajadora, por sagaz y por nueva”.²⁷ Durante esa visita de Martí en San José se entrevistó en varias ocasiones con el general Antonio Maceo, quien se adhirió a los planes del Manifiesto de Montecristi. Asimismo, durante su estancia en esa nación tuvo frecuentes reuniones políticas, buscando sumar esfuerzos de cubanos y centroamericanos con la causa cuba-

²⁵ *Cfr.* Mario Oliva Medina, *José Martí en la historia y la cultura costarricense*, San José, Costa Rica, EUNA, 1995, p. 32.

²⁶ *Ibid.*, pp. 35 y 36.

²⁷ Martí, “Carta a Pío Viquez”, en Martí, *op. cit.*, t. 7, 1975, p. 315.

na. En esa búsqueda, logró el 4 de julio entrevistarse con el presidente costarricense José Joaquín Rodríguez.

Para esos momentos ya radicaban en Costa Rica un numeroso y selecto destacamento de patriotas cubanos. En ese grupo del exilio figuraban a la par de Antonio, José, Tomás y Elizardo Maceo, Flor Crombet, Agustín Cebreco y,

[...] los hermanos Milanés, Patricio Corona y Arcid Duverger, Luis Enrique y Luis Soler, los hermanos García y Montero, León Castro, Pedro Batista, Arcelio Guía, Ángel Suárez, Cástulo Ferrera, Juan Ferrera, Leonardo González, Pedro González, Norberto Santiesteban, Edelmiro Batista, Salvador Tamayo, Rafael Molina, Tomás Castillo, Félix Ferrera, Donato Tamayo, Juan Rojas y otros más, así como algunos que ya residían en San José tales como la familia Boix, Enrique Loynaz del Castillo, los Giró Odio, Silverio Sánchez Figueras, Manuel J. De Granda, Eduardo Pochet, Olivares, Daniel Hernández, y otros.²⁸

También durante el tiempo que estuvo Martí en Costa Rica dictó diversas conferencias y tuvo encuentros culturales con diferentes sectores del país centroamericano, tal como el 2 de julio en que intelectuales y científicos de Costa Rica en un almuerzo que le ofrecieron en el Gran Hotel, Martí al final de él pronunció una disertación que versó sobre la lengua y el derecho. El 3 de julio acudió al Colegio de Abogados a escuchar una conferencia de su compatriota Antonio Zambrana,²⁹ donde al llegar fue recibido por una fuerte y

²⁸ Hugo Crombet, *op. cit.*, pp. 16 y 17.

²⁹ Sobre Antonio Zambrana Vázquez (La Habana, 1846-1922), se sostiene que llegó a Costa Rica donde instaló su despacho de abogado en San José y colaboró en la fundación de la Academia de Ciencias costarricense. “En 1882, sin embargo, es expulsado del país a causa de sus ideas liberales. Después de algunos años en Cuba, y cambiando el panorama político en Costa Rica, marcha de nuevo a ese país y es nombrado Enviado Extraordi-

calurosa ovación tanto por su ideario patriótico como por la trascendencia y recepción de su obra en Costa Rica. El 5 de julio en la ciudad de Cartago, en el Club Punta Brava, pronunció un emotivo y encendido discurso a un numeroso grupo de jóvenes costarricenses. Dos días después (el 7 de

nario y Ministro Plenipotenciario en Nicaragua. Poco tiempo después visita Estados Unidos y llega a México, donde participa en reuniones culturales que se celebran en el Liceo Hidalgo, del cual es nombrado presidente. Por algunos años estuvo establecido en La Habana y funda el periódico *El Cubano*, en el cual haciendo letra muerta de su pasado mambí, hace profesión de fe autonomista. Siguiendo esta línea política se postula candidato a diputado a Cortés por la provincia de La Habana. Llegado a Madrid en calidad de tal, se le rechaza por haber sido diplomático de un país extranjero. En marzo de 1891 arriba Zambrana de nuevo a San José de Costa Rica. Comienza a trabajar en un colegio de Segunda Enseñanza; posteriormente recibe el nombramiento de presidente de la Junta de Educación de San José. Se enfrasca en la fundación del Colegio de Abogados, cuya presidencia ocupa largos años, y se empeña en la organización de la Sociedad de Seguros Nacionales. Después pasa a ocupar una cátedra en la Escuela de Derecho de la Universidad de Santo Tomás, y llega a ser Magistrado de la Sala de Casación. Desde su posición en el gobierno puede, en 1892, ayudar a Maceo y a un grupo de cubanos a establecerse en el país, donde fundan una colonia agrícola en la Península de Nicoya. Estalla la Guerra del 95, cuya preparación por Martí había hecho concebir a Zambrana nuevas esperanzas de independencia; pero su salud está resentida y tiene que retirarse por algunos años de la vida pública. En 1911 es designado Ministro Plenipotenciario de Cuba en Colombia y Ecuador. Su obra literaria es amplia: una novela, *El negro Francisco* (Chile, 1875), escrita a instancias de Ascensión Rodríguez de Necochea, dama chilena, y basada en el *Francisco* de Anselmo Suárez y Romero; varios estudios literarios como *Ideas de estética, literatura y elocuencia* (1896) y *La poesía de la historia* (1900), publicados en Costa Rica; y muchas recopilaciones de discursos editados en diversos lugares. Además escribió algunas obras de carácter jurídico y colaboró en varias publicaciones periódicas, cubanas y extranjeras”, Ana Gloria Mesa de la Fé, *op. cit.*, p. 25.

julio) en el salón principal de la Escuela de Derecho a una invitación de la Asociación de Estudiantes de ese recinto escolar y ante una nutrida concurrencia (más de cuatrocientas personas) dictó una conferencia con el título: “El Porvenir de América y las poderosas influencias extranjeras bajo las cuales se desenvuelven y crecen los pueblos latinoamericanos”.

El 8 de julio, día de su partida a los Estados Unidos vía Panamá, manifestando su afecto en su primer viaje a ese país, escribió una carta a su amigo Pío Víquez, director de *El Heraldillo de Costa Rica*, expresándole:

Vi en torno mío a los hombres plenos y buenos de la América. Y gocé, porque honran y sirven a su pueblo los que, aun fuera de justa medida, premian en nombre de él la fe en su porvenir y la fidelidad a sus ideales. Sólo de un modo puedo responder a esta merced grande: y es pedir a Vd. y a mis amigos de Costa Rica que me permitan servirla como hijo.³⁰

SEGUNDA VISITA DE JOSÉ MARTÍ A COSTA RICA

Su segunda estancia fue un poco más larga, los ritmos del proceso revolucionario por la independencia de Cuba aceleraban sus visitas a los países latinoamericanos. En esa ocasión el periplo a Costa Rica fue un poco más largo, abarcó del 5 al 18 de junio de 1894. Nos señala Mario Oliva que:

Todo el quehacer desplegado en torno a la problemática cubana –incluidas las visitas de Martí– no puede ser comprendido sin el ámbito favorable que provocaron otras figuras; como José Joaquín Rodríguez, Rafael Iglesias y Juan Bautista Quirós, el primero presidente de la República, el segundo ministro de Guerra y el tercero general. Hombres con crédito y poder en

³⁰ Martí, *op. cit.*, p. 316.

la política local. Maceo había entablado amistad con representantes del gobierno y se sustentaba en la mutua colaboración. El gobierno dio espacio al activismo de los exiliados cubanos y como retribución, Maceo y los patriotas cubanos, curtidos en asuntos de guerra, se pusieron a las órdenes de éste, en relación con las contradicciones existentes entre gobiernistas y sectores conservadores.³¹

De esta forma, la estancia del apóstol cubano en tierras costarricenses no fue casual, obedecía a un apoyo tácito a la independencia de Cuba. Martí realiza ese segundo viaje a tierras costarricenses en torno a los preparativos de la futura expedición de los patriotas cubanos encabezados por el general Antonio Maceo a Cuba. Con este último y otros patriotas cubanos se reúnen en diversas ocasiones y también con los miembros de la comunidad cubana en Costa Rica hace lo mismo, sobre todo para prevenirlos y sensibilizarlos por la guerra de liberación que para Cuba se avecina. En una carta dirigida al general Máximo Gómez, fechada en Kingston, Jamaica el 25 de junio de 1894 le expresaba:

Volvamos a Costa Rica. Tuve gran gozo en ver a un hombre tan puro y leal como Cebreco.³² De una noche de campamento en Puerto Limón quedamos como muy viejos amigos. Tales son mis hombres, íntegros y totales, y ojalá yo le parezca tal. Él ve los tiempos, con entusiasta cordura, y aguarda impaciente. No tiene empacho alguno en ir con Maceo y de ese recado me encargó. Con él están en Mohín los que se dejarán correr hasta el lugar de reunión que en aquella costa se les designe. De San José, lugar de cariño y actividad verdadera, sólo le diré lo más pertinente. En conversación continua estuve con Maceo los cuatro

³¹ Mario Oliva Medina, *op. cit.*, p. 35.

³² El general Agustín Cebreco.

días que allí tenía que pasar, y al cabo de ella creo haber dejado compuesto un plan eficaz y sencillo, puesto que lo único que a Maceo toca es reunir, en el puerto que designe, la gente de cabeza que lo ha de acompañar –y un vapor con el armamento que me tiene pedido para doscientos– irá a buscarlo. De lo acordado con Vd. le dije todo lo necesario para calmar cualquier temor posible suyo de que se le comprometiese de avanzada o se le enviase con recursos demasiado pequeños, sin caer en ningún detalle concreto referente a los movimientos locales de Vd., sería injusto si dijese que hallé dificultad alguna.³³

Después de un intenso trabajo político en Costa Rica, Martí parte de Puntarenas rumbo a Panamá donde se encuentra de paso para de ahí continuar a Jamaica con destino a los Estados Unidos, México y el Caribe, para finalmente arribar a suelo cubano cuando contaba con cuarenta y dos años. En su patria cae combatiendo por la independencia de Cuba el 19 de mayo de 1895.

Todas esas fueron las diversas circunstancias y condiciones políticas por las que José Martí llegó a visitar diversos países centroamericanos como Costa Rica. Esas visitas son en gran medida referentes fundamentales tanto para el trabajo político del gran patriota cubano pero también son un testimonio fundamental para estudiar en su obra escrita sus impresiones sobre una de las naciones hermanas de nuestra América.

³³ Martí, “Al General Máximo Gómez”, en Martí, *op. cit.*, t. 3, pp. 217 y 218.

JOSÉ MARTÍ Y EL SENTIDO DE LA IDEA DE LA INDEPENDENCIA CUBANA*

Eugênio Rezende de Carvalho

La manera de celebrar la independencia no es, a mi juicio, engañarse sobre su significación, sino completarla.

JOSÉ MARTÍ

El año de 1898 marca el fin de la guerra de independencia cubana iniciada en 1895. Derrotada en la guerra con los Estados Unidos, España renunciaba, por el Tratado de París celebrado en diciembre de 1898, a sus últimas posesiones coloniales en el continente americano: Cuba y Puerto Rico. Un final, para muchos revolucionarios cubanos, trágico y melancólico, sobre todo cuando se considera la intervención de los Estados Unidos en los momentos finales de la guerra y la tutela impuesta por esta gran potencia imperial norteamericana a la Cuba recién liberada del yugo español. Como es propio de las efemérides, la costumbre es presentar y reflexionar sobre los sentidos y significados de este hecho que marcó profundamente la historia de Cuba y, porqué no decirlo, de América Latina en su conjunto. Aquí pretendemos estudiar el sentido y alcance de la *idea de la independencia* cubana predicada por aquél que, precisamente por sus ideas y acciones independentistas y anticolonialistas, es considerado el prócer

* Traducción del portugués de Martha Patricia Reveles Arenas.

y el mayor símbolo de la independencia cubana: José Julián Martí y Pérez (1853-1895).

Entre los estudiosos de la vida y obra de Martí es casi un acuerdo de que el hilo conductor de sus ideas políticas es el *independentismo*, aunque el término sea analizado e interpretado desde diferentes ángulos, José Martí fue, sin duda, un independentista. Predicó, luchó y murió en la lucha por la emancipación política de Cuba; mientras tanto, la historiografía cubana nos presenta una significativa e influyente corriente de pensamiento independentista a lo largo del siglo XIX, con raíces que preceden a Martí. Esa corriente de pensamiento tuvo su gran momento cuando con la primera guerra de independencia de Cuba, la llamada Guerra de los Diez Años (1868-1878). Tal corriente asumía una perspectiva restricta y limitada si se le compara con la idea independentista martiana; al contrario de esta última, aquella idea de la independencia se agotaba en sí misma, sin ir más allá del proyecto de separación de Cuba de la metrópoli española. Veremos adelante cómo en Martí tal concepto incorpora nuevos ingredientes. Por ello es oportuno explorar el vínculo de Martí con el independentismo.¹ No es necesario un gran esfuerzo ni un conocimiento profundo de la obra martiana para comprobar sus pretensiones de transformar a Cuba en una nación soberana e independiente. Al final, él dedicó buena parte de su vida a esa obra. El problema es que éste no era solamente su propósito, es decir, el riesgo del que queremos alertar consiste en la generalidad –de poco valor– de llamar independentista a Martí, ya que él propuso mucho más que lo que el término puede sugerir. En su proyecto político para Cuba, la inde-

¹ A este respecto son bastante pertinentes las observaciones apuntadas por el historiador cubano Pedro Pablo Rodríguez en sus estudios sobre las ideas políticas de José Martí.

pendencia era –para Martí– el paso inicial y tal vez no el más significativo a largo plazo,² pero ¿en qué consistía en realidad ese “algo más” presente en la idea independentista de Martí? En este momento, retomaremos y avanzaremos en algunas de nuestras reflexiones ya expuestas en un estudio anterior.³

LA INFLUENCIA DE LOS ESTADOS UNIDOS EN EL *INDEPENDENTISMO* MARTIANO

Pasados ya cerca de diez años de exilio en los Estados Unidos,⁴ José Martí había adquirido plena conciencia de lo que representaba aquella nación para América y para el mundo al final del siglo XIX. El desarrollo rápido que comenzaba a presentar el país norteamericano y su modelo político-institucional despertaba una atención y admiración grande por parte de los muchos representantes de los medios intelectuales y políticos de otras naciones de América. En un momento en que predominaba la idea de que el colonialismo habría sido responsable por casi todos los problemas que enfrentaban las nuevas repúblicas, como la falta de desarrollo, la falta de democracia, de libertad, etc., los Estados Unidos se presentaban como aquella joven nación que, después de más de un siglo de conquista de su independencia de Inglaterra, conseguía al fin surcar con éxito un camino propio, al margen de Europa. Era ineludible la tentación de considerar que el resto de las

² Pedro Pablo Rodríguez, “La idea de la liberación nacional en José Martí”, en *Anuario Martiano*, núm. 4, 1972, p. 177.

³ Eugênio Rezende de Carvalho, *O Projeto Utópico da Nuestra América de José Martí*, São Paulo, Anita Garibaldi, 2001.

⁴ Después de pasar buena parte del año de 1880 en los Estados Unidos, Martí se dirigió a Venezuela (Caracas) al inicio de 1881, donde vivió poco más de seis meses; regresó a los Estados Unidos, donde viviría hasta 1895, el año de su muerte.

naciones del continente también podrían lograr tal hazaña. El alegado carácter democrático de sus instituciones, de su constitución, el espíritu emprendedor de su pueblo, el mantenimiento de un régimen de libertades le conferirían el status del modelo más nuevo de *civilización y progreso*, al lado de los modelos franceses e ingleses. Era bastante difícil, para cualquier miembro de la intelectualidad de la época escapar de ese análisis. José Martí, incluso, no permaneció inmune a tal influencia. Cuando llegó a Nueva York, por primera vez, en 1880, resaltó su admiración por lo que él consideró “casa de la libertad”. Declaró admirar el fundamento democrático de sus instituciones y la pujanza de aquella sociedad.

Sin embargo, con el pasar de los años, se percibe en sus escritos una clara evolución de su juicio acerca del panorama político y social de aquel país.⁵ Martí decía: “Yo he vivido en el monstruo y le conozco las entrañas”. Aunque monstruo no signifique aquí perversidad exclusivamente, como bien ponderó Medardo Vitier,⁶ puede expresar también una grandeza cuantitativa; tal vez para Martí haya significado ambas cosas. No obstante, manifiesta opiniones tanto favorables como desfavorables sobre innumerables aspectos de la vida social de los Estados Unidos, en general se percibe claramente una radicalización de su opinión en relación con los valores de aquella nación, una opinión cada vez más negativa. En la medida en que profundiza en el conocimiento de sus entrañas, percibe

⁵ En 1881, cuando regresó a Nueva York, procedente de Caracas, inicia de inmediato su acción de denuncia y crítica de algunos aspectos de la vida estadounidense, principalmente por medio de las denominadas “Cartas de Nueva York”, escritas para innumerables publicaciones tal como *La Opinión Nacional*, de Caracas, *La República*, de Honduras, *La Nación*, de Buenos Aires, y *El Partido Liberal*, de México.

⁶ Medardo Vitier, *Martí: estudio integral*, La Habana, Comisión Nacional Organizadora de los Actos/Ediciones del Centenario y del Monumento a Martí, 1954, p. 58.

que hay un distanciamiento cada vez mayor entre la realidad social estadounidense y aquellos ideales fundamentados en su constitución. Considera que los gobiernos estarían traicionando esos ideales democráticos.⁷ Percibe progresivamente algunas degeneraciones en el seno de esa sociedad: desigualdades sociales, discriminación racial, en su forma de Estado, el carácter monopólico y proteccionista de su economía, que entrará en confrontación inevitable con los intereses y con la soberanía de las demás naciones del continente americano.

La primera conclusión a la que llega es que no se podía considerar al continente americano como un bloque monolítico, homogéneo. Una realidad dual se había afirmado y cristalizado por razones históricas. En un discurso de 1889, conocido como “Madre América”,⁸ Martí afirma: “Y ¿cómo no recordar, para gloria de los que han sabido vencer a pesar de ellos, los orígenes confusos, y manchados de sangre, de nuestra América [...]? Del arado nació la América del Norte, y la Española, del perro de presa”.⁹

Aunque pueda parecer un tanto “pacata” esta imagen del arado de América del Norte lo que Martí buscaba colocar en relieve era la existencia de dos realidades diferentes que pre-

⁷ Es interesante observar que José Martí no llega a cuestionar en ningún momento la base constitucional de los Estados Unidos.

⁸ Discurso pronunciado en la “velada” artístico-literaria de la Sociedad Literaria Hispanoamericana, el 19 de diciembre de 1889, en Nueva York, en la cual estaban presentes los delegados de la Conferencia Internacional Americana de Washington.

⁹ Todas las citas de José Martí dentro del ámbito de este trabajo se refieren a la publicación: José Martí, *Obras Completas*, 27 tomos, 2ª. ed., La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1975. Primera edición publicada por la Editorial Nacional de Cuba, en coordinación con la Editora del Consejo Nacional de Cultura y la Editora del Consejo Nacional de Universidades, La Habana, 1963-1965. José Martí, *Obras Completas*, t. 6, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1975, p. 136.

sentaban dos evoluciones históricas distintas. En ese discurso, él buscaba establecer y rescatar tales diferencias de orden histórico. Sin embargo, como lo abordaremos más adelante, no será esta circunstancia histórica el único factor de demarcación de dos factores continentales. Tal evolución en el pensamiento de Martí significaba un paso importante en la toma de conciencia de la especificidad de lo que él denominó *Nuestra América*. La experiencia de esos años de exilio en las tierras norteamericanas permitió el desarrollo de su pensamiento, la evolución y el perfeccionamiento de ese concepto a partir de la comprensión, en 1894, de que: “En América hay dos pueblos, y no más que dos, de alma muy diversa por los orígenes, antecedentes y costumbres, y sólo semejantes en la identidad fundamental humana”.¹⁰

Es importante observar que Martí habla, ahora, de una diversidad no sólo de orígenes y antecedentes, sino también de costumbres. Comprendía que la América española era algo distinto, específico, diferente de los mundos europeo y estadounidense. Para comprender el verdadero sentido de *Nuestra América* había que traer a cuentas, por lo tanto, esas “diferencias de orígenes, métodos e intereses entre los dos factores continentales”.

Al lado de otras denominaciones –como Hispanoamérica, América del Sur, y otras– durante mucho tiempo Martí empleó simplemente América para referirse a la región de la América española.¹¹ En sus textos, principalmente a partir de 1889, se percibe, sin embargo, una intensificación sutil del uso del pronombre *nuestra*, precediendo América, para

¹⁰ *Ibid.*, t. 8, p. 35.

¹¹ Ciertamente habría irritado mucho a Martí el hecho de que los Estados Unidos se apropiaran para sí el calificativo de *americanos*. Tal vez insistiese, a veces, en el empleo del término América, aisladamente, como resistencia a la práctica común en el seno de sus compatriotas de reconocer a los *estadounidenses* como americanos por antonomasia.

referirse a esa misma región. Eso representa nada más que la demostración de su esfuerzo de diferenciación de las dos realidades presentes en el continente americano. La afirmación del pronombre *nuestra* representaba la búsqueda de una personalidad propia, la conciencia de una especificidad. Asimismo, representaba también la distinción, la diferenciación en relación de una con la otra América, que no la *nuestra*. Si nosotros aportásemos una definición geográfica, podríamos decir que esa *otra* América sería aquella porción del continente que no estuviese entre el límite demarcado por Martí, el cual sea entre el Río Bravo y el Estrecho de Magallanes. Mientras tanto, la diferenciación no se restringiría a esas bases puramente geográficas. Más que propiamente los Estados Unidos en sí, esa *otra* América era representada más por su política, por sus intereses y propósitos amenazadores que no permitían una unidad e identidad a nivel continental, y más, que comprometían la propia existencia de esa América *nuestra*, en tanto unidad pautada por una autonomía política y cultural.

Así, entre todos los peligros que amenazaban a la América Española, Martí elegirá ese que considerará como la amenaza mayor, la amenaza externa, *el tigre de afuera*:

[...] otro peligro corre, acaso, nuestra América, que no le viene de sí, sino de la diferencia de orígenes, métodos e intereses entre los dos factores continentales, y es la hora próxima en que se le acerque, demandando relaciones íntimas, un pueblo emprendedor y pujante que la desconoce y la desdigna.¹²

Cabe resaltar que Martí tendrá conciencia más tarde, y lo declarará varias veces, de que la avaricia no era un problema de mero desconocimiento de nuestra América, por parte de los Estados Unidos de América del Norte.

¹² *Ibid.*, t. 6, p. 21.

Los años de 1889 a 1891 serán decisivos en esa toma de conciencia de Martí acerca del peligro real que representaba la política de ese país del norte de América. Fueron los años en que ocurrieron en Washington las dos Conferencias Internacionales Americanas, convocadas por los Estados Unidos.¹³ Sobre la primera de ellas, así se expresó Martí: “Fue aquel invierno de angustia, en que por ignorancia, o por fe fanática, o por miedo, o por cortesía, se reunieron en Washington, bajo el águila temible, los pueblos hispanoamericanos”.¹⁴

Los debates entablados en ambos eventos dejarían en claro los intereses reales y las ambiciones del vecino del norte sobre el continente americano. Dejarían en claro las bases de esas relaciones íntimas reivindicadas por ese pueblo emprendedor y pujante. El propio Martí sintetizó así su escepticismo y su preocupación ante el significado de esta invitación de los Estados Unidos a las demás naciones de América:

Jamás hubo en América, de la independencia acá, asunto que requiera más sensatez, ni obligue a más vigilancia, ni pida examen más claro y minucioso, que el convite que los Estados Unidos potentes, repletos de productos invendibles, y determinados a extender sus dominios en América, hacen a las naciones americanas de menos poder, ligadas por el comercio libre y útil con los pueblos europeos, para ajustar una liga contra Europa, y cerrar tratos con el resto del mundo. De la tiranía de España supo salvarse la América española; y ahora, después de ver con ojos judiciales los antecedentes, causas y factores del convite, urge decir, porque es la verdad, que ha llegado para la América española la hora de declarar su segunda independencia.¹⁵

¹³ José Martí acompañó.

¹⁴ *Ibid.*, p. 143.

¹⁵ *Ibid.*, pp. 46 y 47.

Era necesario estar atento al contenido, las intenciones reales que estaban detrás de los tratados comerciales propuestos, para no comprometer los intereses y la soberanía de las naciones americanas de “menos poder”. Martí sabía bien que “El pueblo que compra, manda. El pueblo que vende, sirve. Hay que equilibrar el comercio, para asegurar la libertad”.¹⁶

Si Martí ya tenía conciencia de la diferencia de los orígenes, las diferencias en la evolución histórica, ahora tomaba conciencia plena de los propósitos e intereses ocultos de la política de los Estados Unidos frente a la América española. Una política que amenazaba, ahora bajo nuevas formas –por medio del “veneno de los préstamos, de los canales, de los ferrocarriles–”,¹⁷ su independencia, su existencia como un conjunto de naciones libres. Esa invitación a una unión panamericanista estaba muy distante del ideal americanista martiano. Realmente eran proyectos antagónicos, en la medida en que el proyecto americanista de Martí se aproximaba cada vez más a un proyecto esencialmente anticolonialista, fuera del nuevo o del viejo tipo.

LA AMENAZA EXTERNA Y LA IDEOLOGÍA EXPANSIONISTA

Sin embargo, detrás de las propuestas de los Estados Unidos de unión económica del continente, no estaban solamente los tratados comerciales casi siempre desfavorables para las demás naciones de América. Estaba presente un interés mayor de carácter geopolítico y estratégico de dominio de la región. Martí vivió en los Estados Unidos en un momento en que el país atravesaba transformaciones profundas en su economía y política continental, en el momento de la inauguración de

¹⁶ *Ibid.*, p. 160.

¹⁷ *Ibid.*, p. 61.

una nueva etapa del capitalismo monopólico e imperialista que lo llevaría, inexorablemente, a escalar nuevas posiciones en el mundo y, en particular, en el continente americano. Los hechos históricos de un pasado reciente, vinculados a la política expansionista estadounidense, reforzaban el temor de Martí. La expansión asombrosa había comenzado ya durante el primer tercio del siglo XIX con la conquista de Texas. En la segunda mitad del siglo –1848– con la guerra de México se completa el desmembramiento de éste: la mitad del territorio mexicano, dos millones de kilómetros cuadrados pasaría a manos de los Estados Unidos. La violencia ejercida sobre México asume una dimensión continental, en la medida en que avanzan en dirección hacia el sur, con el objetivo de conquistar la región del istmo. Amenazaban al resto del continente, particularmente a la región de América Central y del Caribe. Los intereses se dilataban hacia la conquista de nuevos territorios que pudiesen posibilitar su grandeza. La década de 1850 marca los primeros triunfos de Walker en sus incursiones centroamericanas. No se trataba ya únicamente de una mera usurpación territorial o de una simple disputa fronteriza entre los dos países. Tales episodios asumían un carácter de enfrentamiento, también fronterizo, entre las “dos Américas”. Durante la década de 1880, Martí no se cansó de denunciar el intento de anexionar varios territorios del continente por parte de los Estados Unidos, ampliando sus dominios. Martí analiza varios episodios, como la intervención armada en Haití, en 1888, que se negaba a ceder la península de San Nicolás,¹⁸ la acción sobre Samoa, en 1889, sobre Hawai, en 1890, la com-

¹⁸ Exactamente en protesta contra ese episodio, el gobierno de Haití se negó a participar en la Conferencia de Washington de 1889-1890. De igual modo, el gobierno de Santo Domingo no aceptó la invitación en vista de las intenciones y de la disputa con los Estados Unidos por la bahía de Panamá.

pra de Alaska con el propósito de dominar la navegación en la región del mar de Behring y tantas otras, sin contar el caso de la propia Cuba, que vivía constantemente bajo la amenaza expansionista. Martí advertía:

Los peligros no se han de ver cuando se les tiene encima, sino cuando se los puede evitar. Lo primero en política es aclarar y prever. Sólo una respuesta unánime y viril, para la que todavía hay tiempo sin riesgo, puede libertar de una vez a los pueblos españoles de América de la inquietud y perturbación, fatales en su hora de desarrollo, en que les tendría sin cesar, con la complicidad posible de las repúblicas venales o débiles, la política secular y confiesa de predominio de un vecino pujante y ambicioso, que no los ha querido fomentar jamás, ni se ha dirigido a ellos sino para impedir su extensión, como en Panamá, o apoderarse de su territorio, como en México, Nicaragua, Santo Domingo, Haití y Cuba, o para corte por la intimidación sus tratos con el resto del universo, como en Colombia, o para obligarlos, como ahora, a comprar lo que no puede vender, y confederarse para su dominio.¹⁹

Así, conocedor y crítico del significado de esos episodios que marcaron el pasado reciente de esas naciones americanas, Martí adquirió plena conciencia del peligro que representaba la amenaza de la intervención extranjera: “Las saetas venenosas no son más que saetas, pero matan. Y es bueno conocerlas y prevenirse contra su uso”.²⁰

En la conferencia de Washington, en particular un punto hará evidente que las intenciones y la política de los Estados Unidos, en este plano, no habían cambiado de rumbo. Cuando la conferencia sugiere que la conquista quede eliminada

¹⁹ Martí, *op. cit.*, t. 6, p. 46.

²⁰ *Ibid.*, t. 7, p. 53.

para siempre del derecho público americano, que las cesiones territoriales fueran nulas si fueron hechas bajo la amenaza de guerra o presión armada, los representantes de los Estados Unidos, en una actitud aislada, se negaron a firmar este proyecto, consintiendo al final, después de largos debates, declarar eliminada la conquista “por veinte años”. El temor de los Estados Unidos no estaba apenas en que limitaran en el futuro sus posibles acciones anexionistas, sino que tal hecho pudiese también colocar el derecho de ese país sobre los territorios ya conquistados, principalmente el de México. Ese episodio colocó frente a frente, en posiciones antagónicas, a los Estados Unidos y al resto de las naciones del continente americano. Selló la diferencia de propósitos entre las dos facciones continentales. Desenmascaraba los objetivos ocultos de las Conferencias: las reducía a un conjunto de recomendaciones que pudiesen fundamentar el derecho que los Estados Unidos se abrogaban sobre América toda.

De una parte hay en América un pueblo que proclama su derecho de propia coronación a regir, por moralidad geográfica, en el continente, y anuncia, por boca de sus estadistas, en la prensa y en el púlpito, en el banquete y en el congreso, mientras pone la mano sobre una isla y trata de comprar otra, que todo el norte de América ha de ser suyo, y se le ha de reconocer derecho imperial del istmo abajo, y de otra están los pueblos de origen y fines diversos, cada día más ocupados y menos recelosos, que no tienen más enemigo real que su propia ambición, y la del vecino que los convida a ahorrarle el trabajo de quitarles mañana por la fuerza lo que le pueden dar de grado ahora.²¹

Según Martí, esa conferencia representó, por un lado, para las naciones de la América española la antesala de una gran

²¹ *Ibid.*, t. 6, p. 56.

concordia, una demostración de que los intereses comunes aproximaban a sus países, aunque de momento limitados y condicionados por la necesidad de defensa ante una amenaza común. Mas la conferencia dejó claro también para Martí, por otro lado, que la “visita” de ese vecino pujante y ambicioso estaba próxima. De cierta forma, consideraba ese hecho cuasi inestable. Luego llegaría el día de la expansión sobre las demás naciones del continente americano. Su imagen era de la de un vacío de poder, creado y dejado por los trazos de la empresa colonizadora. La cuestión de la unidad de sus países constituía así un imperativo de sobrevivencia. Había llegado la hora de declarar la segunda independencia de América. Las dos facciones continentales se excluían y se distanciaban en función no sólo de su pasado, de sus diferentes orígenes y evoluciones históricas, sino particularmente por sus perspectivas para el futuro.

No obstante, esta política expansionista necesitaba de un fundamento de legitimación. Por eso, en los Estados Unidos de esa época se mantenía viva, más que nunca, la filosofía de la Doctrina Monroe, ahora empuñada por nuevos agentes de la política estadounidense, que reivindicaban América para los americanos, es decir, del norte. Martí condenó vehementemente las bases de esa ideología expansionista. Denunció una verdadera campaña armada en los medios impresos norteamericanos. No se cansó de citar una serie de manifestaciones y artículos de norteamericanos “ilustres”, que corrían de periódico en periódico, cargados con la ideología del *Destino manifesto* y otras del género expansionista. Para Martí, la imprenta norteamericana no veía nada inmoral en “la intentona de llevar por América en los tiempos modernos la civilización ferrocarrilera como Pizarro llevó la fe de la cruz”.²² No faltó quien propusiese constantemente que tales ideologías se ma-

²² *Ibid.*, p. 59.

terializasen en proyectos en planos políticos concretos. Ese era un momento, en fin, en que se ponían en evidencia varios teóricos e ideólogos expansionistas. Un ejemplo es Frederick Turner, que será conocido como el “teórico de la frontera”. Con base en este mito más joven, los Estados Unidos ampliaban su concepto de frontera, en el intento de prolongar la zaga de la conquista del oeste en dirección hacia las tierras del sur del continente americano. Esta nueva doctrina geopolítica encajaba perfectamente en sus aspiraciones expansionistas y anexionistas. Tan grande era el ansia por una justificación para las prácticas expansionistas que se buscaba hasta la aplicación de principios y leyes de la física a la historia. De acuerdo con, por ejemplo, la tesis del físico Brooks Adams, la energía acumulada no se podría liberar sino mediante la expansión.²³ Cualquier argumento que pudiese justificar la empresa expansionista, o el derecho “natural” de los Estados Unidos en el continente americano, particularmente en el istmo y el Caribe, sería difundido inescrupulosamente.

Sin embargo, la onda expansionista no tenía como causa apenas aquellos imperativos de índole económica y estratégica. En ese momento, se encontraba bastante difundida en los Estados Unidos la idea de la existencia de dos Américas bastantes distintas. Martí también, como lo hemos referido anteriormente, tuvo plena conciencia de esa realidad dual. En tanto, para Martí los orígenes de las diferencias se asentaban en raíces históricas, la civilización “ferrocarrilera”²⁴ de la América del norte se autocomprendía como la más desarrollada, superior y, por eso, distinta. Tal concepción permite, así, la entrada en escena de un ingrediente nuevo, la cuestión racial. Acreditaban y difundían la idea de la América española esta-

²³ A propósito de las ideologías y de los ideólogos expansionistas, ver el interesante trabajo de Jean Lamore (1979).

²⁴ En español en el original. Nota de la traductora.

ba contaminada por la impureza racial, lo que la imposibilitaba para andar los caminos del progreso y de la civilización. Buscaban, de este modo, justificar con argumentos de orden biológico la inferioridad de la otra América. Martí, innumerables veces, se refirió al desdén del vecino del norte en relación con los pueblos de esa América. Es en contra de ese conjunto de valores y de creencias, bastante difundidas en el seno de la sociedad estadounidense, que Martí discutía en sus escritos de Nueva York. Dirigía contra aquellos que:

Creen en la necesidad, en el derecho bárbaro, como único derecho: “esto será nuestro, porque lo necesitamos”. Creen en la superioridad incontrastable de “la raza anglosajona contra la raza latina”. Creen en la bajeza de la raza negra, que esclavizaron ayer y veján hoy, y de la india, que exterminan.²⁵

Esta era, en síntesis, la imagen de los *tigres de afuera*, conforme con la metáfora acuñada por Martí para referirse a la política imperialista de los Estados Unidos, el peligro mayor que corría la América española. Exactamente contra ese peligro mayor que debería ser declarado la segunda independencia de esa América. Una independencia que, en la concepción de Martí, iba más allá de lo político, una independencia de *espíritu*, la conquista de una autonomía en la gestión de sus propios destinos.

GUERRA DE INDEPENDENCIA: APENAS EL PRIMER PASO

Hemos omitido hasta aquí abordar específicamente las ideas de Martí frente a lo que consideró una “guerra necesaria”, al referirse a la guerra de independencia de Cuba contra España. Al final, ¿cuál era el verdadero significado de la guerra

²⁵ *Ibid.*, p. 160.

para Martí? Hemos dicho que para él la independencia era el paso inicial y tal vez no el más significativo. La guerra era parte de una estrategia política de largo plazo que pretendía, en un primer momento, a partir de Cuba, liberar Puerto Rico. El propósito sería, posteriormente, luchar por la unión progresiva de Hispanoamérica frente a los intentos expansionistas de los Estados Unidos. Martí creía que las Antillas constituían una especie de primer muro de contención a ese expansionismo norteamericano.²⁶ Las Antillas libres salvarán la independencia de nuestra América, y el honor ya dudoso y lastimado de la América inglesa, y acaso acelerarán y fijarán el equilibrio del mundo.²⁷

En ese sentido, la guerra de independencia no era y no podría ser un asunto exclusivamente cubano: tomaba dimensiones continentales. Tal estrategia política martiana tenía, por tanto, un objetivo doble: eliminar todos los vestigios de colonialismo español en las sociedades hispanoamericanas y evitar la creación de nuevas formas colonialistas estadounidenses. Martí afirmaba que la guerra de independencia de Cuba sería para el bien de América y de todo el mundo. Para echar mano de un lenguaje de nuestro tiempo, Pedro Pablo Rodríguez calificó tal estrategia de “liberación nacional contra el imperialismo”.²⁸ Tal perspectiva llegó, inclusive, a influir y conformar la idea martiana de “patria”. El cubano Roberto D. Agramonte (1984) apunta que la idea de patria en Martí estaba determinada por su ansia fundadora. El largo exilio de Martí hacía de él un despatriado, un desenraizado. Su patria era algo deseado y que necesitaba ser buscado y conquistado. La idea de patria de Martí no se reducía, así, simplemente al apego a la tierra, a esa manifestación típica del espíritu

²⁶ Pedro Pablo Rodríguez, *op. cit.*, 1972, p. 191.

²⁷ Martí, *op. cit.*, t. 4, p. 111.

²⁸ Pedro Pablo Rodríguez, *op. cit.*, 1972, p. 191.

aldeano. La patria se revelaría, sobretodo, cuando hubiese la necesidad de defenderla ante el invasor y el opresor. En ese sentido, la amenaza de los Estados Unidos jugó un papel considerable en la evolución y la maduración de su contenido de patria. Aunque mucho de su idea de patria no se limitase a ese contenido. En suma, la estrategia política martiana pretendía eliminar todas las formas posibles de colonialismo en Cuba, presentes y futuros. De ahí que su acción no se limitó exclusivamente a organizar una guerra –fundando un partido y reclutando fuerzas para organizarla– para lograr la independencia de España. Martí comprendió bien que, con los Estados Unidos en franca expansión territorial y económica en dirección al sur del continente americano, la mera separación política tendría un alcance limitado. Sobre eso afirmaba:

Para que la Isla sea norteamericana no necesitamos hacer ningún esfuerzo, porque, si no aprovechamos el poco tiempo que nos queda para impedir que lo sea, por su propia descomposición vendrá a serlo. Eso espera este país, y a eso debemos oponernos nosotros.²⁹ Cambiar de dueño, no es ser libre.³⁰

La descolonización efectiva solamente sería garantizada mediante la consecución de las demás etapas de su estrategia política, sobretodo la unidad hispanoamericana para hacer frente al tigre de afuera. “Pelemos en Cuba para asegurar, con la nuestra, la independencia hispanoamericana”.³¹ Éste sería, en el plano político, el sentido más profundo de la idea independentista martiana, marcada en sobremanera por un contenido no sólo anticolonialista en el estricto sentido, sino, sobre todo, anti-anexionista, anti-imperialista e hispanoame-

²⁹ Martí, *op. cit.*, t. 1, p. 249.

³⁰ *Ibid.*, t. 6, p. 120.

³¹ *Ibid.*, t. 5, p. 375.

ricanista. En el fondo, abrazaba un proyecto de “liberación nacional” en un sentido amplio. Tales eran en síntesis las bases fundamentales sobre las cuales reposaba la idea independentista de José Martí.

EDUCACIÓN PARA DESCOLONIZAR: CUATRO TESIS EN TORNO DE LA EDUCACIÓN EN JOSÉ MARTÍ

Pedro Pablo Rodríguez

El estudio que sostengo referente al ideario educacional del prócer cubano y latinoamericano, rebasa con creces los límites de tiempo fijados para esta breve comunicación. Van pues, estas tesis para dar un indicio de lo que propongo y para estimular el debate.¹

TESIS PRIMERA

Ha sido numeroso el acercamiento al tema educacional en los textos de José Martí, desde los criterios de la Pedagogía y de otros campos de estudio afines, al punto en donde no sería exagerado afirmar que, la idea más común acerca del pensador y escritor cubano es referente a una personalidad significativa en torno a la educación, al mismo tiempo que se enfatiza en su condición de maestro.

¹ Reconozco el impulso dado a estas líneas, por el texto de mi fallecido amigo Ramón de Armas, titulado “Educación para el desarrollo”, en *La mirada martiana de Ramón de Armas*, La Habana, Ruth Casa Editorial/ Instituto de Investigaciones Culturales, Juan Marinello, 2010, pp. 96-116.

En realidad, el ejercicio de esa profesión fue bastante limitado en tiempo, dentro de su corta vida de sólo 43 años: un curso lectivo en Guatemala, menos de seis meses en Venezuela, un curso como profesor de español en una escuela nocturna de Nueva York y no más de un año o año y medio con sus clases para los obreros emigrados cubanos. En total, no alcanzan a cuatro años de su existencia. Si exceptuamos esas últimas clases y las que ofreció en un colegio de señoritas en Guatemala, más las de oratoria en Caracas, a solicitud de un grupo de jóvenes, los otros cursos tuvieron que atenerse de alguna manera a los programas y currículos establecidos, por más que uno piense que el reconocido éxito de Martí entre sus discípulos y las ideas que publicaba en la prensa, pudieran indicar mucho de novedad en su práctica pedagógica.

Por otra parte, el cubano tampoco dejó organizados por escrito criterios propiamente pedagógicos: sólo aquí y allá salpicó sus textos con algunos juicios que pudieran dirigirse por ese camino. Quizás, ello ha obstaculizado que esa bibliografía sobre el Martí educador haya podido presentarnos una exposición sistematizada de su llamado ideario pedagógico.

En dos palabras: en buena ley, resulta difícil y hasta arriesgado –diría yo– calificar a Martí como un pedagogo, como alguien preocupado por ofrecer criterios acerca de las técnicas y procedimientos de la enseñanza. Más bien puede considerarse, a mi modo de ver, como un grupo de ideas acerca de la educación, que tienen un cierto espacio en el conjunto de su vasta obra, tanto en algunos textos dedicados a ella con exclusividad, como en sus más frecuentes observaciones y juicios acerca de esa temática en sus variados escritos. No obstante, el análisis de esas ideas educacionales por sí solas, no bastaría para entenderlas cabalmente. Y quizás, tal procedimiento pueda ser equívoco y confundirnos en la justa apreciación del razonamiento martiano.

Es imprescindible hacer una aclaración para entender el alcance de mis palabras. No pretendo negar la presencia de diversas ideas educacionales en la obra martiana, ni siquiera la posibilidad de que el estudioso las ordene de algún modo para así hacerlas más comprensibles y contribuir a precisar la dirección y propósitos de su autor al exponerlas. Se trata –desde mi punto de vista–, que la real comprensión de esas ideas no puede examinarse al margen de la totalidad del pensamiento martiano, de su lógica y sus procedimientos discursivos, su concepción del mundo y los anchos objetivos de su labor escritural y en la acción práctica. Martí es un singular caso de pensamiento totalizador por creciente voluntad propia y por el alcance logrado en ello.

TESIS SEGUNDA

Las ideas educacionales de Martí, aun y cuando llegasen a ser consideradas como una especie de *corpus per se*, han de insertarse en la perspectiva de ese razonamiento totalizador que, no por gusto, rehuyó el voluminoso tratado cientificista –tan de moda en su época finisecular–, y que no halló el tiempo para escribir los numerosos libros que repetidas veces vinieron a su cabeza y, en algunos casos, hasta proyectó y dejó en esquemas. Sus únicos libros fueron dos pequeños cuadernos de poemas –*Ismaelillo* y *Versos sencillos*–, muy populares, por cierto, luego de su muerte en combate por la Independencia de Cuba.

El periodismo fue, entonces, el modo expresivo por excelencia del pensamiento martiano, marcado a finales del siglo XIX por el veloz ritmo, las características y los intereses que imponía la modernidad industrial que se expandía indeteniblemente por el orbe. De ahí el tono y la relativa brevedad de los textos martianos que pudiéramos calificar como educacionales en cuanto a su temática. Y de ahí también, por

qué no podemos limitarnos a ellos cuando nos acercamos a este asunto.

Ese periodismo, brillante y renovador en el manejo de la lengua, y de impresionante volumen cuantitativo, es la fuente principal –aunque no única, bien lo sabemos– para seguir la formación, evolución y, especialmente, la madurez de su pensamiento a lo largo de los años ochenta y noventa del siglo XIX. Será en ese describir, comentar y enjuiciar al mundo moderno desde el Nueva York donde residía, a través de las que llamó sus *Escenas norteamericanas*, que rebasan el territorio de la nación estadounidense, donde podemos encontrar y explicarnos el real y profundo sentido y alcance de sus opiniones educacionales.

La aparente dispersión de temas propia del periodismo, particularmente de la crónica modernista, de la que fue Martí lúcido y conciente iniciador –y que marca la tensión entre el escritor y el naciente mercado de las letras–, fue la mejor manera en donde se condujo el cubano para ofrecernos su visión del mundo y, sobre todo, su profunda y certera crítica de la sociedad de su época, así como sus proyectos transformadores de alto vuelo humanista.

TESIS TERCERA

El sentido de las ideas educacionales en Martí marcha pues, al compás y en acuerdo con el propio desenvolvimiento de su pensamiento. Hijo de inmigrantes españoles, a la colonia antillana privilegiada por sus riquezas, de niño y joven tuvo la suerte de escapar del estrecho marco familiar y abrevar en las fuentes de la intelectualidad liberal cubana, abolicionista y republicana. Intelectualidad que tenía con frecuencia en el ejercicio del magisterio, una fuente de ingreso y de prestigio social. Al lado de su profesor y tutor intelectual, Rafael María de Mendive, sirviéndole como una especie de ayudante du-

rante varios años en la escuela donde estudió, el joven Martí indudablemente tuvo que verse atraído por la enseñanza y pudo apreciar sus bondades, tan importante en una colonia donde el gobierno metropolitano apenas si se preocupaba por ella.

Así, el adolescente que terminó su formación escolar en la universidad española y, que se sintió atraído por las ideas krausistas –sobre las que andaba sin saberlo desde antes–, reprodujo el concepto liberal de la educación como sostén de la libertad política y como base del progreso. Lo anterior puede rastrearse en los textos de su estancia mexicana de juventud, cuando estimaba que la educación y el trabajo sacarían al indígena de su apartamiento social. Sin embargo, sería ese mismo trato con las culturas indígenas, más su temprana crítica ética al espíritu mercantil moderno, lo que lo iría apartando de aquel concepto.

Cuando postuló a los 24 años que, la por él llamada *nuestra América*, era una cultura mestiza, necesitada al mismo tiempo de recobrar sus culturas originarias, Martí movió las bases de su pensar más allá de la lógica racionalista de la modernidad. Por eso, ya en el tránsito de su maduración, en sus escritos para el semanario *La América*, que dirigió un tiempo en Nueva York, dedicó más de un artículo al tema educacional, por considerarlo imprescindible para nuestra América, y por ello, al mismo tiempo, lo fue situando sobre puntos algo diferentes.

La educación debía ser para todos, no sólo para sectores minoritarios; habría de incorporar los conocimientos que aportaba la ciencia de aquel tiempo, mas habría de basarse en las características y requerimientos de nuestra América: privilegiar la educación agrícola con el fin de diversificar la producción; entregar materias primas para la formación de una industria nacional y exportar; romper la barrera entre el trabajo manual y el intelectual; salir de la educación escolás-

tica y libresca; conocer lo nuestro. Su conciencia de identidad, de alcance continental cada vez más incluyente de los sectores populares marginados, iría apartando su concepción educativa de la tradicional liberal, que hacía de los sistemas escolares unificados, normados y escalonados el eje de la educación con el fin de preparar cuadros dirigentes y trabajadores para la sociedad burguesa moderna.

Una sola cita suya basta:

Se manda –locamente acaso– a los niños hispanoamericanos, a colegios de fama de esta tierra [Estados Unidos], a que truequen la lengua que saben mal por la extraña que nunca aprenden bien; y a que –en el conflicto de la civilización infantil, pero brusca, peculiar y extraña que aquí les espera–, salgan con la mente confusa y llena de recuerdos de lo que trajeron y reflejos imperfectos de lo nuevo que ven, inhábiles acaso ya para la vida espontánea, ardiente y exquisita de nuestros países, y todavía inhábiles para la rápida, arremolinada, arrebatada existencia de esta tierra. Los árboles de un clima no crecen en otro, sino raquíuticos, descoloridos, deformes y enfermos.²

Sobre tres aspectos llamó la atención: uno, el lenguaje empleado por Martí, metafórico, de imágenes constates, emotivo, que evade el limpio discurso racional tan a gusto de los positivistas de su tiempo. Dos, su defensa de la lengua propia para pensar desde lo nuestro. Tres, el contraste entre nuestra América “espontánea, ardiente y exquisita”, –fíjense en el

² José Martí, “A aprender en las haciendas” [*La América*, Nueva York, agosto, 1883], en José Martí, *Obras Completas*, t. 8, La Habana, Editorial Nacional de Cuba, 1963, p. 276. Véase además José Martí, *Obras Completas, edición crítica*, t. 18, La Habana, Centro de Estudios Martianos, 2011, pp. 104 y 105.

alcance de ese trío de adjetivos– y Estados Unidos, tierra de “rápida, arremolinada, arrebatada existencia”.

La advertencia es clara: la educación ha de ser, en y para la tierra propia, para lograr personas aptas de acuerdo a nuestras necesidades. Ello no quiere decir que Martí desaprobara los estudios fuera de nuestra América. El texto citado continúa con el reclamo sobre sí se deberían estudiar en el país del Norte, métodos, técnicas y procedimientos agrícolas modernos, apropiados a nuestra región, pues concluye: “urge cultivar nuestras tierras del modo con que cultivan las suyas nuestros rivales”.³ Había entonces, para él, que dar paso a una educación que contribuyera a impedir nuevas colonizaciones mediante la modificación estructural de nuevas sociedades en medio de las condiciones del mundo moderno.

TESIS CUARTA

El Martí francamente maduro no escribió –según lo que se conserva–, nuevos textos dedicados, en particular, a asuntos educacionales, como lo hizo en la revista *La América*. Sus ideas al respecto se esparcen por otros textos o, mejor, se hacen comprensibles en su concepción del mundo y en su vasto proyecto liberador para nuestra América.

Sería sin duda alguna, su ensayo cenital de 1891 cuyo nombre, *Nuestra América*, mismo que está cumpliendo 120 años de su primera publicación, la plena maduración de sus criterios acerca de la identidad latinoamericana y la configuración de su concepto descolonizador y liberador.

¿Qué ha pasado con las repúblicas tras las independencias? Su respuesta es directa: “La colonia continuó viviendo

³ Martí, *op. cit.*, 1963; Martí, *op. cit.*, 2011, p. 105.

en la república”,⁴ dice Martí. La colonia no era para él, pues, sólo una dominación exterior, sino una forma de existencia social. Pudiera decirse que hasta una cultura en sentido contemporáneo del término. Y esa permanencia se había producido por razones sociológicas e históricas –diríamos nosotros–, las clases populares, “el hombre natural”, los soldados de las independencias fueron apartados por las repúblicas y estas, además, adoptaron formas de organización y de vida social provenientes de otras realidades, como Europa occidental y Estados Unidos, sin atender a nuestras necesidades, características e intereses.

“El problema de la independencia no era el cambio de formas, sino el cambio de espíritu”. Así afirmó en el ensayo y, como el espíritu no cambió, la colonia se mantuvo en la república: “Nos quedó el oidor, y el general, y el letrado, y el prebendado”. A esas figuras sociales de la colonia se sumaron las estructuras ajenas, que dieron lugar –nos dice–, a que fuéramos “una visión, con el pecho de atleta, las manos de petimetre y la frente de niño”. Y enfatiza: “Éramos una máscara, con los calzones de Inglaterra, el chaleco parisiense, el chaquetón de Norteamérica y la montera de España”. Mientras, el indio estaba mudo, el negro era oteado y el campesino se revolvió contra la ciudad letrada.

Esa comprensión martiana de la cultura colonizada es lo que hace del ensayo *Nuestra América* un clamor por el verdadero conocimiento, no por el que ofrecían el libro europeo o yanqui, incapaces a su juicio de dar la clave del enigma hispanoamericano. Este había que estudiarlo *in situ*, en su historia, desenvolvimiento, caracteres y sociedades.

⁴ Todas las citas están tomadas de José Martí, *Nuestra América. Edición crítica*, investigación, presentación y notas de Cintio Vitier, La Habana, Centro de Estudios Martianos, 2005.

Así, declara Martí que, “no hay batalla entre civilización y barbarie, sino entre falsa erudición y naturaleza”. Había que desterrar, que cambiar al “libro importado”, al “letrado artificial”, al “criollo exótico”; había que reaccionar contra ese modo de vida, contra esa cultura moderna que imponía y reproducía la existencia colonial en nuestros pueblos, porque nos hacía –y nos hace– expresarnos con la lógica de la razón moderna. No es casual que Martí afirme que se trataba de redimirse con un gobierno que tuviese por base la razón, “la razón de todos en las cosas de todos, y no la razón universitaria de unos sobre la razón campestre de otros”. El graduado de Filosofía en Zaragoza, el profesor de esa materia en Guatemala sabía muy bien por qué escribía la palabra razón.

Y la educación, entonces, ya no sería un mero instrumento modernizador, ordenador, formador de la mentalidad apropiada a las relaciones burguesas, a la lógica del capital, como la practicaron los liberales coetáneos, sino que habría de alcanzarse el verdadero conocimiento de estas sociedades, de sus componentes. “Conocer es resolver”, dice Martí. Resolver desde luego, la salida de aquella colonia que pervivió en la república. Gobernar de acuerdo a ese conocimiento, ser creador, que es la definición que nos entrega del gobernante en un pueblo nuevo.

No por gusto Martí escoge la imagen universitaria para darnos, tanto su criterio sobre ese conocimiento diferente y, al mismo tiempo, sobre la educación también diferente: “La universidad europea ha de ceder a la universidad americana. La historia de América, de los incas acá, ha de enseñarse al dedillo, aunque no se enseñe la de los arcontes de Grecia”.

Hay entonces, en el Martí de *Nuestra América* un hondísimo espíritu descolonizador, de cambio en los ordenamientos sociales, para dar su lugar a las clases populares, mas en los impostados modos de vida y del pensar moderno. Así, la descolonización empezaba desde dentro de nuestras sociedades,

lo cual era imprescindible –dice en *Nuestra América*–, para impedir lo que él llama “el peligro mayor de nuestra América”: el expansionismo del pueblo del Norte, “empreendedor y pujante”, que “desconoce y desdeña” a nuestra América.

La descolonización al interior serviría pues, para cerrar el paso a la nueva colonización que se iba conformando. El espíritu colonial no era entonces para Martí algo simplemente traído de fuera, impuesto desde fuera, sino recreado adentro por determinados agentes. Y la educación, para descolonizar a la sociedad y descolonizarse ella misma, tendría que moverse en otra lógica, en otra razón: la del hombre natural, para construir una nueva América.

México, 18 de agosto de 2011

III. REFLEXIONES SOBRE LAS IDEAS ESTÉTICAS Y LITERARIAS DE MARTÍ

LAS ESCENAS NORTEAMERICANAS
DE JOSÉ MARTÍ: UN ESPACIO
DE PUGNA ESTÉTICA

Caridad Atencio

Cada vez que me adentro en los sutiles intersticios de la obra literaria de José Martí estoy más convencida que para él, como también pensaba Aristóteles, todos los géneros de la literatura eran géneros de la poesía. Piénsese al examinar la afirmación anterior en sus *Escenas NorteamERICANAS*, que comenzó a escribir y a publicar a principio de la década de los ochenta del siglo XIX en diversos periódicos latinoamericanos, donde los poderosos y complejÍsimos basamentos de su conformación dan fe de una pensadÍsima estrategia, del despliegue titánico de una concepción del mundo. Piénsese, más allá de sus innegables garras contextuales en que su:

condición de texto autónomo dentro de la esfera estético-literaria no depende ni del tema ni de la referencialidad, ni de la actualidad. Ya se ha dicho: que muchas de las crónicas modernistas, al desprenderse de ambos elementos temporales, han seguido teniendo valor como objetos textuales en sí mismos. Es decir que, perdida con los años la significación principal que las crónicas pudieran tener para el público lector de aquel entonces, son discursos literarios por excelencia.¹

¹ Susana Rotker, *Fundación de una escritura: Las crónicas de José Martí*, La Habana, Casa de las Américas, 1992, p. 136.

¿Qué subyuga entonces a un lector contemporáneo? ¿Qué lo motiva a un nuevo develamiento de lectura? En mi caso no es otra cosa que aquello que Proust denominaba esa señal de transformación que el pensamiento del escritor hace sufrir a la realidad, es decir, el estilo.²

Entrar en las *Escenas norteamericanas* es entrar en un bosque de signos, de intenciones, bosque cruzado de lenguajes que a cada momento muestran y ocultan sus orígenes. Esas texturas multiplicadas me hacen sostener que el:

problema del estilo sólo puede tratarse en relación a lo que llaman “el hojaldre del discurso”; y, para seguir con las metáforas alimenticias, resumiré estas opiniones diciendo que, si bien hasta el presente se ha visto el texto con la apariencia de un fruto con hueso (un albaricoque, por ejemplo) cuya pulpa sería la forma y la almendra sería el fondo, hoy conviene verlo con la de una cebolla, organización a base de pieles (niveles, sistemas), cuyo volumen no conlleva finalmente ningún hueso, ningún secreto, ningún principio irreductible, sino la misma infinitud de envolturas, que no envuelven otra cosa que el mismo conjunto de superficies.³

² “El estilo es el medio de trabajo que diferencia al escritor, como el color al pintor, de otras prácticas sociales, institucionales, que usa la lengua como medio. La estilización es una de las marcas de la especificidad mediante la cual la literatura, siguiendo las normas del régimen de la especialización, busca delimitar un territorio propio y una función social insustituible. La estilización paradójicamente individualizadora se convierte en un mecanismo institucional”. Julio Ramos, “Maquinaciones: literatura y tecnología”, en Julio Ramos, *Desencuentros de la Modernidad en América Latina*, FCE, México, 1989 (Literatura y Política en el siglo XIX), p. 173.

³ Roland Barthes, “El estilo y su imagen”, en *El Susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y la escritura*, Barcelona, Paidós, 1987, p. 159.

Para legitimar las numerosas vías de su acceso, para delimitar un punto conjugado de su geografía, y probar la coherencia y multiplicidad de una estrategia, he escogido las *Escenas norteamericanas*. Dichos caminos permiten comprender que las también llamadas crónicas nos entregan una variada gama de texturas que se constituyen en inusuales paisajes literarios, con lecturas en permanente despliegue.

MECANISMOS DE LA CONDENSACIÓN

En ese entramado de capas apretadas resaltan los procedimientos sintéticos en su estilo, los recursos de economía narrativa. Entre dichos recursos figuran los mosaicos enumerativos o enumeraciones anafóricas. El deseo de abarcar múltiples realidades lo hace apoderarse tenazmente de la enumeración, logrando estas notorias variedades. Ella es el recurso base para reflejar el mosaico social que el autor intenta reproducir y conformar. Muchas veces esas enumeraciones, que basan su unidad y concreción en el empleo de la estructura paralela,⁴ funcionan como un resumen de noticias. En ellas se coloca al mismo nivel hechos, reflexiones del autor e ideas de la opinión pública, lo que prueba la múltiple concepción de la representación en las *Escenas*. Las enumeraciones son condensaciones de argumentos, máquinas de síntesis, instantáneas de la mirada codiciosa.

A nuestro entender, existen dos tipos de mosaicos enumerativos: los que utiliza al comienzo de sus crónicas, que son los más frecuentes, y los mosaicos internos. Es impresionante la variedad sintáctica de las enumeraciones anafóricas al comienzo de las crónicas. Pueden estar conectadas por conjunciones copulativas, adversativas, o reunidas mediante su-

⁴ La estructura paralela sin duda imprime un ritmo peculiar y progresivo a la narración.

bordinadas de tiempo.⁵ Hay mosaicos enumerativos iniciales donde una realidad se monta sobre otra, donde la visión de una realidad se va superponiendo a la otra con más espasmo cada vez, por ser la nueva que agrega a su “tejido” más impresionante. Veamos este bloque enumerativo-comparativo:

Washington teme en estos días perder a Corcoran, a su filántropo: el partido demócrata ha perdido a Manning, el padrino de Cleveland en la convención donde le hizo nombrar candidato a la Presidencia contra la voluntad de su propio Estado, el que en roce con los hombres aprendió a usar de ellos, el que supo, domando su pasión, poner a su servicio las ajenas, pero ¿qué es esta muerte, lamentada por Cleveland en una carta viril y magnánima; qué es el susto de que en Washington acabe el anciano que emplea en bien público la fortuna que acumuló como osado banquero; qué son las carretadas de reliquias que vienen a Boston de los nueve pueblos toltecas recién desenterrados en Arizona; qué es la cueva colosal como la del Mamut, y henchida de momias, bronce y cerámica, descubierta ayer mismo en Kentucky, qué los cadáveres de los anarquistas, cuyos cabellos encanecidos en el ataúd vieron con asombro los asistentes a su entierro final, ante el bullicio, la prodigalidad, los banquetes pomposos, las tiendas resplandecientes, las ventanas ornadas con la corona simbólica del muérdago y el regocijo arrebatado de las Pascuas?

La intención en los primeros es condensar gran masa de sucesos que transcurren al unísono, y son percibidos –una concepción irruptora de la sincronía, se esfuerza la conciencia también al asumirlos– por el ciudadano, por el habitante de la ciudad moderna:

⁵ Véase para este último ejemplo la crónica “Los sucesos de la semana”, en José Martí, *Obras Completas*, t. 11, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 1991, p. 315.

Asesinatos misteriosos, desfalcos de cajeros, millonarios que mueren, jurados vendidos, farsas aristofánicas, nadadores indómitos, paseos de Pascua en la Quinta Avenida, ¿qué son esas burbujas de una hora, comparadas a los grandes sucesos en que se ve cambiar el mundo?⁶

También en otros casos la magnitud ingente de las comparaciones en la enumeración, la superposición de las mismas, dan toda una lección sobre pasajes inusitados y complejos, y sobre la ingeniosidad del autor, que lleva al rango de la multifacética realidad norteamericana la ambiciosa forma de las comparaciones infantiles.⁷ El procedimiento explicado se repite seguidamente en la misma crónica, donde curiosamente observamos un mosaico enumerativo con subordinadas:

Que Cleveland pasea a caballo todos los días para traer a menos sus carnes presidenciales; que un amigo del arte ofrece trescientos pesos cada año al artista joven que pinte el mejor paisaje; que Sarah Bernhardt, fatigada con el esfuerzo de complacer a los bostonianos, estos atenienses con armadura, se desmayó al salir de Boston, que el gentío se agolpa en las vidrieras a ver el retrato en que aparecen juntas la Langtry y la Bernhardt, bonaza y sentada la una y fogueante y en pie la otra. Pero ¿qué es todo eso comparado a las barcadas de inmigrantes que se desgranar al sol de abril por las calles repletas?⁸

Son comparaciones que dan pie a enumeraciones de grandes sucesos, de hondas realidades que sacuden cada una

⁶ José Martí, “Revista de los últimos sucesos. Descripción de la primera votación de las mujeres en Kansas”, en *ibid.*, p. 183.

⁷ Véase dentro de la propia obra martiana el juego de comparaciones en el cuento “Meñique” de *La Edad de Oro*.

⁸ Martí, *op. cit.*, t. 11, p. 184.

a grandes masas de individuos.⁹ Existen también mosaicos internos donde la distendida enumeración precede al verbo principal y continúa después de él –largos períodos–. Lo complejo de aquella realidad, lo caótico de ella, le da pie para utilizar este recurso sintáctico tan al uso en la literatura contemporánea:

La causa de esa rebelión de los espíritus, que les ha dado energía para protestar contra su propia Iglesia; del fervor religioso creciente con que en peregrinaciones ya históricas acogen las

⁹ Fijémonos cómo en este mismo pasaje repite con diversos recursos gramaticales la tirada que nos ha presentado, tratando en el mismo orden los mismos temas: la inmigración, la corrupción eclesiástica, la corrupción y disolución de los partidos políticos junto a la esperanza de un nuevo partido. Va de la comparación de la enumeración anterior con estos tramos de realidades que recrea, a la repetición de los mismos precedidos del adverbio “ya”, lo que aporta un sentido de inmediatez y contigüidad a lo que narra, haciendo gala su prosa de un paralelismo llamativo y eficaz:

Pero ¿qué es todo eso comparado a las barcadas de inmigrantes que se desgranaban al sol de abril por las calles repletas; a las peleas de los católicos por sacar de una vez la mano de la Iglesia de sobre la libertad, al derrumbe visible de grandes partidos políticos que han pervertido en el mando los ideales que le dieron vida, al alzamiento victorioso de la clase trabajadora en un partido nuevo que aprende en sus errores la manera de no volver a caer en ellos, a la creación espontánea de una masa resistente en que se amalgaman sin rencor los opuestos partidos que ven sus privilegios atacados por los gigantes a quienes tenían sujetos con frágiles ligaduras? Ya cruje bajo el peso de una inmigración innecesaria y excesiva, esta República que comienza a pensar en cerrarle sus puertas. Ya se nota el decidido propósito entre los católicos criados en tierra libre, de abandonar la Iglesia antes que ceder su libertad. Ya se ve cómo van deshaciéndose, por no entrar en los tiempos con desinterés y previsión, los partidos políticos antiguos, atentos sólo al bienestar de sus secuaces. Ya se agrupa en dos parcialidades enormes la población norteamericana, de un lado “las masas”, como se llaman a sí mismas, de otro lado “las clases”; los “ciudadanos”, republicanos o demócratas, los partidarios de la “Ley y el Orden”. (Las comillas son mías).

ciudades a esos nuevos cruzados; de la aparición de setenta mil votantes compactos en Nueva York cuando las elecciones de George en el otoño, de la candidatura de representantes de los trabajadores para el corregimiento de las ciudades más acaudaladas y famosas; del triunfo de los diputados obreros, o de sus favorecidos en comarcas no disputadas antes a los republicanos y demócratas; del crecimiento pasmoso de una asociación de trabajadores, dueña hoy de palacios, de prensas, de gobernadores, de legislaturas, de la Iglesia misma que no osa ponerse de frente porque ve que se suicida, la causa de todos estos sucesos, que acaban de culminar en la formación de un nuevo partido del Trabajo Unido, en la fogosa convención de Cincinnati, *—esta* en que el trabajo falta, en que la vida encarece, *—en* que las compañías, enriquecidas por las concesiones de los derechos y bienes públicos, impiden la competencia libre y feliz del trabajador aislado, *—en* que la tierra nacional está pasando a manos de señores extranjeros o corporaciones ricas que compran con moneda contante o con papel de sus empresas el voto de los diputados a quienes se entrega en depósito la patria.¹⁰

Martí, para enlazar largas tiradas de sucesos, utiliza a menudo giros coloquiales que le permiten lograr con naturalidad un ensanchamiento argumentativo. Por ejemplo, después de un pasaje donde mueve continuamente a la razón a través de hechos contundentes enfatizados en preguntas retóricas afirma: *“Todo eso es verdad. Pero lo es también* que el partido republicano fue desalojado inesperadamente del poder [...]”.¹¹

En ocasiones presenciamos al interior de la crónica grandes mosaicos enumerativos en los que hay desde simples

¹⁰ José Martí, “Movimiento social y político de los Estados Unidos...”, en *ibid.*, pp. 174 y 175. Las cursivas son mías.

¹¹ Martí, “El Monumento de la prensa. Los periodistas de Nueva York...” [*La Nación*, 28 de julio de 1887], en *ibid.*, p. 198. Las cursivas son mías.

noticias, curiosidades, especiales acontecimientos culturales, hasta sucesos que Martí borda en sutiles medallones narrativos o viñetas, que, dada la intensidad y efectividad temático-expresiva o el rebajamiento ético que reflejan, se consolidan, o se deslíen como una acuarela. En medio de tales milagros del lenguaje, las distinciones entre ficción y no-ficción tienen una importancia subordinada. Lo describe todo, en la aparente imposibilidad de hacerlo, lo describe todo, logra el mosaico, incluyendo también lo que no es tan llamativo en la vida neoyorkina. Otras veces, en lo enumerativo, la aparente uniformidad gramatical refleja la obsesión de la mente por mostrar al unísono lo que pasa y lo que entra en el cerebro del ciudadano moderno, vivo y mutable ante cada suceso. Fijémonos en otro mosaico inicial donde cada oración entonces refiere un suceso distinto:

Hay una reina en Washington. La hermana del Presidente empieza a trabajar de maestra de escuela. Un millonario llevaba en su boda un traje de lana gris. Un inmigrante ha estado trabajando de labriego y cantero durante un año en ropas de hombre para ganar el importe del pasaje de sus padres. Está Nueva York en seco, sin que dejen vender ni licores ni vino los domingos. Las “nuevas fuerzas políticas”, como las llama el ardiente John Swinton han establecido con soberano éxito una especie de iglesia dominical, bajo el nombre de “Sociedad contra la Pobreza”.¹²

Sabemos que existen “apuntes de Martí donde este manifiesta el mismo deseo que Renan de poder articular el ‘systeme des choses’”. “No se deben citar hechos aislados –con-

¹² Martí, “Acontecimientos interesantes. México en los Estados Unidos...” [El Partido Liberal, México, 1887], en *ibid.*, p. 205.

tentamiento fácil de una erudición ligera e infructífera—, sino hechos seriales, de conjunto sólido, ligados y macizos”.¹³

La enumeración del hecho —escueto y apretado— es la base de estos mosaicos que no sólo dan fe de la necesidad de un corresponsal —abarcarlo todo con pericia y brevedad— sino también del hervidero fragmentado que el cronista reconstruye no sólo con el instinto y reflejo obstinado de su mente, sino sobre todo con el afán receptivo ingente de lo ingente que inculca en sus lectores. Para Martí, ningún asunto es vulgar o pequeño, todo clasifica, todo tiene por excelencia derecho al reflejo, todo es digno de recrearse. Este principio que la naturaleza de la crónica le obliga a considerar, venía creciendo paralelamente en Martí como manifestación de un rasgo inusual de su *ars poética*. A la intensidad de su estilo se une la búsqueda obsesiva de lo insólito —diría yo—, de lo dramático y a veces tremendista.

Dentro del mosaico, especialmente, el punto y seguido —recurso por excelencia dentro de él— permite a su vez la aparición y escamoteo de la elipsis, la intención esencialmente —y artísticamente— unificadora del paisaje cruento que entrega, pero todo esto tiene como base o como motivo esencial el carácter disímil de las realidades que entrega. Por eso creo que la puntuación está en función de los amasijos de asuntos que en Martí suelen conformar el tema. ¿Qué es lo que pasa? Pudiéramos decir que a partir de esta compleja realidad que él vuelca, el punto amplía su función en el discurso —o la invierte—: en vez de ser signo que separa solamente cláusulas independientes entre sí, las une, más allá de la unidad lógica del pensamiento al uso, las une por medio de una unidad psicológica hasta ahora insospechada. El punto y el punto y coma son instrumentos de una inusual atmósfera psicológica,

¹³ Aníbal González, *La crónica modernista hispanoamericana*, Madrid, José Porrúa Turanzas, 1983, p. 168.

téngase en cuenta que muchas veces el párrafo se ha reducido a una oración, a un enunciado, porque no se cuenta lo que se ve –y quizá ahí está el secreto– sino lo que se construye.

No podemos sustraernos de citar un ejemplo donde se ponen de manifiesto las innovaciones escriturales en las crónicas. Es aquel, impresionante, en que se parte de una enumeración caótica para dar la complejidad o magnitud de un panorama o espacio de situaciones que se desea recrear, al tiempo que se minimiza lo ingente que se ha descrito, colocando en primer plano –y en orden de importancia e intensidad– la escena de los catecúmenos convulsos, procedimiento donde se verifica una anticipación cinematográfica: un paneo por variedad de sucesos, para culminar en la amplificación de uno. Esa multiplicidad de la descripción, lejos de hacer, exteriorista el punto de vista del que cuenta, lo vuelve entrañable, tremendo. Mente infinita, mente de gigante, ojo de cíclope, diríamos para referirnos a la capacidad perceptiva e intelectual de Martí:

Un hombre que cruza el Niágara embutido en un casco de madera; un mozo que salta por apuesta desde lo más alto del puente de Brooklyn, y queda vivo; un campamento religioso a donde acuden sesenta mil creyentes; un jurado que oye atónito los detalles de la conspiración tremenda de los anarquistas de Chicago; una vergonzosa investigación de la que resulta que las asociaciones políticas hacen un tráfico infame para provecho personal con los puestos más altos del Estado, –eso sería, después de las cosas mayores, lo más curioso de esta ardiente vida de verano, si no estuvieran comentando a Dante a la sombra de los sagrados árboles de Concord algunas damas y caballeros que cada año se reúnen a hablar de las sublimidades del espíritu, –a poca distancia del campamento donde, agitados por la frenética palabra de una mujer de sesenta años, se postran en la yerba de rodilla los catecúmenos convulsos, alzan en coro los

brazos con el rostro lloroso vuelto al cielo, se echan de bruces sobre la tierra, exhalando lamentos y alaridos, se abrazan, se interpelan, tutean a los demonios, se confiesan en voz alta, corren de un lado a otro, se mesan los cabellos, hasta que exhaustos e insensibles se reclinan contra los troncos de los árboles, desmayados los brazos, dichosa la sonrisa, y la mirada agonizante y ebria, como si en el fragor de una infernal batalla se vieran salir de entre los cuerpos palpitantes y rotos los pecados vencidos, cercenadas las garras, desplumadas las alas, ensangrentado el pico, como un tropel de buitres carniceros.¹⁴

Hay también al interior de las crónicas enumeraciones con preguntas, que intentan fijar un suceso de interés dentro de la convulsa vida social norteamericana. Inquiriendo por el que va a relatar, da un panorama de todos los otros. Se percibe el afán lúdico a la hora de presentar la información, juega con la atención del espectador, la fija y la dispersa, a veces a un tiempo, y al “engañarnos” va citando hechos como de pasada, pero que dan la magnitud de su ojo, es decir, de su espíritu.¹⁵

Todo le interesa, tiene conciencia de todo, sabe que está en las vísceras de la juventud de una nación trepidante, su mente está ansiosa de todo. La pluma quiere reflejarlo todo, y nos preguntamos, nada inocentemente, ¿por qué? Se supera el afán disciplinado del cronista a sueldo, y es inevitable acceder a las constantes enumeraciones que le tensan el sentido.¹⁶ Conciencia de la palpitación de la realidad circundante,

¹⁴ Martí, “Cleveland y su Partido” [*La Nación*, 21 de septiembre de 1886], en Martí, *op. cit.*, t. 11, pp. 29 y 30.

¹⁵ Véase “Historia de un Proceso Famoso. Áspero Verano...” [*La Nación*, Buenos Aires, 1887], en *ibid.*, p. 224.

¹⁶ “La enumeración –generador de la descripción a lo largo de la crónica– enfatiza la experiencia del aglomerado. En su misma disposición formal, sin embargo, la yuxtaposición de partículas heterogéneas en la

de su ámbito como fragmento y resistencia ante él: Todo la mente, la mente poderosa, la pupila ingente lo puede absorber y construir, captar y procesar, y si en la práctica no pudiera, el cerebro se construye esa ilusión: como asumir lo moderno con un gesto antiguo o medieval ¿Qué papel se le concede en todo esto a la nostalgia? De todo lo anterior podemos concluir que la enumeración de acciones es un mecanismo frecuente de su pupila para lo vasto y una de las muchas pruebas, en las *Escenas*, del tratamiento del fragmento como absoluto.

Dentro de estos procedimientos sintéticos que emplea Martí en la conformación de sus crónicas, resaltan igualmente la explotación continuada de la metáfora con predicado nominal, –“la ciudad ese día es jubileo”; “la calle es río de espuma”; “Ya el aire no lo es, sino aplauso”; “La sangre es un incendio; su pasión, mordida; llama sus ojos”–,¹⁷ estableciéndose así una cierta celeridad conectiva en la sintaxis, y la concepción de los índices del comienzo como vehículo plurifuncional en cuanto a lo expresivo, siendo muy sutiles sus cometidos y peculiaridades. A veces se cumple en las crónicas, sintéticamente, el *lead* informativo. Otras, los titulares de los índices logran un distanciamiento abarcador que engloba las temáticas que recrea, al punto que al leer la escena se iluminan otras zonas contenidistas, a veces al mismo nivel de importancia que los lemas del índice. En ocasiones, sucesos que son menores o ínfimos dentro de la crónica los pone en los titulares, para lograr golpes de efecto y dar preponderan-

enumeración, sugiere ya la frágil articulación en la visión martiana, de la nueva “comunidad” de gente, cosas y discursos que la ciudad ha desplazado hacia la tierra vacía”. Julio Ramos, “Esta vida de cartón y gacetilla: Literatura y Masa”, en Julio Ramos, *op. cit.*, p. 180.

¹⁷ La procedencia de los ejemplos es por orden la siguiente: *Otras crónicas de Nueva York*, La Habana, Centro de Estudios Martianos y Editorial Ciencias Sociales, 1983, p. 33; p. 99; p. 109; y *Obras Completas*, t. 11, p. 72.

cia, por énfasis o reiteración de un asunto y no por tratamiento. Otras veces este índice se viola, es forzado. Los asuntos no aparecen tratados en la escena con la uniformidad y con el orden que aquí aparece. La relación entre la magnitud o penetración de los índices y la escena no es proporcional. Podemos estar en presencia de un sumario profuso en una escena corta, o pocos índices que presiden una escena larga. La no proporcionalidad entre la extensión y jerarquía en los índices y el largo de la crónica a qué responde. A mostrar la capacidad sustantiva, enunciativa y suficiente de los índices como lemas que, ya reproducidos en apretadas viñetas o elocuentes párrafos, fijan su atención en un suceso imborrable y de cierta trascendencia. El carácter selectivo de los índices no se traduce en las noticias de mayores espacios, sino quizá en los hechos más importantes para el cronista, o los que él más desea destacar, dentro de su estrategia de pensamiento americano, cómo íconos en sí mismos, como señales de aviso. Significan también ganchos de atención para un público diverso: al que no le interesa la política, le interesa el clima¹⁸ o la religión. Muchas veces tales índices ocultan la esencia.¹⁹

Otras, las manifiestan, como es el caso del contraste que se establece en ellos entre América Latina y Estados Unidos, entre la vida y las instituciones en uno y otro país. En tal

¹⁸ Las estaciones del año son un curioso *Leit Motiv* de una escena a la otra.

¹⁹ Por otra parte, Martí tenía conciencia de algunas de las funciones de los índices, como por ejemplo: su papel como estímulos lectivos y allanadores del texto: "Va la actual carta sobre cosas serias, no fiestas ni bodas, sino problemas sociales y leyes, y estudios sobre el Congreso. Parecerán tal vez leyes, y estudios sobre el Congreso. Parecerán tal vez largos los sumarios, pero la práctica me enseña que facilitan la lectura e incitan a leer." Martí, "A Manuel Mercado, Nueva York, 18 de junio [de 1886], en *Epistolario J.M.*, compilación y notas de Luis García Pascual y Enrique Moreno Pla, t. 1, La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 1993, p. 339.

sentido los índices no sólo son extractos de noticias, sino también juicios, razonamientos y consejos cívicos. Veamos un botón de muestra: “La vida nacional anula la educación”, “Conviene educarse en la patria”, “Influjo de la inmigración en el carácter del movimiento social”.²⁰ Aunque desde los propios índices el lector puede darse perfecta cuenta de que está frente a un estudioso, un analista, no simplemente un cronista a sueldo.

Al tratar los diversos procedimientos de síntesis narrativa, creo que sería interesante someter a estudio los motivos de enlace en las crónicas. Algunos de ellos son un cambio en la dirección de los pasos del cronista; la evocación de un suceso que ha tenido lugar anteriormente en el mismo sitio del que nos está narrando, la visión ambiciosa y abarcadora del que mira y narra. No olvidemos que luego de que expone los hechos que despiertan el interés de la mirada pública, se emiten juicios, se matiza, y al matizar, el narrador esboza su opinión personal, y tampoco olvidemos la pluralidad de los puntos de vista con su consiguiente peculiar dinamismo en describir el fluctuar de las diversas conciencias.²¹ Puede

²⁰ Martí, “Semana de junio. El juego de pelotas...”, en *Otras crónicas de Nueva York...*, pp. 40 y 65, respectivamente.

²¹ En tal sentido recordemos, aún sin salirnos de los marcos del narrador, aquella crónica donde describiendo el espectáculo del desfile indígena (sus costumbres, juegos, etc.) establece un rejuego entre la apariencia folklórica del fenómeno y los destinos y proceder sociales de los diversos estratos que participan en las escenas de la vida del Oeste: rifleros, indios, vaqueros, el médico sacerdotal, Búfalo Bill; refiriendo así dos espacios, dos puntos de vista, dos tiempos de seres únicos. La mirada va de lo sorprendente a lo participativo –entrañable, de lo plástico a lo ético– social. Un punto de vista se monta definitivamente sobre otro: el esencial sobre el folklórico. “¡Magnífico Espectáculo! La vida del Oeste...” [*La Nación*, 25 de septiembre de 1886], en Martí, *Obras Completas*, t. 11, p. 34.

mencionarse, dentro de los procedimientos que describimos, la presencia de la idea abarcadora en período corto, recurso de base poética que quizá aludamos más adelante en nuestro estudio, generalmente precedida de un período profuso y complejo. Después de la elaboración de la idea es frecuente encontrar la línea aforística que a veces resume, o al narrador dando un giro al parecer incidental con el que rescata una verdad de fondo, una que escapa a los que viven la vida para de ella siempre recibir, no para pensarla.

Un peculiar, y diría que, capital procedimiento de síntesis narrativa lo constituye el empleo de la metáfora, el ensanchamiento y penetración de lo que se narra con ese tropo. Las caracterizaciones generalizadoras que tanto le gustan encuentran en la metáfora su vía apropiada, es algo que le permite condensación y efectividad literaria. Es un procedimiento esencial para la profunda valoración y fijación de realidades tan intensas y complejas en las *Escenas*. Citemos una curiosa, que nos permite “hablar” de la fijación mental de las imágenes en Martí. La metáfora que utiliza para describir el ánimo de Lincoln es la misma que emplea en una de las partes del poema “Dos Milagros” de *La Edad de Oro*: “se verá como un grande sicomoro abierto por un lado de un hachazo, por otra parte vencido por el viento, ¡pero con luz por entre las hojas y con pájaros revoloteando por las ramas!”²²

Por tierra, en un estero,
Estaba un sicomoro;
Le da un rayo de sol, y del madero
Muerto, sale volando un ave de oro.

²² Martí, “Revista de los últimos sucesos. Descripción de la primera votación de las mujeres en Kansas” [La Nación, 21 de mayo de 1887], en *ibid.*, t. 11, p. 184.

Y esta otra metáfora que un poco describe y recoge lo intenso y desbordado de sus crónicas: “Poner los acontecimientos de estos días en una correspondencia de periódico, es como recoger la lava de un volcán en una taza de café”.²³

Así entre la síntesis y el despliegue narrativo suceden estas *Escenas*. Ensanchamiento que sitúa en sus límites su propio desbordamiento, y posee sus dosis acertadas de ambigüedad y sugerencia:

En relación con el ensanchamiento narrativo en la crónica vale recordar que: a primera vista, la diéresis de un cuento, de una obra dramática, de un film [...] parece diferir de la de un relato periodístico: la primera emana de la creación de la imaginación, la segunda es exigida día a día por los acontecimientos; en la primera, “el suspenso” es manejado y en la segunda parece enteramente dado. El acontecimiento se opondrá a la estructura como la naturaleza al artefacto, lo accidental a lo categorial. Y sin embargo “ya sea vivida o representada, la acción es susceptible de las mismas apreciaciones y cae bajo las mismas categorías”. En cuanto el acontecimiento es relatado, lo vivido se transforma en representado y lo dado en el acontecimiento es aprehendido según las “categorías” del relato.²⁴

RAÍZ O FUNDAMENTO

Una peculiar textura o “capa de materia absorbente”, siguiendo la idea de Barthes, conforma en las *Escenas* el impulso ético. La escritura martiana lleva lo ético en su tuétano: las *Es-*

²³ José Martí, “El alzamiento de los trabajadores en los Estados Unidos” [*El Partido Liberal*, 29 de octubre de 1886], en *Otras Crónicas de Nueva York...*, p. 19.

²⁴ Jules Gritti, “Un relato de Prensa: Los últimos días de un ‘Gran Hombre’”, en Varios autores, *Análisis estructural del relato*, Ediciones Coyoacán, 1999, pp. 123 y 124.

cenar, con su multiplicidad de asuntos y problemáticas, dan a cada paso fe de ello. Observemos sino el énfasis en la relación entre ser y deber ser en los hechos que trata. Martí, para el engrandecimiento ético, sublima los hechos y los legitima a través de comparaciones con grandes personajes o hechos de la historia de la humanidad –lo que Julio Ramos llama citas del Libro de la Cultura–.²⁵ Es fácil advertir igualmente la mezcla del impulso ético y el espíritu ciudadano. En ese afán nacen sus afilados mosaicos o viñetas, que pueden ser sacadas de contexto y aplicados a cualquier época, a toda sociedad: “Aquí, como en todo cuerpo social, los pobres aspiran a la justicia, los ricos al abuso, los perezosos a la holganza, los empleados a la perpetuidad, los políticos al despotismo, los sacerdotes a la agorería”.²⁶

Muchas veces lo que se narra está cobijado en su cólera ética. Martí reflexiona a menudo como si estuviera escarmen-

²⁵ Recordemos en tal sentido lo que hace en la escena referida a la inauguración de la Estatua de la Libertad. “Martí trabaja con emblemas, con *paisajes de cultura* que en la crónica cumplen la función de reintroducir elementos cristalizados de la cultura canónica que precisamente era desplazada por la modernización. Las continuas alusiones bíblicas y la oratoria sagrada que por momentos determina la entonación son otros ejemplos de representaciones, de citas de ese Libro de la Cultura”. Julio Ramos, “Maquinaciones: literatura y tecnología”, en Julio Ramos, *op. cit.*, p. 163. Es necesario advertir que Martí emplea estas citas del Libro de la Cultura no sólo para legitimar escenas que cuenta, sino también para rebajarlas, para enfatizar el descalabro ético. Veamos el siguiente ejemplo: “Porque no es esta porfía de los andadores como aquel animoso estadio griego, donde a ligero paso, y dando alegres voces justaban en las fiestas por ganar una rama de laurel los bellos jóvenes de Delfos; sino fatigosa contienda de avarientos, que dan sus espantables angustias como cebo a un público enfermizo, que a manos llenas vacía a las puertas del circo los dineros de entrada que han de distribuirse después los gananciosos.

²⁶ Martí, “Varios sucesos. Trabajos preparatorios de los partidos políticos”, en Martí, *Obras Completas*, t. 11, p. 255.

tando a alguien desde una voz omnisciente, y en algunas circunstancias es perceptible la relación de la omnisciencia narrativa con la incuestionable eticidad. Incluso la ira ética puede detener momentáneamente la narración para dar salida a esos retratos de seres llenos de oquedades espirituales que tanto llamaban su atención. No sólo Martí hace la radiografía de un carácter, como en sus elogiadas semblanzas, sino también de una actitud. Su pluma a menudo canta a los ejemplos, fustiga deshonestidades. Propone una razonable hidalguía que debe penetrar a fuerza de fuego en los tiempos modernos. En tal sentido es lógico concluir que en las crónicas se imbrican el discurso fenoménico y el discurso ético, superponiéndose este último en incontables ocasiones. Pues no:

es Martí tipo sobre el cual pueda darse cátedra, y “frente a un hecho moral que se muestra por la escritura queda en un plano secundario la indagación de las características formales”. Martí como “hombre-ejemplo” elude la clasificación regalona. “A veces [...] hay más belleza”, porque Martí no busca la belleza sino que la halla siempre, “en una nota íntima y como preparatoria de un decir más pleno, que en un documento pensado para muchos”.²⁷

Yo diría que todos sus razonamientos tienen una raíz ética, es estrecha la relación entre la descripción y el impulso moral,²⁸ pues la emplea sutilmente para insuflar juicios, mu-

²⁷ Juan Marinello, “Españolidad literaria de José Martí”, citado por Edberto Almenas, “Prosa última: Algunos aspectos formales”, en *José Martí y los Estados Unidos*, La Habana, C.E.M., 1998, p. 124.

²⁸ En el lapso de tiempo que se analiza hay crónicas más intelectivas que otras, hay casos de meras observaciones, narraciones de sucesos ordinarios de los que deriva razonamientos profundísimos de raigambre ética, útiles para la vida siempre, en cualquier espacio o tiempo, que develan al escritor apóstol, al ingenio virtuoso.

chas veces éticos, de los personajes y hechos que recoge.²⁹ Además estaba apercebido:

de que “el periódico tiene algo de sacerdotal”, porque en la vida moderna ha llegado a ser guía de millares de hombres; en consecuencia, debe ser tal, que los lleve por el mejor camino y debe tener en cuenta que lo es particularmente para los que de por sí no pueden juzgar.³⁰

La descripción en Martí también contiene una alta carga ideológica. Fijémonos en el siguiente fragmento cómo la utiliza para juzgar a la mujer norteamericana y distinguir entre la rica y la humilde, realzando a esta última:

Los ojos, por supuesto, no se iban tras ellas, sino tras los vestidos de sedas claras, sin más adorno que el supremo de la natural belleza, favorecida por el amplio uso del tul [...] Más que el lujo impropio de la mayor parte de los trajes, era de notar, en el paseo de viudas acaudaladas, de esposas resplandecientes, de ilustres herederas, la degeneración, si no ausencia total, de aquella beldad de Diana y Juno de la mujer de Norteamérica, antes de la mezcla desconsiderada de las razas y los afanes

²⁹ Las sutiles metáforas también participan muchas veces de su afán ético, por ejemplo, para caracterizar y ridiculizar a Chauncey Depew, político advenedizo muy referido por Martí en las crónicas, utiliza una muy original: “dueño sólo de la centella de sus ojos” que satiriza su ambición, constituyéndose tanto en metáfora innovadora como en enjuiciamiento ético. Por otra parte, es necesario apuntar el regocijo que desborda la escritura martiana en las *Escenas*. Dijérase que se viaja de la indignación ética –inevitable por los sucesos ineludibles que describe– al regocijo por los que prefiere: Una escritura instintiva y emocional.

³⁰ Frida Weber, “Martí en *La Nación* de Buenos Aires (1885-1890)”, en *Periodismo como Misión*, Centro de Estudios Martianos y Editorial Pablo de la Torriente Brau, 2002, p. 265.

de una prosperidad violenta y excesiva. Y las pocas que por su hermosura llamaban la atención, eran en lo general gente nueva, recién venida del trabajo, del emigrante, del minero, del piloto, del campesino: porque las de familia más rica y antigua se conocían, no por la soltura y majestad del trato, sino por lo descolorido de la tez o la espalda gibosa, o el cuerpo infeliz o el perfil embebido de Carlos I el Hechizado.³¹

Esto y más cobija el universo célere de las crónicas. Martí sabía que:

la vida es movimiento y el movimiento está relacionado con lo que hace mover al hombre... la ambición, el poder y el placer. El tiempo que el hombre dedica a la moralidad debe quitárselo forzosamente al movimiento del cual forma parte. Tarde o temprano se ve obligado a elegir entre el bien y el mal. Porque la conciencia moral se lo exige para que pueda vivir consigo mismo mañana. Su conciencia moral es la maldición que tuvo que aceptar de los dioses, con el objeto de conseguir de ellos el derecho a soñar.³²

También en las *Escenas* las caracterizaciones de los personajes tienen un fundamento ético. Si son hombres buenos, reluce el verbo describiendo grandezas, si no lo son, el énfasis peyorativo va de lo físico a los vericuetos oscuros de su espiritualidad. Martí gusta de describir buenas acciones y comportamientos éticos: una forma analógica de reproducir y expandir su propio pensamiento y su propia conducta. Le preocupa

³¹ Martí, "Un Gran Baile en Nueva York", en Martí, *Obras Completas*, t. 11, p. 395.

³² William Faulkner y otros autores, *Confesiones de escritores. Los reportajes de The Paris Review. Narradores 1*, Buenos Aires, Librería Editorial El Ateneo, 1996. (Entrevista de Jean Stein).

el porqué de los móviles humanos. Penetrar sutilmente en la naturaleza humana, eso intenta y consigue Martí en sus abundantes retratos psicológicos a modo de viñetas dentro de las *Escenas*. Él no suele enjuiciar de un plumazo a un corrupto: dinamita sus cimientos a través de un sutilísimo retrato que hace padecer más que a todo a sus propias entrañas y a lo mejor de los hombres, entre sus lectores. Para Martí la naturaleza humana es sondable pero infinita, por eso penetra en ella, sobre todo en sus semblanzas –que son primero crónicas– como en una cueva imantada, reveladora de tesoros con su ojo magno y su ojo de hormiga. El instinto y la intención profundamente humanos en sus crónicas se revela abiertamente, siempre participando expone su poética: “Vale más un detalle finamente apercebido de lo que pasa ahora, vale más la pulsación sorprendida a tiempo de una fibra humana, que esos reherimientos de hechos y generalizaciones pirotécnicas tan usadas en la prosa brillante y la oratoria. Complace más entender en sus actos al hombre vivo y acompañarlo en ellos”.³³

También le seducen los parlamentos éticos, tanto, que no puede sustraerse de citarlos, e imagino que manipularlos en función de su punto de vista.³⁴ En tal sentido el punto de vista en las *Escenas* es un elemento fundamental, pues Martí desea insuflar ideales éticos a sus lectores.³⁵

³³ Martí, “Estudio indispensable para comprender los sucesos venideros en Estados Unidos”, en Martí, *Otras crónicas de Nueva York...*, p. 68.

³⁴ Véase un ejemplo, una de sus citas, para tener idea: “[...] El que comercia con un truhán, es un truhán. El que descende hasta el bribón, descende. El que roba el derecho de todos para sí, roba. El que degrada a los demás, se degrada”. Martí, “Historia de un proceso. Áspero Verano”, en Martí, *Obras Completas*, t. 11, p. 229.

³⁵ Precisando la afirmación, y sin decir lo mismo: El punto de vista ético preside la esencia del pensamiento de todas las *Escenas*. Las peculiaridades del proceso de corrupción política que Martí describe en

INFINITAS ENVOLTURAS

Cuánto pudiera decir sobre las cualidades propiamente de la prosa de las *Escenas Norteamericanas*. Es ya un hecho advertido por todos los críticos que se han acercado a ella el considerarla plástica³⁶, cromática y cinematográfica. Su prosa a menudo sazónada de escenas plásticas, que suplen el afán de contemplación que guarda toda alma humana, va de la inspección a la descripción, y de esta a la caracterización o el juicio³⁷. Hay una característica que engloba su estilo, que es la causa del rasgo anteriormente descrito, y es aquella que reza que en sus *Escenas* el lenguaje adquiere la categoría de protagonista. Lo aquí referido también se relaciona con la idea de que en las crónicas la crítica brota de la propia descripción. Siento que narración y descripción están profundamente ligadas, forman una simbiosis muy fuerte, marchan unidas. Ya una no fluye de la otra. La minuciosidad y el afán de revelar el “movimiento” de los hechos convierten su discurso particularmente inquisitivo y con tendencia a la recurrente descripción.³⁸ Pues ya para este tiempo: fines del siglo XIX la

las *Escenas* coinciden con las esencias inoperantes del sistema político de todos los tiempos: sus análisis no son sagaces, son sobre todo éticos.

³⁶ La luz incita peculiarmente las cualidades de su prosa, como lo hace recurrentemente en su poesía. “Algunos de los grandes tópicos que obsesionaban al siglo XIX” y que también subyacen en las *Escenas* son “la relación entre el hombre y la naturaleza, entre el tiempo y el progreso y entre los anteriores términos y la tecnología del fuego. El fuego, el calor, el sol, la luz son términos privilegiados tanto en la *episteme* del siglo XIX como en las obras de Martí.” Aníbal González, *op. cit.*, p. 84.

³⁷ El ir de la descripción al juicio sin transición es una de las características que le permite el logro de la celeridad narrativa en las *Escenas*.

³⁸ Se puede, pues, decir que la descripción es más indispensable que la narración puesto que es más fácil describir sin contar que contar sin describir (quizá porque los objetos pueden existir sin movimiento, pero

descripción “llega a ser lo que no era en la época clásica: un elemento mayor de la exposición”.³⁹ Todo esto se comprende si aceptamos que “el relato de prensa se despliega ante todo a nivel de la transitividad natural, ‘la historia que se cuenta’, pero da pruebas de una sorprendente capacidad de ‘ingurgitar’ rápidamente los ‘narrantes’ culturales más variados”.⁴⁰

Si pensamos en las cualidades diegéticas y ensayísticas de las *Escenas* entenderemos por qué “un relato puede ser leído como un ensayo, y viceversa: No podemos narrar sin razonar” [...]. Se ha evidenciado que en el discurso político y literario es posible cuantificar la jerarquía de los valores: no podemos narrar sin valorar”.⁴¹

Martí cierra muchas veces sus *Escenas* con detalles bien literarios, plásticos, cromáticos, pasajes llenos de contraste u honda carga emotiva, momentos alados, esperanzadores y a veces simbólicos, como dejando la muestra, el sello de la condición elevada de su escritura, instantes que quedan como relente en los ojos después de tanto fundamento descriptivo preñado de reflexión. Otras las compone de pasajes muy plásticos como el siguiente, donde se siente el chasquido del papel de China, mientras desenvuelven sus zapatillas las

no el movimiento sin objetos). Pero esta situación indica, de hecho, la naturaleza de la relación que une a las dos funciones en la inmensa mayoría de los textos literarios: la descripción podría conseguirse independientemente de la narración, pero de hecho no se la encuentra nunca, por así decir en un estado puro; la narración sí puede existir sin descripción, pero está dependencia no le impide asumir, constantemente el primer papel. La descripción es naturalmente, *ancilla narrationis*, esclava siempre necesaria pero siempre sometida, nunca emancipada. Gerard Genette, “Fronteras del Relato”, en Varios autores, *Análisis estructural del relato...*, p. 205.

³⁹ *Ibid.*

⁴⁰ Jules Gritti, *op. cit.*, p. 130.

⁴¹ Luis Britto, “Decálogo para el post- escritor en el siglo de Pilatos”, en *La Jiribilla*, junio, núm. 1, 2003, p. 6.

mujeres a la entrada del salón de baile, y el lápiz con que se anota el nombre con quien se bailará la pieza es de plata. O aquel que termina como cuando se destaca un detalle en una composición pictórica, cuando se pone toda la luz sobre él, o toda la intención, o toda la sombra. Los detalles finales de los cierres mueven casi siempre al espíritu que venía por una senda sino preconcebida, intuida por el lector, cambian el rumbo y la lógica del pensamiento. Son pintorescos y/o emotivos, avasalladores de los sentidos: el calor, la luz y los olores.

De acuerdo a lo que describe, Martí le da texturas a su discurso, texturas que tensan los sentidos, los aguzan en la contemplación. La vista graba el contraste en la contemplación, el oído es conquistado con fineza:

Otras, que llegan a pie, traen el calzado fuerte, y las zapatillas de baile en la mano, envueltas en papel de China [...], de plata, como las iniciales del club: letras de plata encabezaban la lista de la cena: con un lápiz de plata apuntaban las damas el nombre del bailarador favorito en la blanca cartulina.⁴²

Un inusual cromatismo⁴³ cierra su escena dedicada a los caminadores (*La Nación*, 15 de abril de 1888). Parece un proceso, un retazo de composición pictórica:

⁴² Martí, *Obras Completas*, t. 11, pp. 393 y 391, respectivamente.

⁴³ El cromatismo es uno de los principales recursos que emplea Martí para dar lucimiento a lo que cuenta, y aparece muchas veces entre el relato y el juicio político o social, como un curioso detalle de fijación, contraste, y cambio del tono del discurso. La insistencia sobre el factor visual hace que los textos martianos sean pasajes que el cronista interioriza –*inscapes* en lugar de *landscapes*– como tenían que ser los escritos de un autor moderno que mira en sí y se reconstruye, según el perfil del creador elaborado en su manifiesto de la modernidad, “El prólogo al poema del Niágara”. Ivan Schulman, “Leyendo los Estados Unidos”, en *Revista Honda*, núm. 7, 2003, p. 8.

En las casillas, y en los hoteles de la vecindad, a la hora en que el vencedor aún tenía fuerza para despedirse de la concurrencia con un discurso [...] interrogaba un periodista en vano la mente hueca del caminador, tendido exánime en un catre de campaña, entre flores marchitas, potes embadurnados de jalea, cascós de huevo con fondos de vino, huesos de cordero a medio mondar, cepillos, tabacos, trapos manchados de sangre, libras de té y botellas de champaña descabezadas.⁴⁴

La basura, que evidentemente rodea al corredor vencido, es el telón de fondo de las escenas, el motivo que curiosamente “aviva” con sus colores la imagen del corredor moribundo:

las flores
el color de vino en la cáscara del huevo
el hueso de cordero
el tabaco
el trapo blanco y la mancha de sangre
el tono de las botellas

En las *Escenas Norteamericanas* la prosa no quiere pintar, ni retratar, la prosa quiere vivir, ¿ser tamiz?, forma de acceso, velo claro. Otras veces el instinto de dar testimonio sobre algo tremendo sobresale por encima del ansia de una inusitada celebridad literaria. Su prosa se siente plena cuando describe el continuo movimiento, sus lógicas y a veces ilógicas variaciones. La celeridad no parece de la escena que narra, parece toda de las gracias de su pluma, que al necesitar de algo que se le asemeje en nuestro presente común no puede

⁴⁴ Martí, *Obras Completas*, t. 11, p. 406.

ser menos que comparada con el cine.⁴⁵ Prosa hecha para que no se vean sus hilos, pero la selección del material que se refiere da fe de la agudeza del entramado literario. Muchas veces lo descrito y lo visto pasan a conformar una sola categoría. Lo descrito se transforma en lo narrado desde un punto de vista subjetivo, y son a menudo hechos que se conocen, que se imaginan, pero que no están sucediendo en el momento que se concibe la crónica.

Estamos pues ante una escritura que da idea del movimiento y del contraste –de los sonidos, los colores, las formas– escritura tan dinámica como consecuencia de la pupila, a un tiempo concentrada y expandida del autor.⁴⁶ Martí despliega

⁴⁵ Vale la pena recordar que también hay un tipo de descripción a la que se denomina cinematográfica. Al incursionar en ella “es importante dar la impresión de movimiento, destacar la variedad y traer a ‘primer plano’ lo más saliente del desfile. Pero también conviene tener en cuenta el sonido, [...] la elegancia o precisión del gesto [...] En suma, en la descripción ‘cinematográfica’, el lector, gracias a nuestro trabajo, *asiste* al espectáculo como si lo viese y oyese con sus propios ojos y oídos. Es esta acaso la más completa de las descripciones porque requiere luz, calor, movimiento, relieve y sonido”. Gonzalo Martín Vivaldi, “La descripción y su técnica”, en *Los desafíos de la ficción*, Editorial Abril y Centro de Formación Literaria Onelio Jorge Cardoso, 2001.

“Martí escribe hacia las postrimerías del siglo pasado, cuando el escrito periodístico degeneraba a la neoespecie del *digest* – la toma de noticias de aquí y allá, zurcidas a base de un lenguaje sonso e incoloro hasta formar un edredón acartonado de parches informativos. No es Martí, claro está, el primero en aplicar la llamada técnica cinematográfica [...]. En la Literatura realista universal abundan ejemplos afines. Exaltamos más bien el hecho de que el cubano la desplegara como operación literaturizadora justo en el pliegue de un siglo en que la prensa se tornaba en deplorable diarismo comercial.” Egberto Almenas, “Prosa última: Algunos aspectos formales”, en *José Martí y los Estados Unidos...*, p. 122.

⁴⁶ No sólo es dinámico el pensamiento de Martí, lo que cuenta igualmente es dinámico, no únicamente por su esencia, sino también y sobre

con tino las galas del estilo descriptivo: vivo, rápido, plástico y claro, pues el estilo –y Martí tenía conciencia de ello– ha de responder a la época que se vive. En sus observaciones una aguda mirada y una profunda intuición se dan la mano. En

todo por lo ingente de su mirada de curiosa fijación enervada. Prueba de ello es el regocijo que derrama su pluma cuando describe multitudes humanas diversas, desfiles, familias enteras, sobre todo si son humildes –la masa cosmopolita lo seduce hondamente, sobre todo la variedad de inmigrantes, con sus costumbres y colores, las minorías: los indios y los negros con sus diversas formas de vivir y ver el mundo–. Igualmente su prosa se desata, se llena de vitalidad en el desastre. Todo esto tiene un precedente de poética: la pluma entrega sus mejores páginas en el dolor, en la desgracia, las de más fuerza expresiva. Los sucesos magnos: desastres, desfiles (“procesiones”), muchedumbres, espacios y aconteceres donde el hombre muestra el poder de su cerebro y la fragilidad de su cuerpo, son los que hacen a su pluma lucir sus mejores galas. La necesidad imperiosa de desbordarla y sus afanes por develar profundamente el comportamiento humano explican su preferencia por este tipo de hechos donde también se incluyen la indignación, el júbilo, la ansiedad, la desesperación. Un marisma de sucesos es nada ante un suceso desgarrador. Se emplea un crescendo en lo que se narra, y se oponen violentamente los hechos por su propia naturaleza. Su pluma es pupila y su pupila goza de descomunales poderes ópticos que rezuman plasticidad. ¿Para qué se describe lo que rodea amén de ganar el sustento? Todo es objeto de su curiosidad. Pero lo pintoresco apenas es botón de muestra que da paso a conflictos más vivos. El cronista trata de ser ligero, pero se descubre a un abierto profesante de profunda eticidad. A veces, aunque por la lógica de la enunciación del discurso, una acción tiene que ser descrita después de la otra, la naturaleza rauda e irruptora de los sucesos que narra y su dinamismo, así como su plasticidad –anticipación cautelosa de lo cinematográfico– prueban que estos hechos transcurren al unísono: Un ejemplo es esta escena de catecúmenos que se sumergen en un río: “El primero es un anciano: hasta el pecho lo tiene ya sumergido el pastor, cuando por fin le hunde en el agua la cabeza por pocos instantes. Gloria a Dios!” dice, levanta al inmerso, le limpia la sal de los ojos, lo saca de la playa y mientras vuelve el pastor a su río con poderosa

medio de las crónicas norteamericanas un complemento es golpeado por el látigo de otro, antes de enredarse brevemente en él, y tejer prisiones que luego en la mente del lector no se deshacen. En este punto no me parece en balde recordar que en ellas la enunciación verbal es eminentemente literaria, no periodística, y que hay una explotación consciente de lo dramático. Martí carga la mano en relación con dicho aspecto para producir el efecto deseado.

Las realidades que a veces Martí decide describir –sobre todo aquellas que no vivió– son primero una necesidad en el cerebro, un instinto que nace en la mente que privilegia el genio, de ahí la imagen cinematográfica, la descripción sorprendentemente plástica. Dentro de las cualidades de la prosa pudiéramos referir también la multiplicidad de la descripción,⁴⁷ la minimización o síntesis de enormes hechos o espacios y amplificación de sucesos ínfimos, haciendo gala de su ojo de cíclope y su ojo de hormiga. Es lo que la crítica ha denominado su “gran pupila para lo vasto”, su pupila impresionista. Sirva este breve fragmento de un desfile como botón de muestra: “ríos de bayonetas, millas de camisas rojas [...] una mancha de gorras blancas”.⁴⁸

sesentona, el anciano dando diente con diente, echa a correr hacia la barraca, agitando los brazos en alto, y gritando: ¡Aleluya! ¡Aleluya! Una tísica se desmaya en el agua. Un mocetón sale bufando y voceando ¡Gloria! y dice que nunca se ha sentido ‘con tanto calor’. Una irlandesa desvanecida sale del baño en brazos. Un concurrente, tocado de fe súbita, quiere bautizarse, y como no hay ropón para él, entra en el baño con su vestido de domingo”. Martí, “La religión en los Estados Unidos”, en Martí, *Obras Completas*, t. 11, p. 430.

⁴⁷ La descripción, al ser la forma elocutiva predominante en las *Escenas Norteamericanas*, según afirma Julio Ramos, muchas veces da colorido y plasticidad a lo que cuenta.

⁴⁸ Martí, *Obras Completas*, t. 11, p. 107. ¿Qué condiciona la organización textual en muchas *Escenas Norteamericanas*? “La voluntad de dis-

Amén de esta pupila ingente, se respira de manera esencial una conciencia ubicua que al describir y ordenar, establece las bases éticas de su discurso. La “descripción, entre otras cosas, remite al modelo mimético presupuesto por la crónica. Parecería, entonces, que el valor de la palabra en la crónica está determinado por su capacidad de referencia inmediata a su objeto”. Y ella “podía ser el lugar de la *estilización*, aún a riesgo de desplazar el poder, en el relato mismo, del discurso narrativo”.⁴⁹ Vale la pena, amén de las lógicas marcas de estilo, dedicar algún comentario al polimorfismo de las *Escenas*, a esas reflexiones escurridizas o tenazmente detenidas, a ese giro a veces nervioso, a veces insospechado del ojo. La aparente irregularidad y desequilibrio quizá respondan a una ingente y a veces subrepticia labor en pro de un equilibrio ético para el género humano. Quiero decir, que la abundancia estilística que por momentos aparece ante los ojos como un desbalance, es una de las consecuencias de que prevalezca, a toda costa, en las crónicas un espíritu esencialmente ético. Pudiera verse tal cuestión también desde otro ángulo: la multiplicidad estilística en las escenas está relacionada con una especial concepción de la física, de la historia y de la es-

tanciamiento del sujeto” y “los rasgos de la perspectiva: el reclamo de la distancia”, “ver de lejos: que marca la representación, el pasaje de una variedad de elementos a una unidad global que condensa la dispersión”, el “pasaje de lo múltiple a lo integrado implica una transfiguración de lo particular (lo vario) en lo total (lo uno) necesariamente mediada por la actividad analógica del sujeto [...]”. Ese énfasis sitúa al sujeto como la bisagra necesaria, como la condición de posibilidad del pasaje de la “variedad cegadora, a la escena, que congela el movimiento de lo múltiple”. Julio Ramos, “Maquinaciones: literatura y tecnología”, en Julio Ramos, *op. cit.*, p. 195.

⁴⁹ Julio Ramos, “Maquinaciones: literatura y tecnología”, en *ibid.*, p. 165. En la nota 54 se hace alusión a las peculiaridades de la descripción en las *Escenas*.

critura por parte de Martí, hallándose en la base de todo este razonamiento la existencia en las crónicas de una peculiar concepción del tiempo.⁵⁰

Quien se asoma a estas páginas disfrutará de párrafos de total intuición estética, de las cualidades específicamente rítmicas de la prosa, de un ojo avizor a la imagen,⁵¹ ya sea creada por él o presenciada. Finá García Marruz llama a esto carácter constante que aparece en los momentos significativos. Describe “esa autonomía de la imagen que nos eleva –dice ella– a lo que ya hemos llamado el símbolo involuntario [...]”. Son las imágenes las que piensan. Se echa mano de ella, y es inevitable reconocer la profunda intelección de la mirada. Le encanta relatar, recoger y recrear los hechos simbólicos, los sucesos-metáfora: “mientras Filadelfia ve morir, al bajarse a levantar del suelo una oropéndola herida, a un poderoso irlandés que deja a Henry George, para que propague la nacionalización del suelo, toda su fortuna”.⁵²

Es realmente impactante ver cómo a oscuras se integran y se reconocen en las *Escenas norteamericanas* la imaginación y el testimonio. “La imaginación necesita límites”,⁵³ pero también los límites necesitan de la imaginación. La realidad es

⁵⁰ Para profundizar en el concepto de tiempo en las Escenas, véase Aníbal González, *La crónica modernista hispanoamericana*.

⁵¹ Ella le interesa tanto que es capaz de fijarla como enunciado en sus índices, dándole así preponderancia: “Los pájaros y la estatua de la Libertad”, en Martí, “Los sucesos de la semana”, en Martí, *Obras Completas*, t. 11. He aquí la imagen viñeta: “mientras los pobres pájaros que van huyendo de la nieve, caen, cegados por el fuego de la antorcha, a los pies de la estatua de la Libertad, ribeteando con los esmaltes del colibrí y el amarillo de la oropéndola, su túnica de bronce, en Nueva York, agitada por la cercanía de las elecciones [...] todo es palabra, movimiento y música”.

⁵² Martí, *Obras Completas*, t. 11, p. 359.

⁵³ “Derek Walcott entrevistado por Edward Hirsch”, en Varios autores, *Confesiones de Escritores. Poetas*. Librería Editorial El Ateneo, 1985, p. 243.

más fidedigna si se explotan al máximo los resortes de aquella. Pues “le concede un don verbal que parece maravilloso y que comunica insuperable eficacia a la voz con que en él nos hablan el hombre y el artista”.⁵⁴

Es frecuente encontrar en estas crónicas, catalogadas como milagros del lenguaje,⁵⁵ paisajes de reflexión poética que recuerdan vivamente a los de *Versos libres*,⁵⁶ y que reflejan la

⁵⁴ Raimundo Lazo, “Valoración de Martí”, en *Cuaderno Patria*, época II, año 1, núm. 1, enero-diciembre, 2002.

⁵⁵ La obra toda de Martí más que una “mina sin acabamiento” —expresión que a mi entender deja demasiado clara la ambición exegética interesada— me parece un milagro vivo.

⁵⁶ Y por momentos recuerdan también los de *Versos sencillos*. Fijémosnos en esta escena donde el flujo desordenado y onírico del baile reproduce a escala mayor el pasaje del poema XXII que reza:

Una duquesa violeta
Va con un frac colorado
[...]
Y pasan las chupas rojas,
Pasan los tules de fuego,
Como delante de un ciego
Pasan volando las hojas.

Una dama estética envuelta en encajes, carga a la espalda como cuello de capa invisible una capellina de peluche carmesí. Pasan moarés cortados, como para visita, terciopelos negros con collar de diamantes. Watteaus de gris acero con abanicos rojos, tules amarillos con abanicos de espejo, brocados de azul y oro, un traje de lisú de iglesia de calle: ¡zapatos de botones! (Observemos la utilización continuada de sinécdoques para dar el febril movimiento, el brillo y los contrastes que produce el vestuario en su intercambio con las joyas) [...]. Pasa una anciana caduca, de cara pergamínosa y andar trémulo; va arrastrando la cola de tisú blanco y oro: sobre la clavícula lleva un lunar falso: en los pómulos le arden dos motitas rojas: los brillan-

presencia de la lucha entre la angustia de vivir y la profunda esperanza que a todo corazón llama a la vida. En cuanto a lo temático, la idea de la vida en la gran ciudad y sus consecuencias nefastas para el espíritu humano recorren profusamente tanto *Versos libres* como *Escenas Norteamericanas*. Veamos un ejemplo:

tes, que en el collar de tres vueltas le penden, lucen en el pecho hundido como las joyas guardadas en Yeso”. Martí, “Un Gran Baile en Nueva York”, en Martí, *Obras Completas*, t. 11, p. 395.

Puede afirmarse como generalidad que muchos de los motivos poéticos que utiliza Martí en los *Versos libres* recorren a numerosas *Escenas Norteamericanas*. Pueden ser rastreados con la seguridad del hallazgo del fruto. Fijémonos en este que proclama al hombre –y al poeta– como guerreros solares, recurrente en varias de sus imágenes poéticas. En el final de “El terremoto de Charleston” y luego de narrar el “levantamiento” esperanzador de los hombres afirma:

“¡El hombre herido procura secarse la sangre que le cubre a torrentes los ojos, y se busca a la espada en el cinto para combatir al enemigo eterno, y sigue danzando al viento en su camino de átomo, subiendo siempre, como guerrero que escala, por el rayo de sol!”

La prisa de la vida moderna, la incapacidad del ser humano para experimentar el amor está aquí reflejada de manera semejante que en ese gran poema: “Amor de Ciudad Grande”:

[...] nuestros tiempos son temibles: corre miasma en las venas, todo es como esos mancebos y esas mozas: el deseo es sueño, y no se disfraza ya de amor, que le da cierto buen parecido: con tal prisa se vive que no hay tiempo para vestir los apetitos: algo como un cerdo ha hecho su corral en nuestro cerebro”. “La Vuelta de los Héroes de la “Jeannette”, en Martí, *Obras Completas*, t. 10, Editorial Ciencias Sociales, 1975, p. 21.

De gorja son y rapidez los tiempos:

En las ciudades, sobre todo, se agravan estos males. Se vive mucho fuera de la casa. Llega el hombre a su hogar, sea rico o pobre, como el transeúnte a su fonda, o la fiera a su cubil. Trae de afuera el barro hasta la garganta, y toda la hiel movida con el contacto del animal humano. Pierde el trabajo su decoro y

Corre cual luz la voz; en alta aguja
Cual nave despeñada en sirte horrenda
Húndese el rayo, y en ligera barca
El hombre, como alado, el aire hiende.
Así el amor, sin pompa ni misterio
Muere, apenas nacido, de saciado!

“Amor de Ciudad Grande”, en *Poesía Completa*, t. I, p. 89.

En otras ocasiones la idea que surge es tan fuerte y tan del beneficio de los demás que hay que volcarla en varios tipos de discurso. De un actor inglés llamado Irving afirma:

“Ahora hace *Hamlet*, el universo *Hamlet*”

En “Sed de Belleza” aparece exactamente la misma expresión:

El cráneo augusto dadme donde ardieron
El universo Hamlet y la furia
Tempestuosa del moro.

Poesía Completa, Edición crítica, t. I, p. 86.

En este caso un sustantivo encierra todo un concepto, toda una valoración.

Si pensamos en los elementos de poética que Martí expone en su prólogo a *Versos sencillos* y leemos las virtudes que este atribuye a la poesía de Emerson rápido saltarían las evidencias y confluencias entre dos líricas conformadas sobre similares contrastes:

“Y su poesía está hecha como aquellos palacios de Florencia, de colosales pedruscos irregulares. Bate y olea como agua de mares. Y otras veces parece en mano de un niño desnudo, castillo de flores”. Martí, *Obras Completas*, t. 13, p. 30.

hermosura, por la prisa y fin mercenario con que se le hace, y por la brutalidad usual del trato [...].⁵⁷

Yacen aquí varios de los motivos de los textos que integran los endecasílabos hirsutos o las evocaciones vivas de las imágenes de aquellos, su recurrencia febril. Las siguientes reflexiones nos recuerdan las del poema “El Padre Suizo”:

No queremos hacer ricos a todos los hombres, sino congregarlos en la voluntad para estudiar juntos la manera de constituir nuestro pueblo de manera que las madres no tengan que echarse a los pozos con sus hijos en brazos, por no poder saciarles el hambre. Cuando a esto se llega, la sangre hierve en las venas; y hay que hacer algo.⁵⁸

A veces hay secuencias tan desgarradas y telúricas que no pueden negar la intertextualidad expresiva entre dos obras que se forjaron paralelamente. Hablando de la frialdad criminal de los anarquistas expresa: “se ven círculos de color de hueso, –cuando se leen estas enseñanzas–, en un mar de humareda: por la habitación, llena de sombra, se entra un duende, roe una costilla humana, y se afila las uñas”.⁵⁹

[...] escribí versos. A veces ruge el mar, y revienta la ola, en la noche negra, contra las rocas del castillo ensangrentado: a veces susurra la abeja, merodeando entre las flores”. *Versos sencillos, Poesía Completa*, t. 1, p. 233, Editorial Letras Cubanas/CEM, 1995.

⁵⁷ Martí, “Un mes de vida norteamericana-Aspecto airado de los acontecimientos [...]”, en Martí, *Obras Completas*, t. 11, p. 153.

⁵⁸ Martí, “Acontecimientos interesantes. México en los Estados Unidos”, en *ibid.*, p. 209.

⁵⁹ Martí, “Un drama terrible” [*La Nación*, Buenos Aires, 1ro de enero de 1888], en *ibid.*, p. 339.

Muchas veces coinciden razonamientos de base metafórica y hondo carácter ético en las *Escenas* y los *Versos libres*. Fijémonos en el similar registro estilístico del siguiente ejemplo: “Gusanos me parecen todos esos despreciadores de los pobres: si se les levantan los músculos del pecho, y se mira debajo, de seguro se verá el gusano”.

“La procesión moderna. Una columna de 2000 trabajadores”.⁶⁰

[...] Si los pechos

Se rompen de los hombres, y las carnes

Rotas por tierra ruedan, no han de verse

Dentro más que frutillas estrujadas”

“Amor de Ciudad Grande”.⁶¹

Quien lea con cuidado estas *Escenas*, en forma de misivas, advertirá rápidamente el recurrente predominio de la mirada emotiva.⁶² Su profunda sensibilidad de poeta la fundamenta, y se persigue –priman– las imágenes poéticas efectivas⁶³ y atrevidas⁶⁴ o los razonamientos de implicaciones poéticas,⁶⁵

⁶⁰ Martí, *Obras Completas*, t. 10, p.77.

⁶¹ *Poesía completa*, Edición Crítica, t. 2, 1985, p. 89.

⁶² Iuri Levin llamaría a esto “injerencia de la función emotiva”.

⁶³ Pues como decía René Magritte, “las imágenes son retratos de ideas y no objetos o individuos”.

⁶⁴ “Hablaba a saltos, a latigazos, a cuchilladas” para referirse al anarquista Parson en sus discursos a sus sectarios cuando fue propuesto Presidente de la República [*La Nación*, Buenos Aires, 1ro de enero de 1888]. Martí, *Obras Completas*, t. 11. Otro ejemplo de estas imágenes rotundas, en este caso atravesada por la paradoja, es la siguiente: “Había como un silencio en aquel ruido”. En *ibid.*, p. 246.

⁶⁵ Pongamos en la propia “voz” de Martí la defensa de sus *Escenas Norteamericanas*: “La prosa que llega más aprisa es la prosa poética. Se lee de los prosistas, no lo propio, para expresar lo cual la belleza de la prosa es escasa e impotente, sino aquello en que reflejan los grandes trances de

los asuntos o escenas que a esta mirada emotiva lleven.⁶⁶ Anotemos un ejemplo:

Aplaude la tribuna el paso firme de la milicia elegante del 7mo regimiento: va muy bella en sus capas de campaña la milicia del regimiento 22: dos niñas alemanas, que vienen con una compañía, le dan al Presidente dos cestos de flores, apenas puede hablar una criatura vestida de azul que alcanza a Lesseps un estandarte de seda para Bartholdi. Vuela la Marsellesa, con su clarín de oro, por toda la procesión, el Presidente, con la cabeza descubierta, saluda a los pabellones desgarrados: humillan sus colores las compañías cuando cruzan delante de la tribuna, y los oficiales de la milicia francesa besan al llegar a ella el puño de su espada. Pasan las mangas sin brazo, entre frenéticos saludos de las aceras, tribunas y balcones: pasan los banderines, atravesados por las balas: pasan las piernas de madera.

Son comunes igualmente los elementos o ideas contundentes para cierre de pasajes o períodos, la frase absoluta que abarca –en las que parte de las formas que emplea en poesía–, la presencia de reminiscencias poéticas, y de una metaforización en muchos momentos idéntica a la de su lírica. Ante giros como estos el filólogo, el clasificador queda sobre ascuas: “hablaban poco, como si se fueran sintiendo consagrados”.⁶⁷ En tal sentido en medio de la crónica la descripción fragmentada y continuada de las acciones, la ruptura

la historia de los hombres o de la naturaleza”. Eso es lo que sucede en las crónicas. En *ibid.*, t. 21, p. 211.

⁶⁶ “La historia que ha de ser contada/es el Dios del escritor”: “The story that has to be hold/Is the writer’s God”. Ted Huges, *Cartas de Cumpleaños*, Barcelona, Editorial Lumen, 1999, pp. 426 y 427.

⁶⁷ Esto es verso, por el arranque, la inflexión y el sentido. “Días de fiesta y días de trabajo”, en Martí, *Obras Completas*, t. 11, p. 302.

que crea la frase breve, pero preñada de sentido, el corte instintivo, no pueden negar sus mayores habilidades de poeta.⁶⁸

Leyendo las escenas y pensando en el inconsciente y consciente “saqueo” de sentencias de esta altísima obra creo que en el caso de Martí no sólo las frases son sacadas de contexto por cuestiones ajenas al texto literario. Aunque dichas frases pueden albergar sentido en sí mismas, este es eminentemente elíptico, o tan abarcador que no se ven los hilos que nos llevan hasta él. Véase este ejemplo tan elocuente:

Cuernos, caracoles y campanas han llamado hasta ahora a los hombres al trabajo: ahora los llama el pito de vapor, que no se pierde como aquellos en el eco, ni tarda en atravesarlo, sino que lo hiende y domina, y no admite demora ni réplica. Todo lo *que es, es símbolo*: la conciencia humana crece. El trabajar no es hacer mérito, sino obedecer: la arrogancia de la voz que llama al hombre el trabajo, indica que se está seguro de que este ha de obedecerla.⁶⁹

El giro apotegmático como expresión lógica de un pensamiento poderoso y una inusitada capacidad de abstracción han hecho que en el caso de Martí se incurra a menudo en interpretaciones fuera de contexto.

Todo esto sin hablar de la especie de disimulo, displicencia o tranquilidad con que Martí incurre en este tipo de ideas o pensamientos, como si no estuviera diciendo nada impor-

⁶⁸ Son crónicas igualmente aguijoneadas por pasajes, imágenes y apóstrofes poéticos “Ya el hecho de que, al hablar de su obra poética, tengamos que referirnos enseguida a sus discursos y artículos, da la medida de una de las primeras integraciones que realiza Martí: la del verso y la prosa. Unamuno insinuó que Martí escribía en una especie de lengua protoplasmática, anterior a la escritura de verso y prosa. Esa lengua se fundaba en los dos elementos eternos de la expresión verbal: el ritmo y la imagen”. Cintio Vitier, “El poeta”, en *Poetas Cubanos del siglo XIX*, La Habana, Cuadernos de la Revista Unión, 1969, p. 53.

⁶⁹ Martí, *Obras Completas*, t. 10, p. 82. Las cursivas son mías.

tante o trascendente. No puede cuidarse de generalizaciones y abstracciones abundantes, un hecho confirma una ley, una tendencia.

Ya en alguna parte del presente ensayo nos referíamos a la importancia del punto de vista en las *Escenas*, pues se establecen rejuegos entre apariencias y esencias de los fenómenos, que las cualidades de la prosa saben dar al unísono, junto a gradaciones emocionales de la mirada. También la simbiosis de los puntos de vista de los personajes que refiere crea un ángulo de perspectiva general, a un tiempo que especial, una conciencia ingente que se debate, y que, sin parecer pretenderlo, va llegando a la esencia de muchos fenómenos. Esto se relaciona con la multiplicidad que asume Martí al tratar un tema o problema, exponiendo sus diversas variantes, e incluso puntos de vista, a través de preguntas que muevan a la reflexión del lector. Se llevan a cabo también razonamientos en las preguntas, no son meras incógnitas. Se llega a la objetividad por una participación entrañable. Las reflexiones que se atribuyen a los personajes que presenta, por su intensidad y raptó emotivo, inmiscuyen también al narrador y su personalidad. Lo cual tiene su base en la sutil selección de los parlamentos de los mismos que refiere y cita, prefiriendo la frase metafórica o imaginista.

Adviértase la incesante movilidad de la pupila que mira: en ocasiones el cambio constante de perspectiva, arrancándole a la realidad a un tiempo el detalle nimio, el giro periodístico y estilístico y la pincelada desgarradora. Véase este ejemplo: “Las ruinas del puente cubren sesenta acres. Envueltos en frazadas y con los ojos inmóviles, buscan los padres encorvados en un día, el cuerpo de sus esposas. Los bueyes de arar llevan a carretada los cadáveres”.⁷⁰

⁷⁰ Martí, “Johnstown. El valle, el torrente”, en *ibid.*, t. 12, p. 228.

Martí en las *Escenas* exprime los hechos, los deja en su esencia, sin muchos datos coyunturales, en muchos momentos colocando como protagonista al lenguaje: hecho propio de la literatura de creación, específicamente la poesía.⁷¹ El propio Martí en una escena correspondiente a 1887 afirmaba: “El arte de escribir ¿no es reducir? La verba mata sin duda la elocuencia. Hay tanto que decir, que ha de decirse en el menor número de palabras posible: eso sí, que cada palabra lleve ala y color”.⁷² Sin embargo, Martí siempre está expulsando las ideas de su propio territorio. Estas acarician, sacuden al asunto de origen, y se desatan, deseosas y ambiciosas de los temas más variados y elevados. Tal razonamiento da fe de lo sentencioso de su estilo. Por momentos estamos ante una prosa nerviosa, cambiante, que quiere tomar todo de aquí y de allá en un movimiento que guarda algún temor.

En ocasiones al describir el estilo de un gran escritor, reproduce, quizá con algo de malicia, los fundamentos del suyo: “Acumular le parece el mejor modo de describir, y su raciocinio no toma jamás las formas pedestres del argumento ni las altisonantes de la oratoria, sino el misterio de la insinuación, el fervor de la certidumbre y el giro ígneo de la profecía”.⁷³

Entre los aspectos que vuelven inusuales a estas *Escenas* están las cualidades efectivo-imaginativas de la prosa, el despliegue circunscrito, al mismo tiempo lógico y creativo. Por ejemplo, en su crónica “La excomuni3n del Padre McGlynn”,

⁷¹ Ya se sabe que en Martí no hay divorcio entre literatura y periodismo, y no sólo el cultural, sino todo el periodismo, porque él tenía una concepción enciclopédica de la cultura.

⁷² Martí, “El Monumento de la prensa. Los periodistas de Nueva York” [*La Nación*, 28 de julio de 1887], en *ibid.*, t. 11, p. 196.

⁷³ Martí, “El poeta Walt Whitman”, en Martí, *Obras Completas*, t. 13, La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 1975, p. 142.

los apóstrofes⁷⁴ que utiliza Martí contra los prelados y funcionarios eclesiásticos imitan el tono de los apóstrofes e imprecaciones de los Padres en sus sermones. Castiga a los castigadores con el mismo método de su castigo.⁷⁵ Es digna de comentar igualmente la profunda capacidad síquica del que escribe. La penetración del intelecto⁷⁶ de Martí es pasmosa y mayormente solidaria. Los puntos de vista o roles que continuamente toma y abandona, en parte, prueban lo anterior. Aunque el cerebro se afina, la mirada va por todos lados. La mirada y el ánimo siempre son escrutadores. Se establece un contraste entre la prolijidad, la amplitud de lo que cuenta y la profundidad de los razonamientos. Da “muestras “de una aguda mirada sobre la sicología social de la nación”.⁷⁷ A este nivel síquico también presenciamos una estrategia de señales mixtas. Fijémonos sino en este ejemplo, donde es muy interesante el período sintáctico de la pregunta, como en ella

⁷⁴ Aparte de esta especificidad, en las crónicas es recurrente la presencia de diversos tipos de apóstrofes, entre ellos los exclamativos e interrogativos, que dramatizan los distintos pasajes. Hay inflexiones discursivas, influencia oratoria. “Las semblanzas de Martí parecen muchas veces, por el uso de la reiteración, la paráfrasis, la hipérbole y la gradación, piezas oratorias”. Jorge Marban, “Evolución y formas en la prosa periodística de J. M.”, en *Revista Iberoamericana*, vol. iv, núm. 5, enero-junio, 1989, p. 216.

⁷⁵ Véase Martí, *Obras Completas*, t. 11, pp. 249 y 250.

⁷⁶ Las crónicas son muchas veces afanados tratados de educación espiritual donde la fábula por muy impactante o extensa que sea nunca olvida la abierta moraleja. En ellas se intermezclan ideas dignas de ser llevadas a la práctica social, también de un proyecto cultural y de un proyecto político y ético. En el centro, el hombre americano, aunque la penetración del intelecto en estas páginas pueda dictar normas a la humanidad toda.

⁷⁷ Pedro Pablo Rodríguez, “Nueva York en Caracas. Las crónicas norteamericanas de José Martí para *La Opinión Nacional*”, en *El Periodismo como misión*, Editorial Pablo de la Torriente/CEM, 2002, p. 89.

se mueve el pensamiento, juntas interrogación y respuesta, argumentación y enigma:

¿Qué han de hacer los negros, perseguidos por todas partes en el Sur del mismo modo, expulsados hoy mismo de la orilla del mar en un poblado religioso del Norte porque los cristianos que van allí a adorar a Dios se enojan de verlos, más que apretar como aprietan, la línea de la raza, negarse a recibir del blanco, como antes recibían, la religión y la ciencia, levantar seminarios de negros y colegios de negros, prepararse a vivir fuera de la comunión humana, esquivados y perseguidos en el país donde nacieron? Harto lucen ya, en estos hijos de padres desgraciados por la esclavitud, el carácter e inteligencia del hombre libre ¡Se les debe, por supuesto que se les debe, reparación por la ofensa; y en vez de levantarlos a la miseria a que se les echó, para quitarles su apariencia antipática y mísera, válense de esta apariencia que criminalmente les dieron para rehusarles el trato con el hombre!⁷⁸

La honda intelección se descubre asimismo en la gran astucia que despliega para englobar diversos asuntos en un tema. Salta de un tema a otro sin tránsito. Esto parece que ocurre cuando junta sucesos diversos, en su afán de elidir la fragmentación. Las asociaciones son generalmente osadas, pero asombrosamente atravesadas de una lógica, sí, aunque distinta. Fijémonos en la intensidad o celeridad asociativo-imaginativa en este corto pasaje:

Hay, pues, que pensar en lo que se hace y se publica estos días por estos pueblos rubios, mientras las oropéndolas cuidan de sus nidos en los árboles del Parque, cubiertos de hojas frescas, y se publica en castellano con láminas lujosas la traducción de Bo-

⁷⁸ Martí, "Cleveland. El incidente de las banderas" [*La Nación*, Buenos Aires, 16 de agosto de 1887], en Martí, *Obras Completas*, pp. 237 y 238.

nalde de *El Cuervo*, de Edgar Poe, el día mismo en que los viejos del pueblo de Fordham, donde su mujer, extenuada, se le quedó muerta en los brazos, cuentan que el pobre poeta, flaco y lívido, se aparecía como un fantasma por los campos vecinos, pidiendo un trabajo que jamás hallaba, a la hora triste en que su madrina leal, disimulando el hambre de la casa, se iba por los cerros menos visibles del pueblo, recogiendo verdolagas para la comida de la tarde, “¡porque le gustaba la verdolaga mucho a Edgardo!”

Dejando el hecho concreto que cuenta en el territorio de la elocuente anécdota, atribuyendo un halo trascendente a la, en esencia, simple noticia que narra, en un pasaje donde la ubicación de lo referido alcanza desbordamientos analógicos y contrastivos:

La pareja de oropéndolas en poderosos árboles	Poe con su mujer muerta en los brazos por hambre
--	---

En las crónicas de Martí la realidad emula con lo mejor y lo más potente de la mirada, y la reflexión tiene que imponerse, ante este panorama tan perturbador. ¿Cuál es su proceder?: dramatizar las noticias, imaginar ver vivas en la mente las imágenes que envía a la mano. Allí la memoria se organiza como si fuera ficción y la ficción como si fuera memoria. En este punto podríamos afirmar como Barthes que a veces la conjunción poligráfica es lo que conforma la originalidad histórica o como Schulman cuando afirma que estas son “crónicas cuyo discurso informa, de-forma y reforma los códigos del discurso informativo”.⁷⁹ Entre tantas tragedias su propia tragedia se confunde y se ahoga, dejando en el aire a veces un brazo metafórico que se levanta cuando alude a concep-

⁷⁹ Ivan Schulman, “Textualizaciones sociales y culturales del proyecto moderno martiano: Las crónicas norteamericanas”. Trabajo mecanografiado.

tos como la patria, la libertad, el dolor, el destierro. Pensamos ahora en el peculiar recurso de introducirse en lo que narra, de involucrarse como un testigo más, que a veces se afana en desgarraduras del proscrito o que persigue recordar que es el cronista, el *voyeur*.⁸⁰ Se involucra con modos que están entre la narrativa y el ensayo. Se personifica anónimamente, pero con un calado emotivo que lo delata. Se inmiscuye como sentidor, como ángulo que se escabulle, pero que siempre está, y siempre mira. A veces es una pluma que se anuncia, pues se sabe poderosa.

Son variadísimos los recursos que utiliza Martí para atrapar la atención y admiración de sus lectores. Entre ellos ocupa un lugar importante la introducción de extractos de argumentos. Los llamativos e inverosímiles hechos que describe ensanchan su capacidad intuitiva e imaginativa, volcando en las historias exquisita materia para relatos como es el caso –uno entre muchos– de la *Escena* “Las elecciones de Otoño. Escenas de elecciones”,⁸¹ donde refiere “el curiosísimo suceso” de dos hermanos, demócrata el uno y republicano el otro [...] que “defienden en debate continuo, cada cual a su partido, desde un mismo escenario”. El argumento que podría ser útil en un considerable despliegue narrativo lo condensa en un apretado párrafo con visos de viñeta. A veces también en sus índices el escritor cronista tiene conciencia de lo condensado y poderoso de sus argumentos. En la escena titulada “Las Ferias Campestrales” coloca este enunciado: “La novela de Nina Van Zandt”. Y en “Un Drama Terrible”, Martí se introduce tanto en la vida de los anarquistas, cruza tantos sucesos y referencias, que de momento nos parece estar leyendo una

⁸⁰ Martí, “Vamos ahora a donde mañana irá todo Nueva York, a la feria de vacas”, en Martí, *Obras Completas*, t. 11, p. 208.

⁸¹ *La Nación*, 7 de diciembre de 1886, en Martí, *Obras Completas*, t. 11, pp. 93 y 94.

novela, con todo su entramado psicológico en expansión. Su psiquis no puede recrear todas las novelas que se ciernen en torno a su mirada y a su pluma, pero, tomándole a la dinámica del relato, es un maestro en la viñeta: un cuadro pletórico de argumentos, donde la descripción hace gala de su función o connotación ideológica –Martí emite los más originales juicios como si estuviera describiendo–, donde la emoción y el ingenio literario nunca faltan. Puede concluirse entonces que la expansión imaginativa da cabida a golpes fictivos. También le encantan los apóstrofes exclamativos propios de la conversación que además de dramatizar los pasajes de la crónica, es uno de los recursos base para el despliegue narrativo.

Ahondando en lo psicológico, percibimos que en estas *Escenas* no se escribe para un lector que dobla la página del periódico maquinalmente, sino que es el testimonio de los reflejos e instintos de un cerebro que se urden para otro cerebro. Una cita de una carta de Martí recientemente leída así lo corrobora:

He imaginado sentarme a mi mesa a escribir, durante todo el mes, como si fuese a publicar aquí una revista [...] escribo todo lo que en “N. York” haya ocurrido de notable: casos políticos, estudios sociales, noticias de letras y teatros, originalidades y aspectos peculiares de esta tierra. Muere un hombre notable: estudio su vida. Aparece, acá o en cualquier otra parte del mundo, un libro de historia, de novela, de teatro, de poesía: estudio el libro. Se hace un descubrimiento valioso: lo explico luego de entenderlo. *En fin una revista hecha desde N.Y. sobre todas las cosas que puedan interesar a nuestros lectores cultos, impacientes e imaginativos*, pero hecha de modo que pueda publicarse en periódicos diarios.⁸²

⁸² “Carta de José Martí a Manuel Mercado” [N.Y., 13 de noviembre de 1880], en *El periodismo como misión*, 2002, p. 380. Las cursivas son mías.

Como podemos ver, Martí refiere aquí su estrategia y poética en las crónicas, y es evidente que, desde su aguda inteligencia, también escoge a su público. Esa sapiencia le guía en los intersticios de la concepción de sus cartas. Cuando la Escena es buena, controvertida, la publica varias veces. Y da muestras “de una aguda mirada sobre la sicología social de la nación”.⁸³

En lo referente a las virtudes de la prosa, son admirables en las *Escenas* las descripciones expresionistas⁸⁴ e impresio-

⁸³ Pedro Pablo Rodríguez, “Nueva York en Caracas. Las crónicas norteamericanas de José Martí para *La Opinión Nacional*”, en *El periodismo como misión*, 2002, p. 109.

⁸⁴ Martí “no pudo conocer ‘directamente’ el movimiento expresionista, cuyas primigenias manifestaciones se producen alrededor del año 1890, cuando ya estaba consagrado a las actividades revolucionarias, e inclusive, al morir en 1895, todavía aquel se hallaba en estado embrionario [...] ‘En cualquier época hubo expresionismo’, declaró Kasimir Edschmid (el propulsor de la teoría del expresionismo), mientras se supiera ir hasta las raíces de las cosas y ‘agarrarlas con respeto’, obteniendo los mismos logros [...] el expresionismo obedece a un impulso visionario, cuya raíz se centra en el poder imaginativo con que el artista traduce una realidad [...] y cuyo producto reside en la creación de una imagen distorsionada según la fuerza del sentimiento –el espíritu– que la sostiene”. Graciela García-Marruz, “El expresionismo en la prosa de José Martí”, en José Olivio Jiménez (ed.), *Estudios críticos sobre la prosa modernista hispanoamericana*, Nueva York, Eliseo Torres and sons, 1975, pp. 35 y 36. La obsesión y capacidad para reflejar sintéticamente la idea de multitud asoma en esta imagen osada: “en las plazas públicas se anda sobre hombres acostados”, en Martí, *Obras Completas*, t. 11, p. 223. Hay expresionismo también en aquella imagen tan intuitiva: “los rieles se cruzan, como los hilos de un encaje que hubiera bordado una loca”, en *ibid.*, p. 447; y en esta de giro tan intenso: “Amedrenta y asombra, como si se abriese de súbito en flores de sangre un sudario, esta ciudad de nieve, con sus casas rojas”, en *ibid.*, p. 422. Recoge, entre muchas, esta caracterización del ambicioso: “estos padres de ahora, tallados en un diente”, en *ibid.*, p. 218. Si asumimos un ángulo psicológico es innegable

nistas⁸⁵ y en algunos momentos surrealistas⁸⁶ que utiliza Martí. “Describir bien lo que vemos es fundamental, pero la tarea no es tan fácil como pudiera creerse. Tan importante en esta materia que se ha dicho, con razón, que la descripción ‘es la piedra de toque de los buenos escritores’. Y ello porque el que describe debe provocar en la imaginación del lector una impresión ‘de algún modo equivalente a la impresión

advertir cierta complacencia literaria en la recreación de escenas crudas: “Comían de un perro muerto; se comieron sus mismos zapatos, y toda la piel de sus abrigos”, en *ibid.*, t. 10, p. 24. No hay dudas de que este suceso ha sido con creces traspuesto por su propia sensibilidad: “Las cuerdas del cuello, amotinadas, se le engrifan: se le han secado las piernas bajo los calzones: se le ven bailando los músculos del rostro: ¡son fatigas de horca las que sufre!”. “Los caminadores...”, en *ibid.*, t. 11, p. 405. Al igual que este: “La cabeza la lleva hacia atrás como si se le hubiera enroscado la médula”, *ibid.*, p. 406. Cierro los ejemplos de descripciones expresionistas citando un fragmento donde transposición de la realidad y el horror están a un mismo nivel: “Tal es la angustia en que el ir y venir del ferrocarril elevado pone a quien por desdicha haya de viajar mucho en él [...] que no parece a veces, sobre todo en los meses de calor, que atraviesa el aire sobre sus rieles suspendidos, sino que ha hecho túnel de la cabeza vacía, y atraviesa el cráneo”, en *ibid.*, p. 449.

⁸⁵ Al final de una de sus crónicas puede leerse esta escena muy plástica e impresionista: “[...] Van los electores depositando sus votos. Tropiezan al salir con [...] una bandada de niñas, cuyos abrigos abiertos les flotan a la espalda como alas, que corren a recibir del aire el papel de oro escapado de las manos del obrero que está dorando un balcón vecino”, en *ibid.*, p. 328.

⁸⁶ Leamos sino admirados la siguiente escena: “Las orillas del mar están llenas de bañistas, y las playas de paraguas colorados, por cuyos bordes salen dos botas fuertes de un lado y dos zapaticos bajos de otro, como las bocas del carapacho del cangrejo: es una hilera de cangrejos la playa. Otras veces los paraguas van andando, como hongos de vacaciones que se hubieran salido de sus maderos húmedos...”, en Martí, *Obras Completas*, t. 12, p. 272.

sensible”.⁸⁷ Acaparan nuestra atención las peculiares innovaciones lingüísticas que realiza, entre ellas la elevación del adjetivo⁸⁸ o el adverbio⁸⁹ a rango de sustantivo, lo inusual de la adjetivación, por ejemplo utiliza la frase “palabra pellizcada y lamida” para hacer alusión a la que se empleaba en la Asamblea Anual de la Sociedad para el adelanto de las ciencias.⁹⁰ Para referirse a los destellos de plata y espejos en un restaurant moderno se refiere al “color sigiloso” de un salón, y de una muchacha macilenta afirma que es “una joven verde de suma delgadez”.⁹¹ A nivel de la lengua también sorprenden lo creativo de los símiles, fuertes y rotundos. El símil es un cardinal recurso en la obra literaria martiana. En las *Escenas* es empleado como efectivo elemento de progresión en el proceso de análisis de la realidad que dibuja. Sirva el que se cita a continuación como muestra de un recurso prolijo en su escritura: “‘Taylor’, el yanqui viejo arrugado de cabeza celta [...] pasa como la desgracia, como la noche, como el destino”.⁹² Se siente un desgarramiento luego de leer esta frase que nos adentra y nos extrapola a un tiempo de la anécdota que nos narra. Se advierte también la presencia de complejos sinestésicos desplegados en aras de una inusual y

⁸⁷ Gonzalo Martín Vivaldi, “La descripción y su técnica”, en *Los desafíos de la ficción*, Editorial Abril y Centro de Formación literaria Onelio Jorge Cardoso, 2001.

⁸⁸ “Pasean los visitantes por el grato sombrío”, en Martí, *Obras Completas*, t. 11, p. 34.

⁸⁹ “Se columpian con rítmico despacio”, en *ibid.*

⁹⁰ *Ibid.*, p. 275.

⁹¹ *Ibid.*, p. 395. Así también para decir “ojos rojos” o enrojecidos dice “El ojo ensangrentado” o “los ojos sanguinolentos”, añadiendo fuerza, crudeza a la expresión.

⁹² Martí, *Obras Completas*, t. 11, p. 405.

efectiva expresividad.⁹³ Puede mencionarse también la creación de neologismos,⁹⁴ y el curiosísimo hecho de que Martí no utiliza expresiones adverbiales de tiempo. Todo es compacto y sucesivo. En sus deseos y objetivos, el polisíndeton es lo más eficaz. Se prefiere el uso de la coordinación para dar la idea de prosecución y de mirada ingente que al tiempo que repara en un suceso intuye el otro o ya lo sabe. Es interesante asimismo cómo se crea expectación y *crescendo* de las ideas –logra la sucesión– a través del uso de los dos puntos, sugiriendo además una especie de amplificación del marco significativo del signo de puntuación, a veces los dos puntos atesoran también la función de signos de admiración.

Entre las galanuras de su prosa, y al nivel de la sintaxis, puede advertirse la celeridad de su verbo, preñado de jui-

⁹³ “... y el italiano viene con su bulto al hombro y un hijo en cada bolsillo: comen sol; beben aire”. “La inmigración en los E.U. y en Hispanoamérica”, en *Otras crónicas de Nueva York*, p. 124. “A veces la comparación se extiende y se complica hasta formar un cuadrado. La imagen compleja en que se reúnen varias sensaciones diversas no es lo corriente en Martí, como no lo es en el romanticismo. Baudelaire preconizará la belleza de las mezclas (*Correspondances*). “Estas tardes de oro cálido del otoño” (calor y temperatura que unidos evocan el matiz de las tardes de otoño); o más compleja aún en “un telón del color silencioso del anochecer”. Frida Weber, “Martí en *La Nación* de Buenos Aires (1885-1890)”, en *El Periodismo como misión*, Editorial Pablo de la Torriente/CEM, p. 271.

⁹⁴ “Clérigos blandiloquos”, para significar un habla suave pero vacía, una prédica que no se cumple. Véase Martí, *Obras Completas*, t. 11, p. 245. “Llenacolumnas” para referirse a los periodistas, *Cfr. Ibid.*, p. 195; “hojas dormilentas” para hacer alusión al movimiento de las hojas al mediodía mientras buscan el sol. Los gallos más altos son “de tamaño trágico”, *Cfr. Ibid.*, p. 308; y un último ejemplo que me deja sin asideros, por no descubrir la posible derivación: “entonaban una Lucía asposa”, *Cfr. Ibid.*, p. 223. Resaltan también aquellos que contienen los sufijos al uso en la lengua, pero son en verdad puras creaciones: “gubernívoros”, “burómanos”, *Cfr. Ibid.*, t. 12, p. 68.

cios tenaces, pueden encontrarse razonamientos contrastivos o empleo de argumentos antitéticos, ejemplos nítidos de la íntima comunión de su visión antitética. A Martí le encantan los contrastes por lo que tienen de llamativo para la propia narración y a la que sirven de impulso también. El contraste no sólo es referido, sino perseguido como un elemento consustancial de la realidad que le permite acercarse al develamiento de las esencias. Él sabía que:

lo contrario, lo más opuesto en la escala, es ya la unión con lo análogo: a la larga todo termina siendo contrario porque es una disyunción de cierta inmediatez, pero cuando existe la distancia suficiente se aprecia que lo diverso es uno.⁹⁵

Entre las habilidades del cronista puede mencionarse la forma cómo va contando los sucesos, demorando o apurando el ritmo de los hechos, o la sutil violencia espacio-temporal: cita un suceso, empieza a narrarlo como un *flash back*, comienza con el tiempo pretérito para dar paso rápidamente al gerundio con su fuerza de transcurso, hasta insertarse bruscamente en un presente histórico que da vigor a lo que se narra. En líneas generales puede afirmarse que la recreación de la historia, como disciplina, también es una de las causas de la existencia de una mirada propia en las *Escenas*.

En cuanto a la prosa, mención aparte merecen sus semblanzas de grandes hombres. En algunas, como la de Emerson, la escena empieza arriba, no es un *crescendo* al que se llega, es una culminación a la que se le amputan estadios anteriores, es un tránsito elíptico. Allí la sublimación del espíritu de Martí es tal, que da cabida a las visiones en el territorio de

⁹⁵ Roberto Manzano, "Poesía y generosidad de Roberto Manzano. Entrevista de María Antonia Borroto a Roberto Manzano", en *La letra del escriba*, núm. 15, febrero, 2002, p. 6.

una prosa desbordada. Lo que aplica a Emerson es también una descripción de su estilo: “Toda su prosa es verso. Y su verso y su prosa, son como ecos”. Piénsese sino, como botón de muestra, en los diversos fragmentos de su obra que hemos cruzado en este mismo estudio, o en la dedicada a Whitman, donde del tono solemne del ensayo, del instinto escrutador, filológico, pasa sin tránsito a la noticia, a la reseña de una velada.

El énfasis filológico en las crónicas martianas es un elemento significativo. Ya Aníbal González en su interesante libro sobre la crónica modernista advertía los especiales vínculos que establecieron estos escritores finiseculares entre literatura y filología.⁹⁶ Leamos sino la semblanza de Whitman donde Martí recrea no sólo la existencia casi mítica del escritor sino también los frutos de su pluma, como la trenodia compuesta por aquel a la muerte de Lincoln. De lo creado crea. Las evocaciones de la personalidad de Whitman y los juicios propios se confunden, se intermezclan, y a veces no sa-

⁹⁶ El gran mediador entre el mundo moderno que describen los modernistas y sus obras, específicamente las crónicas “se llama filología [...] La filología es una institución en torno a la cual el modernismo construye su literatura, es el lugar de donde se derivan el vocabulario, los procedimientos y la ‘ideología’ crítica del modernismo [...] Podemos limitarnos a constatar el conocimiento bastante amplio de la filología que tuvieron autores como Martí, Darío y Rodó [...] Para confirmar la íntima familiaridad de Martí con la metodología, el vocabulario y los fines de la filología, bastaría echar una ojeada a sus cuadernos de apuntes [...] Allí, diseminadas entre notas diversas y fragmentos ocasionalmente inteligibles, se encuentran meditaciones [...] sobre la relación entre la etimología y la escritura moderna. [...] Martí luchó a brazo partido contra ‘el carácter efímero y contingente del periodismo’, con las armas de la filología y el estilo. Por sobre la diversidad de temas y enfoques a que lo obligaba la crónica, Martí se propuso imponer la coherencia de su ‘yo’ y de una voz poética, uniforme y original”. Aníbal González, *op. cit.*, pp. 12, 39, 40 y 79.

bemos cuándo se venera y cuando se piensa. Martí, como otros escritores modernistas que cultivaron el periodismo no sólo hizo de la crónica un género más literario que periodístico, sino que la convirtió en un vehículo de intercambio e intercomunicación literaria.⁹⁷

SEÑALES MIXTAS

Muchos de los estudiosos profundizan en la naturaleza especialmente híbrida de la crónica finisecular modernista, viendo en ella por ejemplo “el lugar que la literatura ocupa en el periódico”, el espacio de la “información, la tecnología y la racionalidad mercantil y la crisis de la experiencia en la cultura de masas”, la zona donde se impone una “revisión de las divisiones establecidas entre “arte y no arte, literatura y paraliteratura o literatura popular”, o el objeto del traspaso “del discurso metonímico e informativo”. Yo prefiero enfocarlo desde una perspectiva más bien sincrónica, que intenta y logra entrar en el texto, buscando las vías de una recepción digamos que contemporánea y actual. En tal posición percibo a estas recias construcciones de sutilísimos y delicados detalles como pertenecientes a una suerte de no-género, a un canon metamorfoseado que aún enarbola las bases de su condición. Un *locus* difícil de denominar. Un espacio proteico que asimila lo ya depurado y ya cristalizado de los géneros literarios tradicionales, y elide otros aspectos, pongamos por caso los conceptos establecidos de belleza, la objetividad, cierta retórica al uso. En fin parece que todo lo que no está es lo que impide el despliegue de una mentalidad abierta y ávida. Pues, como decía René Char, a propósito de otro grande, respetaba lo que una tradición tiene de constructivo. También englobaría a estas *Escenas* en algo que denominaré intergénero, pues

⁹⁷ *Ibid.*, p. 221.

es obvio en ellas la simbiosis y transformación de los géneros literarios tradicionales. Se mezclan en un orden invisible la noticia, el suceso, los giros ensayísticos, el relato, el poema, el ingrediente dramático por supuesto y en ocasiones hasta la crítica, por no mencionar a veces la presencia del artículo de corte científico. Su prosa también hilvana retratos,⁹⁸ entrega en forma de carta algo que trasvasa el espíritu impresionado y contenido de la crónica, son kilométricas epístolas, al decir de Darío, que roban, sin hacerlo ver, a los procedimientos narrativos, que insuflan todo de una emoción que sería un pecado no denominar poética, junto a la naturaleza plástica y cinematográfica de la prosa, en el presente ensayo descrita y estudiada. Parece que las *Escenas* de Martí han sumado por el milagro del ingenio las cualidades que Rodó adjudica a la crítica: se confunden el arte del historiador, la observación del sicólogo, la doctrina del sabio, la imaginación del novelista y el subjetivismo del poeta.

Así como por el arte creamos una realidad que reproduce a la otra, con la pretensión de sus dimensiones, y la verosimilitud de sus espacios, tendencias y motilidades, estas escenas lo van poseyendo todo con sutiles texturas, como si la pupila fuera un ojo pensante al tiempo que una pantalla de cine, alcanzando las puntadas del ensayo, lo compacto de la

⁹⁸ En la escena publicada en *La Nación* el 7 de diciembre de 1886 y titulada “Las elecciones de otoño-Escenas de elecciones”, en Martí, *Obras Completas*, t. 11, p. 91, refiriéndose a Blaine, Martí introduce un retrato del político advenedizo, y un poco queriéndolo quizá, describe un prototipo social de muchos espacios y de todos los tiempos. Eso es lo que me seduce de Martí. Ese hablar siempre más allá, esa espesura del mensaje, que al borrar los apellidos de las realidades las deja translúcidas, trascendentes, grabadas. Es común en sus semblanzas de grandes hombres que la prosa tome las honduras del ensayo, confundiéndose a veces el pensamiento del biografiado y el juicio de Martí.

viñeta, la multiplicidad y multiambigüedad del punto de vista, en pocas palabras, lo que nace de la especial suspicacia del escritor. En las crónicas no sólo podemos hablar de interpenetración genérica, sino también de la transgresión de todas las reglas genéricas. La hibridez del ‘género’ que crea Martí es impresionante. Todo se puede unir, mezclar. Cualquier hecho puede llevar, lleva a otro, los lazos buscados y los enlaces involuntarios de la psiquis dibujan el estilo. Martí en la *Escenas* parece distinguir tres esferas concéntricas de generalidad: la del carácter, la del lugar común moral, la del arte, y precisamente, la de la crónica como género.⁹⁹ Leyendo estas páginas tan atentas, tan imbuidas, comprendemos entonces que “la coexistencia estética de muchas maneras implica rigor”,¹⁰⁰ que el arte es todo ficción y cada vez más busca crear una realidad artificial que sea más real que la realidad,¹⁰¹ que, si miramos al fondo, no vemos sobre todo el instinto social, ni el don de poetizar una realidad, sino el profundo afán humano, el afán de develar una realidad que contiene aquel, las razones más secretas de su proceder. Lo que le preocupa es el hombre, los móviles humanos. Puede afirmarse entonces que en las crónicas norteamericanas de Martí hay un equilibrio entre humanismo y artificio, y que se concibe el lenguaje como objeto con densidad y profundidad histórica.¹⁰² Pues pienso como Alfredo Roggiano, que Martí es más un hombre

⁹⁹ Por cualquier semejanza, véase Jean Paul Sartre, “Nathalie Sarraute y la Antinovela”, en *Tropismos*, Instituto Cubano del Libro, 1970, p. 55.

¹⁰⁰ Leo Brower, “Leo Brower: estrictamente universal”, Entrevista ofrecida a Marisel Caballero, en *Revista Temas*, núm. 8, octubre-diciembre, 1996, pp. 96-101.

¹⁰¹ Reflexión concebida a partir de una idea de Fernando Pérez sobre el cine. Véase “Swite Habana. La película anormal de Fernando Pérez”, en *El Caimán Barbudo*, núm. 315, marzo-abril, 2003, p. 4.

¹⁰² Véase Aníbal González, *op. cit.*, p. 220.

de estilo que un estilista. El crítico afirma que mientras que el estilista no busca al hombre, sino la belleza, el hombre de estilo se vale del lenguaje para expresar un contenido que ha vivido ineludiblemente.

La crónica de Martí, y por extensión la crónica modernista, es un espacio de pugna estética donde el escritor al tiempo que padece el poder de la prensa, la manipula, la utiliza extendiendo sus límites a una concepción genuinamente literaria.

Como bien decía Unamuno, el problema del estilo es no tenerlo. Semejante contrasentido, al ser aplicado a las crónicas norteamericanas, nos lleva a pensar en la textura estilística tan distendida de estas, donde puede hablarse de una especie de variedad proyectiva, de abundancias que cubren recurrencias, junto a la “intensidad enigmática” de una prosa altamente acumulativa”.¹⁰³ La escritura martiana postula “el valor de la palabra que se desvía de la norma lingüística y social”¹⁰⁴ y sus crónicas norteamericanas responden al proceso que se gestaba en el seno de la literatura hispanoamericana finisecular: el repliegue en la noción de estilo, a un tiempo cediendo y conteniendo el paso a la tecnologización para conformar una zona intelectual legítima. El singularísimo escritor devenido en cronista ve “que la vida no tiene un secreto distinto que el estilo: el sacrificio. “Saberse sacrificar es el precio del éxito duradero en todo””.¹⁰⁵

Al concebir sus inusuales misivas para periódicos latinoamericanos siempre tuvo presente que “escribir es una manera de llegar a la profundidad del ser”.¹⁰⁶ Como afirmó de Edison alguna vez, él también ironiza a los novelistas, “pues

¹⁰³ Julio Ramos, “Maquinaciones y Literatura”, en Julio Ramos, *op. cit.*, p. 196.

¹⁰⁴ *Ibid.*, p. 168.

¹⁰⁵ Fina García Marruz. “El tiempo en la crónica norteamericana de José Martí”, en *Temas Martianos*, 3ra serie, C.E.M. y Artex, 1995, La Habana, p. 186.

¹⁰⁶ Marguerite Yourcenar, *Confesiones de Escritores. Narradores*, Editorial El Ateneo, Buenos Aires, 1996, p. 164.

las mejores ficciones de aquel momento ‘son sus inventos’”: sus cartas o crónicas o escenas, tejidos más bien enmarcados en el no-género. Martí decía que la poesía alcanza el horizonte con un golpe de vista. Esto es lo que él propiamente consigue en las *Escenas Norteamericanas*.

ÁNGEL RAMA, LECTOR DE “LA NIÑA
DE GUATEMALA”: HOMENAJE A RAÍZ
DE LA PRESENTACIÓN DE UN LIBRO
SOBRE MARTÍ Y DARÍO

José Ballón Aguirre

Gracias a los auspicios del Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe de la Universidad Nacional Autónoma de México, tuve la oportunidad de presentar mi libro *Martí y Darío ante América y Europa. Textos y contextos contrarios* en la “XXIV Feria Internacional del Libro del Palacio de Minería”, el 1 de marzo del 2013. En esa grata ocasión, reflexionando sobre el trabajo realizado, agradecí la mentoría del reconocido crítico uruguayo Ángel Rama, pues él me inició en los estudios martianos cuando me hallaba preparando mis estudios de doctorado en Stanford en 1977. En especial, rememoré algunos aspectos de su análisis de “La niña de Guatemala” de *Versos sencillos* de José Martí, efectuado en su curso sobre “Estructuras artísticas e ideológicas en la literatura latinoamericana”, dictado en esa universidad, donde indicaba que, para el lírico cubano el género poético era un medio condensador excepcional de la experiencia humana. A continuación, se ofrece un resumen de la explicación de Rama basada en los apuntes tomados en clase.

En primer lugar, Rama destacaba la correlación de tres aspectos formales del poema: el papel “rememorador” del hablante poético (locutor/narrador), la *difuminación* del géne-

ro poético (poema=cuento) y la triple estructura temporal del texto (presente/pasado imperfecto/pretérito). Indicaba que, el narrador de “La niña de Guatemala”, es un locutor eminentemente moderno pues situado en el presente, fractura la percepción del tiempo pasado y “al recordar” difumina las fronteras entre prosa y poesía. Es decir, emplea la paradoja como estructura del poema; aunque efectivamente produce estrofas de acabada consonancia, ritmo y rima, dice explícitamente que el texto es más bien un relato o cuento que ha florecido como escritura poética. La estructura paradójica del poema se refuerza aún más, pues el narrador se contradice a sí mismo. No relata el único cuento que anunció, sino dos: a) el evento del funeral de la niña de Guatemala y b) el episodio romántico que lo antecedió. Como se recordará, el poema dice así:

IX

- (1) Quiero, a la sombra de un ala,
contar este cuento en flor:
La niña de Guatemala,
la que se murió de amor.

- (2) Eran de lirios los ramos,
y las orlas de reseda;
y de jazmín; la enterramos
en una caja de seda.

- (3) ...Ella dio al desmemoriado
una almohadilla de olor;
él volvió, volvió casado;
ella se murió de amor.

- (4) Iban cargándola en andas
obispos y embajadores;

detrás iba el pueblo en tandas,
todo cargado de flores.

- (5) ...Ella, por volverlo ver,
salió a verlo al mirador;
él volvió con su mujer,
ella se murió de amor.
- (6) Como de bronce candente,
al beso de despedida,
era su frente ¡la frente
que más he amado en mi vida!
- (7) ...Se entró de tarde en el río,
la sacó muerta el doctor;
dicen que murió de frío,
yo sé que murió de amor.
- (8) Allí, en la bóveda helada,
la pusieron en dos bancos:
besé su mano afilada,
besé sus zapatos blancos.
- (9) Callado, al oscurecer,
me llamó el enterrador;
¡nunca más he vuelto a ver
a la que murió de amor!

Como se sabe, en este poema, Martí-narrador rememora un episodio de su vida personal, cuyo contexto histórico fue su breve viaje de México a Guatemala en 1877, donde tuvo un romance o conato de romance con María García Granados, hija del general Miguel García Granados. En aquel entonces, Martí ya se hallaba comprometido en matrimonio con su com-

patriota Carmen Zayas Bazán, quien se hallaba aquí en México. Al fin de su corta estadía en Guatemala, Martí se despidió de María truncando el romance, volvió a la capital mexicana y, luego de casarse, regresó con su mujer al país centroamericano. María vio llegar a Martí con su esposa y al poco tiempo murió. Esa es la base biográfica del poema. Rama, al analizar la primera estrofa, señalaba que la estrategia narrativa del hablante es instalar el yo-enunciador en el presente para dirigirse a la audiencia como quien enfáticamente “cuenta un cuento” revelando desde el mismo comienzo su trágico final.

IX

- (1) Quiero, a la sombra de un ala,
Contar este cuento en flor:
La niña de Guatemala,
La que se murió de amor.

En esta primera estrofa el narrador, desde un determinado presente, da a entender que la biografía personal, el episodio histórico y la imaginación romántica se han tensado botánicamente haciéndose lírica. Metafóricamente hablando, el texto poético es un fruto natural que ha extraído desde su raíz toda la complejidad de una experiencia personal. Por ello, el poema resulta ser uno de los más íntimos de Martí.

A partir de la segunda estrofa el narrador abre un contrapunto temporal que entreteje dos episodios pasados. La secuencia de las estrofas pares, basada gramaticalmente en el pasado imperfecto (estrofas 2, 4, 6), desarrolla la historia más inmediata, el evento del entierro de la niña de Guatemala. Por ello, esta primera estrofa par, nos lleva desde el presente al pasado inmediato del funeral, donde miramos el féretro:

- (2) *Eran* de lirios los ramos,
y las orlas de reseda

y de jazmín: la enterramos
en una caja de seda.

La secuencia de las estrofas impares, basada gramaticalmente en el pretérito, empieza con la estrofa tercera y desarrolla el episodio anterior de amor frustrado (estrofas 3, 5, 7), temporalmente más remoto, el cual causó la muerte de la amada a quien se está enterrando. Esta tercera estrofa no continúa el evento del funeral de la estrofa 2 sino que nos retrotrae a un pasado más antiguo, que, dentro de la sensibilidad del siglo XIX, cuenta el origen dramático de la historia de amor. Estamos en un momento anterior, donde presenciamos la ruptura del pacto amoroso. El único dato que se nos da sobre la identidad del amante es el de ser un "desmemoriado", pues ha traicionado uno de los lazos más auténticos que el amor pueda establecer, simbolizado por el perfume de la amada:

- (3) ...Ella *dio* al desmemoriado
una almohadilla de olor;
él *volvió*, *volvió* casado;
ella se *murió* de amor.

La cuarta estrofa por ser par nos regresa nuevamente a la secuencia del funeral. Después de haber dejado el relato en la vista del féretro en la estrofa dos, ahora la cuatro se enfoca en la procesión del entierro:

- (4) *Iban* cargándola en andas
obispos y embajadores;
detrás *iba* el pueblo en tandas,
Todo cargado de flores.

La quinta estrofa que es impar nos lleva otra vez a la historia romántica anterior de la estrofa tres. Pero ya no es un

objeto como “la almohadilla de olor” sino la propia visión del desengaño la que reiterativamente desencadena el final fatal:

- (5) ...Ella por volverlo ver,
Salió a verlo al mirador;
él *volvió* con su mujer,
ella se *murió* de amor.

La sexta estrofa, nos vuelve al tiempo del funeral de las estrofas pares, donde presenciamos el primer beso ritual de despedida. Ya ha terminado la procesión y nos encontramos en el cementerio:

- (6) Como de bronce candente,
al beso de despedida,
era su frente ¡la frente
que más he amado en mi vida!

La estrofa séptima concluye la historia romántica de las estrofas impares, situándonos en su núcleo trágico, el momento de la muerte en el río o el suicidio amoroso de la amada. La tersa acumulación de verbos en el pretérito caracteriza la estrofa:

- (7) ...Se *entró* de tarde en el río,
La *sacó* muerta el doctor;
dicen que *murió* de frío,
yo sé que *murió* de amor.

La última estrofa par, la octava, nos sitúa en el momento final del entierro, marcado por el segundo y tercer beso ritual al cuerpo femenino. La conclusión episódica queda marcada gramaticalmente otra vez. En vez de emplear el imperfecto de las estrofas pares, usado para describir el tiempo del funeral, se ha detenido en el pretérito, tiempo del romance:

- (8) Allí, en la bóveda helada,
La *pusieron* en dos bancos:
besé su mano afilada,
besé sus zapatos blancos.

La estrofa final del poema, la novena, es temporalmente mixta. En las dos primeras líneas el hablante en el tiempo del funeral se queda solo ante el mausoleo de la amada, hasta que el enterrador, ya entrada la noche, lo llama porque va a cerrar el cementerio:

- (9) Callado, al oscurecer,
Me *llamó* el enterrador;

Y las dos últimas líneas cierran el poema volviendo al tiempo presente. Nos regresan al momento inicial desde donde el narrador cuenta el cuento, o los dos cuentos, mediante una exclamación enigmática:

¡nunca más *be vuelto* a ver
a la que *murió* de amor!

Como es posible observar, las estrofas primera y última emplean el presente como un sobre temporal que preserva dentro de sí el contrapunteo del tiempo del funeral y la del tiempo previo a él de la historia de amor. Así que la paradoja es doble: a) el narrador aunque en realidad vocaliza un poema sostiene que se trata de un cuento. Y efectivamente, b) no nos cuenta un cuento sino dos, el del funeral y el del romance anterior. Además, aunque la persona amada está evidentemente enterrada, cuando el narrador dice en la estrofa final que no ha vuelto a ver a la niña muerta (*ritornello* que preside todo el poema, "murió de amor"), implica que de algún modo es posible volverla a ver. O, según comentaba

Rama, temáticamente la historia de amor queda abierta, pues el amante desmemoriado ha hecho el intento de reparar su mayor falla: el haberse olvidado de la amada y por eso ahora la “rememora”. La memoria lírica entonces no es sólo una actividad recuperadora del pasado sino que se abre enigmáticamente hacia las posibilidades del futuro.

Creo que el principal objetivo de Rama al explicar la elaborada estructura del poema era enfatizar que en Martí la poesía tiene una capacidad excepcional para expresar, condensar y potenciar la experiencia de lo real. En un terreno más amplio, la poesía resulta ser una fuerza social capaz de fundir la materia prima de la historia, la biografía y la situación espiritual del hablante pues, tomando como base el motivo de la rememoración de la mujer que más amó en su vida, de manera poética, logra poner en el mismo plano de verosimilitud la anécdota fáctica y lo románticamente imaginado. En un plano metapoético se podría decir que, en contraste con los poemas modernistas más representativos, en este poema son la experiencia biográfica, el eje temático de la historia y el proceso rememorador del hablante, los que guían los carriles sonoros que dan forma al poema.

A continuación, incluiré un resumen de *Martí y Darío ante América y Europa: textos y contextos contrarios*, presentado en la antedicha Feria Internacional, donde leí el texto anterior en homenaje a Rama.

PRESENTACIÓN

Este acápite analiza la reacción de Darío en 1896 ante la irrupción de la preeminencia literaria de Martí en el mundo académico continental, a raíz de publicarse la tesis universitaria del peruano Francisco Mostajo: *Modernismo y Americanismo*. Dicho contexto enmarca la publicación de *Prosas profanas* (fechado en 1896 pero aparecido en enero

de 1897) y consigna: a) el primer intento explícito de Darío por catalogar subsidiariamente a Martí como *precursor* del Modernismo y, b) su autoproclamación como máximo poeta americano en la antología *Joyas poéticas americanas*, preparada en conjunto con Carlos Romagosa en Córdoba, Argentina, en 1897, la cual es refutada enfáticamente por Rodó al inicio de su ensayo "Rubén Darío" de 1899. Finalmente, de acuerdo con criterios propuestos por Federico de Onís, la "Presentación" fija el propósito del presente estudio: contrastar la obra de Martí y Darío y, consecuentemente, ofrecer una relectura del clásico libro de Rama, *Rubén Darío y el modernismo: circunstancia socioeconómica de un arte americano* (1970).

CAPÍTULO I

"*Imitatio e Hiperia*: Francisco Mostajo y Emma Lazarus" describe la situación enunciativa del escritor americano en el siglo XIX, actitud mental caracterizada por la aspiración a la independencia intelectual frente a Europa. En este sentido, incluye la temprana lectura de Emerson por parte del chileno Francisco Bilbao, quien en 1864 aludió a la libertad de pensamiento promovida por la tradición comunitaria antiautoritaria protestante en Norteamérica, opuesta a la monolítica tradición jerárquica católica heredada en Latinoamérica durante la Colonia. Asimismo, analiza la escritura hipélica (visionaria) de Martí, concebida figurativamente por Emerson como una pupila completamente desnuda, despojada de los párpados hegemónicos europeos y expuesta directamente al espacio del Nuevo Mundo. A ella contraponen la escritura de Darío centrada en la *imitatio* clásica de la tradición occidental, tomando como base las pautas establecidas por el *Grand Dictionnaire universel du XIX e siècle* de Pierre Larousse (1863-1876). Posteriormente, describe en detalle la participación del

autor nicaragüense en el máximo evento del imperialismo político-cultural español en el siglo XIX, la Celebración del Centenario del Descubrimiento de Colón en 1892 en Madrid, donde, gracias al auspicio monárquico de la Real Academia de la Lengua, fue proclamado *urbi et orbi* como *iniciador* del Modernismo por *La Ilustración Española y Americana*. Darío, después de la derrota española de 1898, se apartó de la *imitatio* y del *americanismo celeste* y gravitó hacia la hiperia mediante la publicación de *Cantos de vida y esperanza* en 1905. Tal reorientación se debió, además, por las críticas de Groussac (1896, 1897) y Rodó (1899) a su obra, por la traducción directa al español de *Essays* y de *Conduct of Life* de Emerson hecha en la Argentina en 1896 por el amigo de Martí, Carlos Aldao, y a partir de 1900, por la publicación de los primeros tomos de las *Obras* de Martí por Gonzalo de Quesada. El capítulo también analiza la tesis universitaria de Mostajo que, aunque destaca el liderazgo literario de Martí en un año tan temprano como 1896, desconoce el entronque de su escritura con la tradición hipérica (visionaria) norteamericana. Así, el crítico peruano lo asocia al Modernismo, movimiento de rebeldía o emancipación literaria *indirecta*, el cual elude la aduana intelectual peninsular pero no la europea, pues adopta miméticamente modelos estilísticos franceses, igualmente importados. Asimismo, el capítulo describe la transición de la *imitatio* hacia la hiperia llevada a cabo de modo paradigmático por una discípula de Emerson, Emma Lazarus, autora norteamericana judía coetánea de Martí y Darío. La escritura de Lazarus ilustra, el origen no adrocéntrico del movimiento de emancipación intelectual hemisférico, pues el pensamiento libertario de Emerson refleja el espíritu aguerrido de su mentora Mary Moody Emerson. Un ejemplo prominente de la poesía hipérica de Emma Lazarus lo constituye “The New Colossus”, texto inscrito en la base del monumento a la Estatua de la Libertad en Nueva York.

CAPÍTULO II

“El imperialismo pacífico español y la moda literaria francesa antes de 1898” insiste sobre la necesidad de situar el movimiento literario del Modernismo (serie literaria) dentro del fenómeno más abarcador y determinante de la conclusión del período colonial en América con la derrota de la armada española en 1898 (serie histórica). En ese contexto describe la labor de emancipación cultural llevada a cabo por Emerson y Bello, y muestra que, desde *Ismaelillo* (1882), la situación enunciativa de la escritura americana martiana revela un afán de *sinceramiento* de espaldas al mercado y abierto al futuro continental. En cambio, desde 1886 la situación enunciativa de la escritura americana de Darío, influenciada en Chile por la cultura gala, paradójicamente proyecta un lugar de la escritura *transpirineo*, centrado en el pasado europeo, a pesar de que su emisor está situado al pie de los Andes. Ello se debió a que la presencia francesa en el microcosmos chileno era evidente (en la arquitectura, el mundo intelectual, librerías, bibliotecas, vestido y vida social) y quedó apoteósicamente encarnada ese año de 1886 por Sarah Bernhardt en el deslumbrante proscenio del Teatro Santiago de la capital. Pero, además, en 1887 Darío se internó en el *hortus conclusus* más puramente versallesco del continente americano, el Palacio y Parque Isidora Cousiño de la ciudad austral de Lota. Fue en este oasis florido, enclavado en pleno centro de trabajo carbonífero esclavista, donde concibió el “Año Lírico”, ciclo temporal europeo y eje zonal de *Azul*. Allí mismo Darío halló inspiración para su poema “Caupolicán” al contemplar la escultura de Nicanor Plaza, texto que incluirá en la segunda edición de *Azul* (1890), preparada para la Celebración del Centenario de Colón en España en 1892. Dicha Celebración enmarca históricamente la “abjuración momentánea” *eurocéntrica* de Rubén Darío, alentada por la Real Academia de

la Lengua. Posteriormente, el capítulo destaca el reconocimiento de Emerson como cabeza de la literatura *moderna* continental americana consignado *ad litteram* en las Bases del Certamen Varela (1887), testimonio hasta ahora ignorado por la crítica. Asimismo, este capítulo rectifica la tesis de Rama, según la cual Darío continúa y acentúa la labor de independencia intelectual de América promovida por Bello desde comienzos del siglo XIX. Tanto Rama como Mostajo interpretan la independencia mental como un movimiento de emancipación *indirecto*, que tan sólo canjea un centro de poder europeo por otro: liberarse del arbitraje peninsular para acatar rendidamente el liderazgo literario francés. A continuación, se documentan dos hechos desatendidos por la crítica: la respuesta de Groussac a Sarmiento cuando éste le pide que traduzca la crónica de Martí sobre la Estatua de la Libertad (1887) y la apropiación por parte de Darío del jocoso oxímoron de Coppée, “*Qui pourrais-je imiter pour être original?*”. Paul Groussac había traído a colación el texto de Coppée para criticar la contradicción de exaltar la *originalidad* de la voz americana mediante la *imitación* de la estética francesa en el contexto de sus críticas a *Los raros* y a *Prosas profanas* (1896,1897). Finalmente, el capítulo describe la gravitación de Darío hacia la hipерia después de 1898, cuando empieza a mencionar el nombre de Emerson y a citar repetidamente su obra.

CAPÍTULO III

“El primer crítico norteamericano moderno: Edgar Allan Poe (El jardín ornamental y la irrupción de lo sagrado)” expone el significado de Poe como primer crítico literario moderno del continente, empeñado en establecer una crítica independiente guiada no por factores didácticos, ideológicos o políticos sino exclusivamente por las reglas del arte. Su labor, centrada

vehemente en la promoción de la *originalidad* literaria de su país tuvo en cuenta la situación editorial internacional, desventajosa para cualquier autor norteamericano: la ausencia de una ley de derechos de autor favorecía la venta del *libro importado*, especialmente los publicados por escritores ingleses. El capítulo trata, además, de la influencia afro-americana en las cadencias y ritmos líricos de Poe; la crítica al provincialismo didáctico novoi inglés, particularmente, a Emerson y, a su vez, la convergencia filosófica con él, mediante la fusión rapsódica de ética y estética en la figura heroica del caballero ante el campo de batalla.

CAPÍTULO IV

“El profeta social en el mercado moderno: Ralph Waldo Emerson (Del jardín ornamental a la *imago mundi*)” analiza el significado del *Renacimiento Norteamericano* (fruto del *Trascendentalismo* filosófico) como movimiento contrahegemónico frente al centro de poder británico y discute, a través de la figura de los “ojos tiránicos americanos” de Emerson, la irrupción de la figura del escritor en la sociedad americana moderna como “profeta social”. La epistemología renegada, o visión hipélica típica de este movimiento, constituye el mayor rechazo intelectual a los modos europeos de aprehender la realidad e implanta la voz de un *yo* responsable sólo ante la naturaleza del Nuevo Mundo. El origen hipélico de la escritura martiana se remonta a partir de 1880 hasta el campo de batalla de Concord, hogar de Emerson, lugar simbólico fundacional de los Estados Unidos que potencia la causa de la independencia de Cuba, integrándola al proyecto mayor de la independencia intelectual latinoamericana. Así, el *Renacimiento Transamericano* inaugurado por Martí entronca, mediante la figura del profeta social, con el *Renacimiento Norteamericano*, cuyo punto de vista, según Emerson, se

emplaza significativamente en el punto más prominente del orbe, es decir, no la cumbre del Everest sino, siguiendo a Bolívar, la del Chimborazo. A continuación, la sección titulada: “Orfeo en el Chimborazo: literatura, filosofía y cultura”, presenta el ensayo “The Poet” de Emerson traducido al español con notas críticas. En este texto el pensador y poeta americano asienta la visión poética continental en la cumbre del Chimborazo.

CAPÍTULO V

“El poeta revolucionario moderno: José Martí (De la *imago mundi* al campo de batalla)” describe el neologismo *ifesia*, prototexto de hiperia, y la dicotomía martiana, señalada por Rama, entre poetas hipéricos (visionarios, orientados hacia el futuro) y no hipéricos (poseídos de visión retrovisora, vuelta al pasado). Asimismo, examina la recepción de Emerson en Sudamérica por el peruano Francisco Mostajo en 1903 y en Cuba antes de 1880 por José de la Luz y Caballero, Rafael María Mendive, Enrique Piñeyro, y, especialmente, por Néstor Ponce de León. Posteriormente, el capítulo trata del desempeño de Juan Valera como ministro español en Estados Unidos en 1884 y su envío epistolar a Darío sobre *Azul* en 1888. También comenta el “imperialismo pacífico” de Valera como árbitro intelectual monárquico de las obras latinoamericanas y el reclamo que le hace Rafael María Merchán sobre sus *Cartas americanas*, por ignorar otras obras producidas en Latinoamérica, especialmente en Cuba. Es al año siguiente que la Conferencia Internacional celebrada en Washington aprueba una resolución apoyando dicha celebración, Martí redacta *Nuestra América*. En el ensayo censura drásticamente la actitud colaboracionista de los escritores latinoamericanos promonárquicos, entre ellos, Darío (*nome de plume persa*) por acudir traidoramente a la metrópoli “guiando jacas de Persia”.

Es también en el año de 1891, inmediato a la Celebración del Centenario de Colón, en el que Martí inicia sus viajes conspirativos por la Florida y el Caribe. Las crónicas de Darío sobre Martí en 1895, a raíz de iniciarse la lucha armada en Cuba y de la muerte del cubano, denotan un sustrato de apatía y recepción fría de su obra poética e inicia un periodo de dieciocho años de mutismo y desdén sobre ella. Posteriormente, después de la derrota española del noventa y ocho, Darío gravita hacia la hipería y reconoce paulatinamente la presencia de Emerson en la obra de Martí. Para analizar la posición de Martí frente al Modernismo, el capítulo toma como base el texto "Francisco Sellén", coetáneo de la segunda edición de *Azul* (1890) y finalmente describe la estética modernista, *ultra afrancesada*, tal como fue celebrada por los círculos íntimos de Darío tanto en La Habana (julio, 1892) como en Buenos Aires (noviembre, 1896). En contraste, la última carta de Martí a María Mantilla desde el campo de batalla (abril, 1895), presenta el juicio final del cubano sobre el Modernismo, donde recomienda no leer dicha poesía sino estudiar, entre otras obras, *La première année d'enseignement scientifique* (1886) de Paul Bert.

CAPÍTULO VI

"El ascenso del poeta cortesano moderno: Rubén Darío en Chile (Del campo de batalla al parque Isidora Cousiño en Lota)" trata de la llegada de Darío a Chile a los diecinueve años y de su apasionamiento por las letras galas, suscitado primariamente por la experiencia auditiva del exquisito francés en un circuito de comunicación genuino puesto en escena de modo espectacular por Sarah Bernhardt en el teatro Santiago (1886). A raíz de ello, Darío incursionó en los espacios del *Año Lírico* europeo: el Palacio Cousiño de Santiago y, especialmente, el Palacio y Parque Isidora Cousiño de Lota.

Dado que el parque estaba enclavado en el centro minero más afrentoso del país, Darío, a pesar de estar al pie de los Andes, efectuó un portentoso salto escapista transpirineo, contra-andino. Decidió ignorar las esclavistas condiciones de trabajo de las minas vecinas para convertir el ciclo temporal europeo, corazón artístico del deslumbrante “jardín ornamental”, en el eje estético de *Azul* (1888). Dicho “país azul”, también será sutilmente evocado en *Prosas profanas* (1896). Así, Darío siguió un rumbo literario diametralmente opuesto al de su antitipo, el coetáneo Baldomero Lillo (1867-1923), autor de *Sub terra, cuadros mineros* (1904), padre del realismo chileno, nacido en Lota. Aún peor, la fascinación por el Parque Cousiño de Lota llevó a Darío a suprimir poéticamente en *Azul* el escarecedor lema que preside el acicalado jardín, *labor omnia vincit* (el trabajo todo lo vence), y condonó *de facto* la escandalosa opresión humana del centro minero esclavista circundante. A continuación, el capítulo rescata los versos satíricos de Juan Rafael Allende “Rastrojos” (mayo, 1887), publicados en *El Padre Padilla* de Santiago, los cuales parodian jocosamente uno a uno los “Abrojos” de Darío. Asimismo, recoge el poema “Rubén Darío” (abril, 1888), en el que ese autor satiriza el ensayo “Catulo Méndez” extractando las propias palabras de Darío. Entonces, la recepción inmediata de Darío en Chile contradice documentadamente la aseveración de Rama de que el “cuento parisien”, de Catulle Mendès, adaptado por el escritor nicaragense en Chile, era el vehículo más adecuado para expresar las crudas contradicciones sociales de Hispanoamérica. En efecto, contra la tesis de Rama, Darío no continúa la obra fundacional de Bello sino que, canjea la naturaleza andina suramericana por una *transpirinea* postal del “país azul”. El *escapismo* de Darío es aún más patente si se considera que mientras él publicaba *Azul* ocurría la sublevación minera de Lota, aguda protesta social reportada por Allende como “El motín de Lota” (septiembre, 1888). Consecuentemente, puntualiza

que la escritura de Darío se diferencia de la de Martí, más que por su *americanismo celeste* por su *grafolatrismo transpirineo* o proyecto intelectual *contra-andino*. El contexto de la injuriosa insignia "*labor omnia vincit*" del parque contradice la tesis de Rama sobre el desgaste de la estética romántica y la promoción dariana de la independencia intelectual americana. Es decir, la obra de Darío *no* "restaura la conciencia perdida" por los románticos y *no* se "coloca en el seno de la sociedad". Finalmente, el capítulo establece que fue la recepción de Emerson en la Argentina por parte de Aldao y no el Modernismo, la que impactó más directamente la escritura rebelde de César Vallejo y Vicente Huidobro.

EPÍLOGO

Este acápite sintetiza el significado de la obra literaria de Poe, primer crítico profesional moderno del hemisferio, quien exigió la originalidad creativa como substrato esencial de cualquier obra literaria; de Emerson, como el primer autor norteamericano que posiciona al hablante profético continental en la cumbre del Chimborazo; de Martí, como autor contrahegemónico ante el imperialismo pacífico de la monarquía española y los dictados de la Real Academia de la Lengua; de Emma Lazarus, como ejemplo prominente del carácter no androcéntrico de la escritura emancipada americana; y de Darío, cuya trayectoria *americana* atestigua paradigmáticamente las *indefiniciones* del escritor subalterno frente a los centros de poder europeo en el siglo XIX.

TEXTOS MARGINADOS

Esta sección presenta primero el contexto editorial de *Azul* (1886-1888), teniendo en cuenta la producción de, entre otros,

Martí, Groussac y Allende. Luego reúne textos de autores no considerados suficientemente o completamente ignorados por la crítica, que enmarcan dramáticamente los procesos de escritura de Darío y Martí. Además de los de Néstor Ponce de León y Paul Bert que contextualizan la obra de Martí, incluye de J. R. Allende, entre otros, dos textos satíricos sobre Darío: “Rastrojos” que parodia “Abrojos” y “Rubén Darío”, que parodia la poética de “Catulo Méndez”. Asimismo, recoge los textos de J. V. Lastarria sobre el Certamen Varela de 1887 (el cual documenta el liderazgo de Emerson en la literatura continental del siglo XIX), las críticas completas de Paul Groussac a *Los raros* y *Prosas profanas*, y todos los textos periodísticos de Darío sobre Martí: tres de 1895, incluyendo uno olvidado de octubre de ese año, y el más extenso, en cuatro partes, de 1913.

MARTÍ EN LA OBRA DE MARTÍNEZ ESTRADA

Adriana Lamoso

“Quizás ha sido a dos argentinos, dijo Haydée Santamaría, a quienes he oído hablar con más pasión, con más identificación, de José Martí: uno es don Ezequiel; el otro, el *Che*”. Esta reflexión constituye una cita que incluye Roberto Fernández Retamar en su prólogo al ensayo *Martí revolucionario*, del escritor argentino Ezequiel Martínez Estrada, en septiembre de 1966. Recordemos que el ensayista se trasladó e instaló en Cuba en septiembre de 1960, a instancias del nombramiento como jurado en un concurso literario organizado por Casa de las Américas y para que realizara un estudio sobre la vida y la obra de José Martí. Durante su permanencia en la Isla, escribió varios ensayos como *En Cuba y al servicio de la Revolución Cubana* (1963), posteriormente, editado bajo el título *Mi experiencia cubana* (1965), *El nuevo mundo, la isla de Utopía y la isla de Cuba* (publicado en *Cuadernos Americanos* en 1963), así como los dedicados al estudio e interpretación de la figura de Martí. Al respecto, aludiremos al ensayo titulado *Martí: el héroe y su acción revolucionaria*, escrito entre los años 1960 y 1963 y editado por Siglo XXI Editores en México en 1966, y a su *Martí revolucionario*, editado por Casa de las Américas un año después.

Gran parte del estudio analítico de la figura de Martí, que forma parte de su *Martí: el héroe y su acción revolucionaria*, se concentra en fundamentar las razones morales que guiaron al pensador a tomar parte activa en la promoción y convalidación del ejercicio bélico, como el único modo viable para evitar males mayores y perdurables, esto es, la inevitabilidad de la guerra en pro de la independencia cubana, como una aspiración y un deber patrióticos ineludibles, bajo una premisa que atraviesa la construcción del ensayo y que se cifra en la siguiente expresión: “La preocupación constante y la más punzante de Martí fue justificar la guerra”, desde un ángulo humanitario y trascendental.

El ensayo mencionado se construye con la inclusión de numerosas citas textuales que recuerdan el diseño de ensayos previos, como el dedicado a Sarmiento en 1946. Curiosamente, Martínez Estrada encuentra un modo singular de establecer un paralelo entre ambas personalidades, cuyo móvil principal se asienta en la imagen del intelectual como hombre de acción, la palabra en función del acto,¹ así como el estratega que opera desde fuera de su patria. Otro rasgo que torna peculiar la forma del ensayo dedicado al estudio de la figura de Martí, es el carácter informativo que presenta, la minuciosa recopilación documental y la alusión a fuertes diversas, a modo de un registro histórico riguroso del quehacer político-histórico-literario-ideológico del héroe cubano.

Como hemos dicho, Martínez Estrada se instala en Cuba luego de permanecer un año en México, por invitación de Arnaldo Orfila Reynal. Su radicación en la Isla se realiza a

¹ *Cfr.* Ezequiel Martínez Estrada, *Martí: el héroe y su acción revolucionaria*, México, Siglo XXI Editores, 1966, p. 33. El paralelismo que enuncia Martínez Estrada se establece a partir de la siguiente afirmación de Sarmiento, como gobernador de la provincia de San Juan, en una carta enviada al presidente de la República Argentina, Mitre, en 1962: “Hombre de acción me siento en mi elemento, hacer y no hablar”.

instancias de su nombramiento como miembro de la Academia de Historia de La Habana y con motivo de que Casa de las Américas le solicitara su estudio sobre la vida y la obra de José Martí. En este contexto, Estados Unidos rompe relaciones con Cuba, se realiza la invasión a la Bahía de Cochinos, Fidel Castro lee la *Segunda Declaración de la Habana* y estalla la “Guerra de los misiles”. La monumental obra de Martínez Estrada se gesta en este marco truculento y convulsionado de los primeros años posteriores a la Revolución Cubana. Resulta interesante marcar un contrapunto entre los ensayos aludidos y las cartas que el ensayista envió a su amigo Samuel Glusberg, quien residía en Argentina. En ellas pone de manifiesto sus vivencias y percepciones respecto del clima álgido que se vivía en la Isla durante el período comprendido entre 1961 y 1963. Asimismo, hace referencia a la tarea que tenía encomendada y a la que se dedicó arduamente en los años correspondientes al denominado por la crítica como “ciclo cubano” de Martínez Estrada.

Parte altamente significativa del ensayo mencionado, se asienta en la referencia a la fundación y a la existencia del Partido Revolucionario Cubano, a través del cual Martí, en tanto delegado, hizo posible la consecución de sus planes y estrategias para la liberación de Cuba, mediante la puesta en escena de los ideales de Libertad, Justicia y Dignidad, que reunieron a todos los ciudadanos de Cuba que vivían en el destierro, y que levantaron como bandera representativa de todos los habitantes de la Isla. Su particularidad es la siguiente:

El Partido Revolucionario Cubano no es un partido político, como lo indica por definición su título, sino una agrupación para la acción directa y violenta, dirigida a la independencia de Cuba y Puerto Rico. En consecuencia carecía de un estatuto legal y no se proponía llegar al poder por medios lícitos como son los de las democracias mediante el sufragio libre. Sus Estatutos

eran secretos y sus Bases, que ya especificaban la naturaleza del Partido, declaraban abiertamente sus fines e indirectamente sus medios. La parte doctrinaria de las Bases resumía la opinión de la emigración y de la población nativa residente en Cuba, sin que fuera necesario explicitarla puesto que era unánime y formaba parte de la conciencia de la ciudadanía, esclarecida en la Guerra Grande.²

Existía, entonces, un presupuesto que guiaba su decisiva y contundente toma de posición respecto de las acciones revolucionarias necesarias de llevar a cabo en Cuba: el consenso del pueblo cubano residente tanto exiliado, en pos de la liberación de España, como el camino al que debían conducir las decisiones más imperiosas y contundentes que, efectivamente, Martí asumió como tales.

Entonces, a la pretensión que guía el trabajo de Martínez Estrada, esto es, la elaboración de una biografía del héroe cubano, encomendada por la editorial Casa de las Américas, le imprime un carácter peculiar que se asocia con el diseño de un paralelismo mediante el cual la vida de Martí se confunde y se disuelve en la historia misma de Cuba. Asimismo, el rastreo de los orígenes y de las fuentes de donde provinieron los valores y las normas morales que alimentaron el ejercicio de la labor del prócer cubano, constituye una evidente preocupación en la construcción de sus ensayos. Al respecto, destaca en numerosas ocasiones la importante influencia que significaron las enseñanzas de Mendive y de Luz y Caballero para la formación del hombre en las siguientes virtudes: hombres conscientes, abnegados, altruistas, laboriosos, pacíficos, afectuosos, que se sintetizan en la figura moral e intelectual de José Martí.

² *Ibid.*, p. 112.

En la asunción de su “deber” en el marco de una ética que se ensambla con su historia personal, se conjuga una perspectiva de patria, entendida como “una sociedad unida por sentimientos e ideales comunes”,³ caracteres que representa mediante la figuración metafórica de una divinidad exigente, una fuerza conminatoria que instaló en él el mandato obligatorio, el imperativo ético, del actuar.

Mientras tales premisas guían el desarrollo del ensayo, la singularidad de su *Martí revolucionario* es la construcción de la imagen de Martí como un héroe épico-trágico y divino, en tanto ofrenda en sacrificio su vida en pos de un ideal magnánimo como lo es el bien común. Dice el ensayista: “Su sueño de gloria estuvo, desde la adolescencia, en sacrificar su vida en loor de la independencia de Cuba, de modo heroico, combatiendo por ella”.⁴ Sus acciones son vistas como hazañas fabulosas, propias de las leyendas épicas.

Si reparamos en esta construcción literaria y simbólica, podemos apreciar los rasgos que configuran la imagen del héroe martiano. En efecto, para el ensayista, el caso comportaba la presencia ineluctable de un destino y de una fatalidad. Y su vida podía cifrarse en tres etapas que señalan el camino infranqueable del héroe: Martínez Estrada sitúa el período inicial en su formación caracterológica y psicosomática que concluye al abandonar España en 1875; al segundo, lo ubica hasta 1891, momento en el que funda el Partido Revolucionario Cubano y se consagra a la acción revolucionaria, y al tercero, lo encuadra entre 1892 y 1895, año de su muerte, en virtud de que constituye la última fase del héroe que es, a su vez, un mártir.⁵

³ *Ibid.*, p. 143.

⁴ Ezequiel Martínez Estrada, *Martí revolucionario*, La Habana, Casa de las Américas, 1974, p. 159.

⁵ *Ibid.*, p. 221.

El esbozo que introduce el ensayista de esta figuración tan singular, encuentra su eco en los héroes de la literatura clásica, así como los que de ellos se derivan, hasta alcanzar inflexiones peculiares en la época del Renacimiento. Pero el escritor parece ir más allá de estas categorías literarias, desea construir una entidad diferencial que resulte de la unión de los atributos propios de los personajes más conspicuos que pueblan los textos literarios más significativos de la historia ficticia universal, con los caracteres de los más bravos personajes que reporta la historia y aún la religión cristiana de occidente, como es el establecimiento de paralelismos con el mismo Cristo. Este procedimiento que consiste en pensar por medio de imágenes y en configurar, en este caso, conceptualizaciones análogas, constituye un mecanismo perspicaz para consolidar un imaginario social que, mediante la repetición, no necesariamente idéntica, pero sí semejante, selle su consagración laudatoria, de un modo magnánimo, que no escapa de la categoría de lo mítico. A partir de lo dicho, encontraremos la cadena de epítetos que singularizan la figura de Martí en armonía con diferentes instancias que lo engrandecen, como las vinculadas con la historiografía religiosa, que lo caracteriza como apóstol, maestro, mártir, iluminado, obseso y santo, algunas de las cuales son usadas también por Martínez Estrada.

Para dar cuenta de su heroicidad, el ensayista organiza la biografía de Martí en función de las “etapas” que incluyen “pruebas” por las que atraviesa el personaje épico, según el conocido “viaje del héroe” que puebla la literatura clásica, medieval y renacentista. Por eso, el *Martí revolucionario* contiene los siguientes apartados: “Los viajes”, “Destierro y peregrinación”, “Cautiverio”, “Estaciones de tránsito”, “Regreso”, “Coincidencias”, “Presagios” y “Muerte”.

Al viaje, Martínez Estrada le imprime un cariz religioso y lo llama “peregrinación”, que implica e incluye una odisea. Así, el periplo que transita Martí por México, Guatemala, Hon-

duras, Venezuela, las islas de Santo Domingo, Jamaica y la misma Cuba, constituyen los espacios tangibles por los que lo conduce su inexorable destino heroico, comparable, para el ensayista, con el personaje mitológico Orestes.⁶ Según la mitología griega, Orestes fue el único hijo varón de Agamenón y Clitemnestra, que tuvo la tarea de vengar la muerte de su padre en manos del amante de su esposa, y que ocurrió cuando aquel había regresado de la Guerra de Troya.

Martí se ubica en el lugar de los vencidos, invierte la versión entronizada por los cronistas e historiadores oficiales que levantaron la bandera en pro de los vencedores y poderosos, para ubicarse en la perspectiva y en la defensa del pueblo más pobre, del indio desvalido, del obrero y campesino, al modo en que señala Hans Magnus Enzensberger, en su artículo “La literatura en cuanto historia”,⁷ cuando se pregunta quiénes construyeron la muralla de Troya, como un modo

⁶ En la mitología griega Orestes (en griego antiguo Ὀρέστης) fue el único hijo varón de Agamenón y Clitemnestra. Según la historia homérica, Orestes estaba ausente de Micenas cuando su padre volvió de la Guerra de Troya y fue asesinado por el amante de su esposa, Egisto. Ocho años después Orestes volvió de Atenas y vengó la muerte de su padre asesinando al amante de su madre. Según Píndaro, Orestes fue salvado por su niñera Arsínoe o su hermana Electra, que le sacó del país cuando Clitemnestra quería matarle. Huyó a Fanote en el monte Parnaso, donde el rey Estrofo se hizo cargo de él. En su vigésimo cumpleaños el oráculo de Delfos le ordenó volver a su hogar y vengar la muerte de su padre. Orestes regresó a casa junto con su amigo Pílates, hijo de Estrofo. Según Esquilo, Orestes se encontró con su hermana Electra ante la tumba de Agamenón, donde ambos habían ido a rendir honores al difunto; se reconocieron y planearon cómo Orestes llevaría a cabo su venganza. La misma historia básica es narrada de formas diferentes por Sófocles y Eurípides en sus respectivas obras tituladas *Electra*. Robert Graves, *Los Mitos Griegos II*, Buenos Aires, Alianza, 1998.

⁷ Hans Magnus Enzensberger, “La literatura en cuanto historia”, en *Eco*, núm. 201, Bogotá, 1978.

de reflexionar sobre la construcción de los textos histórico-literarios, sobre la perspectiva predominante desde la cual tales sucesos han sido relatados.

Resulta altamente curioso apreciar cómo Martínez Estrada hace ostensible su sensibilidad estremecida por el descubrimiento de la figura de Martí, de modo tal que reitera su mirada grandilocuente, al ponerlo en vinculación directa con personajes significativos de la literatura universal. Se refiere al respecto en estos términos:

(En referencia al viaje que realizó Martí por México y Guatemala). Es precisamente el viaje a través de la geografía y de la historia americanas, a la región de las Madres. El viaje del “Buscador” de muchas leyendas a que se refiere Miguel de Ferdinandy en su libro *En torno al pensar mítico*. El “Buscador” atraviesa el reino de la materia viviente en sus formas arcaicas y elementales, para llegar a la región del origen de lo que está vivo en nosotros a pesar del tiempo. El viaje de Fausto hacia la cuna helénica de la civilización europea, donde encuentra a Helena y de la que tiene un hijo (Euforión-Lord Byron). Euforión conjuga la belleza pagana corporal y la belleza científica actual. No obstante, el viaje que más se parece al de Martí-Orestes, el peregrino sin patria con el que en intuición genial se identificó, es el del poeta que concibió a *Fausto*, al mismo Goethe, en su peregrinación a la tierra originaria de la ciencia, el arte y la cultura toda, a la Magna Grecia.⁸

Es curioso que el ensayista se ocupe de introducir definiciones teóricas referidas al concepto literario y simbólico de “héroe”, mediante la inclusión de especificaciones inherentes al punto de vista desde el que él mismo va a situarse, para

⁸ Martínez Estrada, *Martí revolucionario...*, pp. 234 y 235. Los paréntesis son míos.

mensurar la imagen del héroe martiano. Se trata, entonces, según las conceptualizaciones esbozadas por el mencionado De Ferdinandy, de un “viandante” antes que de un “viajero”, en tanto:

impresiona como una realidad completa y perfecta, su contacto siempre (es) muy estrecho con la tierra, aunque no en una tierra limitada. Con cada paso se asienta en la tierra, que nunca le parece extraña al viandante, sino que, desde un principio, le es infinitamente familiar [...] Lo que trata de descubrir no le es extraño, en un sentido absoluto. No, sabe que siempre ha existido y que sólo necesita deambular para descubrirlo.⁹

Y el descubrimiento que realiza Martí viandante en América Latina es su drama, representado en la imagen del indígena. Aprecia la condición de servidumbre de los países que la integran y en ello establece su semblanza con la situación de la misma Cuba. El hecho de incluir al héroe martiano en la categoría del mito radica, para Martínez Estrada, en que su biografía se entrelaza y se funde hasta desaparecer con la historia misma de su tierra. El destierro, la peregrinación y el cautiverio que singularizan su biografía, permiten al ensayista pensar y delinear el ciclo mítico de la vida del héroe, concentrados en la figura de Martí. Destierro, en España como expatriado, en México y en Centroamérica como exiliado, he allí también, la peregrinación. Mientras que, los catorce años en Estados Unidos significan el cautiverio, por su deber de servir arduamente a la independencia cubana.

Finalmente, el viaje del héroe se corona con su regreso, es el inicio de la apoteosis de esta figura que entrelaza lo mítico, legendario y religioso, en una simbiosis particular. La última etapa corresponde sólo a tres meses de su vida, pero sim-

⁹ *Ibid.*, pp. 235 y 236.

boliza la hazaña más perdurable, legitima su camino previo y expresa, en el sacrificio por la patria de su propia vida, el sentido más acabado de la grandeza y magnanimidad de este genio que es cubano, pero se torna universal, transhistórico y atemporal.

Como en el mito, afirma Martínez Estrada, los héroes tuvieron destino terrible, y casi ninguno regresó a su patria, o regresó para reiniciar una nueva serie de luchas y sacrificios. Expresa el ensayista:

Sí; no tengo duda. Este viaje evoca el de los héroes Eneas u Odiseo y de los semidioses Orfeo, Perseo o Heracles, que lo realizaron al seno de la tierra para descubrir los secretos del mundo subterráneo, o para liberar almas retenidas en las tinieblas. Es el viaje por el reino de las sombras o de la muerte.¹⁰

Esta catábasis del héroe legendario, que implica un descenso simbólico, a su vez iluminador, al inframundo y que consagra su figura mítica, se conjuga con las imágenes del santo y del mártir cristianos, en tanto –observa Martínez Estrada–, que los avatares por los que ha transitado su vida son posibles de asimilar a las estaciones de su Calvario, representan su Vía Crucis. Al mismo tiempo, la posibilidad de apreciar la vida de Martí desde una perspectiva cercana difumina los contornos del mito y lo sagrado, pero su carácter neumático se recupera, de acuerdo con la perspectiva perspicaz que le imprima su observador e intérprete. De esta manera, el ensayista devuelve a la historia de Martí rasgos eternos y arcaicos, y con esto la eleva al rango de símbolo y mitologema, a su vez la contrapone al trayecto de las versiones que construyeron la biografía martiana como el texto obliterado de un palimpsesto, en tanto las dimensiones delineadas por el ensa-

¹⁰ *Ibid.*, pp. 270 y 271.

yista se encuentran opacadas, oscurecidas o anuladas, según la mirada de Martínez Estrada.

La figuración que delinea en *Martí revolucionario* encuentra su punto más álgido cuando hace referencia a la muerte del héroe cubano, en tanto considera el ensayista que ésta es inherente a la clase de misión en la que se ha asumido, al tiempo que se corresponde con la idea de destino, en el que ha incluido a la vida de Martí. “La insistencia obsesiva de la idea de su muerte violenta es en Martí el corolario lógico y esa era la muerte que llevaba consigo”,¹¹ expresa Martínez Estrada. A su vez, alcanza otras dimensiones; por una parte, es la vía necesaria que conduce al héroe dramático a constituirse como tal, por otra, trasciende el hecho biológico para formar parte de lo histórico, ya que el camino de su vida ha estado orientado hacia una causa nacional y social, como principio fundamental. De esta manera, se cierra el ciclo del héroe y se configura el mito clásico del libertador y del redentor, en su imagen bíblica, que se funde en un abanico de perfiles que lo tornan singular.¹²

La inscripción de la figura de Martí en caracteres como los enunciados, implica para Martínez Estrada la necesidad de fundamentar en su hilo discursivo, reiteradas veces, las razones, para él justificadas, de tal construcción. La fuerza persuasiva de su discurso se sostiene mediante la inclusión de pasajes como el siguiente:

¹¹ *Ibid.*, p. 284.

¹² Insiste Martínez Estrada en la convergencia de vidas paralelas con personajes de diversa índole y naturaleza, tal como ocurre en la siguiente afirmación: “La marcha funeral de su *Diario de Campaña* es el epítome de esa tragedia, que es la misma de Prometeo, de Orestes, de Teseo y de todos los libertadores y redentores, se llamen Sócrates o Cristo, Juana de Arco o Rosa Luxemburgo”. *Ibid.*, p. 291.

Su muerte fue horrible porque horrible fue su vida de angustia, soledad, agonía, servicio, deber, paciencia, perseverancia, humillación, fatiga, olvido de sí y gloria. La parábola y la metáfora son instrumentos de la comprensión esencial, de la apercepción eidética, y sería renunciar a sentir la presencia de lo sagrado en la naturaleza, cohibirse de expresar la verdad por escrúpulos de pueril racionalismo.¹³

Descartar toda presencia de falsedad o ficcionalización en la configuración de la historia de Martí, al tomar voz en nombre de la *verdad*, a pesar de la semblanza con numerosos personajes literarios, constituye una preocupación que se inscribe muy marcadamente en el texto ensayístico al que hemos hecho referencia. De esta manera, cree necesario incluir especificaciones que justifiquen fehacientemente el rasgo de veracidad en el que se inscribe el laborioso trabajo de investigación y su transformación en texto ensayístico, como consta en la elaboración de sus escritos. Asimismo, la refutación a los trabajos emprendidos por otros estudiosos de su figura aparece duramente expresada, mediante la condena a las prácticas que eluden la valoración como “grande hombre” que Martínez Estrada se ha ocupado de desarrollar. Como él mismo lo expresara: “Hay, pues, un interés del mediocre resentido y del enano deficitario, si se dedica a la historia, a la sociología o a la antropología cultural, en rebajar la historia y la biografía al nivel de la historia sensacional y de la biografía del gobernante iberoamericano”.¹⁴

¹³ *Ibid.*

¹⁴ *Ibid.*, p. 450. En esta misma página agrega: “La historia de Cuba y la vida de Martí han sido tratadas hasta ahora por aprendices de gacetilleros, y han procurado darle el parecido de las historias y vidas que ellos admiraban. Ni siquiera aprendieron la lección que nos dejó en las semblanzas grandiosas y de tamaño reducido que él bosquejó de San Martín, Bolívar y de tanta gente cubana.”

El concepto de “grande hombre” involucra, en el marco de este pensamiento, la conjunción de naturaleza, sociedad e individuo en una función vital unitaria y universal. Además, reúne en sí variados atributos que pueden sintetizarse en los siguientes valores que el ensayista atribuye a Martí, a saber: magnanimidad, sentimiento del deber, abnegación, generosidad, sacrificio y entrega de sí, culto a los valores auténticos, necesidad de darse, amor a la libertad, a la justicia y a la humanidad, dignidad, saber, bondad, moralidad, pureza, heroísmo, ternura, equidad, humildad, rebeldía y voluntad inquebrantable. Estas cualidades se presentan de tal modo amalgamadas, que el ensayista asemeja la personalidad del héroe con un diamante, en tanto: “[...] la luz, la belleza y la resistencia resultan de la naturaleza de la piedra pero también del tallado y disposición de las facetas”.¹⁵

Mientras esta lectura minuciosa y esforzada del prócer cubano se realiza, con la estadía del ensayista en Cuba, por pedido de Casa de las Américas, resulta curioso apreciar las cartas que Martínez Estrada envió a su amigo y editor Samuel Glusberg, que residía en Argentina. El convencimiento de que la vida de Martí fue semejante a la excepcionalidad de los héroes más significativos de la historia y la literatura universales se pone de manifiesto, a través de las confesiones que en tales soportes epistolares podemos encontrar.

Por una parte, confiesa que el trabajo por el que fue invitado a trasladarse a Cuba consistió en la organización de seminarios dedicados a la historia, ideología y práctica de la unión de naciones latinoamericanas, y sobre Martí y las revoluciones latinoamericanas, así como también la realización de un foro permanente sobre literaturas continentales, lo que demuestra las políticas culturales llevadas a cabo a inicios del proceso revolucionario en Cuba.

¹⁵ *Ibid.*, p. 597.

Su descubrimiento de la figura martiana ha causado verdadero asombro al escritor, y las magnanimidades que ha relatado en su ensayo se vinculan, por una parte, con el frondoso trabajo de investigación que llevó a cabo durante sus años dedicados a estudiar al prócer cubano, y por otra, se relacionan con el fuerte impacto que su vida provocó en la sensibilidad del ensayista argentino. Así lo expresa en una carta enviada a su amigo Glusberg el 9 de marzo de 1961:

Estoy trabajando sobre un Martí revolucionario que ha tirado por los aires el Martí de las antologías y los recitales. ¡Qué hombre había sido! No creo que se le pueda poner al lado sino a Lenin y Trotski en la voluntad inquebrantable de terminar con las injusticias y las opresiones. De los cuarenta y dos años de vida, veintiséis consagrados a trabajar y escribir por la libertad de los pueblos parias. ¿Sospechaba usted eso? Yo, francamente, no.¹⁶

De estas confesiones nos surge un análisis que complementa las lecturas de los ensayos y nos orienta sobre posibles “trampas” en las que podría enredarnos el discurso retórico propio de los textos ensayísticos.

Las epístolas también nos ilustran el proceso de construcción textual, que consistió en la recopilación de cartas, artículos, conferencias, así como de todo documento que se relacionara con la obra revolucionaria martiana, desde la doctrina hasta la acción, y que constituyeron unas seiscientas piezas que el ensayista analizó y estudió. De esta aclaración se deduce que fue realmente arduo el trabajo asumido con profunda responsabilidad por parte de Martínez Estrada, además, nos da la certeza de que la que figura martiana resultaba

¹⁶ Horacio Tarcus, *Cartas de una hermandad. Leopoldo Lugones, Horacio Quiroga, Ezequiel Martínez Estrada, Luis Franco, Samuel Glusberg*, Buenos Aires, EMECE, 2009, p. 136.

al menos en parte desconocida para el escritor, hasta inicios de la década del sesenta, momento en el cual emprendió la tarea de investigación anteriormente aludida.

Otro dato significativo que podemos extraer de la recopilación epistolar intercambiada con Glusberg es que el ensayista sufrió la oposición de los estudiosos de la obra de Martí, con quienes disputó la versión más adecuada a los propósitos y fines de la vida del héroe. Recordemos las referencias hechas en el presente trabajo a tales impugnaciones que Martínez Estrada hizo explícitas en su ensayo, con gran virulencia. Las respuestas no tardaron en hacerse presentes, tal como lo señala en su carta del 5 de diciembre de 1963:

También yo estuve dos años encerrado, sin que nadie fuera a verme, ni se enterara de que existía, con una oposición muy grande de los martianos patentados. Unos, los del José Martí de la Academia de Historia y de Letras; otros, los “nuevos” que no saben qué hacer con él, pues sospechan que es un liberal al que no pueden meter en ningún casillero.¹⁷

Para finalizar, hemos podido apreciar la construcción de la imagen de Martí como un héroe que engloba diversas facetas, vinculadas a los relatos míticos y bíblicos indistintamente. De esta manera, el ensayista se encarga de disputar con las versiones que hasta el momento existían sobre la vida de Martí, en las que estas dimensiones se encontraban ausentes. El carácter suprahumano que le otorga al héroe parte de la misma fascinación del escritor por una figura que conoce profundamente a partir del intensivo trabajo de investigación que desarrolló en la Isla y constituye, además, la pretensión por ubicar al prócer cubano en el sitial más alto de la valoración por parte de los pueblos de América Latina.

¹⁷ *Ibid.*, p. 139.

Las trescientas veinte mil palabras, divididas en seis partes y en noventa y ocho capítulos que constituyó la primera de las tres partes de su estudio sobre Martí, quedaron dactilografiadas por el escritor. Sólo la primera parte fue editada póstumamente en La Habana, por Casa de las Américas. Martínez Estrada regresó a Argentina a fines de 1963 y su ensayo fue publicado en 1967, con prólogo de Roberto Fernández Retamar; mientras que su *Martí: el héroe y su acción revolucionaria*, fue editado por Siglo XXI Editores en México en 1966. Sólo su *Diario de Campaña de José Martí*, fue publicado en 1962, por Casa de las Américas. De esta manera, la muerte del ensayista, ocurrida en 1964, le impidió ver la auspiciosa suerte que corrió su intenso tanto como comprometido trabajo, que le implicara tres laboriosos años dedicados, en Cuba, exclusivamente al estudio y desarrollo de tan significativa y rigurosa tarea de investigación.

DIRECTORIO DE COLABORADORES

Caridad Atencio. Poeta, ensayista e investigadora del Centro de Estudios Martianos, La Habana, Cuba; dirección electrónica: <atenciocary@gmail.com>

Angel Augier (1910-2010). Poeta, crítico, ensayista y periodista. Premio Nacional de Literatura 1991. Investigador Emérito del Instituto de Literatura y Lingüística de la Academia de Ciencias de Cuba.

José Ballón Aguirre. Profesor Emérito de la Ohio Wesleyan University; dirección electrónica: <jcballon@gmail.com>

Fabio Luis Barbosa dos Santos. Profesor de la Universidad Federal de São Paulo (UNIFESP); dirección electrónica: <faboroso@gmail.com>

Pablo Guadarrama González. Académico Titular de la Academia de Ciencias de Cuba. Profesor Emérito de Universidad Central “Marta Abreu” de Las Villas, Santa Clara, Cuba; dirección electrónica: <manogua2002@yahoo.com>

Alfonso Herrera Franyutti. Investigador y colaborador del Centro de Estudios Martianos; dirección electrónica: <dalfonso@prodigy.net.mx>

Adriana Lamoso. Docente e investigadora de la Universidad Nacional del Sur, Bahía Blanca, Argentina; dirección electrónica: <adrilamoso@yahoo.com>

Eugenio Rezende de Carvalho. Profesor e investigador de la Facultad de Historia de la Universidade Federal de Goiás (UFG), Brasil; dirección electrónica: <eugeniodecarvalho@gmail.com>

Pedro Pablo Rodríguez. Periodista e historiador. Investigador del Centro de Estudios Martianos, dirige la edición crítica de las *Obras completas* de José Martí; dirección electrónica: <pptdcr@cubarte.cult.cu>

Adalberto Santana. Director e investigador titular del Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe (CIALC), UNAM; dirección electrónica: <asantana@unam.mx>

Samuel Sosa Fuentes. Profesor del Centro de Relaciones Internacionales de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales (FCPYS), UNAM; dirección electrónica: <sonnyboy_mx@yahoo.com>

José Martí y Nuestra América, editado por el Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe de la UNAM, se terminó de imprimir en digital el 20 de diciembre de 2013, en Programas Educativos, S.A., de C.V., Calzada Chabacano 65, Local A, Colonia Asturias, Delegación Cuauhtémoc, C.P. 06850, México, D.F. Su tiro consta de 250 ejemplares en papel cultural de 90 gramos. Su composición y formación tipográfica, en tipo ITC Garamond lighth de 11:13, 10:12 y 9:11 puntos estuvo a cargo de Irma Martínez Hidalgo. La edición estuvo al cuidado de Adriana Isabel Romero Flores.

JOSÉ MARTÍ (La Habana, 1853-Dos Ríos, 1895) es uno de los pensadores, poetas, periodistas y próceres más ilustres de nuestra América. En esta obra se presentan once trabajos de un grupo de intelectuales y académicos, cuya tarea es analizar y reflexionar desde distintos enfoques la obra martiana. Cada trabajo ofrece un estudio invaluable sobre el pensamiento y la acción de uno de los latinoamericanos más universales.

ISBN: 978-607-02-5048-4



16
COLECCIÓN

CIALC
Centro de Investigaciones sobre
América Latina y el Caribe

FILOSOFÍA E HISTORIA DE LAS IDEAS EN AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE